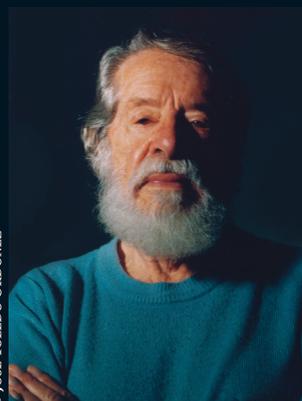
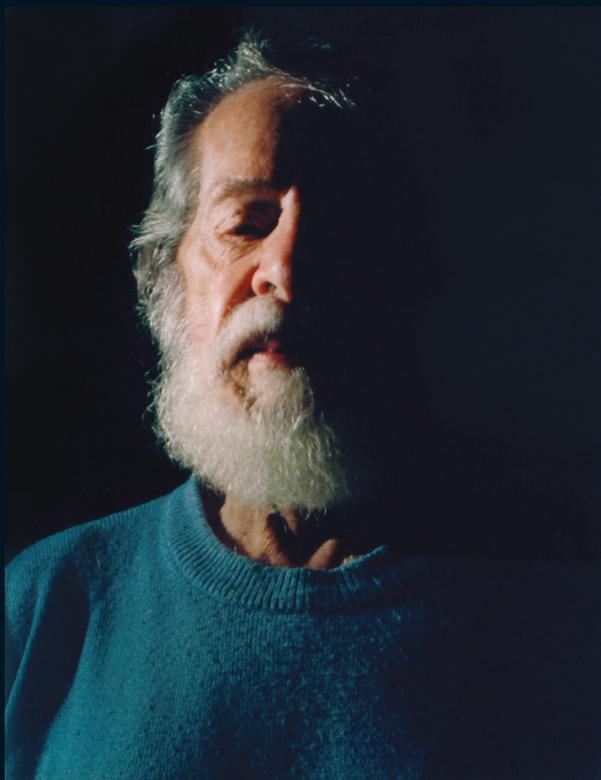


Mario Monteforte Toledo *para siempre* *(1911-2011)*

José Toledo Ordóñez
(editor)



© JOSÉ TOLEDO ORDÓÑEZ

Renacentista, ilustrado, urgente, individualista, seductor, feroz celoso, irónico, imperativo, profundo, sabedor, engallado, entrañable con los amigos, no entrañable con los no amigos, Mario Monteforte pensaba picassianamente que ser joven costaba muchos años, por lo menos noventa, y cuando la vida no le llegaba, escribía. Pero la novela es más lenta que la vida.

Vagamundos, vividor en presente continuo, fundacional, curioso insaciable, sufriente disciplinado con hedonismos compensatorios, odiador de ciertas instituciones y amante de ciertas instituidas, singular, incapaz para las palabras pequeñas, lúcido, convincente, Mario Monteforte nunca caminó de espaldas y nunca inspiró a nadie compasión.



**Mario Monteforte
Toledo
para siempre**

(1911-2011)

José Toledo Ordóñez
(editor)

**Mario Monteforte Toledo para siempre
(1911-2011)**

Edición

José Toledo Ordóñez

Colaboración especial

Ana Regina Toledo de Marroquín

Fotografía

- La fotografía de portada y 1ª solapa es obra de José Toledo Ordóñez
- Los cuadros que aparecen en la contraportada y 2ª solapa fueron realizados por Mario Monteforte Toledo durante una sorprendente incursión suya en la pintura
- El cuadro que aparece en la pág. 281 es obra de Ramón Banús

Arte y diagramación

Angela Morales y Elizabeth González

Corrección de texto

José Luis Perdomo Orellana

Impresión y acabados
Serviprensa, S.A.
Guatemala, Guatemala

ISBN: 978-9929-587-24-3

Primera edición
2011

Fundación Mario Monteforte Toledo
www.montefortetoledo.org

Este libro fue impreso en el mes de septiembre de 2011.
La edición consta de 1,000 ejemplares en papel bond beige 80 gramos.

Índice

Prólogo	
<i>José Toledo Ordóñez</i>	5
Memorias	
Mi primera novela	
<i>Mario Monteforte Toledo</i>	15
Las hojas de Toledo	
<i>Mario Monteforte Toledo</i>	19
Mario Monteforte Toledo o la fascinación de existir	
<i>Luis Aceituno</i>	27
Mis memorias	
Empezaron en 8/2002	
<i>Mario Monteforte Toledo</i>	35
Muy querido Pepo	
<i>Mireya Iturbe</i>	101
Mario Monteforte Toledo y la vida	
Técnicas para ser presidente	
<i>Mario Monteforte Toledo</i>	121
Consejos para casadas	
<i>Mario Monteforte Toledo</i>	125
Consejos para hombres casados...	
<i>(Respuesta al escritor don Mario Monteforte Toledo, de su esposa, su prima y su hada madrina)</i>	129
De cómo no ser millonario	
<i>Mario Monteforte Toledo</i>	133
Teoría del caballo	
<i>Mario Monteforte Toledo</i>	137

Palabras de un resucitado <i>Mario Monteforte Toledo</i>	141
La vejez <i>Mario Monteforte Toledo</i>	143
El arte de comer y de ser <i>Mario Monteforte Toledo</i>	149
Retratos hablados	
Retrato hablado de yo <i>Mario Monteforte Toledo</i>	155
Retrato hablado. Mario Monteforte Toledo <i>Muso Ayau</i>	159
Mario Monteforte Toledo. Retrato hablado <i>Roberto Díaz Castillo</i>	161
Mario Monteforte Toledo. Retrato hablado <i>José Toledo Ordóñez</i>	167
Vicisitudes de amigos de Mario	
Las cuitas de publicar a Mario <i>Irene Piedra Santa</i>	173
Apuntes sobre Mario <i>Juan José Suárez Losada</i>	181
Crítica	
Los desencontrados. Llegaron del mar. Siete cuentos <i>Mario Monteforte Toledo</i>	193
Mario Monteforte Toledo y el arte de novelar <i>Seymour Menton</i>	221
Monteforte Toledo y el tiempo <i>José Toledo Ordóñez</i>	275
Notas para leer a Mario Monteforte Toledo <i>Carlos Montemayor</i>	283



Prólogo

José Toledo Ordóñez

Mario Monteforte Toledo (1911) murió el 4 de septiembre del año 2003. Le faltaban pocos días para llegar al día 15, aniversario de nuestra independencia y fecha en que cumpliría 92 años de edad. Con su muerte se cerró el Siglo de Oro de la literatura guatemalteca, en que también sobresalieron escritores de la talla de Miguel Ángel Asturias, Tito Monterroso y Luis Cardoza y Aragón. Este año se cumplen cien años de su nacimiento. Nace así la inquietud de editar este libro. Un compendio de todo lo que pude reunir sobre la personalidad de Monteforte Toledo, enfocado a partir del regreso de su último exilio en 1986, facilitado por el entonces presidente Vinicio Cerezo.

Comienzo con sus memorias, tan esperadas y tan llenas de contratiempos. Cuando ya llevaba unas 90 páginas sucedió la tragedia: las borró de su computadora accidentalmente. Las borró de verdad. Ni los expertos pudieron recuperar el texto. Cuando murió, reescribía la página 51. Muy importante es la versión de sus memorias de

Mireya Iturbe, madre de su hija Anaité. Ella fue su última compañera en la vida.

En el prólogo de *Las hojas de Toledo*, una antología de poemas familiares, Monteforte nos narra un poco de la historia de nuestra familia.

Cuando Mario Monteforte Toledo volvió a Guatemala comenzó a deleitarnos con una columna que aparecía los días jueves en un matutino. De vez en cuando publicaba en ella sus famosos *Retratos hablados*, a los que él se refería como “un modesto invento”.

Rebelándose contra su usual falta de modestia cedió al impulso de “reconocer, admirar y amar todo lo que es superior a uno”, sin más afán que revivir la memoria de inolvidables amigos y compartirla con los nuevos.

Allí fueron desnudados con singular gracia personajes que conoció en sus incansables viajes, como Orson Welles, Pablo Neruda, Luis Buñuel, Julio Cortázar, Carlos Mérida, Miguel Ángel Asturias y otros que cautivaron a Mario por su fuerza humana y capacidad de compartir la vida.

En dos ocasiones Monteforte fue víctima de su creación. La primera cuando intercambió retratos hablados con su enemigo ideológico Muso Ayau, con quien a través de este inusual instrumento entabló una amistad tan larga como las interminables discusiones que sostenían.

La segunda, cuando decidí desvestirlo, con un atrevimiento calculado por los lazos familiares que nos unían.

Complementan este capítulo el retrato hablado que le hiciera su querido amigo Picky Díaz y uno que se hizo él mismo.

Monteforte a menudo ponía en aprietos a sus amigos. Dos de ellos nos cuentan sus vicisitudes: Irene Piedra-santa y Juan José Suárez Losada. Este último, su alma gemela allá en Galicia.

La vida de Monteforte estuvo llena de anécdotas y frases contundentes, epigramáticas acerca de lo humano y lo divino.

Solía llamarme para decir que se había quedado afuera de su apartamento sin llaves. O que había perdido sus lentes. En una ocasión, de viaje en Inglaterra, se perdió él mismo durante cuatro días. Lo sacaron en un canal de televisión y personeros del hotel que lo reconocieron llegaron por él.

Cada vez que me decían “Monteforte Toledo es como tu padre”, yo les contestaba: “No, es como mi hijo”. De carácter parecido, chocábamos constantemente. A Alan Mills le confesó que yo era como su segunda madre. Tal vez por eso siempre buscaba la forma de reconciliarse.

Un domingo lo esperábamos a la hora de almuerzo. Apareció con la cara pintada de blanco. En lugar de gotas para aliviar sus cansados ojos se había echado *liquid paper*. Al terminar la comida decía impacientemente: “Se ofreció café”.

Le impacientaban los maridos de las mujeres hermosas, los tontos y los niños. Sin embargo, jugaba con mis nietos los domingos. Mi nieto Andrés lo recuerda como un tipo que comía cortaúñas.

Se quejaba diciendo que la única y verdadera tragedia de la belleza es que cuando se es joven uno le gusta a las mujeres que le gustan y ya de viejo le gusta a las que a uno no le gustan. Del sexo opuesto decía: “Al hombre yo lo puedo ver. A la mujer siempre la estoy adivinando, tanto en la vida como en la literatura. Creo que la mujer es más inteligente que el hombre, que tiene una gran reserva de sí misma y esto es incomprendible para uno y hasta para ellas. Cuando una mujer dice ‘no sé lo que siento’, es cierto. Todo en ellas es un misterio. Yo por eso les tengo un miedo espantoso. No las comprendo y hace mucho dejé de intentarlo”.

Le sorprendía el grado de libertad de expresión que encontró al volver. “En Guatemala -decía- se puede decir de todo. Aquí cuando vienen los extranjeros, no pueden creer el libertinaje de la prensa: ile mientan la madre al Presidente, al Arzobispo, a los Estados Unidos, a quien sea! Inclusive se meten con la vida privada de la gente”.

Su gran bestia negra era el internet. “Le está haciendo un daño espantoso a la humanidad -decía. Es un instrumento formidable para la vida comercial y la comunicación rápida entre los mandos del mundo, pero no está hecha para los pobres. Reemplaza el esfuerzo de buscar en un libro, pensar, razonar, la manera crítica de ver la reali-

dad. Lo veo con pavor porque está creando cretinos”. Pensaba que las computadoras estaban mal hechas y que no teníamos más remedio que aprender a usarlas. Nada en su funcionamiento le parecía lógico. En general no era amigo de la tecnología. Un domingo llamó de urgencia a mi hijo José Luis gritando: “¡Ayúdame! ¡Tengo una semana de no poder oír música!” José Luis llegó de prisa y en un minuto arregló el problema presionando el botón de la función “MUTE”.

Monteforte se caracterizaba por tener gustos caros para los vinos, los quesos y la comida. Todas las mañanas montaba su caballo andaluz. Un día quise mortificarlo y le pregunté cómo podía ser socialista y darse esos lujos. “Así deberían de vivir todos los proletarios”, respondió. Era millonario en pasaportes sellados y lo que había comido y bebido. Su mayor tragedia fue estar tan ocupado que sólo hasta los 85 años tuvo oportunidad de sentarse a hacer cálculos y se dio cuenta de que se podía haber jubilado diez años atrás.

“Es a partir del caballo –decía– que el hombre ha superado sus infinitas limitaciones. Yo resuelvo mis problemas intelectuales montando a caballo, a través del ritmo inherente de ese ejercicio”.

Atención muy especial merece el capítulo dedicado a la crítica. En éste incluimos el capítulo VII del libro *Historia Crítica de la Novela Guatemalteca* escrito por Seymour Menton, que se titula “Mario Monteforte Toledo y el Arte de Novelar”. El primer párrafo explica el contenido:

“Entre la confusión sobre la clasificación de tantas obras narrativas guatemaltecas, se distinguen las cuatro novelas bien estructuradas de Mario Monteforte Toledo (1911-2003). *Anaité* (1948), *Entre la piedra y la cruz* (1948), *Donde acaban los caminos* (1953) y *Una manera de morir* (1957) marcan cuatro fases básicas en el desarrollo de la novela hispanoamericana: el criollismo; el nacionalismo; el estudio psicológico revestido de experimentación estilística; y el estudio filosófico de tendencias universales”.

No menos importante es el prólogo de la Selección de trabajos literarios publicada por Biblioteca Ayacucho en 1993. En este texto Monteforte Toledo nos explica sus obras. Tenemos así el privilegio de tener crítica y auto-crítica en un solo capítulo.

Monteforte aborrecía la vejez. Se consolaba diciendo: “Creo que he logrado lo que he esperado siempre; llegar a la vejez sin que signifique nada la edad. Su libro *Unas vísperas muy largas* gira alrededor de su teoría de que “Hay que pasar del amor a la muerte sin detenerse en la vejez”. Ramón Banús dio una original versión cuando le dijo a Mario: “Vos te vas a morir de juventud”.

Mario Monteforte Toledo y el tiempo es un ensayo que publiqué sobre este libro, el penúltimo de Monteforte. Es autobiográfico en su mayor parte. Tal vez por eso Mario decía que en un escritor la literatura es el hombre también y que en toda novela hay mucho del autor. El libro trata sobre la última etapa de su vida. Mi

ensayo se centra en la obsesión de Mario por el paso del tiempo. Nada comienza y nada termina sin sentido; el tiempo no sirve para medir los orígenes ni los fines. Esa es la consoladora clave para muchos enigmas de la novela.

Hay un texto que me causó profunda impresión: *Notas para leer a Mario Monteforte Toledo* escrito por Carlos Montemayor, dos años antes de la muerte de Monteforte. El texto fue revisado cuando Montemayor dio una conferencia del tema durante la Semana de actividades en honor a Monteforte en el mes de enero del 2004.

Cuando Montemayor escribió esta pieza, Monteforte tenía 90 años. Desde la novela *Anaité* hasta la novela *Los adoradores de la muerte* (del año 1938 al año 2001), Montemayor encuentra ciertas constantes que surcan su obra. La más significativa es la búsqueda de lo remoto.

En todas las novelas lo remoto está en esta tierra, exceptuando la última, *Los adoradores de la muerte*, donde lo remoto está en el más allá. Montemayor se sacude. Deduce que Mario Monteforte Toledo ya no tiene nada que decir y presiente su muerte.

Montemayor me compartió esta experiencia cuando vino a Guatemala en el 2004. Me viene a la mente una escena que sucede una tarde que ubicamos en los mismos días del presentimiento de Montemayor. Monteforte me dijo: “Yo ya hice todo lo que quería hacer en mi vida.

No me interesa vivir más. En dos años me muero”. Así sucedió. Monteforte sufrió una caída que se le complicó con un infarto cerebral. En la segunda semana de guardar cama recuperó su lucidez. Regina, mi esposa, le llevó comida y Monteforte se negó a comer. Debo decir que Mario amaba la cocina de Regina. Ella le reclamó: “Mario, si se la hice yo misma”. Él le tomó la mano, se la besó y le dijo: “El proyecto Monteforte terminó”. A los dos días murió.

Memorias

Mi primera novela

Mario Monteforte Toledo

Tendría yo unos diecisiete años cuando terminé mi primera novela: doscientas setentidós páginas a doble renglón, escritas en la máquina Adler de mi padre -no mucho más pequeña que un tanque Sherman. La hice empastar y con tinta blanca le puse en la carátula con mi mejor letra: *Los Tres*. Si terminé aquel libro a los diecisiete años, quiere decir que lo comencé cuando menos año y medio antes, lo cual puntualizo para resaltar la precocidad (cualquier parecido con Mozart o Rimbaud son mera coincidencia). El argumento era complicado: por el número de personajes, porque de pronto no sabía qué hacer con ellos y por lo general quedaban en un puente, apoyados a la baranda y con la vista perdida en un río. La principal causa de la complejidad era, sin embargo, mi lectura de Schopenhauer, Nietzsche y algún otro desesperado. Lo único simple y directo era el título -que luego supe habían usado cuando menos dos autores. Había un héroe, desde luego, y tengo la impre-

sión que me identificaba con él. La muchacha, parte del trío, se asemejaba a una prima mía, que luego se casó con un señor muy robusto a quien se le salía el cobre y la plata al tercer trago. Pero no es el argumento de lo que necesito contarles, sino de la suerte de la novela. Varios muchachos que hacíamos versos o prosa, compartíamos la amistad de un abogado; que ya había publicado dos libros y era feliz propietario de una biblioteca muy bien surtida. Nos llevaba unos doce años y su juicio literario nos parecía irreprochable. En esa casa y en cuadrilla leímos el *Ulises* de Joyce en casi un año. Nuestro querido amigo estuvo preso varias veces por hablar mal del gobierno, y cada vez salía más bravo. Buscando re-
frendar la dimensión planetaria de mi novela, se la llevé en consulta a nuestro amigo y a las dos semanas regresé a recibir el veredicto. Mi amigo me mostró obras recién llegadas al país, un astrolabio comprado en Belice y una preciosa edición de *Las mil y una noches*; todo lo cual pareció sospechoso e inquietante. Hasta que me atreví a preguntarle sobre mi novela. El hombre era ligeramente estrábico, pero miraba de frente. Se desarrolló entonces el siguiente diálogo:

—Vos creés que tu novela es buena, ¿no es cierto?

—Sí.

—Bueno: pues si es tan buena como creés, debés destruirla porque todavía sos demasiado joven y sin darte cuenta en los libros siguientes te imitarías. Y si es tan mala como yo creo, también debes destruirla porque

cuando seas grande te va a dar vergüenza haberla escrito.

Al salir, di un portazo. Decidí que mi amigo siempre había carecido de gusto literario, que era más bien un cretino. Quince días más tarde releí el libro. Era un viernes santo a las tres de la tarde y me encontraba solo en la casa. Encendí un gran fuego y vi arder a *Los Tres*, heroicamente. Ayer supe que mi amigo murió. La literatura universal le debe un gran favor, y yo otro aun más grande.

Diario *HOY*, Ecuador
mayo 30 de 1983

Las hojas de Toledo

Antología y prólogo de Mario Monteforte Toledo

Informe con advertencias

Gran responsabilidad para los que ahora crecen en esta casa de los Toledo es venir de despilfarradores de vida y fortunas, gente de plurales facetas, transparente y agobiada de pasaportes, que sólo sabía trabajar con las manos las hojas aquí reunidas y millares de otras. Publicar estas hojas es un acto de tierna coquetería, una guirnalda sobre piedras con algunos ilustres nombres o un deber para los que seguimos escribiendo y llevamos quemado en el pecho el nombre Toledo. Todo el ornato de este linaje ya desapareció: el palacio del chozno, la mansión del abuelo, el comedido y trashumante lujo del padre; solo quedan estas hojas brillando como espadas, voz viva, testimonio de empecinados irresponsables decorativos navegantes, y de lo que inspiraron sus mujeres con sus cuellos erguidos y su inmensa capacidad de amar y ser amadas. Aquellos hombres estaban llenos de corazones y cerebros, de bragas y manos orgullosas para tomar pródigas en el dar. Pero ya se fueron. Nos dejan algunas cosas y una que otra copa salvada de los

nafragios, de esas que al tacto suenan como maitines del cielo; se dividen en unas treinta familias esos objetos que reverenciamos porque de noche emiten luces discretas como los fuegos fatuos de amables cementerios. Y quedan hojas, brillando como espadas.

También sobreviven los que son y los que vienen. Suelen reír y pelear; caminan con la cabeza alzada y pertenecen a la vida mucho más que sus ancestros. No se sabe cómo -pero sí por qué-, algunos encuentran recreos, ocios, motivos y desvelos para seguir escribiendo versos; aun niños de la casa comparten esta adorable genética y dentro de medio siglo se sumarán a este libro.

La historia de nuestra poesía sólo llegó hasta el bisabuelo mío y no porque se ignore a los muertos más antiguos, pero fundamentalmente iguales al resto de la estirpe. Su padre Protomédico de Guatemala, se quitó el Álvarez de Toledo a fuerza de ver muertos sin nombre e igualdad de sangres en las lozas de la morgue. Mi abuelo se había criado con su tío el cardenal Domenico Mattei, bibliotecario del Vaticano que dejó cinco millones de libras de oro pesado a la Iglesia, para castigo de su pariente más querido y cercano, mi abuelo, porque se había metido a liberal y trabajaba en iluminar y modernizar a Guatemala. Es una lástima. De vez en cuando, a la vera de una copa de buen vino -porque nos hace falta la herencia, pero no los gustos caros-, los descendientes imaginamos en qué grandiosidades pudiéramos emplear aquella fortuna. Yo soy partidario de reclamarla al Vaticano

ante las Naciones Unidas: mi fantasía la equipara a las minas del rey Salomón; pero ninguno de mis parientes, todos católicos profesionales, me secunda.

Don Roderico Toledo Mattei ocupó varios altos cargos con don Miguel García Granados y don Justo Rufino Barrios; varias placas conmemoran su gestión. Apenas mataron al caudillo en Chalchuapa propaló una diatriba encendida contra los conservadores (los llamaban entonces “el partido servil”), escapó disfrazado por montes y llanos, se embarcó en Acapulco y fue a parar a Guayaquil. De ahí probablemente arrancó mi amor por la tierra ecuatoriana. Se ganó la vida jugando ajedrez y enseñando idiomas –era políglota, otro rasgo de familia-. Por allá andan unos Toledo y unos Mattei a quienes por discreción nunca pregunté sobre sus ancestros. No olvidemos que aquellos varones nuestros tenían el pecho lleno de corazones.

La compilación de la poesía de mi abuelo establece un itinerario geográfico y sentimental que haría palidecer a Magallanes. Esta obra procede directamente del romanticismo del siglo XIX, manejado con la frescura y espontaneidad de un aficionado. Ninguna relación tiene con el romanticismo español, ni siquiera con Batres Montúfar (su amigo y pariente político). Él siempre estuvo cerca de la cultura francesa y de las concepciones ideológicas y sociales de los ingleses (también vivió en Londres, con sus parientes, los mandarines Fitzmoritz-Kelly). Tal parece que la necesidad de escribir le venía con sus rachas de agobio y de tristeza. Porque don Ro-

derico vivió en las cumbres y en los exilios, en la bonanza y la persecución; exactamente igual que algunos otros miembros de la familia y una parte de nuestros compatriotas. En una carta a su esposa dice: “Entre el raso y la porcelana de Sajonia la pobreza tiene algo de grotesco y de inverosímil”. El raso iba a constituir dato de grandeza también en la poesía de su nieto. Mi abuelo murió joven; no entiendo cómo cabe tanta vida en tan breve tiempo. Un “retrato” de su nieto Luis Felipe Toledo -incluido en este librito- lo pinta infortunado y señor.

Mi tío Luis Toledo Herrarte vivió en suntuosas embajadas, codeándose con la intelectualidad más brillante de la época. Fue amigo de Gómez Carrillo, Rubén Darío, Chocano, Federico Gamboa, Paul Valéry y Huidobro. Hablaba como ruiseñor, sabía casi todo lo que hay que saber y sólo dedicó poco de su tiempo a la medicina (estudió en París). Hay admirables cartas suyas; pero no dejó poesía. Quizá porque su vida entera fue una jornada entre lo bello y porque más valía vivirla que contarla. Gran bebedor y gran lector, pasó sus últimos años retirado, requerido con frecuencia para aconsejar gobiernos en cuestiones diplomáticas y rodeado de su esposa, su hijo, sus amigos y de nosotros, los más chicos, a quienes nos embelesaban sus maravillosas anécdotas y su experta manera de contarlas. “Sólo inventan la vida quienes no la merecen”, nos dijo una vez.

Luis Felipe, su único hijo, me llevaba diez años y fue más bien un hermano que un primo, en los escasos lapsos que pernoctaba en Guatemala como tregua de las gran-

des urbes. Le fascinaba la música; pero tenía un oído macabro. Sin embargo, su poesía se rige por un instinto invariable para la eufonía y la estructura. En sus textos castellanos no hay reminiscencias –sino ocasionales– de la literatura francesa, no obstante que su madre fue gascona y avezada conocedora de la literatura de su país (se sabía de memoria pasajes del realismo del XIX, especialmente de George Sand, objeto de su más rendida admiración). Quizá haya que rastrear hasta el naturalismo para entender los largos trabajos de Luis Felipe sobre las miserias de Guatemala, como uno dedicado al indio carbonero. A primera vista extraña que no hayan influido sobre él los simbolistas, los surrealistas, los expresionistas o los dadaístas de su tiempo; pero la sorpresa desaparece cuando se recuerda que hay algo antañón, casi “clásico” en su obra, como lo había en su espigada y soberbia figura jamás expuesta al sol ni a rudeza alguna.

Tampoco se le notan huellas de la poesía inglesa, de la cual era deleitado lector, ni de la poesía norteamericana, pese a sus largos años de estudio en Washington. Fue él quien me regaló mi primer smoking y mi única boquilla de ámbar, y también a Shelley, Byron, Keats y Browning en preciosas ediciones de trabajo, que atesoro. Una excepción: Oscar Wilde, quien no sólo a él sino a casi todos los poetas latinoamericanos que coincidieron en París a principios de siglo, deslumbró con su fino erotismo y su dandysmo físico e intelectual.

Luis Felipe Toledo aprendió fundamentalmente con los clásicos españoles (posiblemente fuera de las escuelas a donde asistió) y sobre todo con los poetas posmodernistas. Su primera deuda literaria inconfundible es con Rubén Darío; las “japonerías” proceden de Gómez Carrillo y de hombres de letras franceses entre quienes lo oriental estuvo de moda hasta la primera guerra mundial. Pero la sombra que lo cobijó de manera decisiva fue Rafael Arévalo Martínez, a quien siempre frecuentó con admiración, dedicándole algunos poemas.

Este transterrado, este joven exótico que había vivido tantos años en París la bohemia de los ricos –en unión y compañía de vagos de “buenas familias” guatemaltecas o en Washington entre la sociedad internacional, sentía por Guatemala una devoción entrañable. Hacía gala de sus conocimientos chapines, lo entusiasmaban las historias y leyendas populares y dejó largos poemas a la patria y a sus indios. ¿Cómo, dónde, por qué este joven señor penetró en las verdades y miserias de nuestro lar? Quizá se deba a tres factores: era ante todo un poeta, resentía dolorosamente el desarraigo y pertenecía a una familia ligada hasta las tripas con la historia del país. En algunas de sus composiciones hay un asomo de picardía; pero nada de su sentido del humor, famoso y siempre a flor de piel. Su obra es nostálgica, amatoria y reverencial para la mujer. Si de alguien puede decirse que presintió su muerte es de él; rematamos su antología con dos breves, amargas y conmovedoras despedidas.

José Toledo Ordóñez, nieto de Luis Felipe, es hasta ahora el último de la línea que frecuenta la poesía (aparte de mis ocasionales engendros). Experto mecánico de una sabiduría capaz de convertir un automóvil en nave interplanetaria y economista empedernido en su misión de convencer, hizo poemas casi desde niño, con una finura a la japonesa. Nadie le enseñó este oficio; ni siquiera recuerda lecturas, modelos, influencias. Sus obras aquí escogidas lo revelan como poeta, aunque intentara repudiarlas como debilidad impropia de sus profesiones. En este oficio se presiente un soterramiento sentimental, y una vida muy íntima entre lo bello y lo grato. La calidad de su trabajo, me parece, sube mientras menos obvias consigna las relaciones humanas. En su único libro hasta ahora publicado, una buena mitad de hojas no es principalmente obra de un muchacho adolescente o de un joven enamorado, sino obra de un escritor natural. Esto me llena de alegría, por la dignidad que da a una estirpe cuya mejor herencia son hojas como las que aquí hemos reunido.

Sobre la mesa, como una cosecha fresca, se las dejamos rogándoles perdonen nuestra vanidad y nuestro cumplido deber de publicarlas.

Guatemala, 1994



Mario Monteforte Toledo o la fascinación de existir

Luis Aceituno

Casi todas mis pasiones a lo largo de mi vida están relacionadas con las mujeres, con el mundo, con el poder y con los caballos, confesaba Mario Monteforte Toledo en una de las primeras entrevistas que sostuvimos. Viajero infatigable, aventurero, explorador, hombre de ideas, político y escritor de latos quilates, Monteforte resumió en sí mismo toda la aventura intelectual guatemalteca del siglo XX: desde el posestradacabrerismo y la experiencia de la Revolución de Octubre hasta lo que llamamos, a falta de mejor término, “la pos-guerra”, pasando, por supuesto, por ese tiempo de horror y de silencio, en el que tuvo que vivir obligadamente en el exilio. Con su muerte, el pasado jueves 4 de septiembre, nos deja la sensación de habernos quedado más desamparados, en este país del abandono. Sin embargo, no se ha ido sin dejarnos una de sus enseñanzas más valiosas: “La única aventura posible es existir para cambiar la sociedad y cambiar la vida”. Lo que sigue es un retrato del Maestro, en sus propias palabras.

Primer amor...

La primera gran pasión de mi vida la tuve por Yolanda, hija del Rey de Italia. Tenía yo seis años. Mi padre era amigo del embajador de Italia y él le hacía llegar regularmente varias publicaciones y en una de esas maravillosas revistas italianas había una foto de esta princesa acompañada por su hermana Mafalda. Yo me enamoré profundamente de esta mujer y traté de convencer a mi hermano, que tenía cinco años, que la otra le correspondía a él. Pero a este le gustaba más un Fiat que aparecía en una de las tantas páginas de la revista. Me quedé entonces solo con esta pasión que me duró por años. Era una mujer de una belleza sobrenatural. La madre era montenegrina y en Montenegro se encuentran las mujeres más hermosas de Europa Central. Ella era igual a su mamá, grande, de cejas largas, con unos ojos entre tristes y malditos, una finura de cara, unas manos preciosas y un dejo de cansancio y languidez que me hacía compadecerla. Yo me dije que el amor era eso. Pasando los años, encontré en otra revista unas fotos de una fiesta que el príncipe de Mónaco había ofrecido a la realeza europea. Ahí estaba ella, pero no quise ver la fotografía. Cualquiera que sea, pensé, esta no es la mía.

Últimos ritos

Ya en la adolescencia me enamoré por segunda vez. Por idiota, porque yo tendría que haberme defendido. Ya estaba yo muy vulnerado, porque la Yolanda me dejó y se

casó con no sé quién, y a mí esto me lavó el corazón, como decía mi madre. Yo andaba así como muy dolido con las mujeres y había empezado a leer a Schopenhauer y esas cosas que uno lee a los dieciséis años. Pero me enamoré de esta muchacha a la cual le anduve haciendo el oso año cuatro meses y siete días. Ésta ha sido la única persona por la que yo me he levantado a las seis de la mañana para hacer ejercicios. Ella era una muchacha así muy pudibunda, muy seria y además tenía unas ideas muy extrañas, como muy maduras. Un día le dije que el máximo homenaje que yo le podía hacer era colocarle una flor en el sexo. Naturalmente ella se rehusó, pero al final la convencí. Entonces me conseguí una margarita, le metí la mano entre la falda y se la puse ahí, en su sexo. Ella se la miró y me dijo que se veía muy bonita. Por esta mujer fui capaz de hacer las imbecilidades más grandes. Y un día resultó con que teníamos que separarnos. Me dijo literalmente: La senda de la vida es muy ancha, tal vez más tarde nos encontraremos, ahora estamos haciéndonos daño en nuestros estudios. Eso fue, por supuesto, en la ventana de su casa, naturalmente estaba lloviznando y yo me fui bajo el agua derramando lágrimas. Esa noche me puse una espantosa borrachera y a partir de ahí me volví muy desconfiado en cuestiones de mujeres.

El corsario negro

A esta temprana pasión por las mujeres, se conjuga, también, mi temprana pasión por el mundo, que surgió cuando tendría nueve o diez años. La culpa de todo la tiene

Emilio Salgari y, por supuesto, Sandokán. Salgari me ha llevado a cometer toda una serie de estupideces, de las cuales, por fortuna, he salido vivo. Entre otras, agarré un día camino a Indonesia, a buscar la isla donde estaba enterrada Mariana, donde vivía ese lord inglés que había apresado a Sandokán. Por supuesto la isla no existía sino dentro de mi cabeza, así que yo podía escoger la que se me viniera en gana. Al nomás desembarcar, me dirigía a una tumba, de a saber quién, pero que para mí era la de Mariana. Este tipo de aventuras las emprendí con una verdadera entrega. Hice safaris en África y me metí en infinidad de selvas y en los ríos más increíbles. Y todo, como decía, por culpa de este señor.

Del sexo a la aventura intelectual

Entrado ya en la adolescencia me sobrevino mi inmensa fascinación por el sexo. Me di cuenta que este no era una conjunción, casi perfecta, entre glándulas y eyaculaciones, sino toda una filosofía. Si alguna parte del cuerpo es capaz de hacer abstracciones, no es el cerebro sino el sexo. Ahí se resume todo lo posible y lo imposible. Y lo que no puede hacerse a través de la sexualidad, es catastrófico, porque sólo puede lograrse a través de la cabeza. A mí me costó mucho pasar de lo corporal a lo cerebral. El pensamiento tiene algo de malévolo, de truculento, de mañoso. Lo sexual es absolutamente animal, perfecto, puro. Sin embargo, lo intelectual me absorbió, a su vez, sobre todo cuando me di cuenta que me iba a pasar toda mi vida tratando de relatar cosas que yo no

había hecho. Cómo hacer para decirlas, dónde estaban, cómo se fraseaba todo lo que yo no sabía. Pensar y decir ha sido desde entonces la más grande preocupación de mi vida.

De la envidia y otras pasiones

Yo no soy envidioso. O sea, no envidio lo que la gente tiene o no tiene. Considerando las cosas que yo he hecho en mi vida sin poseer un centavo (lanzarme a la aventura, viajar por todo el mundo), tener o no tener es algo relativo. Además, cómo podía envidiar a los pudientes, si en definitivas cuentas eran más pendejos que yo. Debo confesar, sin embargo, que la envidia me ha corroído algunas veces en mi vida. Le envidié, por ejemplo a Miguel Ángel Asturias la inmensa capacidad que tenía para inventar palabras, eso me pareció grandioso. Como me lo pareció, pasando los años, la manera de decir de José María Arguedas o de Pepe Revueltas. Tipos con una capacidad de construir la palabra, de una manera que no lo había hecho nadie. Todo eso procede, por supuesto, de Vallejo, mi pasión literaria central. Sus obras completas descansan siempre sobre mi mesa de trabajo. Ironías de la vida, yo que estudié en París durante los años treinta, no lo conocí. Ahí estaba él.

La música, la vejez y otras dolencias

Ninguna literatura, sin embargo me ha dicho lo que me ha dicho la música. La música para mí es básica. Durante toda mi vida acumulé una cantidad fabulosa de grabaciones de conciertos. Pero con la vejez he ido

abandonando muchas cosas y cada vez me he quedado con menos. La vejez es una renuncia, todo lo que se va cayendo y todo lo que va sobrando, lo va uno dejando y ésta es una tarea difícil y dolorosa. En la música me he quedado con ciertas constantes. Entre los modernos, podría mencionar a Shönberg, bastantes cosas de Stravinsky y a Bartok. Para mí el idioma moderno comienza con este último y no sé por qué yo asocio a Bartok con Vallejo, con Huidobro, con el movimiento Dada y con James Joyce. Para mí es el mismo idioma. Por otra parte, si a mí me hicieran la pregunta idiota esa, qué hubiera querido ser usted, de no ser escritor (médico, bombero...), yo respondería que me hubiera gustado ser Juan Sebastián Bach. Se lo comenté a alguien por ahí, y él me respondió que a él no, ya que de haber sido Bach, no hubiera tenido el placer de escucharlo.

La filosofía zen y los caballos

No soy cristiano, ni mahometano, ni nada por el estilo. Sin embargo tengo un espíritu profundamente religioso y no lo niego. No es que me quiera ir al cielo, pero guardo un gran respeto por lo que me es superior. Y para mí los caballos resumen de alguna manera el sentido de lo sagrado, están ligados definitivamente a la salvación del hombre. Si el hombre se ha salvado de las grandes catástrofes naturales ha sido seguramente montado al lomo de un caballo. A pie jamás le hubiera dado tiempo. Es a partir de este animal que el ser humano ha superado sus infinitas limitaciones. Por desdicha han servido

también para la guerra o lo que es lo mismo, para matar. Pero para mí los caballos son de una presencia absolutamente sublime, de una belleza inenarrable. Yo resuelvo, por ejemplo, mis problemas intelectuales montando a caballo a través del ritmo inherente a este ejercicio. A la manera de esos monjes budistas que le dan la vuelta a la torre sagrada, repitiendo mantras que terminan por adormecer el cuerpo, por liberar el espíritu y el intelecto.

El discreto encanto del poder

En algunas ocasiones en mi vida tuve mucho poder. No lo tuve muy joven porque andaba por ahí exiliado. Pero a eso de los treinta años me involucré de lleno en la Revolución de Octubre. Del 45 que regresé a Guatemala a los 50 que me volví a ir y en esos cinco años fui secretario general del Frente Popular Libertador, presidente del Congreso, vicepresidente de la República, embajador en la ONU, es decir, acumulé una dosis de poder considerable. Sin embargo, jamás tuve conciencia de este hecho o, mejor dicho, como éramos muchos, nunca tuvimos la noción del caudillaje. Éramos un equipo de gente, más que competente, intuitiva, demasiado jóvenes, pero intrépidos y atrevidos. Y es por eso mismo que yo odio a los viejos. Los viejos son una mierda, se acobardan. Todo lo que se detiene es viejo. En aquel entonces, nosotros nos lanzamos a hacer el Código de Trabajo, la Seguridad Social, echamos a un embajador gringo que se atrevió a pedirle cuentas a Arévalo. No nos dimos cuenta, por otra parte, del poder que habíamos alcanzado,

de haber sido lo contrario la cosa no hubiera acabado, como acabó. Y nosotros somos culpables en gran medida de este hecho. Porque a pesar de que Arbenz realizó el mejor plan de gobierno que se ha realizado en este país, cometió gravísimos errores. El más funesto fue el haberse rodeado de una gentuza que se cagó en toda la obra de la revolución. Pero en fin, el poder no nos maravilló, lo ejercimos con demasiada inteligencia, sin pasión, y a la hora de crear, la inteligencia puede ser demasiado peligrosa, porque te mide. Cuántas cosas hubiéramos podido haber hecho, si hubiéramos tenido más audacia, en un momento en que esto en el mundo era posible. Hoy definitivamente ya no se puede.

Viva la vida

Desdichadamente con la edad he perdido mi pasión por el poder, algo que debería recuperar ahora y, sobre todo aquí, para intentar cambiar esta vida, estas cosas tan horrendas que suceden. Pero no, ya la perdí y con ella se han ido perdiendo otra infinidad de razones para vivir. Miro con profundo espanto el momento, por ejemplo, e que ya no podrían gustarme las mujeres. Para mí esto sería una catástrofe. Claro que yo estoy en una edad en que si bien siguen apasionándome las mujeres, a ellas ya no les apasiono yo. Ellas andan buscando otras cosas y esto es muy dramático, ¿me entendés?

Siglo XXI, Magazine 21
7 de mayo de 1995



Mis memorias

Empezaron en 8/2002

Mario Monteforte Toledo

Mis primeros recuerdos

El primer patio estaba rodeado por tres anchos corredores de immaculados ladrillos de cemento y por el comedor que lo dividía del resto de la casa. Al centro, una fuente donde no faltaba jamás de día ni de noche, ponía su toque árabe en la casa; porque a lo español lo evoca el metal, a los mayas la madera y a los árabes el agua. Entre los pilares de pino colgaban hasta el suelo las colas de quetzal; no había casa de gente más o menos acomodada sin ellas y sin una jaula de canarios que llenaban de sonidos amarillos el día hasta que los tapaban con una manta al caer el sol. Yo los malquearía tanto como a los gatos, aunque no me daban alergia de estornudos. Los Toledo presumen de sus debilidades –como todo el mundo–, incluyendo sus alergias contra el pollo, las fresas, la cebolla, los mariscos, el polvo doméstico, las plumas, la lana –para divertirlos añado la pobreza

y el trabajo. Me envenenaba el pescado; pero me curé después de esperar la muerte tras comerme una enorme lonja de róbalo en la entonces selva del Petén, uno de esos días en que no se deja cazar ni siquiera un mono. (Lo cual provoca siempre la misma pregunta: “¿A qué sabe el mono?” Pues quizás a gente).

Me dedicaba yo a jugar entre “mis” geranios –la otra mitad era de mi hermano, a quien mi madre había llevado al dentista– cuando mi padre me llamó en su voz de mandar para lucir autoridad ante los extraños. Estaba con un señor catalán de apellido Banús –los nietos todavía nos queremos–, lo más parecido a un amigo que le conocí; repantigados en unas sillas mecedoras, tomaban copas en el corredor. Dirigiéndose a él y sin mirarme, dijo:

—¿Este? No... Este es el de aquí. El otro es el europeo: rubio, ojos claros de piemontés...

Y disponiéndose a tomar su copa, me despachó con un ademán.

Yo no tenía aún cinco años.

*

También al patio de los geranios pertenece mi segundo recuerdo. Era día de riego y la Tomasa me ordenó subir por la escalera de dos bandas –que parecía una cuña descomunal– a regar las colas de quetzal. La Tomasa me dio de mamar cuando mi madre quedó sin leche, y desde entonces fue mi aya; pero tenía mal genio y no le gustaba su trabajo. Nunca pude conven-

cer a mi madre de que a veces me pegaba –aunque no muy duro. Usaba el traje de las indias de Mixco –suburbio de la capital– y nunca usó zapatos porque decía que la tierra desnuda daba fuerzas. Me costó subir cuatro peldaños y miré hacia abajo. El suelo siempre me ha gustado porque esconde esbozos de gentes y cosas y acepta las que uno inventa. Alcanzaba a ver los pies descalzos de la Tomasa, con las uñas oxidadas como los viejos formones. Me empujó hacia arriba y continué hasta que mi brazo llegaba a la maceta. En el techo había manchas de humedad y un pequeño panal hirviendo de avispas, en cualquier momento dispuestas a devorarme; desde lejos les tirábamos con honda para que se alborotaran y picaran a las criadas. A un lado se divisaba el cielo, donde comenzaban las escaleras de los ángeles. Ya todo quedaba muy lejos, tal vez hasta con niebla. La Tomasa gritó que cogiera la regadera y al soltar una mano la tierra, enojada, me jaló de cabeza.

Después de eso hay un silencio duro en mi mente, un silencio opaco donde caben lo mismo un instante que un año.

Un dolor redondo, completo, me invadió el cuerpo; yo estaba convertido en un dolor y despedía un chirrido agudísimo, de esos que sólo los perros oyen.

Lo primero que vi fue el techo blanco del hospital y a mi hermano, sentado en mi cama. Atrás hablaba mi madre con una mujer vestida de blanco que traía un frasco y una cucharilla llena. Mi hermano sonrió y yo supe enton-

ces que estaba vivo y no sabría decir si me gustó o me angustió.

-Ya no tiene nada -proclamó adornándose con todos sus lindos dientes.

Esa noche le tocó a la Tomasa velarme. En el baño encendió su cigarrito de tusa y espantó el humo prohibido. Me dijo que si “contaba algo” iba a romperme la cara.

Me quedó en el occipital un promontorio como la mitad de una naranja. Me dijeron que las deformidades del cráneo son signo de inteligencia; pero averigüé la falsedad al verle la cabeza como perfil de dromedario a un ministro a quien se atribuían palabras sabias, quizá porque nunca dijo nada.

Durante semanas me ponía rojo cuando trataba de hablar. Luego tartamudeé casi un año; todavía, de cuando en cuando, se me rebela alguna palabra y he aprendido a cambiarla rápidamente por otra o a saltar sobre ella. Quizá durante esos silencios tan agrios decidí ser escritor; aunque quién sabe porque a nosotros también se nos encabritan las palabras.

Pensando, me espantó que cupieran tantas cosas sin nombre en la cabeza. Una bola de puré muy espeso se me atragantaba y me amargaba la boca. La cólera no me servía para librarme de eso y de la vergüenza y el temor que me daba sentirlo. De alguna manera sinuosa se relacionaba con la Tomasa y un poco menos, también con mi padre. No sé cuánto tiempo tardé en saber que eso se llama odio y es feo y rebaja.

Desde entonces me quedó la fobia a las alturas; comienza en el tercer piso al mirar por la ventana. Se me ponen las manos heladas, se me moja la frente de sudor y debo frenar el impulso de tirarme ventana abajo. Nada me pasa en los aviones desde que en un vuelo de Praga a Bucarest a bordo de un Mustang que debió servir en la segunda guerra mundial y para asustar a los guatemaltecos cuando los yanquis aplastaron a la revolución del 44-54, antes de transportar pasajeros en sus asientos de metal, un rabino de barbas amarillas a quien yo iba preguntándole la hora a cada rato cerró su libro y me dijo en medio descifrable rumano (algo no tan remoto semejante al español):

—¿Sabe a qué altitud vamos? Como a tres kilómetros. Si cayéramos nos hacemos caca. No nos va a doler nada.

Desde entonces no les temo a los aviones. Pero me reservo algunas opiniones: preferiría caer en el mar y no en la selva, y no de noche sino con sol. El mar mata a la muerte y la selva mata a la vida.

En fin: así termina mi segundo recuerdo.

Yo acababa de cumplir cinco años.

El terremoto de 1917

El 24 de diciembre explotó el terremoto, a la hora en que olía a pino y a corozo y a collares de manzanillas y a sudor de gente limpia. Era lindo volver a ver a los pastores maltrechos por quién sabe cuántas guardadas entre

papeles y trapos viejos, la mula y el buey más chiquitos que el Niño Dios desnudito y boca arriba y con las manos dispuestas en forma de flor. Todo el mundo parecía bailar al son del tututico de las tortugas y los pitos de agua y los multicientenarios villancicos que muchos años después también oí en España.

Mi padre había sobrevivido a dos terremotos en Italia y mi madre se estremecía cuando se hablaba de las ruinas, y se sentaba siempre cerca de la puerta “por si hay temblor”. El miedo en la cara del uno sólo era menor que el miedo en la cara del otro. Desde hacía un par de meses habían comenzado los remezones con hipócrita inocencia, como la del lanzador que tira una bola antes de soltar la mortal curva de un *strike*. Mis padres edificaron en el segundo patio una “temblorera” capaz de resistir los estremecimientos del fin del mundo, y la surtieron de bastimento como para sobrevivir a una guerra. Allí dormíamos la noche de la catástrofe. Al despertar, mi hermano dijo que estaba soñando un gran barco zarandeado por un lago de miel de abeja; dormido o despierto, a mi hermano siempre le sucedía algo extraño.

Por la ventana vimos que todas las cosas están hechas de pedazos y un día se juntan en formas útiles antes de volverse polvo. Los techos caían a plomo, como tortillas de gigantes, y la robusta caja de caudales plantada sobre una mole de cemento en el escritorio abrió un hoyo en la pared de la sala y rodó hasta la calle como para que jugara fútbol el equipo nacional. Un gato pasó enfrente, se orinó en ella y salió disparado. Al despedazar-

se los muebles, la vajilla y las copas caían unos sobre otras con alegre tintineo. Lo más sorprendente era la infinidad de cuadros y trastos y ropas y relojes y libros y frascos que había en las casas derruidas, y ahora reducidos a basura sobre los escombros de la ciudad. Las ratas y los ratones corrían cambiando de dirección vertiginosamente y los gatos atravesaban nuestra mirada como flechas. Los perros, escondiendo la cara para no ver, se acurrucaban en los rincones. Un polvillo pardo, inmóvil, se espesaba sobre la ciudad y hacía más lejanos los aullidos, los gritos, las oraciones, los estruendos, las campanadas, los lamentos, los relinchos de los caballos que abiertos de patas esperaban inmovilizados por el terror. Lo que más se dejaba oír eran todas las formas del llanto, del susto de ver muertos y heridos y agonizantes. Así fue la primera noche, y al día siguiente. La segunda noche se iluminaba con los incendios y por las calles pasaban los chorros de los desagües reventados llevando animales con las barrigas pálidas.

Pero del terremoto del 17, con todo y su catástrofe que no sé por qué sentía ajena como un espectáculo de los circos ambulantes, conservo total, incomparable, desmesurado como un estallido de todo, el más maravilloso recuerdo. El hecho es de los que por su tamaño y globalidad no caben en la literatura; pero sí en la imaginación y la nostalgia. Ha habido en el país otros salvajes terremotos, como el segundo, el que dejó en hermosas ruinas a La Antigua; pero *el nuestro* trajo consigo los más rotundos y duraderos cambios nacionales.

En un cuarto dormíamos mi hermano y yo. A la primera sacudida de la tierra se cayó el cuadro del ángel de la guarda que colgaba entre las dos camas y le partió la cabeza a mi hermano. Nadie en la casa estaba para ocuparse de nadie y a mí sólo se me ocurrió cubrirle la herida con una almohada; las almohadas siempre me han parecido un símbolo de paz y de consuelo. Así empezó mi pleito con Dios, que iba a invadir hasta lo metafísico entre terribles pensamientos hasta que a los 14 años comencé a leer a los grandes herejes -Voltaire, Renan.

Todos los vecinos malquerían a mi padre, especialmente los de enfrente, que prohibieron a sus hijas jugar con nosotros. Pero al día siguiente de la catástrofe llegaron humildemente a pedir posada y se instalaron los grandes en la sala y las niñas en catres en nuestro dormitorio. Tres noches después, la mayorcita, que me llevaba un año, se pasó a mi cama quejándose del frío y no tardó en pegarseme hasta que entre los dos no cabía un papel. De madrugada se despertó, me besó en la mejilla y corrió a su cama.

Al día siguiente las niñas fueron trasladadas a la sala con sus padres. Esa noche se me paró el pajarito por primera vez; me asusté, pero mi hermano opinó que eso siempre ocurre en los terremotos. Pasaron los tiempos y un día nos encontramos con mi efímera compañera; se había divorciado y nos acostamos juntos, esta vez sin ayuda del terremoto.

Es difícil concebir que haya una ciudad entera absolutamente desierta y convertida en montones de ladrillos y

adobes despedazados y papelitos que se lleva el viento. La gente buscó abrigo en los alrededores, desde el Sauce y el potrero de Corona a Pamplona y el Guarda Viejo. Hasta el cementerio se pobló con los desesperados más valientes, que se instalaron en los nichos vacíos y funcionaron como colonia durante varios años. Nadie estaba para invocar la propiedad privada, que había desaparecido, dejando comunes no sólo el cielo y sus estrellas sino también esa tierra de nadie que era lo derruido. La gente edificaba barracas con láminas y cartones y alfombras y abría pozos para letrinas; los modelos eran las casas de los más pobres, a quienes ahora todos nos parecíamos. Colgando de lazos atados a parales o a los árboles se secaba la ropa poniendo lujo de azules y amarillos y rojos al verde del campo. Los más dichosos encontraban sitios desiertos donde algunas vacas se desvivían por la escueta pastura.

Nosotros nos refugiamos en el Guarda Viejo entre la arboleda de una pequeña granja donde nuestros familiares acampaban los fines de semana. Hasta los niños ayudamos a construir dos barracas, una para la familia y otra sólo para víveres y herramientas, porque las empleadas huyeron despavoridas a sus pueblos. “Allá por lo menos podemos salir corriendo”, nos explicó una de ellas. En los barrancos cercanos vivían los marraneros y los ladrones. Sus hijos fueron nuestros primeros amigos; nadie nos enseñó más que ellos. Una tarde mi madre estaba sola, y con una fortaleza por completo ajena a su temperamento angelical agarró desesperadamente a un hombre cargado de cosas envueltas en una colcha

y gritó “Ladrón... ladrón”; hasta que llegó mi tío, amarró al tipo y lo fue a entregar a la comisaría de Pamplona. Tres meses después y para hacer frente a la plaga de rateros que pululaban en el barrio, la policía nos mandó un guardián permanente; era Manuel, el ladrón sorprendido por mi madre; su hijo, Arnulfo, llegó a ser como hermano nuestro y ya de adulto tuvo dos taxis y se llevó a su familia a pasear a México.

De esa mezcolanza humana nació la nueva Guatemala. Sin sus casas, los ricos ya no tenían sino las fincas a donde sólo iban de cacería y para cogerse a las campesinas bonitas; sus hijas olían sabroso y trabajaron por primera vez dando clases de inglés o de francés a los vecinos; los pobres sólo las habían visto pasar en carruaje y retratadas en los periódicos. Los pobres nada tenían que perder sino su empleo y ahí, de cerca, eran inofensivos y de nada se quejaban; todos éramos iguales porque carecíamos de lo mismo. Los muchachos de las modestas clases medias eran simpáticos y algunos sabían cosas; no había absolutamente nada que hacer y los padres no podían vigilar todas las penumbras y las ausencias. Por otro lado los hijos de los ricos les gustaban a las hijas de los pobres y las noches eran largas y amables en la espesura de los bosques.

Este ambiente cálido de cercanías creó por primera vez una variedad de condiciones hasta entonces desconocidas para la libertad y la igualdad. También sobraba el tiempo para analizar qué era y por qué existía la dictadura; fue ahí, en las barriadas promiscuas imposibles de

cubrir con policía y espionaje donde surgió el “unionismo” en 1922, con los planes viables para derrocarla.

*

Mas para quienes el terremoto sólo tuvo consecuencias sublimes fue para los niños. Durante dos años no hubo escuelas. Desaparecieron los suéteres, los abrigos, las emulsiones, los temores a la libertad y a perder la autoridad materna que estaba creando una niñez cobarde, racista y sometida hasta la mansedumbre, con una noción perversa de lo que eran el pecado, el infierno y el riesgo de pensar. Yo conocí la luna la noche del terremoto: según mi madre, la oscuridad era maligna y nos encerraban a las 6 de la tarde a ver libros ilustrados o a jugar juegos de cretinos. Mi hermano opinó que la luna era un agujero por donde se podía ver a los ángeles y yo creí que era el sol descansando en la oscuridad, con lo cual me acerqué más a la cosmografía los demás patojos adivinos. Sólo los Irigoyen tenían automóvil; la hermosa señora fue la primera mujer que manejó. Nosotros éramos de carruaje, con dos caballos que fueron nuestra delicia; el alazán me botó y me rompió la muñeca derecha y el tordo me destripó la pierna contra un ciprés. Hacíamos nidos en los árboles y aun antes de leer a Salgari vivíamos aventuras internacionales.

Una mina de arena abandonada fue nuestro castillo amurallado y la sede de nuestras mayores imaginaciones. La cundimos de espadas, alfanges y cimitarras de madera, de fetiches individuales y de “sustracciones” de nuestras casas. Llegamos a ser como doce conjurados;

nuestra cuadra constaba de los caballos de verdad y de treintidós andaluces -sea cañas con sus respectivos nombres, que comían arroz y rapadura. Luego ascendimos a pieles rojas y nuestro armamento cambió a flechas y tomajauks; nosotros éramos los siux y entramos en guerra contra los cheyenes -los chicos organizados del barrio vecino. Un día tuvo que intervenir a cuerazos mi tío para salvarle la vida a un jefe cheyene al que estábamos a punto de quemar amarrado a un ciprés. La aceptación de mujeres en la cofradía fue objeto de largos párrafos, donde ya surgía el machismo. Finalmente, aprobamos los requisitos de ingreso: pegarle al blanco con flecha a treinta pasos, treparse al árbol sagrado en dos minutos, sustraer de su casa dos objetos considerados de utilidad para el común y dos sábanas, y dejar que les pusiéramos en el sexo una margarita. Aquel rito estaba purificado por la inocencia; pero no sé cómo, las niñas sembraban inquietudes en la comunidad y nos enseñaron los celos, que por lo menos a mí me han jodido incurablemente toda la vida; no me curé ni leyendo a Stendhal y a Freud.

Aquella vida abierta nos aproximó a multitud de realidades, algunas estremecedoras. Vimos de cerca al primer muerto y creímos que la muerte era un castigo injusto; vimos nacer a un niño, vimos hacer el amor tantas veces que dejó de asustarnos, descubrimos que a los adultos -inclusive a nuestros padres- les aparecían defectos repelentes. Descubrimos la mentira, el engaño, la sordidez, la discriminación. Pero también descubrimos que todos tenemos mucho bueno; hasta mi hermano y yo, que por enfermizamente mimados acaso fuéramos los más de-

formes –sobre todo yo. Aún estábamos demasiado tiernos para saber que la fraternidad entre las gentes no se basa en las cualidades sino en los defectos, y que no nacimos para solos sino destinados a compartir con muchos, muchísimos, todo lo que cabe entre los cuatro horizontes.

Un día encontramos a mi hermano tirado en el suelo y echando espuma por la boca. Se había tragado unas pastillas dejadas por mi padre en la mesita de noche con frascos y una jeringa. Mi padre cayó de rodillas y mi madre no pudo ni siquiera llorar. Se llevaron a mi hermano al hospital y a los pocos días volvió. No supe, entonces, que mi padre era morfinómano, causa de descomunales y perpetuos trastornos económicos y morales en la familia y de mi agresiva repelencia a las drogas. Cuando ya iniciábamos la Universidad, un compañero con quien estudiábamos en mi casa me dio a probar marihuana. Al principio sentí irresistible impulso de reír; luego me invadió la urgencia de salir corriendo por la calle sin huir de algo ni ir a ninguna parte. A pasos muy largos, como los de cámara lenta del cine, llegué acezando a un parque y me senté a oír los latidos del corazón y unos chorros de petróleo que me cabalgaban por las venas. Un policía me preguntó si me pasaba algo. No sé si era algo; pero me acogotaban un miedo incontenible y la sensación de quedar petrificado para siempre.

*

A los siete años me enamoré por primera vez; la gente grande ignora la intensidad de ese sentimiento, que se asigna en exclusiva a los adultos (así como la inteli-

gencia, la gracia, la capacidad de crear y de saber). A mi padre le regalaban en la embajada italiana preciosas revistas ilustradas; la más suntuosa traía la foto de las dos princesas hijas del diminuto rey de Italia y de una montenegrina yugoslava en cuyo alto cuello se asentaba la cabeza de un despampanante icono bizantino. No conseguí que mi hermano se enamorara de Mafalda, la hermana de Yolanda –mi amada– para que todo quedara en familia, porque prefirió un Alfa Romeo desplegado a página entera. Pegué la foto de Yolanda en un cartón, la protegí con una tela ahulada y la escondí en una de mis macetas de geranio. Casi veinte años después, una amiga rica vecina de Madrid me invitó a cenar y para añadir encanto irresistible me dijo que la dama de honor era la princesa Yolanda de Italia. Apenas pude disimular el sobresalto. Esa noche, en pleno insomnio de cavilaciones, decidí no ir. Sólo quienes han amado de niños entienden esas trágicas renunciadas. Dice una de mis hijas que no fui por no verla ahora sino para que no me viera ahora.

Este amor me duró hasta que a los catorce años encontré a una niña de mi edad por completo digna de mis primeros versos. Es la única mujer por la que me he levantado a las 6 de la mañana a caminar por el cerrito del Carmen, y la única por la que me di de pescozadas con los varios a quienes ella también les fascinaba. A los seis meses, una tarde –por supuesto sombría, lluviosa y necesitada de paraguas– me llamó para comunicarme por la ventana que el amor nos estaba haciendo daño porque ya no estudiábamos, y a manera de mortal despedida me dijo con retórica de serie mexicana de ra-

dio: “La senda de la vida es larga; tal vez volvamos a encontrarnos”. Me fui llorando. Desde entonces odio los paraguas, aunque racionalmente sé que ninguna culpa tienen de nuestras desgracias y particularmente de la mía de aquella aciaga tarde.

Mi primo Luis Felipe, criado y vivido en el extranjero, fue siempre mi “maestro de vida” y después de enterarse de mi tragedia prescribió el tratamiento. Con uno de sus vívidos discursos me recetó emborracharme e ir donde las putas francesas, unas que atendían su elegante negocio en la décima avenida norte e influyeron considerablemente en la cultura nacional. Una se llamaba Ivone y a los años la encontré de señora de casa en París. Esa noche me puse la mayor soca de mi vida. Cuando amanecí era de día y estaba en pijamas en mi cama. Mi madre opinó que necesitaba un purgante porque algún alimento me había indigestado; con heroica firmeza rechacé uno de esos remedios repugnantes heredados a la familia desde tiempos indignos de memoria.

A mi amada de los catorce años le fue mal. Se enamoró de un hombre casado y canallesco que en el escritorio de su bufete la hizo abortar hasta la muerte en manos de una comadrona de La Parroquia, dejando un niño a quien de seguro le hicieron creer que su madre era la Caperucita Roja.

No volví a tener novia y quedé predispuesto a la desconfianza y a no entregarme de lleno a ninguna mujer. A no pocas de las mujeres que he tenido, retorcidamente y por maldito de algún modo les he hecho pagar aquella

despedida bajo la lluvia. Una de ellas me dijo: “¿No te das cuenta de que cuando hacés sufrir el que de verdad sufre sos vos?” Sólo de esto me arrepiento, y de todo lo que no he hecho; otra me dijo que pierdo las cosas para castigarme por mis perradas y otra se metió con un mi amigo y se fue con otro; era la más inteligente y nunca la he llorado.

*

Un día –otro día lluvioso y nublado– mi madre nos comunicó que habían abierto de nuevo las escuelas de la ciudad, y acompañó la noticia abriendo los brazos al dirigir al cielo una conmovedora mirada de agradecimiento. De golpe, como si se partiera la tierra y salieran todas las inmundicias y los monstruos que atribuyen a su fondo las tradiciones universales, nos dimos cuenta de lo que aquello significaba. Mi madre no estaba en ánimos de advertir la tragedia que desfiguraba nuestros rostros; de inmediato se apresuró a hacer los preparativos para adaptarnos a la nueva vida. Todos los adultos del vecindario compartieron la felicidad; aquello parecía más animado que la fiesta del aniversario mayor de la patria.

Nos reunimos en la cueva; hermanados por la desgracia, desaparecieron las causas de las guerras interétnicas y concurrieron las pandillas vecinas (maras les dicen ahora). Durante largo rato no supimos qué decir. Luego se hicieron presentes las ideas de supervivencia. Unos propusieron que nos fuéramos a rodar tierras; otros que

las selvas del Petén eran inexpugnables; el mejor refugio; para otros la solución era construir una balsa y zarpar hacia los mares de Sandokán; los más indignados eran los más radicales y proponían incendiar todas las escuelas. La diversidad de opciones, en lo absoluto factibles –como se ve– nos sumió en el más tupido silencio. Los más racionales –Arnulfo y sus cheyenes– propusieron cerrar cuidadosamente la cueva y seguir acudiendo a ella los fines de semana, los días de guardar y los hurtados a la escuela. Aunque con cierta vergüenza, casi todos fuimos aceptando la sensatez de los cheyenes: hasta dos de los incendiarios, que semanas después acabaron uniéndose a la masa democrática, pero a los veintidós años terminaron de guerrilleros. Los más inteligentes –o los menos inteligentes, según se vea– nos revelaron una manida pero digestible moraleja: los acuerdos –sobre todo cuando se trata de pequeñas cosas– son más eficaces que los tiros para establecer la paz.

*

Después de la caída del siniestro gobernante de veintidós años, el país se hizo otro. Mi padre, que lo había servido en no sé cuáles turbias cosas desde su llegada al país en 1910, concitó odio y amenaza hasta las puertas de nuestra casa. Un día que madrugábamos para ir al colegio, mi madre nos informó que se había ido a Nueva Orleans con otras “personas”. Sin duda fue la presencia de mi madre, de “tan buena familia”, la que salvó a mi padre del linchamiento junto con otros cabreristas en el

atrio de la catedral. Yo no vi eso sino en unas fotos espe-
luznantes de la prensa; pero en varios años fue crecien-
do con imaginación grotesca y bárbara. Fue don José
Azmitia, un viejo de pintoresca facha y rebeldía, quien
arriesgando la vida detuvo la matanza. Por cierto que
uno de los salvados fue cruel jefe de la policía secreta de
los tres siguientes gobiernos militares.

*

Mi madre me envió con una pareja de amigos a Nueva
Orleáns para que acompañara a mi padre, que estaba en
un sanatorio de Kovington donde curaban toxicómanos.
Estuve interno en un colegio de curas. No puedo y quizá
no quiero recordar esos meses por vacíos y porque yo
sólo concebía a un Dios remoto, incomprensible, temible
y aposentado entre gruesas nubes de neblina y humo de
cirio quemándose; pero allá Dios hablaba en inglés y lo
publicitaban como galleta y cereal de maíz. Lo más recor-
dable de aquellos días neutros, sin olor, como el cartón,
era mi soledad: yo me veía como oro frente a una ventana
sin verdes ni nubes, sólo una faja sin color, giratoria y
eterna. Por la ventana sólo entraba ese olor parecido a la
hedentina inseparable de las ciudades grandes.

Un señor Quiñónez, el nuevo presidente de El Salvador, lla-
mó a mi padre como asesor de algo y para allá nos fuimos
todos. Nos pusieron en un colegio dirigido por el maestro
Chaparro, un alegre mexicano –el primero que se burlaba
de su apellido–; le decíamos el enano gigante porque era
muy alto. Vivíamos en un departamento del hotel Nuevo

Mundo, frente a la plaza central con su inevitable general ecuestre al centro. Vivir en hotel es una conspiración contra el hogar, una especie de exilio en el aire donde no se descompone nada ni se chamusca uno con la llave del agua caliente o el ladrillo con la marca negra o el colchón oprimido exactamente por el cuerpo de cada persona. La soledad se vuelve imposible: entra la criada con las toallas limpias, anuncia un botones que abajo espera una visita o la llegada de una carta. Las comidas iguales, todos los días, saben a cartón y huelen a matamoscas,

Pronto formamos una pandilla de corsarios cuyos enemigos eran los ingleses; nuestra larga experiencia del terremoto nos hizo líderes de los recreos y los feriados. Mi único recuerdo odioso de ese año es del maestro del cuarto grado; era fornido, piel oscura y gafas pequeñas de aros metálicos y tenía muy buena letra; se llamaba Espinosa y como su nombre lo indica no empleaba violencia sino astucia y maña para humillar a quienes le caíamos mal. Un día les dijo a mis compañeros que yo hablaba mal de ellos y pidió alzar la mano a quienes aceptaban mi expulsión de la clase. Sólo mi carnal amigo Roberto Arbizú se quedó inmóvil. Con la mirada fija en el maestro, los demás me volvían la espalda.

Parecían los alambres de una jaula donde me encerraban con una bestia pestilente, o un muro que me separaba del mundo. Quise decir algo, reventar mi odio y sacar mi humillación sin lágrimas; pero me agobiaba la sensación de haber perdido los sentidos, la voz, la rutina de moverme. Sentí que tragaba un bodrio más espeso

que el petróleo. Mi amigo me miraba con dulzura, igual que si me descubriera agonizando. No sé cuánto tiempo después traté de entender aquella horrenda maniobra y llegué a la conclusión de que yo mandaba demasiado siendo extranjero. Probablemente mediaban otras razones para hacerme repugnante; pero las he olvidado o no quiero reconocerlas. Debo haber reunido una buena cantidad de cualidades al revés, de esos motivos destinados a convertir a los adultos marginados en incendiarios y asesinos. Ahora me doy cuenta: este episodio pesó en mi rechazo a la embajada en El Salvador cuando me la propuso el presidente Arbenz a principios de 1954, cuando ya sabía o presentía su caída. Me reemplazó con ventaja Miguel Ángel Asturias. Después tuve relaciones muy queridas con una salvadoreña y con tres escritores: Salarrué, Trigueros de León y Claudia Lars, una linda mujer a quien quisimos casar con un decorativo abogado guatemalteco que se bajó del automóvil y echó a correr cuando los amigos íbamos en masa a la boda casi rural minuciosamente preparada en un barrio de la capital. Ella, como en los corridos flamencos, se metió a monja. Consigno también mi gran admiración por el pueblo salvadoreño por su fe en él mismo, su descomunal capacidad de trabajo y de unirse para grandes proyectos. Atestiguan su coraje haberse lanzado a la primera revolución popular aplastada por agentes militares norteamericanos en 1932 con saldo de 35,000 muertos, y a la mayor y más poderosa y duradera habida en la América Latina, que al culminar en una paz negociada

pudo formar parte del régimen pluralista que está llevando al país a un emocionante progreso.

*

Antes de cumplir 14 años me fui de mi casa “a rodar tierras”, con el atuendo prescrito por los clásicos del tema: una mochila de ropa, pequeñas cosas amadas y 40 quetzales que me regaló para navidad mi padrino Manuel Arroyo. Fue esa la mayor infamia cometida contra mi hermano. Ya no recuerdo las mentiras urdidas para justificar su exclusión del viaje; tal vez como única razón valedera pero inconfesable era no compartir la gloria o establecerme como su superior, porque cada día más lo sentía crecer y brillar pese a su adorable modestia. Salí antes de nacer el sol, un palo a manera de bastón para colgar a la espalda el pequeño bulto con elementales pertenencias y –por supuesto– una brújula. No muy ortodoxo era llevar entre un zapato los 40 dólares, mi capital. Tomé pasaje de ida a Puerto Barrios. En los muelles, hombres medio desnudos y entecos cargaban pencas de bananos en el vientre de un barco muy blanco cuyo nombre era Copename. Había negros y mestizos chamuscados por el sol, todos tristes, ausentes, de ojos rendidos y amarillos. Se veía pasar bonito el verdeamarillo de la fruta con el moreno o el negro de la piel de los estibadores. No sé por qué al más viejo le conté mi aventura y se echó a reír. Escondiéndome entre las pencas me metí a la bodega donde se amontonaban todos los bananos del mundo. El buen hombre me llevó tres

panes con frijoles y una botella de refresco. Cuando a la mañana siguiente zarpó el barco, yo ya iba tan mareado que me creí víctima del castigo de Dios; además, me aterrorizaban los crujidos de las pencas, señas de posibles alacranes y culebras del color de los tallos. Maldije a Salgari y sobre todo a Verne por haberme enloquecido como los Amadises a don Quijote. Por una claraboya distinguía la luz de la oscuridad. Al quinto día percibí el vago y ronco murmullo de una ciudad con sus voces estridentes, y abrieron la bodega. Con la misma táctica para abordar bajé al muelle y me dio vueltas la tierra; pero yo ya había vomitado hasta sangre y me derrumbé sobre unos cables.

De pronto oí que hablaban un extraño español y me acerqué.

Eran dos puertorriqueños y un mexicano que acababan de descargar el banano. Pude haberme embarcado para Indonesia o Groenlandia; pero estábamos en una Nueva Orleans para mí desconocida. Confieso que me sentí bastante decepcionado porque de alguna manera yo pensaba en destinos más remotos y exóticos.

Todos los hombres del pequeño grupo habían entrado al país sin documentos y el mexicano se apiadó de mí y me apuntó la dirección de su casa en una tablita. Era en la calle Napoleón 368. Le pregunté si quedaba lejos. "Aquí todo queda lejos", repuso. Un marinero que iba de regreso en el Copename me cambió los quetzales por dólares. Desde entonces, a todos los santos los encontré

de frente, con inevitable desgarró porque aquello era de un realismo fácil, cotidiano e indigno de la memoria de Salgari y de Verne.

A doña Pili la había abandonado su marido y vendía tortillas y tacos a los mexicanos del barrio; pero la familia ya no pasaba apuros porque Nacho el estibador y su hermano Chema el caballero ganaban bien y podían, incluso, sostener los estudios de la Mela, ya de quince años. Mi aventura les cayó en gracia y yo respondí ayudando en todo lo que podía, incluso con los deberes de la Mela, como la mayoría de las muchachas hermosas, haragana y gorrón y creída.

Chema me llevó a la cuadra donde trabajaba. Tenía siete caballos de carrera y unas instalaciones como las de un hotel caro. Yo lo ayudaba a limpiar las caballerizas y cepillar a los animales. Cuando se acababa el trabajo los acariciaba, incluyendo a un potro al que entrenaban especialmente para una importante carrera. En esas estaba cuando apareció el dueño, mister Twayman -tal vez no se escriba así su apellido, pero así sonaba-, ex jugador de fútbol americano, cara redonda, escaso pelo azafrañado y un aire bondadoso y tranquilo. El potro era su locura; a veces se acordaba de él de noche y se levantaba para ir a verlo.

La segunda etapa de mi destino principió cuando me dejaron pasear a pie a los caballos y hacerles picadero con cuerda. Mister Twayman me encomendaba cada vez más tareas relacionadas con el potro y elogiaba el trato fraternal que yo les daba a todos los animales. A Chema debo el inicio de la tercera etapa: cuando me dejaron

montar y llevar a los caballos al andar, al paso y al trote. No me entrenaban para correrlos porque por la estatura y el peso ya no calificaba como jinete profesional.

Ganaba yo un sueldo que no me permitía saber para qué sirve el dinero. Doña Pili se opuso a que cambiara de domicilio y a recibirme dinero; pero yo aportaba legumbres, fruta y regalitos que le humedecían los ojos. Una noche invité a toda la familia al cine y a cenar, y la Mela me dio un beso. Esa misma noche se metió en mi cama y me enseñó a hacer el amor; fue la noche que cumplí 14 años. De seguro mi experiencia fue la de cualquiera en ese trance. Me asustó oírme el corazón, me faltó el aire y me invadió el mismo terror que debe haber sentido Adán al descubrirse como persona negadora de la muerte y desde entonces cautiva del más redondo de los placeres. La Mela respondió a mis angustias y mis temores con la dulzura y la ironía de una buena maestra. Cuando le pregunté dónde había aprendido todo eso me dijo que en sueños. Quién sabe porque yo la vi dos veces con distintos hombres; la dejaban despeinada y colorada en la esquina y no entraban en la casa. Con Chema conseguía tarjetas postales extranjeras y le encargaba a los marineros enviarlas a Guatemala desde los lugares más improbables: Tombuctú, Madagascar, Bangkok, Shanghai. Era menor mi vergüenza por cometer la farsa que el placer de imaginar las consecuencias en Guatemala, con la correspondiente inflación de mi fama.

Mister Twayman era dipsómano y cuando estaba en onda su mujer lo echaba de casa y se iba a vivir a un departa-

mento arrendado por año en el Grunewald. Yo era el único que lo cuidaba. Un día bajaba de sus habitaciones cuando alguien me reconoció en el ascensor gritando mi nombre y abrazándome. Era don Manuel Arroyo, mi padrino, en viaje a Washington, y me contó las angustias de mi madre y la tristeza de mi hermano. En el fondo me ilusionaba volver a Guatemala, o mejor dicho irme de aquel país donde nada era ni sería mío, y lucirme convertido en hombre y en distribuidor de regalos y contador de emocionantes aventuras. No es fácil resistir a la tentación de que le crean todo a uno en estos países de sedentarios. A don Manuel nada le costó convencerme y me despachó en otro barco blanco con una familia de eso que se llama gente conocida, testigo de mis mareos y mi odio a aquel mar acostumbrado a rebajar a los pobres seres humanos.

*

Transcurrieron algunos meses antes de que dejara de ser leyenda y descendiera a la comfortable modestia de los demás. De este acto de magia es responsable el ilustre Instituto Nacional de Varones, padre de muy gratos recuerdos. Sólo uno me disgusta: el pleito con Urrutia, que me ennegreció el ojo y me dejó medroso para volver a pelear. Juré vengarme tan pronto me curara; pero Urrutia era de un pueblo y se lo llevaron porque habían matado a su padre y nunca más volví a verlo. Fue en el Instituto donde hice amigos de toda la vida. Esto suena bonito; pero en países tan dignos de agitación y de lucha por las ideas, es mucho más fácil perder amigos viejos que ganar nuevos.

Aquí aquí

A finales de los veintes comenzaron mi politización y el hartazgo de libros que iban a ser el cimiento de mi obra literaria y del tiempo perdido y nunca encontrado. Un médico colombiano que atendía las plurales enfermedades imaginarias de mi madre, en opinión de las familias de las vecindades fungía entre los muchachos la imagen de “culto” y un día lo esperamos en su carruaje y le consultamos qué leer. Pluma y papel en mano apuntamos *Atala y René*, *El genio del cristianismo*, un libro de Kant, las encíclicas de un papa que ya no recuerdo y el diccionario de la Real Academia Española. En bibliotecas públicas algo había; lo demás era necesario leerlo en las bibliotecas de algunos viejos –sitas en lo más sórdido de las casas– donde la generosidad no llegaba a dejar salir libros sino sólo a que los leyéramos destripándonos los ojos bajo focos sin lámparas y con luces amarillas y además parpadeantes desde el terremoto y el traspaso de la Empresa Eléctrica alemana a los gringos. Floreció entre los amigos el deporte de rivalizar en el número de páginas leídas. Meses, tal vez dos años tardamos “culturizándonos”. Para nuestra desgracia, nadie, ni entonces ni nunca, nos enseñó que la cultura se compone de lo que uno no ha leído. Recuerdo con odio a aquel médico que dada la injusticia campante en el mundo, murió de viejo en su cama. Ya entrada la secundaria cambió regocijadamente nuestra suerte y nos eocijó los ojos el conocimiento de un mundo vigoroso, cierto y provocador. Nuestro repugnante pasado intelectual se alejó hasta la remotidad y nos dimos cuenta de nuestra existen-

cia como individuos y con posibilidades de intervenir en la recomposición de las sociedades. Algo, unas voces como las antes reclamadas a los ángeles, nos decía que podíamos hacer un mundo a nuestra medida y a la medida de sueños cuya efervescencia cundía a nuestro alrededor...

*

Hacia 1925, Víctor Raúl Haya de la Torre andaba de gira por la América y no sé cómo vino a Guatemala y dictó en el Instituto y en la Normal de Maestros conferencias que remecieron a los estudiantes y a los jóvenes intelectuales. Habló de las bases indias de nuestras culturas, de la comunidad de destino, del antimilitarismo y del imperialismo norteamericano. Todo eso no era la Revolución Mexicana y Mariátegui, desde luego; pero literalmente aplastaba el degenerado positivismo que predicaba como filósofo oficial Adrián Recinos, por otros conceptos un buen estudioso de nuestra cultura original. Nunca pudimos entender cómo un pensador como Haya pudo rebajarse a propagandista de la política intervencionista yanqui desde los años cincuentas. Pero sin duda a sus buenas ideas de los veintes se debe nuestra radicalización, muy pronto orientada hacia la izquierda cuando entramos a la Universidad. Mi tesis de bachillerato se llama *La agonía antillana*; el título es ajeno, pero el contenido resulta de la rencorosa revelación del imperialismo regional y sobre todo en Guatemala.

Nombraron director del Instituto a un ignoramus que puso como inspectores a sus dos hijos, boxeadores semi-

pesados. Hicimos una huelga para sacarlos; aquello era inaudito, alarmante para una sociedad basada en la sumisión. (La primera huelga de Guatemala fue la de los obreros ferroviarios, a principios del movimiento del 44). El gobierno mandó a la policía armada; pero la detuvo en la puerta y uniformado de coronel, un profesor de matemáticas llamado Miguel Ydígoras Fuentes... Al mando de Chepeluis Bocaletti, que tenía una convincente voz de barítono, salimos del plantel formados y marchando entre los policías, que nos hicieron valla.

Durante el bachillerato, un encendido grupo de aventureros nos hicimos excursionistas; bajamos todos los ríos grandes en piraguas de hule y fuimos dos veces a la selva petenera. Éramos cazadores o pescadores, nadadores y jinetes. Los dedicados a las letras hicimos revistas de explosivo nacimiento y pronta muerte. Comenzamos a publicar cositas atentos a la misericordia de los periódicos (por lo general el de la página editorial les ponía como epígrafe “Literatura infantil”) y descubrimos de golpe los más grandes nombres de la literatura universal. Varios estudiamos lenguas; a mí me enseñaron francés desde niño en mi casa y el inglés me entró en Nueva Orleans (más tarde mi estadía en Inglaterra consumó el resto).

Por la mañana del día en que se cerraba la inscripción en la Universidad, cuatro amigos tiramos al aire una moneda para decidir carrera: Derecho o Ingeniería; salió Derecho. Semejante liviandad revela una temprana falta de fe en lo que esperábamos aprender al máximo nivel de la enseñanza nacional. No mucho tiempo después

comprobamos que donde se aprende a rango superior no es en los centros culturales sino afuera, en la vida que cada quien escoge y en los libros aportados por la buena fortuna. Más tarde también nos enteramos de que estudiar leyes sabiendo quién, cómo y para quién se promulgan no pertenece al género de la ciencia y de la justicia sino al de la ideología y el absurdo. El quehacer de los médicos se encuentra en la podredumbre del cuerpo; el del abogado en la podredumbre del alma. Sin embargo, lo que me enteré de lo jurídico y lo que practiqué como abogado entre los indígenas de Sololá me sirvió enormemente cuando me tocó remozar la legislación nacional en el Congreso de 1947-51.

La revolución universitaria

En 1918 nació en Córdoba, Argentina, un movimiento de profundos cambios en la Universidad que iba a influir en casi todo el mundo occidental: las Universidades figuran entre las instituciones más renuentes a transformarse. Centroamérica ya estaba agitada por la Revolución Mexicana –que había llegado a TODO el país– y vía Barcelona nos llegaban el marxismo y las primeras experiencias de la revolución en Rusia. De suerte que al menos la élite intelectual anhelaba los cambios y la fe en el futuro encendía a las juventudes urbanas. Era una época colmada de respuestas y de optimismo; su falta de programa tenía mucho de malo pero también mucho de bueno.

Apenas al entrar a la Facultad de Derecho en 1928 desencadenamos la revolución universitaria, con inmediato eco en las demás Facultades y en la Normal de Maestros, cuyo líder era Juan José Arévalo. Era un vasto programa de autonomía, politización, solidaridad con los pobres y actualización del pensum y de la investigación. En la Universidad Popular, estudiantes y profesores enseñábamos de noche a los obreros; mi curso combinaba la economía con el análisis de la sociedad local. En lo literario habían llegado de Francia el surrealismo y el dada, y provocaban gran creatividad, sobre todo en pintura y en poesía; la juventud había ocupado la vanguardia.

Los fines de semana íbamos a hablar con los campesinos. En las vacaciones trabajábamos en empresas norteamericanas “para conocer al monstruo por dentro”, como había dicho Martí; a mí me tocaron los ferrocarriles, donde ganaba 60 quetzales al mes –que ayudaba a dinamizar las comisiones rurales. Este despertar, alerta y combativo, fue el semillero de la revolución de Octubre en Guatemala y en varios de los países vecinos.

Al subir Ubico al poder en 1931 cerró dos años la Universidad porque los estudiantes se lanzaron a la huelga en protesta contra la expulsión de sus líderes. Ni el nascente poder económico ni los militares ni la rosca liberal/conservadora se dieron cuenta de lo que semejante paso iba a significar para el proceso de democratización del país. A México se fueron 40 a trabajar en las reformas agrarias del presidente Cárdenas y en el mo-

vimiento sindical; a Chile se fueron 23 y organizaron la reforma universitaria con Allende y los izquierdistas del Frente Popular; a la Argentina viajaron seis, entre ellos Juan José Arévalo y Raúl Osegueda –el más íntimo de sus partidarios–, y bajo la tutela de grandes humanistas como Calcagno y Mantovani se politizaron como bergsonianos y krausistas (ideología que hoy llamaríamos socialdemocracia avanzada).

Veinte nos trasladamos a Francia, donde era notable la efervescencia de ideas de toda índole, tanto en lo cultural como en lo político; dominaban el sentimiento antifascista y la adhesión a la República española. En cuanto a ideologización, podríamos simplificar diciendo que a los jóvenes nos separaban grados de radicalización, pero nos unía la búsqueda de la libertad, la dignificación nacional, el convencimiento de que había que reformar de raíz las estructuras de poder y el propósito de organizarnos para gobernar. Sentimiento remozado fue la conciencia latinoamericanista, resultante no sólo del sufrimiento de vasallajes comunes sino la fecundidad de los contactos personales.

En París confluía una densa oleada de intelectuales del nuevo mundo. Nunca antes hubo semejante contacto: sólo en el ámbito universitario, diez mil latinoamericanos integrábamos la mayor asociación activa del estudiantado.

En lo personal, le debo a esa temporada el ensanchamiento de las ideas, la conciencia de cuáles son las fuerzas históricas contrarias a la libertad y a la dignidad humanas, el método para diferenciar la realidad

de las versiones de los intereses personales, la clara y patética noción de la distancia entre el Tercer Mundo y los de arriba, y la debilidad de los que pugnamos por los movimientos de liberación. Todo esto me permitió vislumbrar que igual distancia nos diferenciaba de la URSS y especialmente del stalinismo desde la matanza de los ideólogos bolcheviques en 1935 y la subsecuente alianza firmada entre Stalin y Hitler. Continuó deprimiéndonos la renuencia del gobierno del Frente Popular de Francia a sostener a la República cuando en 1936 Hitler y Mussolini dirigieron y financiaron la intervención en España.

Entonces comenzó mi convencimiento de que las juventudes latinoamericanas no teníamos aliados y debíamos buscar rutas propias para conquistar el poder; la solidaridad entre todos nosotros se reducía a nota idealista e inofensiva. Nuestros pueblos estaban dormidos, aplastados por siglos de humillación. Debíamos arremeter contra la sentencia de Lenin: “Las revoluciones sólo las hacen los pueblos revolucionarios”. El triunfo de la Unión Soviética en 1919 demostraba lo contrario.

Este período cubre la década inmediatamente anterior a la segunda guerra mundial; fue más o menos en esa perspectiva que los aliados, para consolidar un frente total contra el Eje, engatusaron al mundo con la promesa de instituir en todas partes las Cuatro Libertades. Lo que no previeron fue que los países esclavizados iban a creerlo y a conquistar la libertad a tiros; por ejemplo en Centroamérica. La excepción fue Nicaragua. Cuando el

ex presidente socialista chileno Carlos Dávila enrostró al presidente de los Estados Unidos su apoyo “a un hijo de puta como Somoza” le respondió: “Sí; pero es NUESTRO hijo de puta”.

No es justo rebajar a los pueblos latinoamericanos por no haber hecho revoluciones como la de Guatemala. Gran cantidad de factores internos y externos entre 1944 y 1954 estaban de acuerdo: la oligarquía y la burguesía carecieron de medios para defenderse, los trabajadores se organizaron por la primera vez y sintieron el movimiento como suyo, la repulsa a la dictadura militar era unánime y el liderazgo era eficaz.

Universitarios e intelectuales de primera se habían *modernizado* y politizado a la izquierda: en Argentina como demócratas avanzados; en Chile como socialistas, en México como partícipes de la revolución agraria y sindical, y en Francia como adictos al Frente Popular y al antifascismo. Núcleo del movimiento era el grupo de estudiantes –sobre todo de Derecho– que venía luchando en el interior de la Universidad y conocía bastante el descontento de los pobres, especialmente los de la capital; habían sufrido vejaciones y cárceles y estaban en contacto con los maestros de la Normal. Con prudencia respaldaban ese movimiento profesionales de la alta clase media que procedían del Unionismo de 1922, y jóvenes oficiales asqueados del papel que jugaba el ejército.

Esta composición ideológica y humana no era un pandemónium; sus rasgos comunes eran: la búsqueda de la libertad y de la democracia, la eliminación de los milita-

res en el poder y la apertura hacia todos los grupos de la sociedad contrarios a la dictadura,

Como definición podría aceptarse que la ideología común era el centro izquierda, aunque no siempre esos grupos supieran técnicamente su significado.

En lo internacional, los aliados habían aplastado al Eje y se habían comprometido a liberar a toda la gente del mundo y formaban una unidad donde convivían la URSS y los Estados Unidos. Después del fascismo, el mundo estaba izquierdizado y las recién formadas Naciones Unidas aceptaban la participación de países recién creados, que venían del coloniaje y se sentían solidarios con los países avalados en cualquier parte del mundo. En lo interno, los Estados Unidos no podían continuar su vínculo con las empresas norteamericanas que dominaban la economía de los países pobres, las cuales tenían larga historia de componenda con los militares. Sin respaldo interno y externo, los elementos enemigos de la revolución nada podían hacer contra ella sino ingeniar un cuartelazo, lo cual hicieron durante diez años.

Eran favorables para cambios profundos. La cúpula del ejército participaba a favor. Esa evolución tuvo gran número de factores positivos e internacionales que a partir de 1955 no se han vuelto a reunir en ninguna parte. Enumeremos: del movimiento revolucionario del 44 en Guatemala. Ha pasado medio siglo y me sorprende que en lo fundamental, sigo creyendo *y comprobando* lo mismo. Si acaso me he radicalizado por causas concretas: el impe-

rio de la violencia, las trampas globalizadoras del mayor poder económico de la historia, el mejor conocimiento de mi país por haber vivido casi tres años entre las etnias mayances del altiplano y por haber tenido la oportunidad de trabajar la primera sociología nacional y la primera de Centroamérica.

En materia de cambios, estoy convencido de que las revoluciones armadas y de las guerrillas son imposibles, y de que mientras dure la decadencia del capitalismo la burguesía, apoyada por los militares, va a gobernar; porque también están en decadencia las organizaciones de las clases populares y las de la clase media independiente. Creer que China y Cuba son ejemplos viables es una ingenuidad y una patética ignorancia del sistema dominante en el mundo.

París en los treinta

La mujer de un sabio tío mío era francesa y dueña del hotel Belfast, en el elegante barrio donde está desde hace años la embajada de Guatemala. Sin alimentos ni regalitos, mi tía me dio para vivir en una buhardilla, con dos ventanas sobre el maravilloso paisaje de los techos apizarrados, horno en verano y hielera en invierno. Pero quedaba a cinco cuerdas del Arco del Triunfo y me daba vergüenza clasista revelárselo a mis compañeros de Universidad. Alfredo Sierra Valle se ayudaba a malvivir con artículos para Argentina y en invierno se forraba de periódicos antes de dormir. “Soy un protegido de la prensa”, decía. Admito que lo imité. El encantador Sierra Valle

pertenecía a la picaresca guatemalteca zona París, donde se aferró heroicamente hasta casarse con una millardaria estanciera argentina de quien previo divorcio le provino un lindo “hotel” en el elegante barrio de St. Germain, de cuya renta vivió con no disimulada holgura. Era un conversador insigne. Una vez, por ver demasiado a una gringa en una barcaza del Sena, el compañero de ella lo tumbó de una bofetada. Sierra Valle -1.80 de estatura- se levantó, se sacudió la ropa y le dijo al gringo en español y sacudiendo el dedo: “Agradezca que no le pego, porque le tengo miedo”. Ganando una apuesta, logró bailar con la Mata Hari; antes de despedirlo ella le dijo que no le interesaba para nada más porque tenía aire de pobre. Fue amigo de Gómez Carrillo y de los jóvenes chapines de la burguesía cafetalera que no habían trabajado nunca.

De vez en cuando y como parte de su mitad “bohemia”, Alfredo convivía con nosotros en la Coupole y a cambio de un ajenjo touluselautreciano nos daba “clases de vida”. Por ejemplo decirle a las mujeres que fuimos huérfanos y que nadie nos ama, y llevarse trece unidades pagando la docena, y escribir en las muñecas datos para los exámenes, y aprender cinco palabras de griego y cinco de latín para salpimentar las conferencias, y aprovechar la lluvia para llegar mojado a una casa justamente a punto de almorzar, o averiguar a qué burdel va el decano de la Facultad para insinuarle que lo sabemos en vísperas de recibir calificaciones.

Nos aconsejó también memorizar una corta frase de cada uno de los más grandes; Rousseau, Voltaire, Nietzsche,

para soltarlas entre intelectuales no exageradamente doctos, y lavar los puños y los cuellos de las camisas sin desgastarlos. A mí me dijo que no le gustaba porque no le creía. Era falso: no le gustaba porque le creía. Cuando se acababa el ajeno y la gana de asombrar, se despedía con un consejo que llamaba *item verbum est*: “Y recuerden: ningún parisiense verdadero conoce la tumba de Napoleón”.

Me veía mucho con mis primos los Fuentes Novella; hacían sus doctorados en medicina, trataban sólo con franceses – ambos casaron con parisienses– y eran gente de risa y de trago. Ambos volvieron a Guatemala y murieron jóvenes. Jorge era encantador y se encanalló en un pueblucho; al mayor lo gobernó su mujer, alta como tiradora de jabalina y enérgica como cobradora de impuestos. A Miguel Ángel lo vi mucho antes de su regreso a La Parroquia en 1934. Lástima que uno no podía olvidar que era un gran escritor: era un camarada verdaderamente adorable, el único artista *modesto* que he conocido.

París de entonces era como el París de siempre, singularmente cuando se tiene veinte años, un desmesurado anhelo de vivir y la capacidad de asombro restante de la niñez anterior al pecado y al resentimiento contra los límites a la libertad. Los latinoamericanos lo encontrábamos plétórico de compatriotas siempre abiertos a la complicidad y al consuelo mutuo; pero acaso lo mismo sentían los demás extranjeros. Porque París era la única patria extranjera del mundo, una patria de residentes, no de turistas. Nadie llevaba cámaras fotográficas, porque todos es-

tábamos resueltos a atesorar los recuerdos en la mirada, el olfato y los demás sentidos, y sobre todo a volver. Las muchachas tenían algo de novias de adolescencia, algo de samaritanas o de agentes del gobierno para despertar la complacencia y la solidaridad en la admiración y el culto hacia aquella ciudad-mundo singular, misteriosamente parapetada contra la noción de dinero, del tener y aun del necesitar. La vida era muy barata, sobre todo para quienes recibíamos dólares de nuestra casa, aunque no fueran más de los 35 míos. Por un dólar nos daban 30 francos y una botella de beaujolais costaba cuatro y una copa de cognac tres. Para los estudiantes había gran diversidad de cupones y pases y boletos de espectáculos y rebajas y transportes y servicios gratuitos. Incluso gozábamos de hospital y medicinas gratis, atendidos en los hospitales universitarios por los magnos médicos de la Sorbona.

Estudié cuatro años sociología, política e historia en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales (rue St. Guillaume); entre mis compañeros los hubo muy ilustres. Mucho me favoreció el maestro Braudel, uno de los grandes historiadores del siglo; a su requerimiento traduje con el filósofo español Wenceslao Roces su monumental obra sobre el Mediterráneo. Era un auténtico maharajá y en la esfera de la cultura lo podía todo. Un día le reclamé que no promoviera al doctorado a mi fraterno ex compañero Robert Mandrou, ya autor de seis obras de historia muy traducidas; me contestó con suficiencia que “todavía” era demasiado joven. “Pero maestro... Si ya tiene 52 años. En América a los 30 ya fuimos ministros y a los 40 escribimos nuestras memorias”. Me puso la mano en el hombro y co-

mentó en tono confidencial: “Por eso andan ustedes como andan”. Me piqué y le pregunté: “¿No será por lo contrario que ustedes en Europa andan como andan?” Lanzó una carcajada y subiendo ambos brazos profirió: “¡Touché!” (que quiere decir “tocado” en lengua de esgrimista). Sospecho que le tenía su poco de celos a Robert, no tanto por su sabiduría cuanto porque era izquierdista. La Sorbona le dio el doctorado apenas murió Braudel; poco le duró porque una mañana lo encontraron víctima de un definitivo ataque cardíaco. Me extrañaba que nunca me propusiera quedarme en Francia, hasta que un día me dijo: “Usted sólo está aquí para volver a su tierra a ser presidente, o cuando menos consejero de revoluciones”.

Robert me invitó a visitar a su familia y con cierta vergüenza me insinuó que me “vistiera”. Sus padres vivían en Auteuil, en el campo. Comimos como sólo en un hogar francés se acostumbra y me trataron con esa deferencia distanciadora en uso entre los no muchos franceses que no son insolentes. “Parece mentira, carajo... Nos tratamos hace dos años y hasta ahora me invitas a tu casa. En mi país se recibe a los amigos como de la familia”, le reclamé, y él comentó dulcemente: “Perdona, Piel Roja (así me decían). ¿Qué quieres? Somos muy herméticos y tememos que nuestro domicilio no sea digno de nuestros huéspedes. Además... somos los chinos de Europa”.

Otro de mis compañeros de estudio fue Charles Minguet. Llegó a director de literatura latinoamericana en Nanterre (Sorbona); era provenzal, cálido como costeño y hablaba español con tiesura y siseo castellanos; compartíamos el

amor por Quevedo y Voltaire y el entusiasmo por el Frente Popular y el beneplácito de encontrar a quien dice lo que piensa.

Con especial cariño rememoro a Roger Callois, a quien nunca acabaremos de agradecer los latinoamericanos haber introducido a nuestros escritores en Francia (vale decir Europa de entonces) en la serie *Croix du Sud* de Gallimard, la proverbial editora. Callois era poeta, crítico, filósofo a la Saint-Exupéry y promotor de la cultura, y se las arreglaba para expresar en un español maltrecho su admiración y su amor por nuestros países. Coleccionaba vinos y piedras (“somos porque ellas nos recuerdan”, dice en un verso). Su esposa me cosía los botones y me ayudaba a criticar sin envidia a Roger por reunir tal cantidad de cualidades. Le traduje varios textos, incluso su discurso de ingreso a la Academia Francesa, donde se reconoce no dada ni surrealista ni clasificable ni partidario de las academias.

Treinta años después intimé en México con otro francés, Xavier Pommeret, dramaturgo de vanguardia y diplomático, tierno y extraordinariamente creativo, que murió joven (mis hijos le decían Tío Pu). Una noche en París me llevó a un teatro donde una famosa compañía representaba una pieza de avanzada. El director se la dedicó con grandes elogios y celebrando su presencia en Francia; el público se puso de pie y lo aplaudió calurosamente. El homenaje me hizo feliz.

Muy pocos escritores notables de la América Latina no recalaron en París en los treinta. Se habían desfasado ya

las grandes novedades estilísticas, las tentativas de resurrección de la vanguardia y apuntaban el frente Sartre y Camus, los brillantes intelectuales judíos escapados del espacio nazi y cierta curiosidad por la periferia de Europa, incluso Inglaterra, Grecia y Yugoslavia. La guerra mundial no se veía como cuestión de Francia y el pacifismo estaba recia y agresivamente arraigado. Lo abstracto era la evasión más fácil en todos los órdenes intelectuales, incluyendo el *Nouveau roman*; las formas y maneras pertenecían más a la decadencia que a la pujanza rampante y libre de la post primera guerra mundial. Aunque los nacidos a principios de siglo (Asturias, Carpentier, Andrés Bello, Eloy Blanco) nos llevaban diez años a los nacidos en la segunda década del siglo que estábamos todavía haciendo primeras armas, compartíamos las esperanzas y las utopías aún no marchitas. Pero nos unían varias cosas más: la conciencia de ser una comunidad cultural saludablemente compuesta de desigualdades, la complacencia de sabernos parte de una literatura recién creada por brillantes compatriotas, la deuda “vitalista” con Francia, y en lo político compartíamos el antifascismo, la solidaridad a la República Española acrecentada por la intervención de Hitler y Mussolini para destruirla, y una simpatía de diversas intensidades con ese algo global e idealista que era la izquierda.

A la minoría más enterada nos redimía la devoción por la literatura inglesa de la época, desde Joyce y Virginia Woolf hasta W. H. Auden y Dylan Thomas. Una de nuestras biblias era la revista *Horizon*, donde escribía contra el nazifascismo la más brillante intelectualidad del Occidente.

Párrafo aparte merece la creación española del 27, que puso al día a Unamuno y a Valle-Inclán y reveló el cine de Buñuel, la pintura de Dalí y la poesía de Alexaindre y Cernuda, la poesía y el teatro de Lorca, todo lo cual acabó de sumir en piadoso olvido nuestro rencor contra la España imperial y la mediocridad de su cultura en el siglo XIX.

Con cierta reticencia vergonzante, nuestra admiración por la novela norteamericana tenía algo de compensatorio frente a lo europeo porque era “americano”. Lo mismo pasaba con la música popular y el cine yanquis. Por antieuropeos, por anarquizantes, por limpiamente universalistas, frecuentábamos insultativamente a Voltaire y a Nietzsche y a Schopenhauer, nos extasiábamos con Rilke, Kafka, y los novelistas alemanes; los izquierdistas nos abroquelábamos con Martí y con Mariátegui, carentes de pariguales en el viejo Mundo.

“Lo francés” en los años treinta no podía tener las mismas proyecciones que “lo francés” a raíz de la independencia, cuando los latinoamericanos se abrían no a la cultura norteamericana pero sí a la francesa, para reemplazar a la del recién coloniaje español. Los intelectuales extranjeros nunca *pudimos* –y en gran mayoría tampoco quisimos– pertenecer a la cultura francesa, cuya indiscriminada aceptación tenía algo de servilismo colonial –como el de la intelectualidad africana–. Aceptar cualquier superioridad cultural implicaba menospreciar nuestras culturas originales y nuestro lamentable atraso histórico. Con todo y las imitaciones, sólo los argentinos y acaso los mexicanos se consideraban justificados

para enfrentarse sin complejos a gringos y europeos. La música caribeña y la andina eran una especie de himno independentista. En la esfera del canto popular Gardel equivalía a Bolívar; además, los estancieros pasaban temporadas en las suits del Henry Quatre, comían en el Maxime y le colgaban en el pescuezo a sus mujeres las joyas de la Rue de la Paix. Los franceses no conseguían convencer con la pretensión de que los valores materiales no les importaban.

Nosotros, los estudiantes y los intelectuales mantenidos por sus lejanas familias, éramos los de la Coupole y la Rotonde y los cinitos exóticos del barrio de la Sorbona; los que alegremente aliviábamos el presupuesto comiendo a veces en la calle baguetes con jamón y queso y tomábamos “vino de la casa”, y almorzábamos en restaurantitos, animados por la fe de que en Francia no se come mal en ninguna parte. En lo espiritual nos animaba el premio Nobel de Gabriela Mistral, las traducciones de Gallimard, la herencia rectora y dadaísta de Huidobro, y los mitines de los barrios obreros a los que asistíamos vociferando consignas de aspiraciones internacionales. Todavía no se mundializaban Neruda y Vallejo. Uno de los dramas de mi vida es no haberlo conocido; sin la menor duda compartimos el aire de un café y aun el asiento doble de un metro.

Tres hechos unieron a los intelectuales izquierdistas de todas las nacionalidades: la ejecución por Stalin de los grandes ideólogos bolcheviques que con Lenin y Trotski

habían concebido la revolución soviética a principios del siglo XX; la creciente reticencia del gobierno frentepopulista de Francia para ayudar a la República Española y el pacto de amistad entre Stalin y Hitler. Esos tres hechos debilitaron la imagen de la izquierda en todo el Occidente hasta que estalló la guerra contra el Eje, que unificó a los antifascistas, los capitalistas y los pueblos urgidos de liberación en todo el mundo. De ahí partieron dos caminos opuestos: democracia es parecerse a los Estados Unidos, socialismo es parecerse a la Unión Soviética; esta contradicción generó la Guerra Fría, ideada, teorizada y ejecutada por los Estados Unidos. El dominio de la bomba atómica de los dos lados fue la garantía de la paz.

Si de alguna manera tuviese que resumir lo que me dejó París en mis cuatro años de permanencia VIVA, diría que me batió, como se bate con el molinillo el chocolate, y me reacondicionó para siempre intelectualmente. Aspecto de gran relieve fue mi relación con las mujeres. No todas eran iguales -no lo son en ninguna parte. No pude establecer diferencias con las guatemaltecas, fueron muy pocas con las que traté íntimamente. Hacer el amor es parte de la cultura, como me dijo una granadina, y es una gran verdad.

Las culturas elaboradas desarrollan pasiones elaboradas. Aun las muchachas con poca experiencia me enseñaban y sin darme cuenta yo aprendía incluso a tratarlas, a descifrarles un poco, hasta donde ellas lo permitían. A varias identifiqué como rituales, como magas que la suerte me deparaba para aprender a dar y sobre todo a recibir con

admiración y agradecimiento. Algunas mujeres me dejaron un recuerdo maravilloso, y también lleno de infortunio porque sin quererlo pasé años contabilizando lo que les faltaba a las otras mujeres. En realidad, a quien le faltaba era a mí, o sea la capacidad para despertarles una entrega total que yo no les daba. ¿Y por qué? Porque ya no tenía veinte años y me inundaban egoísmos y desconfianzas e intereses intelectuales y vitales de esos que en vez de fortalecer al individuo lo merman y lo rebajan para vivir con plenitud.

Por dentro, no creo que los cambios que me provocó París hayan sido muy profundos; había demasiada vida *exterior* en mi entorno, demasiados halagos y desafíos en los sentidos y un interés cada día más ancho en el resto del mundo, en lo que era de todas partes. Esos cambios, de todos modos, se amontonaron gloriosamente entre 1937 y 1940, a mi regreso a Guatemala y me orientaban, con rumbo verdaderamente inverosímil, en ir a lo primitivo, a la inmensa simpleza de lo primigenio. De eso hablamos con mi primo Jorge Fuentes; sólo que él se sumergió en un pueblo y se encanalló, y yo me fui a vivir entre los indígenas, y a procurar servirles. Miguel Ángel se quedó en la ciudad, rodeado de la juventud que lo quería y lo reverenciaba, y quizá sumergido en lo que iban a ser dentro de diez o quince años sus novelas, amparándose en un alcohol voluminoso y alegre. En Guatemala –dijo– sólo se puede vivir borracho o durmiendo.

El mundo de los mayances

Mi ausencia en París no fue un exilio; por lo tanto el retorno careció de todo eso áspero que lo acompaña.

Nada en 1937 había cambiado mucho. Hipócrita y acomodaticia, la dictadura se había abierto al anti fascismo y especialmente a la agresión contra Franco. Había también algunas inquietudes entre los estudiantes y el diario que llevaba el nombre del partido del gobierno, *Liberal Progresista*, publicaba a todos los escritores jóvenes. Esta antinomia necesita explicación. *El Imparcial*, el mayor de los diarios, regateaba el espacio a los que no pertenecían al grupo de su redacción, sobre todo si olían aunque remotamente a izquierdosos. La alternativa para nosotros era silenciarnos, lo cual estaba en pugna con la necesidad vital de expresarse propia de los que comienzan.

Estos cambios se debían a los de la política de los Estados Unidos, que comenzaban a prepararse para la guerra contra el Eje y necesitaba presentarse como campeón de la democracia a escala mundial, incluso en los países como los centroamericanos, donde Wáshington había instalado dictaduras militares desde 1932. Súbitamente olvidaron que Ubico tenía las máximas condecoraciones de Hitler y Mussolini, y que toleraba un centro activo de difusión fascista y las actividades de cinco mil alemanes casi en su totalidad leales al régimen hitlerista: semanas antes de estallar la guerra se fueron a defenderlo.

Maestros y amigos míos se movilizaron para obtener mi reingreso a la Universidad. Se me dio un año para ponerme al día, hacer la tesis y graduarme. Mi tesis ganó el Premio Gálvez –por la mejor del año–; se llama *El control de cambios. Necesidad de economía dirigida en Centroamérica*. Un miembro del tribunal examinador me dijo a la salida: “Dele gracias a Dios de que sus propuestas no se entienden bien”.

*

Un amigo me rogó que fuera a Sololá a defender a su cuñado díscolo a quien el gobernador encarceló por el “hurto” de 18 ladrillos; ninguno de los tres abogados locales se atrevía a defenderlo. El caso movilizó de inmediato mi mesianismo y viajé a Sololá en un autobús decrepito. Al bajarme frente al único hotel de la ciudad, el vecino que me tocó en el viaje me dijo por la ventanilla: “Adiós, doctorcito. Este lugar es tan frío que se debe barrer todos los días debajo de la cama para sacar a las nubes”.

Esa noche, después de haberme visto en un espejo manchado por el mercurio, me metí a la cama, leí veinte líneas y apagué la luz. Quién sabe si cerca o lejos, sonó su tristeza una chirimía y de vez en cuando el ronco cuero de un timbal. Era para recordarme que había entrado al mundo de los indios y para insinuarme que se comprometía a embrujarme. Como para no dejarme olvidar dónde estaba seguí oyendo esa música, sin averiguar nunca si era una plegaria, un lamento o un desafío a la cultura ladina, la nuestra.

Al ocuparme de los casos de los indios me defenestraron los ladinos de la ciudad, sobre todo los Arriaga, dueños de casi todo lo que se movía en la región y de las muy escasas tierras planas y con agua. La antipatía del gobernador acabó de profundizar el abismo intermedio; provino de mi denuncia porque habían torturado en el cuartel a un fabricante de licor clandestino. Se llamaba Raxtún y nos hicimos grandes amigos. Era borracho, alegre, dicharachero y me enseñó una impresionante cantidad de leyendas, ritos y cuentos indígenas. Por él averigüé que los santos más milagrosos son los que tienen animales; los dioses con mayor poder son los antiguos, pero siempre se le presta alguna atención al Dios de la iglesia, por las casualidades. También me reunía con alguna frecuencia con el peluquero y el farmacéutico, personajes del folklore lugareño.

Como al mes de haber llegado ayudé a la señorita Arriaga a levantarse porque se cayó en la calle. Era una mujer enteca, nerviosa y enérgica, cuyo poder dentro de su familia emanaba de ser la más rica y de ignorarse a quién iba a heredar. Fui a dejarla a su casa y se derritió en agradecimientos.

No me detuve a pensar lo que significaría en mi futuro ese encuentro. Con un tesón calificable de desenfrenado, la señorita trató de casarme con su sobrina predilecta, una muchacha sensual, consentida y mañosa que recurrió a cuanta cachondería se le ocurrió a su ama, una mestiza para quien ella era una religión. Ayudé al brujo del barrio en unos problemas de familia y el colmo de su

agradecimiento fue aconsejarme tomar precauciones porque la niñera de la muchacha Arriaga le había pedido unos “polvos para enamorar” destinados a suministrármelos en el hotel valiéndose de alguna empleada.

Los indios me pagaban en pollos y legumbres y fruta, y con las bendiciones más bellas. Pero de vez en cuando un rico de población cercana me encargaba algún asunto gordo. Con tres de ellos compré frente al cementerio de Santa Catarina Palopó en la orilla Norte del lago un terreno de 800 metros en el equivalente de 42 dólares, y con un albañil y un chunero construí una casa enteramente diseñada por mí con todo y caballeriza. Uno de mis mayores orgullos es que la casa tenía aproximadamente todos los defectos arquitectónicos y con el terremoto nacional de 1976 fue la única de la región que no se cayó. Cuando me echaron del país en 1940 se la vendí al escritor Flavio Herrera; su familia política la vendió el año pasado en 40,000 dólares; los 30 árboles que sembré allí hace medio siglo son ahora los más gigantescos de la región.

Sólo me quedan dos recuerdos inmundos: el del gobernador y el del juez de instancia, que apañaba las torturas y prevaricaba. El resto fue precioso. Pasé un año en la casita del lago, con una muchacha tzutuhil de San Pedro La Laguna; tuvimos una hija, la Morena –ser legendario de Guatemala. La recuerdo sentada en la proa de una canoa remada por cuatro tíos de ella y timoneada por mí, contándoles cuentos de su invención. La Morena

murió de cáncer hace cinco años y dejó tres hijos; uno murió de SIDA.

Conocí a la muchacha en el mercado semanal de Sololá, vendiendo garbanzo y aguacates junto a su madre. La vi de nuevo cuando acompañaba a su padre necesitado de medicinas. Fui a su pueblo a buscarla varias veces hasta que la encontré sola: había ido al lago a traer agua y subía a su casa con una tinaja en la cabeza. Le dije cosas; no quiso hablarme pero antes de entrar al pueblo me sonrió. Un día de mercado y aprovechando un descuido de la madre le dejé caer entre las manos un collarcito de plata. De nuevo a la orilla del lago la detuve una tarde y le dije todas las sinceras idioteces que se dicen en esas ocasiones, indesgastables a través de los siglos. En una voz que parecía de arroyo y sin mirarme, contestó: “Está mentirosa tu boca”. La próxima vez la besé y la tinaja se le cayó y se hizo trizas. Una tarde ya sin sol llegó al hotel y me dijo que tenía contento su corazón; y se quedó conmigo, viviendo en casa de Raxtún. Cuando me reveló que “tenía un hijo en el estómago” le pedí que nos casáramos y me respondió sin dudarle: “No; no somos iguales”; lo cual no significaba, en absoluto, que fuera mejor que ella. No encontré qué comentar y esta vez mirándome a los ojos, dijo: “Aparte son los naturales, aparte los ladinos”. Su tono tenía algo ritual, incuestionable, misterioso y dolorosamente fresco como una enorme cuchillada a lo largo del cuerpo.

La señorita Arriaga sufría con estas relaciones. Me dijo que su sobrina había querido suicidarse y yo opiné que eso

es bueno cuando uno se siente de sobra en el mundo. Ella me llamó hereje; pero seguimos viéndonos como buenos amigos. Una noche la muchacha entró a mi cuarto y cerró la puerta. Yo estaba solo. Ella poseía un atractivo salvaje, y como decían los antiguos chinos, la carne es débil...

Aprendí a hablar algo de cakchikel y varios nativos me recibían en su casa. Una tarde que iba a San Antonio Palopó encontré a Andrés Xahil sentado a la puerta de su rancho trenzando cuerda para su red. Su casa daba al cerro, no al lago. La caída del sol era un espectáculo sobrenatural y le pregunté por qué no lo miraba. Él suspendió su trabajo y después de buscar las palabras dijo:

-Yo sé que está ahí-. Y como si hubiera encontrado la conclusión de su frase añadió: -Sólo los ladinos tienen necesidad de decir que lo bonito es bonito.

Sí: aparte son los ladinos, aparte los naturales...

Fui amigo del padre de Rosa; un hombre ingenioso y con sentido del humor. Se emborrachaba para ser más feliz y trabajaba lo menos que podía. Borracho, su hermano se ahogó en el lago y al día siguiente, dejó de beber y asomó en él un tranquilo señorío. Los "principales" de su pueblo lo juzgaron por haber permitido que su hija se fuera con un ladino. Él les pidió perdón y sólo añadió: "Yo no puedo pasar sobre el corazón de la muchacha". Y lo dejaron ir, sin sentenciarlo.

*

Me cuesta mucho poner en palabras y contar mis relaciones con Rosa; era como estar enamorado de una fruta. Una persona normal sabría escoger el material refiriendo lo más extraño; pero un escritor no puede quitar de cada uno de esos minutos la eternidad, lo descomunal, lo inusitado, lo imborrable, lo sagrado de una experiencia así, que a la vez es vida, descubrimiento, imaginación, testimonio y una especie de recuerdo del porvenir. Una noche que con mi madre la llevé a un concierto de la sinfónica se quitó los zapatos porque le dolían. Su huipil tenía más color que los acordes de Beethoven y la trenza azulada que le bajaba de la cintura no parecía cosa sino música. Creo que nadie oyó ni una nota del concierto. Cuando a la salida le pregunté si le había gustado dijo nada más:

—Muchos ojos.

La primera vez que se vio de cuerpo entero en un espejo se puso a llorar entre la risa.

Cuando le pregunté quién les enseñaba a hacer el amor a las muchachas de su pueblo me contestó:

—Las ovejas.

Una noche sentí que me estaban mirando y desperté. Ella, apoyada la cabeza en el brazo me descifraba, no como a una persona sino como a alguna vasija precolumbina recién sacada del lago. Esos son los ojos que ponen para ver lo invisible, pensé.

—Se te ven los sueños en la frente —dijo.

Me di cuenta de que era imposible explicarle qué era el billete de cien quetzales que nunca había visto. Al día siguiente encontré el billete en el bote de la basura. Con unas tijeras le había recortado el quetzalito que tiene a la izquierda y arriba del anverso. Me explicó que le gustaban mucho los quetzales porque no existen.

Guardaba yo por extraño un corazón enfermo en un frasco de vidrio. A ella le llamaba mucho la atención; un día me preguntó cómo hacía para metérselo en el pecho como compañía del suyo.

—Aquí, del otro lado —me dijo señalando su costado derecho.

La primera vez que viajó en avión no quería bajarse en el aeropuerto. Le expliqué que ya habíamos llegado a nuestro destino y le pregunté por qué no bajaba.

—Para volar —dijo.

No olvidaré jamás cuando la sorprendí en mi cuarto extasiada ante los objetos más nimios, que nunca había visto. Pensé que me había tocado en suerte convivir con un ser en estado de pureza, completo e irreplicable como de la edad anterior a la daga y a la escritura. Ella no pudo saber que siempre me inspiró una reverencia pagana, un temor indescriptible y una serena humildad de saberme parte de un mundo falsificado y quién sabe si ya muerto desde hace siglos.

A fines del 40 los policías secretos me sacaron de madrugada del hotel de Sololá y me tiraron al Suchiate: lle-

vaba una cazadora de cuero, mi cepillo de dientes, un librito de aforismos griegos muy anotado y 17 quetzales.

Rosa (y la Morena) se quedaron a vivir con mi madre en la capital y visitaba de vez en cuando a sus padres. Tras una ausencia de un año le dijo a mi madre: “Yo no puedo vivir en tu casa. Pero aquí vengo a dejártela. En mi pueblo dicen que tiene su cara muy blanca”. La niña tenía menos de tres años.

Mi madre la estaba educando como abuela y yo no podía evitarlo. Tres veces me casé con la preocupación principal de encontrarle una madre. Todas esas mujeres hicieron generosamente lo que pudieron; pero la convivencia se complicó porque también vivían con nosotros los dos hijos que tuve con mi primera esposa –una pianista alumna de Corto que murió de leucemia. Los muchachos agredían a la niña y uno de ellos le enseñó el sexo y le dijo que era un camarón. A lo largo de los años, ella los conquistó con su generosidad y su ternura.

Rosa se casó dos veces: una con un maestro a quien destripó un árbol hendido por el rayo y otra con el panadero del pueblo, caballeroso y honrado con quien tuvo ocho hijos –a dos los mataron los soldados frente a su casa en tiempo de las guerrillas. Toda la familia se volvió evangélica y han hecho fortuna en el comercio y con transportes en el lago. La Morena nos dejó muy joven y se casó tres veces, tuvo una hija y dos hijos –uno con un estupendo muchacho norteamericano muy rico que murió de SIDA; uno de mis recuerdos más amargos es el de la Morena cuidándolo de día y de noche. Esa no es

una manera de morir; esa es una manera de cuidar la muerte. Su tercer marido, un camarógrafo vienés, conserva los valiosos papeles de esa mujer de muy extraña personalidad y encanto que fue la Morena, mi muy grande amiga, la que a los seis años se metía al mar con nosotros y nos acompañaba a las campañas políticas por las serranías y las costas encendidas de pasiones, donde el peligro de lo peor estaba siempre cercano.

*

Salvando un poco el libro y el dinero atravesé el río a nado y me interné en el lado mexicano. En cuanto aldea encontré me trataron como huérfano abandonado. Ya habían socorrido a otros exiliados y no simpatizaban con la dictadura vecina. En Tapachula me emborraché con unos poetas que se cotizaron para completarme el dinero del viaje hasta la capital. No recuerdo sus nombres; pero no sólo por ellos sino por excelencia legítima, he admirado desde entonces a los escritores chiapanecos y sobre todo a Jaime Sabines, a quien considero el mejor poeta contemporáneo de México.

Mis estadías en México

Suman treintidós años: cuatro voluntarios y el resto de exilio.

Resumirlos es como embotellar en un sifón diez vidas enteras.

Pero todo se puede decir en pocas palabras: la esencia de la moral judía y luego cristiana cupo en una piedra portátil con diez líneas.

La transformación intelectual fue más profunda; pero lo del diario era lo más antípoda de mi pasado inmediato. Me casé tres veces, tuve dos hijos y dos hijas que me han cubierto de nietos e hice cuatro *amigos*: Andrés Henestrosa, José Revueltas –escritores–, Leonel Maciel –pintor– y Norberto Aguirre, uno de los padres de la Comisión del Maíz, grandioso e inteligente plan en real beneficio de los campesinos. Nos vimos mucho con Juan Rulfo y con varios de los mejores exiliados españoles y me recibieron fraternalmente en dos hogares tradicionales mexicanos donde se cantaba y se comía bien. Hasta donde se puede ser amigo de un gran hombre, debo mencionar a don Jesús Silva Herzog, en cuya casa cené todas las semanas durante años.

Mis relaciones en la Universidad siempre fueron muy buenas con los de abajo y bastante malas con los de arriba, porque me tocó actuar como líder del movimiento de transformación de los estudios y democratización del sistema de poder de la UNAM como presidente de la Asociación de Académicos de Carrera (más de 4,000 miembros). Esto solo bastaría para demostrar que en la UNAM sólo se daba en lo administrativo otro tipo de discriminaciones, como el de la exclusividad de los puestos directivos para los “mexicanos de padres mexicanos” lo cual bastaría para probar que en ese ámbito no había discriminación contra los extranjeros. Con discípulos y ayudantes de investigación sostuve siempre magníficas relaciones; algunos de ellos me deben –y me reconocen– su formación cultural y política.

...Lo privado se reduce a dos esposas, dos hijos, ocho nietos, dos biznietos, seis amigos y varias relaciones sentimentales. Dejé tres malquirientes (todos con autoridad en la UNAM) y un enemigo (en el mismo medio). Enemigos gratuitos, de origen político, tuve entre los guatemaltecos igualmente exiliados; ellos me hicieron las peores porquerías que he tenido la desventura de sufrir en la vida. A uno le di un golpe en la cara y a otro confieso que lo hubiera matado a no ser por la oportuna intervención de dos escritores conocidos de ambos; esto ocurrió en plena calle. Prefiero no recordar intimididades, muy enraizadas en la política guatemalteca. A lo mismo se debe que no haya tenido relaciones con mis compatriotas, ni siquiera con quienes en Guatemala habíamos compartido cárceles y peligros de muerte.

*

En casa de Juan Rulfo conocí a un chileno a quien los potenciales aliados para la lucha contra el nazifascismo habían comisionado contratar escritores latinoamericanos que supieran inglés, para encargarse de la sección española de la Oficina de Información de Guerra. Mis bártulos no eran muchos, pero los hice y partí en la Grey Hound hacia Nueva York.

Casi todas las veintiséis secciones de la radio ya estaban organizadas, y con gente de primer orden como ex ministros europeos, André Breton, W. H. Auden, Dag Hamarskjöld. En nuestra sección había españoles solo

como locutores. Los programas los escribíamos los de este lado. Mandaba el departamento un cretino de origen cubano que le lamía los zapatos a don Carlos Dávila, ex presidente socialista de Chile, a quien los gringos atendían mucho. Temporalmente también trabajaban allí Pablo Neruda, Dylan Thomas y Carpentier.

Dopo México

De mi estadía de más de treinta años en México no se puede hablar de influencias sino de vida completa que engloba todo lo que un ser humano puede crear y aprender, hacer y no hacer, errar y acertar un ser humano a su paso por este mundo. Puedo decir, sin retórica, que en México me hice más latinoamericano, más universal y paradójicamente, más guatemalteco.

Final 1

Tres años en Estados Unidos

Cuando vivía en Sololá conocí a un profesor alto, huesudo y tan ingenuo como siempre imaginamos a los buenos norteamericanos. Su esposa parecía destinada a otra gente; se reía hasta de los muertos y no le interesaba nada, salvo el precio de los cigarrillos y cuándo habría de nuevo año bisiesto. Glenn en cambio, estaba saludablemente lleno de curiosidades y le entusiasmaba mi aventura de huir de la capital y vivir remontado en un pueblo. Me conmovía su fervor, su desdén por las

cosas y los negocios, aunque tenía dinero. Me encantaba su amor por Whitman y Poe y me divertía pensar que a lo mejor escribía versos vergonzantes por familia. Es posible que la geografía de Guatemala lo hiciera ver a su mujer con lupa; a su regreso a los Estados Unidos pasaron por México y se divorciaron con beso final y en cuestión de horas.

Estalló la guerra en 41 y sin duda por algo en su físico que no andaba bien, lo hicieron algo así como coronel y lo pusieron a dirigir un centro de capacitación de técnicas de guerra en Georgia –el estado más latinoamericano del país, cuyas mujeres gozan de la justísima fama de poseer cutis como durazno y circulación cariñosa. Le escribí sobre mi contratación en Nueva York y me rogó que pasara unos días con él. Nos levantamos temprano y después del desayuno me llevó a su centro. No es fácil creer esta historia. En un inmenso salón hecho para basket ball había una especie de galería de plaza de toros absolutamente lleno de muchachas uniformadas, una más bonita que la otra. Aquello parecía más sueño musulmán. Todas sonriendo sus edades no muy apartadas de 22 años. Deslumbrado, falto de ojos para ver y de entendimiento para comprender, apenas escuché el aplauso y los vivas que lanzaron cuando mi amigo me presentó como el famoso escritor de Guatemala y les pidió que me cuidaran. Con no sé cuántas almorcé y con no sé cuántas fui a pasear a los bosques. Por la noche cenamos y bailamos... Fui sintiendo, uno a uno, cuerpos cálidos y respiraciones quemantes. Sabio y oportuno, y previa la casual descripción que le hice, mi

amigo me puso en manos de la que me llevó en jeep a visitar el museo. Me dejó en mi casa a media noche. Al día siguiente en el desayuno, mi amigo me habló reposadamente de mi porvenir. Me dijo que temía que la gran ciudad iba a aplastarme, a hacerme perder lo que había aprendido en las montañas. Me dijo que nada de lo que iba a encontrar en la ciudad era limpio y digno de amar. Me aconsejó quedarme dando clases de literatura o de historia de la América Latina, o al fin y al cabo de lo que fuera. Me lo dijo con voz angustiada, realmente preocupado por mí. No lo dudé un instante. Aparté el paraíso que sería aquella vida entre mujeres sin hombre y en un lugar tan hermoso. Aparté la presunción de felicidad, de seguridad, de inigualable compañía. Y al día siguiente, de madrugada, seguí camino a Nueva York. Si el paraíso no es algo completo, aquella perfumada promiscuidad podía serlo a pesar de acortarme la vida. Pero comprendí que nunca más en la vida iba a toparme con algo tan maravilloso cuyo precio era dejar de escribir lo que me tocaba escribir.

México

Ese ha sido, entre todos mis exilios, el mayor proveedor de enseñanzas, amores y tiempos para entender mejor a mis semejantes, y también del recuerdo más doloroso.

Todo esto tiene que ver con las letras, el más asiduo de los componentes de los sucesos, acciones, exaltaciones y humillaciones de mi vida. En 1955, la Unión de Universidades de la América Latina nos dio su premio continen-

tal de novela al chileno Lautaro Yankas y a mí. El gobierno, destripador de la revolución del 44 y subastador del país, se sintió obligado a sacarme de la cárcel para que lo recibiera. El rector de la tricentenaria Universidad de San Carlos me citó a las 8 de la noche en su clínica privada y sin mirarme a los ojos dijo que como la situación estaba “muy delicada” no habría ceremonia condigna y me entregó un sobre tamaño oficio conteniendo una especie de carta y un apetitoso cheque.

La novela es *Una manera de morir* y corresponde a ese género de narrativa rampante entre los escritores de izquierda no comunista desde que Stalin ejecutó en 1935 a cinco de los más brillantes bolcheviques coautores de la revolución soviética y a Trotsky, el más cabal símbolo. Con Sartre y Camus contribuía Francia a la narrativa cuyo tema era el más amargo choque de la conciencia humana entre la libertad y la ética política, y la ciega sumisión a la ortodoxia de los partidos maquiavelizados por la creencia en el fin que justifica los medios.

Mi visión del tema adolecía de límites porque no creía ni participaba en ortodoxias; pero tenía muy cerca quién lo ilustraba en dimensiones de tragedia griega: José Revueltas, uno de los mayores narradores modernos del español. En José el problema se complicaba por su espíritu profundamente religioso y su formidable potencia de creador libre y de su hedonismo anarquista. Pero yo suplía mis deficiencias con la convicción de que sólo se pueden hacer buenas novelas con lo restringido, lo próximo y por lo muy odiado o muy querido. Nuestra amistad

nunca se quebró: pero cuando se publicó la obra *Revueltas* me dijo en el tono usado por los mexicanos para disimular sus sentimientos más íntimos: "Eres un hijo de la chingada. Quien debió escribir ese libro soy yo".

En el período del Dr. Arévalo, cuando actué en política, prácticamente no hubo lucha entre la abrumadora izquierda más o menos socialista u los comunistas, reducidos a un puñado de muchachos sin base teórica pero exaltados por la inminente muerte del capitalismo y el triunfo del rumbo de la URSS y por completo dominados por la intolerancia y la agresión principal no contra la buguesía sino contra los socialistas y los reformistas. Nunca me perdonaron la novela *Una manera de morir*, cuyo título ilustra la vuelta al partido por el personaje central al partido porque no consigue liberarse de su férula.

Final 2

México

De ninguno de mis exilios he recogido mejores recuerdos de aprendizaje, encuentro de profundidad humana y amor, y el peor recuerdo imborrable de humillación, suciedad e injusticia. Como la mayoría de sucesos, acciones y éxitos o fracasos de mi vida, todo eso está embrollado con los libros.

A mediados de 1955 el gobierno responsable de la muerte de la revolución del 44 y de la subasta del país tuvo que sacarme de la cárcel para recibir el premio compar-

tido con el chileno Lautaro Yankas en el certamen continental de novelas organizado por la Unión de Universidades de la América Latina. El rector de la tricentenaria Universidad de San Carlos me citó a las 8 de la noche en su clínica privada y sin verme a los ojos me informó que debido a como estaban las cosas no habría ceremonia y me dio un sobre sin sello, tamaño oficio, conteniendo un papel y un crecido cheque.

Mi novela es *Una manera de morir*, y lo digo en presente porque según dicen los generosos, los libros no mueren. Pertenece a ese género de narrativa que comenzó con los cuarentas, amargo e intimista motivado por el fracaso tras la guerra española, cuyos más leídos autores fueron Sartre y Camus y se inspira en la historia de José Revueltas, uno de los grandes novelistas del español, con quien me ligó una entrañable amistad y de mi parte, el respeto y la total admiración. El presidente Calles lo remitió preso a las tenebrosas Islas Marías junto con otros opositores comunistas, entre ellos el pintor David Alfaro Siqueiros, con quien Revueltas iba a compartir otra prisión en los años sesentas.

A Revueltas siempre se le partió el pecho entre su lealtad y la obediencia al partido y la libertad de pensar y el vigor sin límites de la creación. Este desgarramiento formaba parte de lo sufrido por la izquierda en general desde la matanza de cinco de los geniales bolcheviques coautores de la revolución soviética en 1935, seguida del pacto de amistad entre Stalin y Hitler y de las purgas

de opositores cuya desembocadura eran los campos de concentración de Siberia.

El puñado de mediocres que jefaturaban en materia cultural al partido comunista mexicano ordenaba a Revueltas retirar de las librerías cuanto obra publicaba, irrespetaba las normas ortodoxas del realismo socialista. El rostro de Revueltas reflejaba entonces la dulce humillación de los antiguos mártires cristianos. Tras los intentos de liberación –que por cierto jamás intentó–, el protagonista de mi novela regresa al partido, y esa es su manera de morir. Cuando leyó el libro me dijo Revueltas sin alzar la voz: “Sos un hijo de la chingada. Soy yo quien debió escribir esa novela”.

Me he negado a reeditar el libro: incluso rechacé llevarlo al cine porque los productores se negaron a poner en lo que iba a ser la sede del partido la foto de Stalin –contra cuya línea y la de todas las ortodoxias –incluso la de la Iglesia– está fundamentalmente orientado el argumento. Nunca he atacado al partido ni he arriado mi lealtad hacia la revolución cubana. Pero los comunistas guatemaltecos –cuya sumisión a la línea oficial era ciega– y la de sus sicarios vergonzantes nunca me perdonaron el libro. Y es aquí donde comienza la negrura de mis peores recuerdos.

No hubo campo del sector cultural donde mis compatriotas no trataran de ensuciarme; el más destacado de ellos –el más astuto –y por lo tanto el más peligroso– fue Carlos Illescas, alto empleado de Radio Universidad, donde yo colaboré quince años con un programa sobre la Amé-

rica Latina; pero estas saetas no me alcanzaban cuando se pretendían repercutir en la esfera de la Universidad, donde yo era más fuerte que ellos. Me avergüenza confesar que un día, bebiendo duro con un grupo de amigos, Tito Monterroso me lanzó la injuria fabricada por Cardoza y le di un golpe en la cara.

Pero de eso cuento aparte.

En una reunión de influyentes escritores mexicanos con quienes yo alternaba casi a diario, Luis Cardoza y Aragón dijo en mi ausencia que yo era agente de Washington y que había servido a los norteamericanos mientras fui dirigente de la revolución del 44. No hay nada más grave que se pueda diseminar entre los mexicanos de todos los tiempos. Uno de los presentes me informó la intervención de Cardoza; lo busqué, lo agarré por el cuello y lo amenacé con romperle la madre si no desmentía ante el mismo público semejante infamia. Yo iba armado; con sinceridad confieso que me arrepiento de no haberle tirado, por lo menos al comprobar que nunca se desdijo, aunque tal vez se escondió mejor para seguir denigrándome.

No sólo por todo esto sino por un asunto de faldas en el cual estaba involucrado un escritor y promotor cultural muy influyente, mi vida en el medio literario en los últimos tiempos de mi residencia en México no fue llana ni normal. Por un lado mediaba la injerencia de Cardoza y por la otra mi posición ideológica contra Octavio Paz y todo lo mucho que él representaba. La izquierda casi solidaria a la que pertenezco y aún pertenezco no es

cómoda. Por fortuna esta guerra sucia –si las hay– no llegó a negarme el ambiente de creación y de presencia literaria que siempre me concedieron en México. Entre quienes pensaban como yo, además, había cierta solidaridad, que por ideología vemos actuar ahora allá con singular evidencia.

Muy querido Pepo

Mireya Iturbe

A naité me dijo que tal vez te interesarían datos de la vida de Mario que yo fui conociendo a través de treinta años de convivencia, así que aquí te van.

Mario creció odiando a su padre porque decía que siempre había procurado hacerle daño. Al que el padre quería era a Víctor, su hermano menor, que murió. Los dos incidentes que hirieron a Mario fueron: el primero, siendo niños oyó que su padre le decía a un amigo, señalando al chico rubio de ojos claros “Este sí que es hijo mío!” y el segundo al morir Víctor, adolescente, el padre lloraba inconsolable y decía “Pero cómo fue a morir precisamente este”.

Sus años más felices de infancia fueron después de un gran terremoto que se fueron a vivir al campo por haberse destruido su casa. Montaban a caballo, jugaban a los vaqueros y un día por poco queman vivo a un chico indígena al que habían amarrado a un árbol porque era un “injun”. Convencieron a una primita de que les enseñara

sus genitales para saber cómo eran y cuando los vieron lo único que se les ocurrió fue arrodillarse y besarlos. Cuando los acusó y los castigaron lo que les extrañó fue el comentario de su padre “¡Qué refinamiento!”.

Su primer amor a los 15 años, al prohibirle sus padres que lo siguiera viendo le dijo esta frase que él después usó en un cuento “Los caminos de la vida son muy largos y ya nos volveremos a encontrar”. Cosa que no ocurrió porque ella se murió. A los 20 se enamoró de una señora casada, de familia muy encopetada y se hicieron amantes. Una noche ella lo llamó para pedirle que huyera porque su marido se había enterado de sus relaciones y lo iba a buscar para matarlo. Mario se quedó a esperar la muerte, que no llegó porque el señor que iba furioso y ofuscado chocó y se mató. A la señora no la volvió a ver porque se fue a San Francisco y jamás regresó a Guatemala. Decía Mario que era la mujer más hermosa de todas las que conoció en su vida (que fueron muchas). Cuando trató de elegir carrera no podía decidir entre medicina y leyes, así que Alfonso Solórzano y él decidieron con una moneda, cara o cruz, y los dos estudiaron leyes. Para tener dinero (su padre había vendido todas las alhajas de doña Chusita porque se drogaba) formó una banda con Raúl Oseguera y otros amigos y tocaban en las fiestas y los bailes. Al terminar su carrera trabajaba en un bufete a donde llegó un grupo de indígenas de Sololá (creo) a pedir que defendiera su caso pero que sólo le podrían pagar cuando lo ganara y les pagaran a ellos. Mientras tanto le podrían dar pollos, verduras y fruta, así como alojamiento. Aceptó y él acabó construyén-

dose una casa de adobe a la orilla del lago. Le prestaron un aparato para hacer adobes que él instaló en lo que luego fue la sala. Al terminar la casa descubrió que el aparato no cabía por ninguna puerta ni ventana así que tuvo que tumbar un trazo de pared para poder sacar el aparato y devolverlo. Ahí ocurrió el romance que cuenta en *Donde acaban los caminos*, con la frase que puso en un cuento y luego en la novela “Aparte son los ladinos y aparte los naturales” que ella dice al negarse a casarse con él. Morena me contó que cuando ella habló con su mamá a ese respecto la versión de doña Rosa era muy diferente a la de Mario, pero no me dijo cuál era. Decía Mario que cuando él sintió que los del pueblo lo habían aceptado como uno de ellos fue al emborracharse con uno de ellos y oír que le decía “Eres un hijo de la....” Me decía que el vello que le cubría la espalda le salió por nadar en las aguas heladas del lago, el que llegó a cruzar nadando. Doña Rosa le llevó la niña a doña Chusita porque “tenía su cara muy blanca” para vivir entre ellos y era mejor que creciera con su “gente”.

Mario representó a Guatemala en las Naciones Unidas y luego se quedó trabajando en una estación de radio que transmitía noticias en español y portugués. Hasta que el gobierno americano decidió no seguir rechazando a Franco sino aceptarlo y el equipo de locutores renunció en masa. Con eso, como ya no trabajaba para el gobierno quedaba disponible para que lo reclutara el ejército, y fue soldado americano un año ganándose una bursitis en un hombro por los golpes del fusil. Hasta que un día llegó con el embajador de Guatemala que era García

Granados a decirle que iba a desertar y refugiarse en la embajada. García Granados le pidió que esperara un poco y mandó a Guatemala un proyecto de ley proponiendo que se reclutara en el ejército guatemalteco a los americanos residentes en el país, así como los americanos reclutaban a los guatemaltecos para su ejército. Al poco tiempo soltaron a Mario y pidió regresar a Guatemala. Mientras estuvo en Nueva York fue profesor en una universidad para niñas ricas, Benington, en donde quiso casarse con una alumna judía millonaria. Los padres en cuanto se enteraron la mandaron a Europa. Tal vez por eso no quería a los judíos. Lo de su carrera política lo sabes bien y que en esa época fue campeón de esgrima y compitió en las olimpiadas de Helsinki. Se había casado con la Julita Sachrison y al regresar de las olimpiadas le hizo un tango de celos para divorciarse de ella. A mí me dijo que lo que había en el fondo era su deseo de tener un hijo que ella no le podía dar. Luego se fue a México con su mamá y Morena, conoció a la pianista mexicana Aurelia Sánchez Meza, la embarazó y se casó con ella, al nacer Mario jr. se fueron a Guatemala (huyendo de una amante española muy celosa), fundó su revista y su periódico, cosas que también sabes. Ahí nació Raúl, le cerraron el periódico y lo metieron a la cárcel, a él y a otros presos los llevaron a la frontera de México parece que para matarlos diciendo que huían, en eso pasó una patrulla de soldados mexicanos que fue lo que los salvó. De esa experiencia escribió un cuento. Un detalle de la amante española que me hizo gracia es que una noche soñó que él la engañaba así que al despertar le rompió

un jarrón en la cabeza. Aurelia ya estaba en México con su mamá y los niños. Ahí él consiguió trabajo en el Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad (UNAM) y escribía la columna “Alfeizar” para un periódico. Hizo de “Ghost Writer” escribiendo tres o cuatro libros que Luna Arroyo publicó como suyos. Los que recuerdo son uno sobre Goitia, un pintor mexicano y otro sobre Aura Mérida la bailarina (hija de Carlos) casada con Luna Arroyo. También traducía para el Fondo de Cultura. Yo lo conocí en la casa de Eunice Odio, una poetisa de Costa Rica que había sido su amante pero entonces estaba casada con Toño Castillo Ledón. No me hizo tanto caso porque en ese momento su amante en turno era una actriz de teatro. Lo que le gustó de mí era que me sabía las canciones de los negros del sur de los Estados Unidos y las canté con su acompañamiento de guitarra. Meses después Doña Amalia Castillo Ledón le dio una fiesta a Octavio Paz y ahí sé, nos conquistamos mutuamente. Estaba separado de Aurelia y peleado con la actriz, así que a partir de esa noche nos vimos a diario y luego nos casamos. Para darle el divorcio Aurelia le exigió las dos terceras partes de su sueldo en la UNAM más lo que ganaba en el periódico. Por suerte yo era muy amiga de Pepe Pagés Llargo, director de la revista *Siempre* (decía que mi papá le había salvado la vida logrando que pudiera salir de Japón justo antes de la guerra) y cuando lo fuimos a ver enseguida le dio trabajo en la revista. Luego la Sra. López Mateos que era alumna mía y me había conseguido una beca para estudiar métodos de enseñanza de idiomas en Italia y en Francia, cuando

supo que el director del Instituto de Investigaciones Sociales no quería comisionar a Mario para que fuera a Italia a investigar la reforma agraria, tomó el teléfono y llamó al rector de la UNAM, Nobos Carrillo, para decirle que su esposo “el Señor Presidente tiene mucho interés en que Mario Monteforte vaya a Italia a hacer una investigación sobre la reforma agraria italiana”. Por supuesto lo comunicaron al otro día y a los dos meses salimos. Mario consiguió con una compañía aérea una serie de vuelos con un descuento increíble: México, Québec, Montreal, Edimburgo, Londres, Oslo, Estocolmo, Copenhague, Berlín, Praga, Viena, Roma, Madrid, Lisboa, México. Me embarqué en Edimburgo y a los ocho meses me regresé a México para que mi hija no naciera en París. Vivíamos en la ciudad universitaria y Mario se quedó ahí hasta las vacaciones cuando se fue a Yugoslavia y a Grecia donde estaba cuando nació Anaité. No la conoció hasta tres meses después. Si consigues sus artículos de la revista *Siempre* verás todas las aventuras y peripecias de esos viajes, la serie sobre la “Ruta del Quijote” es espléndida. Yo tenía todos los artículos de Mario en tomos grandes forrados de piel azul pero me dice Anaité que ya no están. Ojalá la hija de Pagés Llargo te los reponga. Él ya murió y es su hija Beatriz quien dirige la revista. Cuando Anaité tenía año y medio Mario tomó su año sabático de la universidad y nos fuimos a dar la vuelta al mundo. Al llegar a París lo atropelló una señora quebrándole dos costillas. En el hospital donde estuvo ni cuenta se dieron de las dos costillas rotas y no le daban nada para el dolor así que abandonó el hospital y lo trató un

estudiante de medicina que lo tuvo encamado por un mes. Mario luego arregló que nos invitaran las universidades o los ministerios de cultura de Yugoslavia, Bulgaria y Rumania, por nuestra cuenta fuimos a Praga y a Polonia, luego en tren a Grecia y a Turquía. En Siria se dio cuenta que casi no le quedaban páginas en el pasaporte que le había concedido creo que Méndez Montenegro y el gobierno militar de ahora se negaba a darle otro pasaporte. Se me ocurrió ir al consulado de Guatemala en Beirut, Líbano. Había un cónsul honorario libanés cuyo apellido era igual al del profesor de francés de la señora López Mateos, muy amiga mía. Pues resultó ser hermano del profesor. ¿No es increíble? Y haciéndonos prometer que las autoridades guatemaltecas jamás verían ese pasaporte le añadió todas las páginas que eran necesarias para el resto del viaje. A Egipto fuimos como huéspedes del gobierno. No recuerdo si fue en Siria o en Jordania que había unos coches que llevaban pasajeros a Bagdad. Nos sentamos en frente y tuvimos que esperar hasta que cuatro pasajeros más se acomodaran atrás. Al llegar a Bagdad a la media noche le pedimos al chofer que nos llevara a un hotel baratito y caímos rendidos. En la mañana oímos cohetes y el chico de la limpieza entró a decirnos “No go out; revelation!” Pensamos que se trataba de una fiesta religiosa y por eso eran los cohetes. Resultó que eran disparos y los de la revolución estaban en el correo frente al hotel, aguantamos un día de balazos y cañones y salimos, pasaporte mexicano en mano a buscar a un sheik amigo de mi papá que además era Kadi. Nos detenían, veían el pasaporte y decían “ah

México! Pancho Vila, pum pum” y con eso no solo nos dejaban pasar sino nos indicaban por qué calles evitar los balazos para llegar a la casa de Hafidh-Al-Kadi. El nos dio comida, no solo para nosotros sino para los demás huéspedes del hotel que no tenía restaurant. Al terminar la revolución (que duró tres días) nos llevó en su coche a las ruinas de Babilonia y el palacio de Schahrasad y la torre de babel. Nos sacó de ahí en un avión a Teherán porque ya se venía otra revolución. Fuimos a Persépolis (iglorioso!) de Fahan y Shiraz pensando en tomar un autobús a Pakistán pues en el mapa se veía una carretera a la frontera de Pakistán. Resultó que esa carretera era la que proyectaban hacer desde hacía tres años pero todavía no la construían. Tomamos un avión de Teherán a la frontera y de ahí el tren que no llegaba a Karachi donde nos esperaban las visas para la India cuyo gobierno nos invitaba, si no pasaba por Quetta y de ahí a Lahore. Viendo lo lento que iba el tren (hicimos tres días con sus noches) Mario decidió enviar los pasaportes a Karachi desde Quetta para que nos dieran las visas y nos mandaran a Lahore. El dueño del hotelito de Lahore se agarraba la cabeza horripilado “¿Cómo se les ocurre? El correo aquí no es nada seguro. No volverán a ver sus pasaportes jamás”. Para no angustiarnos decidimos irnos a Peshawar a ver el paso famoso de Jaybrar, de todas partes llamábamos a la embajada de la India donde estaban tan preocupados como el dueño del hotel. Cuando recibieron los famosos pasaportes nos llamaron para decir que fuéramos al aeropuerto porque los enviaban con el piloto del avión de Air India. ¡Y ya respiramos de

nuevo! La mitad del recorrido en la India fue como huéspedes del gobierno. Mario le hizo a Nehru la última entrevista que éste concedió a un periodista antes de su muerte en 1964. El resto del recorrido fue por nuestra cuenta. De ahí a Birmania, Tailandia y las ruinas de Aukor en Cambodia. El gobierno de Indonesia nos invitó y al llegar a la isla de Bali Mario ya no quería salir de ahí, me decía “Si tú quieres vete, yo aquí me quedo”. Algo te habrá contado de esa isla paradisíaca, sus dagas, su música, sus costumbres. Vivíamos en la casa de un príncipe con su templo a la diosa del arroz a donde llegaban los campesinos a cantarle en cuanto salía el sol. Lo que logró arrancarnos de ahí fue la invitación de los periodistas chinos a pasar un mes recorriendo China desde Pekín hasta Cantón. Los cirujanos chinos le extrajeron a Mario una muela que venía dándole lata desde Egipto. Cuando estábamos en un lugar civilizado tenía la inflamación y la infección que no permitían sacarla, cuando se desinflamaba estábamos en Bagdad o en Bali. Algún día te contaré del dentista de Lahore porque es toda una historia para morir de la risa. El dentista que vio en Hong Kong fue el que le dijo que era una operación difícil y que era una suerte que fuera a China donde estaban los mejores cirujanos del mundo. En Japón nos quedamos en casa de una amiga mía que era como mi hermana cuando estuve en Japón con mis padres en 1941. Regresando A México llegaron a quedarse con nosotros mientras Mario les conseguía trabajo a Fito Mijangos y Rolando Collado, también le ayudó a Pancho Villagrán, a Raúl Osegueda y a Juan José Arévalo. Todos exiliados

como Mario. Aurelia, la mamá de sus hijos, murió y los muchachos se fueron a vivir con nosotros. Hubo problemas con el mayor, Mario, y se lo llevó a una casa de huéspedes que le dijo que le pagaría mientras estuviera estudiando. Cuando Anaité tenía 9 años fue el segundo año sabático de Mario y con el dinero que nos dio mi papá de la “pre” venta de un rancho que teníamos en Michoacán nos compramos en Ámsterdam un “camper” Volkswagen de esos que suben el techo y queda una camita, bajas los respaldos de los asientos y queda una cama doble, tienes estufita, lavabo y refrigerador y se le adapta una casa de campaña como otra recámara. En esa recorrimos Holanda, Bélgica, Alemania (ahí compró Mario todos sus aparatos de música, bocinas, etc.), Checoslovaquia, Austria, en donde se nos unió Raúl que se había quedado en México a terminar el año de preparatoria, ya él pudo ayudar a Mario con la manejada de la camioneta y recorrimos Yugoslavia y Grecia. Dejando la camioneta en Atenas Mario y Raúl se fueron a Monte Atos donde no dejan entrar mujeres, estuvieron una semana de monasterio en monasterio mientras Anaité y yo los esperábamos en Istanbul. Ojalá Raúl te contara de esa aventura. De Istanbul fuimos a Rodas donde alquilamos una casita en Lindos, cerca de la playa y del valle de las mariposas. Seguimos en barco a Creta y de ahí a Atenas por la camioneta. Cruzamos a Italia que recorrimos de Venecia a Nápoles. Mario nunca quiso aprender Italiano por su rechazo al idioma de su padre y Anaité nos dio la sorpresa de aprenderlo en ese mes que pasamos ahí. Fuimos a Sicilia y de ahí a Túnez y Argelia. Pensábamos

entrar a Marruecos y de ahí cruzar a España pero resultó que los guatemaltecos requerían visa y no se las pudieron dar porque era el “Ramadán” y los consulados estaban cerrados. Esperamos 10 días en un hotelucho lleno de ratas y cucarachas así que los ánimos se fueron caldeando al grado de acabar peleando Mario y Raúl de modo que cuando tomamos el barco a Marsella Mario decidió enviar a Raúl con sus parientes en Francia y que de ahí se regresara a México. Entramos a España por Barcelona (donde estuvimos con García Márquez), recorrimos hasta Sevilla y entramos a Portugal por el sur. De ahí por toda la costa hasta Santiago de Compostela, luego el norte de España para entrar a Francia por los Pirineos. En París vendimos el “camper” por lo que nos costó y ahí le dio a Mario el (perdona, Camila me dejó esta muestra de zarzamora) primer cólico hepático que los médicos franceses diagnosticaron como “indigestión”. El 2º, 3º y 4º lo vieron en Londres, lo llevaban al hospital en ambulancia, le hacían todos los estudios y no encontraban la causa. Así que se decidió que Anaité y yo fuéramos a recoger los aparatos de música en Alemania para llevarlos a Luxemburgo de donde salía el vuelo de regreso a México mientras Mario se quedaba en Londres por si le daba otro cólico. Al llegar Mario a Luxemburgo el sábado fue al correo a hacer una llamada a Londres y dejó los boletos de avión que llevaba en la bolsa del saco. Tuvimos que pasar una semana con la suegra de Oswaldo Mazariegos porque el correo estaba cerrado el domingo y no se podían recuperar los boletos. Por fortuna la tranquilidad de esa casa de campo y tal vez al sa-

ber que ya íbamos de regreso a casa impidieron otro cólico. Los médicos mexicanos descubrieron que los cálculos en la vesícula de Mario eran transparentes y por eso no los detectaban en Inglaterra. Nos encontramos con que el señor que iba a comprar el rancho de Michoacán no lo pudo pagar, entonces Mario se hizo cargo (mi papá había muerto) y logró vendérselo al gobierno, a través de Luis Echeverría, amigo nuestro y presidente de México. Con ese dinero construimos una linda casa en Cuernavaca, con dos caballerizas y picadero. Mario tenía su caballo y Anaité el suyo. Raúl, que ya estaba viviendo con nosotros se quedó en México por estar en la Universidad. En ese año conoció Mario a Corina en el Ecuador y le pareció facilitarse con ella en Londres. El iba en semestre sabático (en vez de trabajar seis años y tomar año sabático se enteró que podía trabajar tres y tomar semestre) en el primer viaje largo que iba a hacer sin mí, y a ella la había invitado una amiga que vivía en Europa. Viajaron por Inglaterra, Francia y España donde le hizo una escena de celos para dejarla y se fue a Marruecos con un amigo. Yo me enteré de su existencia por una tarjeta postal que ella le mandó a nuestro apartado postal en Cuernavaca. De ahí empezó a extrañarla y me hizo a mí una escena de celos para dejarme y traerla a ella a México. Empezamos los trámites de divorcio, pero cuando se trató de firmar la sentencia para que causara ejecutoria Mario no la firmó sino que decidió reconquistarme y volver a vivir en Cuernavaca. Con la Morena le mandó avisar la Corina a Mario que estaba embarazada y confieso que todos mis comentarios al respecto le me-

tieron la duda de si la niña podía ser de él o de otro. Tanto así que cuando escribió las *Vísperas muy largas* en el final había escrito que su personaje descubre que su amante lo había traicionado y la niña que llevaba en el vientre era de otro padre y no de él. Le dije que no era posible que le hiciera eso a la niña puesto que en la historia queda claro que la amante es Corina y Yolanda soy yo y ese fin significaba que Araí es bastarda. En un país tan católico como el Ecuador, eso es fatal. Con Juan Rulfo se quejaba de que yo le había echado a perder el final de su novela, pero sí lo cambió. Cuando nació Araí, Mario y yo nos fuimos a Europa de semestre sabático. Me di cuenta que le escribía a Corina y la llamaba por teléfono. Entonces decidí separarme de Mario mientras Corina estuviera en México. Él siguió viaje a Italia y Rusia y yo regresé a vivir con una amiga alquilando la casa en Cuernavaca. Nos divorciamos y se casó con la Corina. Arregló que la UNAM lo comisionara para hacer un libro, sociología del arte ecuatoriano, como el que había hecho de México, *Las piedras vivas*, llegando al Ecuador se separó de la Corina y durante tres años estuvo viniendo a México a pedirme que me fuera con él al Ecuador. Estaba viviendo en casa de Guayasamín, el pintor. Con él organizó la puesta en escena del *Santo de fuego*, Guayasamín pintó la carátula del libro. Finalmente acepté y estuve un año en el que me enteré que Corina no le daba el divorcio porque se sentía segura de poder reconquistarlo. Siento que en el fondo el llevarme a mí a Quito fue una crueldad de Mario. Nada podía haberla lastimado más. Me llevó con él en un viaje a Europa financiado por

su periódico y la cámara de comercio ecuatoriana. Fuimos a Yugoslavia, Austria, Alemania, Francia y Gran Bretaña. Se me olvidó contarte que cuando en Yugoslavia se publicó *Entre la piedra y la cruz* (que ya estaba traducida al francés, así como *Una manera de morir*) con lo que le pagaron estableció un premio para la primera novela de un escritor yugoslavo y no quiso que le pusieran su nombre sino que se llamaba “Premio Benito Juárez”, en honor a la tierra que le había dado asilo. Los periodistas de Alemania mandaron una foto a su periódico en Quito “El doctor Monteforte y su esposa” que salió en primera plana causando gran revuelo entre los amigos de Corina, cuando lo supe decidí regresarme a México y a los dos meses Mario también se regresó. Ahí llegó Cerezo a convencerlo de que volviera a Guatemala y a mí me arregló una exposición de caballos en “El Túnel”. Teníamos una casita linda en El Zapote. Al año Anaité me pidió que fuera a Cuernavaca a componer las goteras de su casita porque ella estaba en México haciendo su carrera de restauradora. Me tardé más de la cuenta y Mario fue al Ecuador a la toma de posesión de no sé qué presidente amigo suyo. Se contentó con la Corina y la llevó a Guatemala. Por primera vez en mi vida lo llamé y lo insulté. Pasó un año y le empezaron a llegar amenazas de que iban a secuestrar a Araí. Entonces se regresaron al Ecuador donde se volvió a separar de Corina. Alquiló una casa en Cuernavaca y se pasó dos años y medio reconquistándome. Fue el cortejo más halagador de mi vida; teatros, conciertos, cines, comidas, cenas, regalos, etc. Me dijo que se quería ir a morir a su tierra, pero conmigo

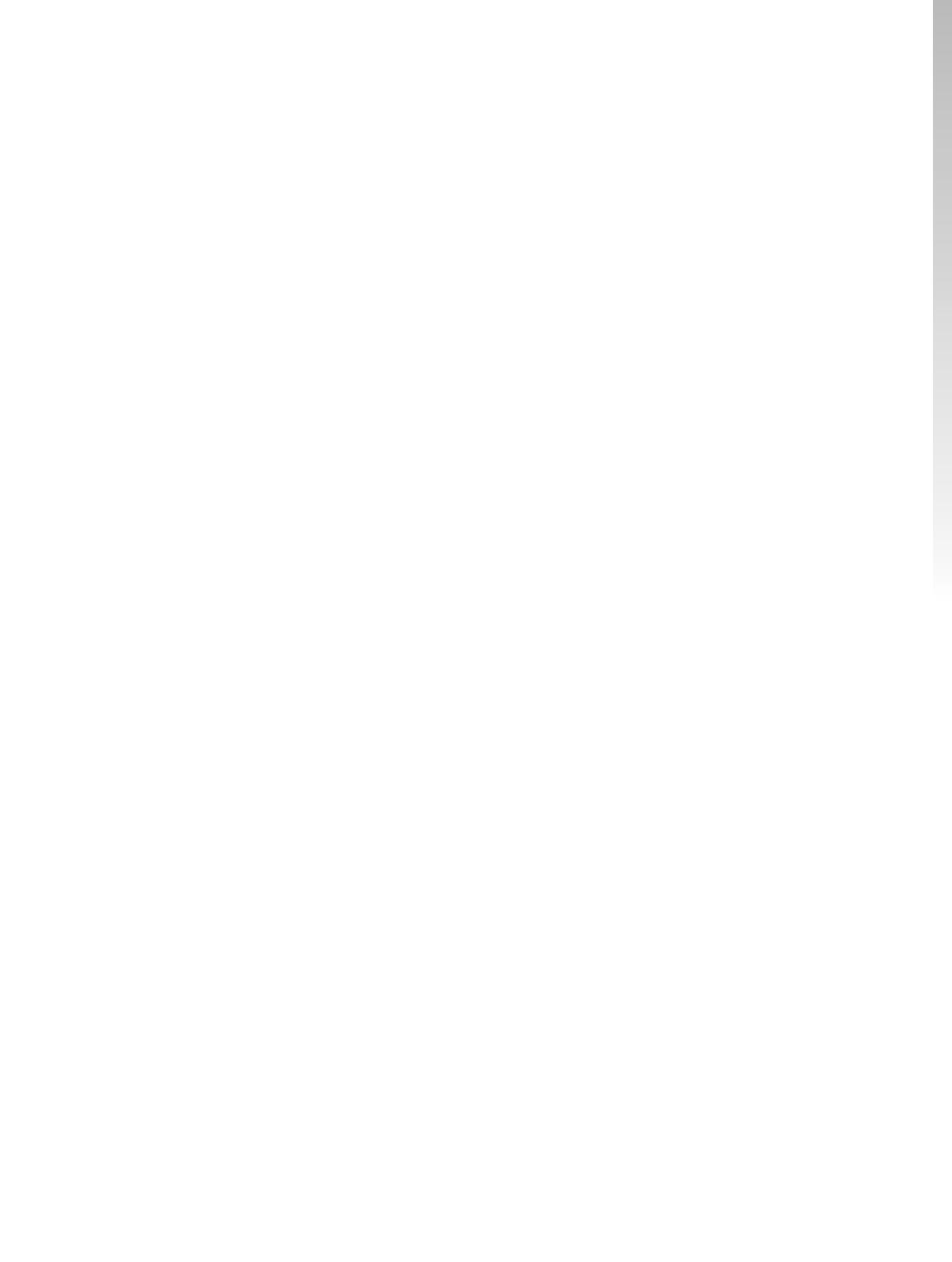
así que vendimos la casa de Cuernavaca y nos fuimos. No sin más peripecias. Él llevaba a su caballo en un camión para llegar a buscar casa en Guatemala. En Oaxaca le robaron su saco con el pasaporte, FM-2 y buena parte de su dinero. El chofer llegó a la frontera con el caballo y los inspectores de hacienda no lo dejaban pasar. En hacienda nos encontramos con la hija de un amigo suyo que era jefa del departamento de permisos y con una llamada telefónica arregló que pasara la frontera el caballo. Ahí lo detuvieron los de sanidad de Guatemala y eso fue toda otra aventura. Con pasaporte y FM-2 nuevos llegamos a buscar casa y liberar al caballo que se estaba muriendo de hambre. Tomamos aquel departamento maravilloso que tú conociste y la historia de ahí en adelante la viviste con nosotros. Solo me falta contarte que en el ministerio de Extranjería (no me recuerdo cómo se llamaba en Guatemala) me preguntaron por qué no me casaba con Mario ya que así me podrían dar la residencia al día siguiente, a lo que yo contesté que no me quitaran el placer de poder decir, a mis setenta y dos años, que yo era la amante de Mario Monteforte. Lo que no te podría asegurar es si la escena de celos que me hizo porque me quedé a tomar la copa con un chico ecuatoriano 30 años menor que yo (como la Corina, 30 años menor que Mario) en vez de ir al cine con él y sus amigos fue realmente por celos o porque ya se quería deshacer de mí dejando de hablarme por un mes. Tu mamá me dijo que ese dejar de hablarle a la esposa es costumbre bastante común entre los guatemaltecos, que luego a los 2 ó 3 meses ni se acuerdan por qué le dejaron

de hablar y le comienzan a hablar de nuevo sin mayor explicación. La única otra ocasión en que Mario me dejó de hablar fue cuando doña Chusita vivía con nosotros. Al mes decidió que doña Chusita nos ponía tensos y no podíamos hablar. Le buscó una pensión a donde la llevó y yo me quedé esperando lo que él quería que habláramos, cosa que nunca ocurrió, decía él que yo era la única mujer con quien él podía vivir tranquilo y eso sí creo que sea la verdad, tal vez porque fui la que más lo quiso, y más lo perdonó.

Lo que siempre extrañé en Guatemala fueron las reuniones en la casa de México, guitarreando y cantando hasta el amanecer. Ahí nacieron grupos que luego fueron famosos, el del Negro Ojeda y los Folkloristas. En la Casa de México de París estaba uno de los Ávila, de los que se iba con Mario y los amigos a tocar y cantar en los cafés. En una ocasión los aplaudieron tanto que una de las chicas pasó un sombrero entre el “público” y se lo llenaron de billetes. Un acordeonista ruso que tocaba ahí se “indignó” de que le quitaran su trabajo así que la chica le regaló todos los billetes. En casa de... Foppa, su hijo Julio cantaba el “folklore” y Mario y yo el canto “culto”, porque nos sabíamos canciones antiguas inglesas, francesas, italianas, españolas y también aprendimos unas yugoslavas e indonesas y como dos japonesas.

Sabiendo que últimamente se dedicó a pintar te puede interesar saber de los primeros cuadros que pintó en 1958. Fueron dos: los pájaros que quiere Anaité y un ar-

lequín que le llevó a enseñar a un pintor amigo suyo, Vela Zaneti. En casa de Vela estaba una galerista comprando cuadros y le encantó el de Mario. Le ofreció 500 pesos por él, luego 750 y finalmente 1000 pesos, “no doy más dijo”. Mario ganaba poco menos de 3000 al mes en la universidad así que fue demasiada la tentación y se lo vendió. Llegando a mi casa (yo le había dado los pasteles con los colores que él me iba describiendo: “un azul oscuro, como de noche tenebrosa, un amarillo color de zapote muy maduro” y él los mezclaba) me dijo: “No vuelvo a pintar. Si me gano mil pesos tan fácilmente por una media tarde de trabajo ya no voy a escribir y yo soy escritor, no pintor”.



Mario Monteforte

Toledo y la vida

Técnicas para ser presidente

Mario Monteforte Toledo

En una democracia cualquiera puede llegar a la presidencia de la República... Falso.

Llegar es cuestión de suerte... Falso. Para llegar hay que ser valiente, astuto y mañoso... Falso. No hay nada más difícil que llegar a presidente, sobre todo en un país surrealista como Guatemala. Este texto pretende convencer a los aspirantes. Es técnica.

1. Hay que comenzar a soñar en el momento justo, ni antes porque se quema el pan ni después, porque se le adelantan otros.
2. No busque amigos sino socios y servidores. No se ría de lo que no tiene gracia y esconda muy bien sus procedimientos para captar clientela.
3. Que jamás se le ocurra publicar que no quiere ser presidente; pero que si el pueblo se lo pide... No hable de pueblo; el pueblo somos todos.
4. No ande metido en todas partes. Si va a fiestas baile con las más feas, que son las más agradecidas, y escóndase para ver a las bonitas.

5. Que no se le ocurra citar a los clásicos, a los escritores, a los sabios. La gran mayoría de los que votan no lee y desconfía de los que saben mucho.
6. No haga promesas, ni concretas ni velada. Critique al gobierno y sobre todo al presidente con cuidado; no se olvide de la Biblia: recuerda que lo que hagas se te hará.
7. No crea en la patraña de que todos los ciudadanos son religiosos; en estos tiempos metalizados la religión solo se toma en la medida en que no molesta con sus normas y castigos.
8. Nunca crea que le están creyendo; pero haga como que sí lo cree, para no ofender a quienes pretenden engañarlo.
9. Entérese bien de la historia del país y en cuanto la sepa, olvídela.
10. Viaje lo más a escondidas que pueda; recuerde que el 96.7% de los guatemaltecos jamás han cruzado las fronteras y envidian a los que sí las cruzan.
11. Ningún partido elige al presidente; la mayoría está formada por gente sin partido ni vocación de asociarse. Esta mayoría no es tan tonta como parece ni como usted lo necesitaría.
12. Los males del país no tienen remedio; por lo menos mientras usted viva. Su habilidad consiste en presentarlos mejor de lo que son; pero sin insinuar que usted puede remediarlos.

13. Oculte meticulosamente a sus amantes y si tiene fuerza de voluntad, mejor prescinda de ellas. Ya habrá tiempo de conseguirlas en el caso de que lleve a la presidencia. El 96% de la clase intermedia que da las mayorías de votantes es monógama y los hombres le tienen miedo a las mujeres, y envidian con todo su corazón a los don Juanes.
14. En el tiempo en que esté formando su clientela hable poco y solo de lo que entiende. Consiga a dos o tres de su absoluta confianza para que en público le pregunte cosas que usted domina. Si algún listo se precipita y le formula una pregunta molesta, dígame que eso es importante que al final de la reunión se tratará; procure que ese final no llegue.
15. Oculte sus enfermedades. Los enfermos no despiertan confianza.
16. Si tiene gracia ataque a sus rivales con gracia y si no, no los ataque. No desarrolle complejo de simpático.
17. No invoque a su madrecita ni a sus hijitos. Tampoco invoque a Dios, que no tiene la culpa de sus cualidades ni de sus defectos.
18. Si llega a presidente, olvídense de todo esto y haga lo que le dé la gana. De todos modos dirán que es malo y que lo creyeron mejor.

Siglo XXI

16 de abril de 1992

Consejos para casadas

Mario Monteforte Toledo

El marido acaricia ese deleitoso último tramo del sueño. Usted ya está trabajando. No cierre un cajón como quien dispara una 45; no use su voz más aguda para regañar a los niños. El señor se despereza, da los buenos días y entra en el baño. No deje el patín del niño a medio cuarto ni una media colgada de la barra de la cortina ni un peine lleno de pelos en el lavamanos ni la pantaleta tirada en un rincón (recuerde que es un instrumento erótico y se deja cerca de la cama); no destripe la pasta de dientes por la mitad ni deje sus frascos en el lugar de los suyos.

Sigue el desayuno. El 72% de los hombres clase media para arriba leen el periódico mientras toman el primer café. Si él comenta que no ha terminado el lío de la guerra no le pregunte qué es eso. Si le habla de lo que usted no sabe diga solo "Ajá...". No lo distraiga contándole problemas de criada y cocina. No se quede mirando al señor apoyando el mentón en la mano porque no se puede

leer si a uno lo miran y además, los hombres son más coquetos que las mujeres y creen que amanecen feos. Si lo que debe ser caliente está caliente y lo frío frío, el desayuno podrá ser un éxito.

El almuerzo. Desarrolle el instinto de adivinar si al señor le fue bien o mal en la oficina; de eso depende una buena estrategia. Cuando tiene la boca llena comiendo la segunda porción de alguna vianda no le diga que se sirva más porque usted la hizo con sus propias manos. No corrija a los niños sus modales (de noche, cuando usted es más fuerte) dígame que lo haga él.

La tarde suele ser siempre propicia. Usted se siente bonita y arreglada y él creerá que es por él y no por la amiga que usted espera para tomar café y chismosear. Deje al señor solo con los niños y si ellos le preguntan algo que él no supo, diga que usted **tampoco** sabe.

Y llega la noche, la alcoba. No se arregle al mismo tiempo que él porque le revelaría secretos de su alquimia. No cante frente al espejo porque los hombres creen que en ese trance las mujeres no están pensando en ellos. Si usa faja no la deje visible; los dos zapatos deben quedar verticales y no solo uno. Debe usted oler tan bien y mirar con ojos tan brillantes que a él no se le ocurra ponerse a leer en la cama. Y tenga muy presente, siempre, que del amor usted sabe más que él y que las innovaciones técnicas dependen de usted. Si lo duda, piense en Eva. Otra cosa es que usted le haga creer que todo lo aprende de él. Haga ejercicios físicos y mentales para perder por completo todas las inhibiciones. En la cama usted

no está cumpliendo con deberes u obligaciones sino viviendo lo mejor que tiene su cuerpo. Intercambie conocimientos con sus amigas más evolucionadas, no con miembros de su familia (que como usted sabe, en estas cosas son muy conservadores). No crea en amigos hombres, sobre todo si es usted atractiva. Nunca se sienta un producto terminado; en el amor nunca acaba uno de aprender. Si usted ronca, niéguelo, y cuando se duerma no patee ni descubije.

Siglo XXI
10 de diciembre de 1992

Consejos para hombres casados...

*(Respuesta al escritor don Mario Monteforte Toledo,
de su esposa, su prima y su hada madrina)*

Cada mañana: es importante levantarse a tiempo y antes de bañarse y acicalarse para acudir al trabajo debe atender a los niños, bañarles y apurarles a que no pierdan el autobús, ayudar a su esposa como “jefe de familia” a enfrentar el nuevo día optimista, sonriente y silbando.

Durante el desayuno: no lea en la mesa el periódico, es falta de respeto y consideración hacia su compañera. Si ella inicia conversación de temas que no le importen ni interesen, trate de disimular, no bostece ni diga “ajá”. Y no se le quede mirando embobado, por muy bella y lozana que esté, porque creerá que usted es un tonto y que, además la engaña... Lústrese los zapatos sin ensuciar los muebles y hágalo con los de ella también, como buen cooperante, los de los niños y... no ponga mala cara.

Almuerzo: como siempre es puntual, el día que se retrase, sea amable y avísele con tiempo. Dialogue con su

esposa sobre temas agradables, cuénteles cómo ha sido su día, no espere que ella adivine... pregúntele cómo ha sido el de ella, ¡escúchela con atención y se sorprenderá! Puede aprender de esto mucho. Sírvese usted las viandas, la cantidad que desee, no deje sobras, que es mala educación... y para esto es mayorcito.

Tarde: en estos atardeceres rosados del frío diciembre que, si hablaran los volcanes... ¿qué cosa no dirían? Al llegar del cotorreo y de copas con los amigos mantenga el mismo entusiasmo para ayudar a los chicos a sacar su tarea escolar. Ocasionalmente invite a su compañera a cenar a un lindo y buen restaurante y a una sala de cine, la lucirá, mostrándole qué orgulloso está de ella. Con paso firme, sereno y erguido... “ella”... sonriente responderá. Deseche la “idea” de una sucursal, que cuesta muchos reales, ya que todos los Juanes, esto está bien comprobado, no son buenos ni dan bola, cuanto más en estos tiempos de raros descubrimientos.

Recoja su ropa sucia y llévela presto al canasto. No hay nada tan prosaico ni que acabe con el romanticismo nocturno, que ver ropa sucia tirada, como la que venden usada. Sea considerado y no ronque, y si piensa que tendrá mala noche por exceso de comidas o bebidas, ¡con mucha sutileza, cambie de habitación para dormir! Si no tiene otra recámara, el sofá de sala será confortable, vea allí la tele y así, se va quedando dormido.

Es importante: ejercicio diario y dieta, si es necesario, para mantener buena figura que no desagrade a su esposa. Duérmase con el propósito de reconocer y alabar

las cualidades culinarias y los esfuerzos cotidianos por mantener el orden en casa. El gruñir, criticar y mostrarse siempre aburrido le sacará más arrugas, y se convertirá en un ser insoportable... ¡Créalo, maestro! Ser aburrido y además gruñón son los peores defectos, un buen día llegará a casa, y, ¡la encontrará vacía!

Siglo XXI
16 de diciembre de 1992

De cómo no ser millonario

Sólo dos veces pude ser millonario

Mario Monteforte Toledo

Tenía yo unos treinta floridos años, vivía en Nueva York en el exilio, contratado por lo que luego serían las naciones unidas para escribir propaganda contra el franquismo de España. Como desde entonces tenía gustos caros, enseñaba literatura latinoamericana en la Universidad de Bennington; iba de viernes a domingos –porque no había vacaciones, por eso de la Guerra–, y gozaba infinitamente del suave, elegante y nítido paisaje del norreste del país, y de ver a las muchachas más hermosas, pertenecientes a familias millonarias y progresistas.

Todos los maestros hemos tenido nuestras enamoradas y yo no soy la excepción. La niña sumaba dieciocho años y se llamaba Brenda –naturalmente; allá nadie se llamaba Mary o con otro nombre democrático. Por mirarme no aprendía, y porque además las dimensiones de su belleza eran las mismas que las de su idiotez.

En una fiesta de la Universidad conocí a su madre y supe que la belleza se hereda y por fortuna la idiotez no. La

señora era adorable a pesar de ser tejana, divorciada y se dedicaba a su hija única. Tenía casa en Nueva York y luego me invitó a tragos, cenas y cócteles donde la gente olía a perfumes de sachs Fifth Avenue.

Un día me dijo que la invitara a comer y me la llevé a un restaurantito de una vieja gorda e italiana, cerca de mi departamento en el Village. Después del café me dijo que Brenda me amaba y que por qué no me casaba con ella; luego pasó a informarme que la muchacha se iba a morir si yo no la aceptaba; que era la única heredera de una fortuna tan colosal que no me la podía describir; que podríamos viajar en nuestro yate y vivir en París o en la Costa Azul; que yo escribiría cosas maravillosas e interminables y que no volvería a trabajar jamás. Franqueza obliga. Le dije que la que me gustaba era ella y que por qué no se iba a vivir conmigo al Village y que todos los días le besaría las uñas de los pies y los párpados que tenía sobre los ojos azules y que haríamos el amor hasta que protestaran los vecinos. Me quedé esperando que llorara y efectivamente: me tomó la mano, me la besó y derramó exactamente seis lágrimas –tres por cada ojo–. Con nuevos bríos aumentó sus ruegos y me dijo que no podía romperle el corazón a su hija, etcétera.

El asedio duró cuarenta días. No las volví a ver. Andando por los años encontré su dirección de Forth Worth, Texas, en uno de esos libritos de teléfonos donde ya hay más muertos que vivos, y se la di a un amigo que iba por negocios a Forth Worth. Me escribió pron-

to. Brenda se metió a misionera fundamentalista y su mamá -que será resplandeciente hasta el día de su defunción le habló de mí y le dijo que era un pendejo -sólo que en inglés-.

La segunda y última oportunidad fue en la época en que más he viajado. Conocía absolutamente todos los sitios más baratos para alojarme y comer de casi toda Europa y decidí escribir un prontuario para los pobres. Un gringo me ganó la idea; su libro, *Europe on five dollars a day*, alcanzó diecinueve ediciones. Ya no sirve porque se necesita otra guía: *Europe on eighty dollars a day*, a menos de que cuando se publique hayan subido a noventa.

Siglo XXI
30 de julio de 1992

Teoría del caballo

Mario Monteforte Toledo

En dos se dividen mis relaciones con los caballos: los recuerdos tristes y la alegría de vivir con ellos. Me deben cinco costillas y un cúbito rotos. Una aciaga mañana, a galope tendido por el bosque mi caballo metió la mano izquierda en un hoyo y se la fracturó. Mientras me veía reflejado en sus ojos de una limpidez absoluta, el veterinario volvió la cabeza para ignorar si la bala le había dado a media frente; supe de pronto que el amor no es sólo patrimonio de seres humanos. El patriarca de los Domecq ya había accedido a venderme a Galanoso después de ver lo maravillosamente que nos entendimos; era la mejor galopa de la zoología. Pero se desdijo porque Paloma, su nieta consentida, se lo pidió gimoteando para ir a la feria de Sevilla. Apenas se restañó mi herida escribí a la moza -ella nunca leyó una página completa- diciéndole que había asesinado un sueño y que la maldecía como a la medusa de cabellos de serpientes.

Los hombres han creído que los caballos les otorgan vocación de estatua y signo de dominó. Para elogiarlos los han alojado en pinturas rupestres, frisos asirios y frascónicos patios de Ankor y de Persépolis, templos hindúes, vasos griegos, adornos de príncipes cretinos. En la poesía universal abundan sus menciones –Darío les dedica el primer verso de uno de sus poemas memorables. Pertenecen hasta a la picaresca de la historia, como el caballo de madera que los griegos rellenaron con guerreros para entrar a Troya.

Pero son los caballos quienes les enseñan a los hombres la noción de lo armonioso, la sed de caminar, el triunfo sobre el espacio, la exaltación de gestar música con materia viva, la humildad de compartir la tierra con algo portentoso que se vuelve común a greyes enteras, como un símbolo de hechicería o la imagen de una divinidad laica. El caballo es la esencia de la libertad; en cuanto se le suelta, su mirada cobra la total remotidad de gloriosas dinastías, barbarie de viento suelto.

Su presencia entra por todos los sentidos; al venir, al ser, al pasar deja un aroma pulcro inconfundible. Su presencia corresponde a lo estético; pero también a algo que inspira ternura y agradecimiento por ser como es.

Su ritmo libera la fuerza absorbente de la tierra y arrulla en una atmósfera de pensar con total limpieza. Cabalgando se resuelven las angustias, las carencias, y se afina la mirada para encontrar la placidez. Por eso montar a caballo da sed de vino y cansa con delicia. Su voz secreta, como los rumores de los delfines –sus hermanos

del mar- recuerda los mensajes de esos pueblos desnudos cuya fe transforma el terror en danza. La única voz audible del caballo es el relincho para cantar a la yegua en celo. Verlos hacer el amor es la imagen cabal de la consagración de la primavera.

Mi andaluz nació en México; su hermano de rejoneo y sus abuelos sementales en Jerez de la Frontera. Sabe veinte pasos y la manera como lo mira la gente me eriza la piel de cierto humilde orgullo. Dos veces le he pegado -y la afrenta se asemeja a escupir un altar. No hizo lo que yo le ordenaba; ni siquiera se movió. Al día siguiente le lleve azúcar y no se dignó mirarme. Por fin se acercó a la puerta de su establo donde me apoyaba inmóvil y me arrancó un botón de la camisa, igual que cuando quiere jugar. Esa vez lamenté de veras haber olvidado cómo se llora.

el Periódico, "La columna"
19 de abril de 1998

Palabras de un resucitado

Mario Monteforte Toledo

Hace algunos días sufrí un choque con tres automóviles a la vez. La mitad basta para destrozarle la vida a cualquiera; sólo me partí la frente hasta el hueso. Yo tuve la culpa por pilotear a mis años y no preferir el estado sedentario. He decidido vender el automóvil y arreglármelas con taxis.

Los cristianos dijeron que era un milagro de Dios y los demás preguntaron por qué llegó tan tarde y no evitó el accidente.

Una tomografía hecha en el hospital para ver si tenía algo en la cabeza mostró en una especie de antiguo mapa de mares que no había nada. Es un diagnóstico blasfematorio por extenderse a mis amadas ideítas. Nunca me había desmayado; yo creía que el desmayo era cosa de muchachas desnutridas en postales del XIX y de Margaritas en el teatro sentimental. Comencé a perder suave e implacablemente los sentidos. Primero el tacto que segundos antes insinuaba la presencia de la sábana estirada en el colchón; luego el oído, y con

él un estampido interminable y una especie de lluvia de añicos de tejas y una dulzarrona sirena de ambulancia. Del olfato no me acuerdo; tal vez porque las tragedias no huelen. Quedó la vista, obstinada, centinela, subterránea, revelando algo tan incomprensible como un lenguaje de isla sin archipiélago. Miraba el techo de un blanco con una claridad degenerada y amarillenta. El techo pasaba, pasaba hacia atrás, igual a sí mismo como un lienzo interminable; pero me hacía sentir en viaje hacia adelante o al menos en movimiento. Sin algo abajo, lo blanco dejaba de ser techo y se transformaba en atmósfera sideral.

De pronto me parece haber imaginado que me preguntaban quién era yo, qué cosa era, sin nombre, sin recuerdos, dueño o perteneciente a una nada que jamás había existido. Poco a poco fui dejando de pensar y hasta de ver. Había muerto el tiempo. Eso es... No es uno el que muere: es el tiempo.

De pronto me supe conversando con los amigos, sin noción de cuándo había empezado a ser persona otra vez. Entre el desmayo y la obnubilación y la anestesia habían transcurrido 96 horas. Hasta que pensé que si no escribía estas líneas era que aún estaba muerto. Pero resulta que tampoco tengo la seguridad de estar vivo.

elPeriódico, "Cartas"
miércoles 12 de febrero de 2003



La vejez

Mario Monteforte Toledo

Solo los viejos podemos hablar sobre la vejez, no los demás. La eternidad es una idea de los jóvenes; la vejez es la muerte de la eternidad, pero también es la vida de la muerte. Es difícil saber cuándo empieza la vejez; los demás se enteran antes y los seres normales no quieren saberlo. La vejez comienza como las pirámides, por donde la primera piedra se casa con la primera tierra firme y con la primera humedad.

La vejez no empieza con los primeros recuerdos sino con los primeros olvidos, los primeros estúpidos olvidos; sigue con los dolores de luna en las rodillas, el encogimiento de las miradas, el desagrado de verse al espejo; sigue cuando a la mujer semidesnuda le hablamos de poesía en vez de acariciarla, cuando la muchacha se levanta para ofrecernos su puesto en el autobús, cuando uno cree que se cayó por casualidad o por mala suerte, cuando se acaba el deseo de convencer y la necesidad de demostrar tamaños y justeza de las

convicciones. Cuando la vejez se instala es un alivio. La vejez se instala cuando nos confesamos por qué vamos a sufrir al enterarnos de que ya pasó la hora del amor. Sólo en la soledad, en la más convincente y fecunda soledad se puede vivir sin amor y sin la amargura de haberlo tenido.

Hay viejos a su tiempo y viejos jóvenes. La vejez en los jóvenes es una degeneración de la muerte.

Es inevitable pensar en la diferencia entre el ser y el hacer cuando uno llega a la vejez. Por grande que sea la vanidad, uno sabe que ha sido poco, casi nada. Y también sabe que haber sido algo no significa nada. El hacer son las constancias que uno deja antes de que sople el viento y las disperse. Si un escritor piensa en el número de personas que lo han leído y en que la humanidad consta de más de seis mil millones y dentro de cien años serán doce mil, tarda poco saberse invadido por una plácida sensación de humildad y de modestia.

La vida, por la rapidez de su decurso, nos impide profesar verdadero arrepentimiento. La vejez abre esos ojos que no sirven para ver todos los días. Solo hay que arrepentirse de lo que uno ha hecho.

Lo que existe solo es infinito para el niño y va disminuyendo con la edad. En la vejez ya no existen sino pocas cosas, pero grandes y por lo general gratamente incomprensibles.

El tiempo sirve para medir y para convalidar los momentos: el nacimiento, la primera comunión, el primer ha-

cer el amor, la primera canallada, la primera cobardía, el primer bisoño empleo del sexo, la primera conciencia del tamaño de la mujer, el primer muerto, el matrimonio, el divorcio, la primera vez que se descubre que nuestra madre le cuenta al padre los secretos que a ella le contamos, la primera humillación, la primera vez que vimos el mar, el primer viaje en avión cuando sentimos como si estuviéramos en el vientre de la Victoria de Samotracia y no nos acordáramos de quién dijo eso, la primera vez que nos preguntamos qué jodidos estamos haciendo aquí en este mundo.

La muerte me da una gran curiosidad. No he preparado mis últimas palabras, signo de que no me preocupa impresionar a la gente. He pensado y escrito mucho sobre la muerte, no ahora sino desde que empecé a escribir. Un tiempo la entrelacé necesariamente con la violencia, luego me di cuenta de que la muerte solo cabe en el pensamiento y se va reduciendo a palabras. El miedo a morir es palabras, puesto que no se sabe –sin palabras, solo en conciencia– qué es morir. Los velorios son alegres y eróticos, y los epitafios son literatura. Es mucho más difícil olvidar a un vivo que a un muerto.

El primero que se maravilla de cómo he llegado a la vejez del brazo de la vida soy yo. Hace un año embarqué a una mujer. Hoy vengo de montar un bravo caballo durante una hora y de manejar por carretera repleta otra hora. Antier escuché el Parsifal sin dormirme, convencido de que daría siete vidas si las tuviera por escribir algo equivalente a esa música. Hoy por la mañanita escribí

durante cuatro horas sin perder la sensación de cumplir con el deber de decir lo que tengo adentro. Los jóvenes inteligentes y creadores son la prueba de mi paciencia y de solidaridad. Me siento como reencarnado; a lo mejor todo esto sea un diminuto sueño de eternidad.

Tiendo a ponerlo todo en literatura: eso no es cosa de la edad sino prenda anexa a todos los escritores profesionales y a quienes llegamos a la convicción de que lo mejor de la vida no se puede vivir y expresar en sustancias materiales. Pero nunca hablo de mis libros –como sí lo hacen los adolescentes– y me revienta conversar sobre literatura; de alguna manera, hablar sobre literatura es reducirla a lo vil, lo cotizable, lo material –como poesía o música–. Hablar de literatura conlleva un afán hipócrita de alardear de sabiduría o de ponderarse uno mismo. Tampoco me gusta conversar sobre política; siempre implica atacar, destruir a alguien y presuponer que uno es mejor que todos; además, la política como desciframiento o gobierno de la realidad, como tema de conversación y como centro de la vida, solo puede ser aspiración de mediocres, desinformados y absolutamente ignorantes de lo que es la insoslayable pertenencia a una sociedad, con todo y sus misterios irresolubles.

Me impacienta hasta la exasperación la idiotez, la terquedad y el autobombo. No presumo de reconocer cada vez mejor mis defectos que por cierto sigo practicando sin someterlo a remordimiento ni propósito de enmienda alguno. Esta desfachatez es uno de los dones de

envejecer, cuando ya no queda intención ni tiempo de mejorarse.

Durante muchos años he convivido con los buenos escritores sin que me moleste su grandeza. Ahora ejerzo la envidia más cordial y descarnada. Envidio a Vallejo y a Pessoa, a Pound y a Borges como creadores literarios, a Cervantes y a Shakespeare, a Dylan Thomas y a García Márquez, a Saramago y a Guimarães Rosa, a la Duras y a Cortázar, a Pavese y a Revueltas, a Ungaretti y a Dostoievski, a Eco y de antemano, a uno que otro que viene creciendo en una islita de cualquier archipiélago. Soy un admirador profesional; admirar me produce la embriaguez de una droga aún desconocida por inofensiva. Pero no me complacería que los de la lista dejaran de existir porque si faltara uno solo de ellos yo no podría escribir línea legible ni tendría la posibilidad de saber lo que significan, y porque cojearía la humanidad sin una de sus cuatro patas.

Sin proponérmelo, sin angustia de ningún género, sigo viviendo cómo he vivido y escribiendo como siempre he escrito. Tengo cáncer en la próstata, pero según los que saben y no tienen cáncer en la próstata no es de eso de lo que me voy a morir. No suscribo el corrido mexicano que termina: “si me han de matar mañana que me maten de una vez”. Pero si yo creyera en que lo que uno desea con toda el alma ocurre, me gustaría morir de repente, aunque fuera por alguno de esos rayos que andan vagando sin destino por el cielo.

Me revienta la oscuridad, la ambigüedad, la vaguedad, la mentira religiosa y la filosofía que promete la redención o la liberación humana a cambio de conformarse humildemente con una vida infernal o de creer en todo lo increíble.

Todas las vejeces son distintas; mientras menos se ha vivido más duelen, cuando descubro y miro lo que he vivido, me regocija inmensamente llegar a la convicción de que morirme no es demasiado grave.

La vejez no tiene nada que ver con la vejez. El tiempo nada tiene que ver con la vejez. La vejez es un conjunto de restas y de multiplicaciones reducidas por un catalejo al revés, y es exactamente, lo opuesto a la geometría del espacio. Se mide por el no poder hacer, el no poder sentir, el no poder olvidar, el no poder creer. Y en cambio, se mide por la inmensa alegría de despertar y darse cuenta de que todo lo que puede hacerse y no hacerse en el día que comienza. En la vejez, el despertar es una manera de agradecimiento que decapita el pasado y el porvenir.

Revista Magna Terra
mayo-junio 2003, número 21

El arte de comer y de ser

Mario Monteforte Toledo

Hay Toledos y Herrartes en Oriente y en Occidente; también en la capital; pero no son los nuestros, aunque también somos de la capital. En nuestra familia hay rasgos comunes y peculiares, como en todas las familias; con sus deshonrosas excepciones, no hay tontos ni muchos buenos para ganar dinero pero sí para gastarlo, salvo en las últimas hornadas, donde aparecen como involución algunos grandes trabajadores. Solo ha habido entre nosotros un rico, un cardenal que desheredó a mi abuelo por liberal dejó cofres con cinco millones de libras esterlinas y un palacio con joyas renacentistas aún objeto de visitas turísticas en Roma. Cuando no tenemos cosa mejor que hacer nos ponemos a gastar esa imaginaria fortuna conforme los gustos personales. También con sus deshonrosas decepciones, somos honrados de manos y con sangre ligera, tercios y no mal parecidos (casi todas las Herrarte parecen anuncio de perfumes caros y se las han disputado con variado éxito hombres feos y millonarios).

Otra satisfacción familiar es la nómina de mujeres próceres. Tatarabuelas de principios del XIX fueron pintoras aceptables; luego hubo pianista semiprofesional y políglotas. La biblioteca del instituto Belén se llama Raquel Toledo Herrarte de Asturias rememorando a mi tía, la primera bachillera y maestra graduada en Guatemala; una de sus hijas fue pianista y uno de sus hijos violinista; en la actualidad tenemos ejecutivas, técnicas, profesionales y hasta viajeras consuetudinarias.

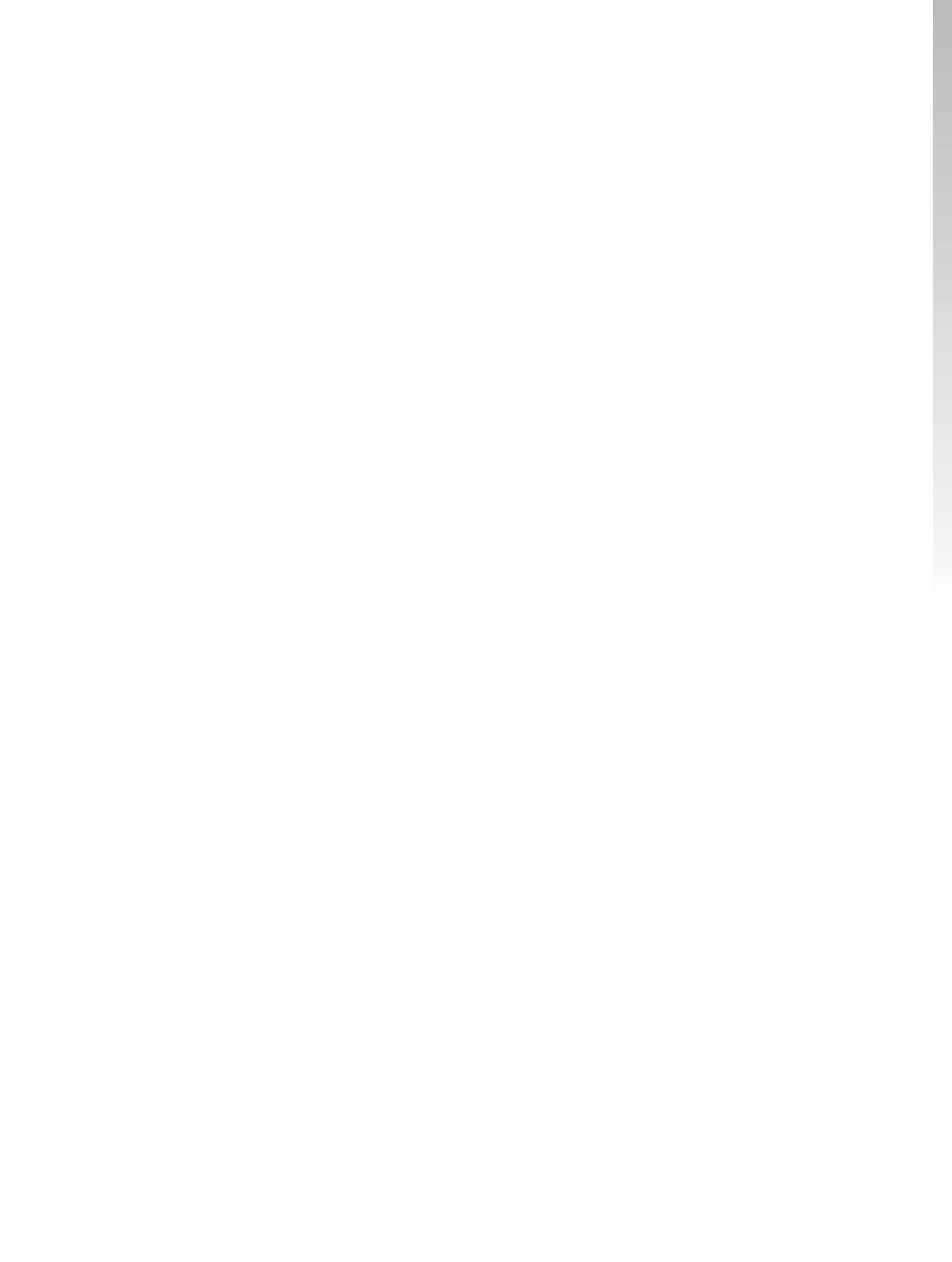
El rasgo que dejo de último, no por su valor histórico sino porque merece tratamiento especial digno de figurar entre las galas del feminismo, es la abundancia de mujeres espléndidas cocineras. Los apuntes culinarios de mi tatarabuela materna circularon en letra espenceriana como incunables entre las sucesivas generaciones; de los de mi abuela de la misma línea recuerdo una receta. “Bocado de la reina. Tómese 24 huevos, medio saquito de harina, seis cucharadas de lo del botecito colorado, cuatro medidas de azúcar morena y lo que cogen los dedos de ese polvo que venden donde Mutini. Bátase todo vuelta y vuelta hasta que dé punto y métase al horno. Al rato íspiese para ver si creció y si no, sáquese y tómese como fresco”.

No todas las recetas familiares eran tan deliciosamente empíricas. Andando los años llegamos hasta mi tía Julia Novela Herrarte de Montano. Vivía -como otros consanguíneos- en el callejón Normal, hoy llamado 12 calle “A” de la zona 1. Su libro de cocina rivaliza en número de ediciones con la Biblia y las últimas, con la bendición

apostólica inicial infaltable, ya son prueba de modernidad y técnica. Por fortuna de quienes nos fascina comer bien, entre las nuevas hornadas de nuestras mujeres se ejerce cierta rivalidad.

Dentro de algunos meses saldrá el libro de cocina guatemalteca elaborado durante años por la Morena mi hija (ese ser mitológico ya parte del folclor cultural del país). Pero el más portentoso de toda la familia acaba de nacer en prensas; se debe a mi amada sobrina nieta Ana Regina, contiene las más sofisticadas viandas de fuente europea y los inventos de la autora, todo con novedades tipográficas debidas a otra de mis sobrinas nietas -además es abogada- que lo hacen extraordinariamente manejable. No hay nada semejante hasta ahora publicado. Leerlo da hambre y más orgullo del que nos proporcionan los libros de ficción escritos por miembros de la familia, incluido el autor de estas líneas.

elPeriódico
15 de junio de 2003



Retratos hablados

Retrato hablado de yo

Mario Monteforte Toledo

Mi vida ha sido exactamente igual a la de los demás; sólo que muy diversa.

Comienzo por mis bienes personales: libros, cuadros y esculturas que me regalan mis amigos artistas; discos y grabaciones viejas, un carro 89, una colección de dagas y un caballo andaluz cuya descripción, por coquetería, dejo a quienes lo han visto trabajar. De familia me vienen dos piezas del XVII antigüeño y un lote en el cementerio general que organizó mi abuelo el liberal. Curioseando mi chequera el menor de mis hijos me dijo: *Pero papá, qué pobre eres. Cuando te mueras sólo nos vas a dejar un montón de pasaportes tachonados de visas.* Mi hija menor (a los 8 años) sentenció: *Papi, tú tienes muchos defectos, pero pequeños; mi mami tiene pocos, pero grandes.*

Tengo dos hijos y tres hijas, una de ellas, la Morena (leyenda guatemalteca). Todos trilingües, hermosos,

cínicos y medio cabrones; se juntan para hablar mal de mí en sus ratos desocupados –que no son muchos porque no tienen tiempo, como los triunfadores–. La que menos coopera en este magnicidio es la Morena, la más ligada a mis entrañas. Tengo cinco nietos y un bisnieto peludo y feo, como casi todos los niños a esa y otras edades.

Soy egoísta, intolerante, impaciente, casado con mis ideas radicales, posesivo, tacaño con mis cosas pero no con la plata y con mi tiempo. No le tengo paciencia a los pendejos, a los que presumen con retórica, a los gatos y a los maridos de las mujeres hermosas. Creo que lo mejor le corresponde a quien más le gusta; por eso me encierro en el baño a comer *marrons clacés*, frambuesas, mazapán y caimitos (apago la luz para no verles los gusanos). Soy vanidoso, pero no por lo poco que hago bien sino por lo que hago regular o mal. Me he acostumbrado a mis limitaciones; las primeras lecciones y el sentido del humor me vienen de mi madre. Viéndome rasurarme me dijo: *¿Sabes qué? Te escapaste de ser guapo*. Eufemismo filial. En realidad soy feo, con cara de colonizador hambriento o de asesino de Florencia a sueldo. Sin embargo, antes les gustaba a las mujeres que me gustaban; ahora sólo les gusto a las que no me gustan. Nunca fui valiente; de muchacho me peleaba como los demás, pero desde que me pegó un gordo y tonto yo lo hacía con mucho miedo. Los riesgos de muerte que he corrido se deben a la inconsciencia e ignorancia del tamaño de los peligros. No soy tipo de suerte: todo me cuesta enormemente;

por eso he aprendido a pelearle a la vida. Tengo muy pocos amigos y los amo tanto como a la libertad.

Mi mayor felicidad es jinetear, oír música, caer bien y encontrar berenjenas en la comida que hace Paulina. Mi mayor tragedia es tener que trabajar para la UNAM (desde hace 35 años) y los periódicos en vez de ganarme el pan escribiendo mis cosas. Viajé por casi todo el mundo en busca de un país donde mantengan a los escritores; pero no los hay. Mis mayores debilidades son las mujeres; han influido profundamente en mi vida, algunas para bien y otras para mal, pero a ambas les estoy agradecido. Mis mayores debilidades son jinetear a diario, encontrar las palabras y los buenos vinos que busco (tengo gustos caros) y confiar en la redención de estos países. No sé qué quisiera ser de no ser yo. Tal vez buen carpintero por la mañana y buen escritor después.

Siglo XXI

7 de septiembre de 1995



Retrato hablado. Mario Monteforte Toledo

Muso Ayau

Simpático, es.

Sabe muchas cosas. Desafortunadamente, mucho de lo que sabe no es como él cree. Pero ya es muy tarde para que cambie de opinión, para que se entere. Sería muy difícil educarlo, porque más bien me querrá educar a mí. Además, reeducarnos a los viejos es muy complicado.

Por prudencia tengo que perdonarle sus equivocaciones porque si no, quién lo aguanta.

Pero se trata de un retrato. Por lo que cuentan, ha de haber sido algo increíble de joven. Por lo menos dejó una fama que hay que ver. Es una leyenda creíble porque a pesar de que su pellejo está muy arrugado, sus facciones son las de un hombre guapo. Su mirada es penetrante. Su chispa es fascinante. Sus condiciones colosales. Su sonrisa irresistible, aunque se esté riendo de mí.

Hubiera querido ser su compañero de parranda en París, porque obviamente sabe vivir. Ya quisiera yo montar a caballo cuando tenga ciento cuatro años. Él también.

Su prosa es mi envidia. No digamos su ortografía, que es uno de mis puntos flacos. Ya van varias regañadas, como cuando en mi ignorancia después de décimo seguí con onceavo, etc. Lo cuento para que vea que *apriendo* y que no pierda las esperanzas en mí. Yo quisiera que él me diera clases de retórica y yo le correspondiera con de economía.

Dicen que es despiadado, pero conmigo ha sido considerado. Es un hombre precavido, pues cuando un amigo común nos invitó a almorzar su condición fue que no pusieran cubiertos de metal.

Lo que no comprendo es cómo una mente tan brillante no me quiera hacer caso. Algún defecto tenía que tener. Su mayor equivocación es creer que soy yo el equivocado. Supongo que ha de pensar de mí exactamente lo mismo, o algo peor. No sé dónde compra sus anteojos, pero debería comprarlos en otra parte, porque los que tiene no le permiten ver bien al mundo. En el fondo es un paleoliberal pero no es fácil detectarlo.

No sé dónde se trató de educar en economía, pero tuvo mala suerte. En fin, nadie es perfecto y aunque no sepa qué quiere decir tasa de sustitución al margen, es un caballero muy entretenido.

Siglo XXI
8 de diciembre de 1995

Mario Monteforte Toledo. Retrato hablado

Roberto Díaz Castillo

Mis primeros recuerdos de Mario –Marito, como le he dicho siempre–, se remontan a la década de los 50. Su nombre estaba entonces en las planas de los periódicos. Presidía el Congreso Nacional y, por disposición constitucional, era vicepresidente de la República. Joven, apuesto, militaba en las filas revolucionarias. Me parecía un renacentista: un Cellini. Sabía de sus aventuras en el Usumacinta caudaloso, en la selva lacandona, en los cerros que bordean Atitlán.

Al celebrarse las Olimpiadas Centroamericanas y del Caribe, lo vi de cerca vistiendo el uniforme de la selección guatemalteca de esgrima. El sable, su especialidad. Como mis lecturas me habían llevado con devoción a Enrique Gómez Carrillo, espadachín y *boulevardier* de París, fui haciendo de ambos un solo ídolo. Quise seguir sus pasos y recibí clases de florete.

En el 53, cuando asumí la presidencia de la Asociación de Estudiantes Universitarios, mis compañeros y yo fundamos el Instituto de Investigaciones Históricas y Sociales. Visitábamos a Mario en un hotelito situado en la esquina de la trece calle y tercera avenida, hoy zona uno de la ciudad capital. Nos invitó a conocer la casa de su madre, allá en el Guarda Viejo.

Pronto, elegimos la dirección de aquel instituto que se adueñó de nuestro entusiasmo: János de Szécsy, Mario Monteforte Toledo, Roberto Irigoyen Arzú, Dagoberto Vásquez, Isidro Lemus Dimas, Francisco Reyes y Pérez y Roberto Díaz Castillo. He aquí el plan académico: Mario Monteforte Toledo, *Tenencia de la tierra en Guatemala*; Roberto Irigoyen Arzú, *Urbanismo*; Dagoberto Vásquez, *Elementos constantes de la plástica guatemalteca*; János de Szécsy, *Los monumentos de la conquista*. Se solicitó respaldo financiero al Banco Agrario Nacional y al Departamento Agrario y se encaminaron gestiones análogas ante el gobierno central. El equipo de trabajo quedó integrado con veinte investigadores voluntarios, casi todos profesionales y estudiantes universitarios. La reconstrucción de Ciudad Vieja –aún en abandono– era objetivo primordial de János. Los sucesos políticos del 54 echaron por tierra tan ambicioso proyecto.

Coincidiendo con este empeño me uní a Antonio Fernández Izaguirre y editamos el primer número de la revista *El Derecho*, a la que quisimos concebir como tribuna ampliamente cultural y no como portadora de reflexiones jurídicas. Marito abrió sus páginas con un ensayo que

leyó en la antigua Escuela de Derecho: “Limitaciones y posibilidades del estudio sobre los guatemaltecos”. Inauguramos así un ciclo de conferencias en el que participaron además Joaquín Pardo, Jorge García Granados, Fedro Guillén, Mario Silva Jonama y José Humberto Hernández Cobos. Cito dos afirmaciones de Monteforte que han guiado mis pasos en más de una incursión historiográfica: “De dos debilidades fundamentales adolece el enfoque liberal de la historia: la razón de Estado y la anécdota”. “En nombre de la razón de Estado se acomodan los textos de historia a los lineamientos políticos, sobre todo en aquellas naciones que, como Inglaterra, Alemania, Francia, los Estados Unidos o la Unión Soviética, han llegado a ser potencias mundiales, con una necesidad apremiante de justificar su estructura, su expansión y dominio”. “La otra debilidad principal de la historia es la anécdota”... “que explica la historia en razón del hecho localizado, de la persona, del accidente fortuito...”

En el número 2 de *Revista Guatemalteca* (tercera época, enero-diciembre, 1960), Huberto Alvarado nos invitó a varios amigos a dedicar ese volumen a Miguel Ángel Asturias con motivo de sus sesenta años. El texto de Monteforte es una carta dirigida a Miguel Ángel, suscrita por “Marito”, “tu hermano de siempre”, en que se lee: “Te deberían de poner en la bandera nacional; lo merecés por grande de plumas y porque como pocito de agua, reflejás hasta los lunares de nuestra patria”.

Antes de que compartieran expulsión del país y exilio, tras la caída de Arbenz -yo me hallaba en Chile- José

Luis Balcárcel me hacía llegar noticias de Mario. Ambos se quedaron en Guatemala combatiendo la intervención extranjera. Mario, desde *Lunes*; José Luis, en *El Estudiante*.

Volví a ver a Marito en México. Me obsequió un ejemplar de su *Sociología guatemalteca*, volumen que despertó inquietudes en mi generación. Nuevas obras suyas llegaron a mis manos. En compañía de José Luis lo buscaba al salir de la Ciudad Universitaria. “Monti”, solía decirle Balcárcel.

Nuestras bromas eran tan frecuentes como nuestros encuentros. En una fiesta le pregunté a Mario por qué tenía tanta aceptación entre las mujeres. Me contestó sin vacilar: -Mientras los maridos se emborrachan, yo atiendo a las señoras. Otro día, al mostrarme el *Jaguar* vino tinto que conducía, inquirí sobre su procedencia. -Clases de esgrima a una dama- fue la respuesta.

Tenía Marito una leída columna en la revista *Siempre!* -la de Pagés Llergo-, encabezada por un retrato suyo en que lucía el cabello ligeramente suelto y una pipa en la boca. Hace poco, a propósito, escribió un texto en que supo distinguir entre el oficio literario y el quehacer periodístico, dos de sus preciados afectos.

Caminando por las calles de Quito, durante el más largo de mis exilios, me topé con Mario. Fuimos a su casa y, en seguida, a la residencia y museo de Guayasamín. Durante el trayecto, me habló de su vocación de jinete, de su caballo. Meses adelante, recibí este mensaje: “Todas tus cartas han llegado, así como una serie de chingaderas

que me embargan: ...accidente de mi caballo que exigió matarlo...era el único bien terrenal que poseía (a más de la camioneta que conociste y de cuadros y libros regalados por amigos)...lo supliré, al menos para montar a diario según costumbre, con un angloárabe de un amigo a quien doy clases de alta escuela”.

En un viaje posterior, volvimos a vernos en Quito, esta vez en casa de Pedro Jorge Vera, notable narrador ecuatoriano. Conocí allí a Eduardo Zurita, que ganaba prestigio como intérprete en valeses, pasillos, albazos, aires y tonadas de su tierra ejecutados al órgano. Mario remitía sus cuartillas de columnista al diario *Hoy*.

Nuestro encuentro definitivo ocurrió en Guatemala. Aquí lo veo y lo leo. Semana a semana aguardo impaciente sus retratos hablados.

Revista USAC
No. 2 - 1997

Mario Monteforte Toledo. Retrato hablado

José Toledo Ordóñez

Explorador, espadachín, aventurero y trotamundos; abogado de profesión, escritor de oficio y cascarrabias de pasatiempos. En su *Retrato hablado de yo* nos dice: “Mi vida ha sido exactamente igual a la de los demás; solo que muy diversa.”

Su debilidad por las mujeres cultas y elegantes no coincide con lo insólito de sus piropos: “La primera vez que la vi desnuda le manifesté, con entusiasmo casi cívico, que sus nalgas deberían figurar en el escudo nacional”.* En sus *Consejos para casadas* les dice: “Nunca se sienta un producto terminado; en el amor nunca acaba uno de aprender.”

Aborrece a la vejez por lo que ha decidido pasar del amor a la muerte directamente. “Todo lo que se detiene es viejo”, nos dice. Se queja diciendo que “...antes le gus-

* *Unas vísperas muy largas*. 80% autobiográfico; muy recomendable.

taba a las mujeres que me gustan; ahora solo le gusto a las que no me gustan”. Pudo haber sido guapo pero no le hizo falta. Maco Quiroa lo llama *el caballero de la alegre figura*.

Su primer amor platónico fue Yolanda, hija del Rey de Italia; él tenía seis años y ella le lavó el corazón cuando se casó con el Príncipe de Mónaco. Convenció a su primer amor real de que el mayor homenaje que le podía hacer era colocarle una flor en el sexo. “Lo sexual -nos dice- es absolutamente animal, perfecto, puro.” Las mujeres le son totalmente indispensables siempre y cuando no se conviertan en un estorbo; cree que el amor es dar sin esperar nada a cambio; amar no significa asfixiar a la pareja ni mucho menos apoderarse de ella.

Es intolerante. No le tiene paciencia a los maridos de las mujeres hermosas, a los tontos ni a los niños. Estos últimos le encantan siempre que estén a no menos de un kilómetro de distancia lo cual no le impide defender a capa y espada el Código de la Niñez.

Para él la caída del socialismo no cuenta ya que sus líderes no supieron interpretar a Marx; defenderá sus principios hasta la muerte. Su fantasía es redimir al Muso Ayau o en su defecto mandarlo a vivir en un mundo en donde las pulgas tienen el tamaño de los conejos.

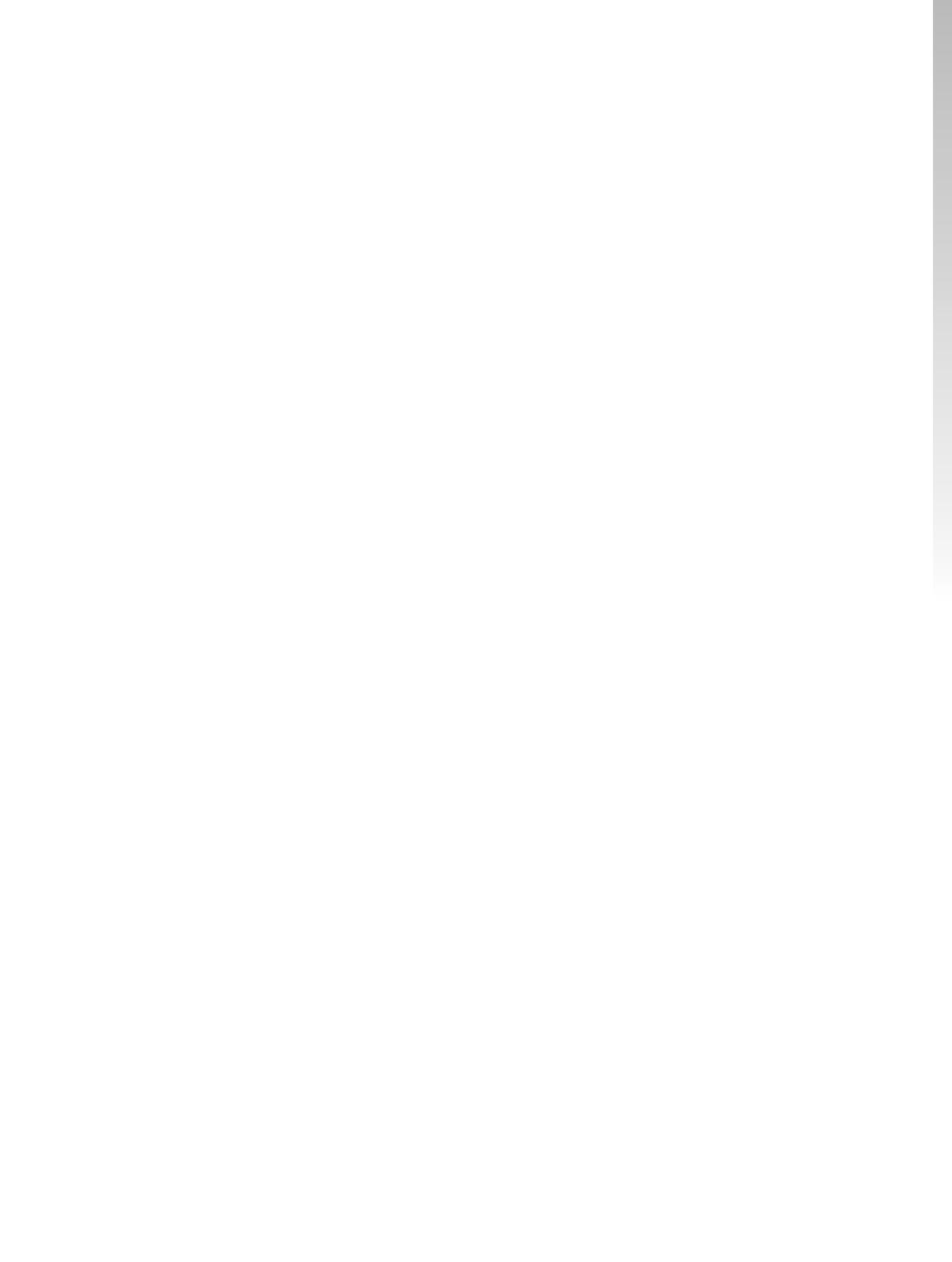
Tiene pasión por la música y la poesía. Es crítico de pintura; su reciente incursión en ese arte le dio a sus víctimas la añorada oportunidad de desquitarse. Vive solo y modestamente entre cientos de libros, pinturas que le han

regalado sus amigos y viejas grabaciones. Sin embargo, tiene gustos caros para los vinos, los quesos y la comida. En la cena es poco exigente pero inflexible: come cualquier cosa siempre que esté envuelto en *crepas*.

Todas las mañanas monta su caballo andaluz; piensa que el caballo le ha permitido al hombre superar sus infinitas limitaciones. “Así deberían de vivir los proletarios”, nos dice; también cuenta que Marx era rico y tenía una casa de tres pisos. En realidad Mario es un hombre rico si no se le juzga por lo poco que tiene sino por lo que ha viajado y comido.

Odia los homenajes tardíos que hubiesen sido póstumos si no se le hubiera dado la gana cumplir 86 años. Tiene una extraordinaria memoria para asuntos de trabajo pero es incapaz de recordar dónde dejó sus llaves; en una ocasión se perdió él mismo. Su mayor tragedia ha sido tener que trabajar; estaba tan ocupado que a los 85 años se dio cuenta de que se podía haber jubilado diez años atrás. Critica descaradamente mi afición por el trabajo diciéndome que soy la vergüenza de mis antepasados; tengo que soportarlo; al fin y al cabo no me escogió como pariente pero sí como amigo.

Prensa Libre
columna “Cimientos”
20 de abril de 1998



Vicisitudes de amigos de Mario

Las cuitas de publicar a Mario

Irene Piedra Santa

*L*éído en la entrega del libro *Palabras del Retorno* el 4 de diciembre de 1992, en el Patronato de Bellas Artes

Me corresponde, de acuerdo al programa, leer el currículum de Mario Monteforte Toledo; pero no cometeré con ustedes esa falta de consideración. En lugar de ello, quiero compartir un aspecto de la vida de Mario escasamente conocido: el de las relaciones que mantiene con sus editores y de las cuitas que supone, para cualquiera, publicarlo.

Revelemos, en primer lugar, que Mario –avezado autor editado en muchos países e idiomas– exige intervenir en absolutamente todos los procesos de la edición: desde la selección del prologuista, las notas de solapa; la redacción de la publicidad, las notas del editor, la tipografía... de ahí que sepamos los editores que, a lo largo de la edición, atendemos múltiples visitas y extensas cartas.

Aquí un fragmento muy reducido de una de ellas, recibida a propósito de *Palabras del retorno*: “Le envío el diseño de la carátula a la cual hay que añadir exclusivamente el logo de Piedra Santa. Sería aconsejable que tuviese una pestaña... (detalles)... y una pestaña de contracarátula... (más detalles)..., con un comprimido bibliográfico (que no incluya mi fecha de nacimiento)”.

Mario es particularmente cuidadoso con la carátula del libro, la cual él considera “que forma parte inseparable del contenido”. He podido constatar que, en esto de la carátula, se trata siempre de un encargo muy sentimental, tanto si se trata de un o de una artista; tal vez por eso, Mario nos instruye meticulosamente sobre cómo debemos relacionarnos con el (la) ilustrador (a). sirva de ejemplo en la carátula de *Llegaron del mar*:” le reitero mi súplica de que hable con Efraín Recinos para lo de (esta) carátula; maneje eso con la habilidad que le caracteriza, para que Efraín –susceptible hasta con la pared de enfrente– no se vaya a molestar. (Visítelo) usted en su despacho del teatro nacional– no por carta o por teléfono. Estimo su amistad como lo más preciado”.

Inevitable y saludable

Con el tiempo he ido aprendiendo que, con un hombre de su determinación el enfrentamiento debe verse como algo normal, inevitable y hasta saludable. En 1987, acabábamos de publicar sus primeras dos novelas, cuando irrumpió en mi oficina. Venía a decirme que el precio del libro era muy alto y que debíamos bajarlo. Sin inmu-

tarme, llamé al contador de la empresa y le pedí la hoja de costos de la edición. Con ella en la mano, le pregunté a Mario: –En este libro los editores estamos ganando menos que el autor. ¿A qué renglón cree que debemos bajarle?

Mario me miró fijamente, sin saber qué decir. Y sin chistar palabra, tan impetuosamente como entró, dio media vuelta y se fue.

“Arbitraje amigable”

Amparado en el estricto monopolio que ejercen los autores sobre las obras de su creación, Monteforte abusa, con creces, del “derecho a retracto”. Argumenta que él está vivo y, por lo tanto, su obra también. Y sé que una fuerza obsesiva le obliga a corregirla en todo momento: en la primera edición; en el primer manuscrito de la última edición que entrega a la editorial; en un segundo manuscrito que hace llegar apresuradamente a la firma del contrato; en la corrección de la primera prueba; corrige también cuando las paginas están montadas y aun durante la fase de negativos. El 16 de abril de 1990 recibí, en Colombia, un fax/S.O.S. de una de nuestras editoras. Su desesperación era evidente: “El (Monteforte) expone en su carta que ha escrito un nuevo original de *Entre la piedra y la cruz*. Asimismo, dice que está a punto de revisar el print de *Llegaron del mar*, libro que ya está también en negativos. Esto implica rehacer ambos libros por favor, Irene, indíquenos qué es más conveniente”...

En los contratos que firmamos, se reconoce el derecho al retracto pero, en casos como éste, se estipula que los costos corren por cuenta del autor. En la necesaria relación amorosa que mantenemos Mario y yo (¿cómo podría mantenerse sin amor una relación autor/editor así de accidental?), hemos acordado contractualmente resolver estos problemas por un “arbitraje amigable” y así consta exactamente en el contrato, lo cual resulta un tratamiento nada usual en el mundo editorial.

La cuestión es más complicada que la que el propio Mario desea reconocer. Pues ¿a quién pertenece -al final de cuentas- la obra? Al autor que la ha creado o a los lectores que la han hecho suya, después de leerla, y reclaman precisamente esa edición que nuestro autor acaba de condenar? (Y menciono únicamente el reclamo de los lectores, pero podría también mencionar el caos -reconozco que intrascendente, desde el punto de vista intelectual- que provoca esta exuberancia creativa de Mario, a los bibliotecarios, a los profesores, a los críticos literarios y a los editores, caos que -por cierto- le tiene muy sin cuidado).

La ley Monteforte del libro

Todo esto debería de haberlo sabido Ana Isabel Prera (cuando fue ministra de Cultura), para haber tenido el tino de no confiarle la revisión final de la Ley del Libro que, durante año y medio, trabajamos concienzudamente una comisión técnica interinstitucional. Porque ¿qué hizo Mario Monteforte cuando recibió ese ante-

proyecto de ley? Pues lo que ha hecho siempre con tanta maestría: reescribirlo y convertirlo en literatura, a su imagen y semejanza de esa época, por supuesto. Recuerdo que casi enfermo cuando la leí publicada; solo María Regina de Fahsen –viceministra en ese tiempo– sabe cuánto y cuán inútilmente me opuse a la tergiversada ley (después he aprendido que en nuestro país, carente de verdaderas políticas culturales, las leyes –buenas o malas– no tienen mucha posibilidad de aplicarse, de desarrollarse y de contribuir a desarrollar al país. Naufragan rápidamente en medio de la apatía, la ignorancia y la falta de conciencia de los sectores políticos tecnócratas y privados, la ley Monteforte del libro es imperfecta y sucesivos decretos del congreso la han ido podando hasta que ya no queda mucho de ella; la ley es imperfecta y la han mutilado, pero como la realidad es aun peor, todavía podría servir para algo... si hubiera la voluntad de remozarla y darle vida).

Cuitas de otros editores

Lástima que de Eugenia Meyer (la poderosa directora del Consejo Nacional de Cultura de México) no haya calculado bien la tozudez de Mario Monteforte, cuando decidió publicar, sin haber firmado previamente el contrato con el autor, una bella edición de *Cuentos de derrota y esperanza*, en la colección “Lecturas Mexicanas”. Cuando se enteró Mario montó y armó un lío, sobre el que me escribió así: “Los obligué a retirar de inmediato la edición de todas las librerías y puestos de venta. Y se com-

prometieron a pedir a usted por escrito una disculpa y dar alguna explicación, necesariamente mala exonerándome de toda responsabilidad por semejante abuso. Les sugerí que si les interesaba el libro, se ajustaran a los términos del contrato que con Piedra Santa firmamos. Y que en todo caso deberían cambiar el texto, utilizando el corregido de la tercera edición. “(pobre Eugenia Meyer... cómo podría ella saber que la segunda y la tercera edición siempre difieren de la primera, y aun entre ellas, cuando se trata de una obra de Mario Monteforte) continúa Monteforte: “cualquier arreglo deberá contar con la aprobación de ustedes. Imagino que no será fácil para la más alta dependencia cultural del gobierno mexicano referirse a su delito. Propóngales alguna solución...”

Yo la propuse, y propuse varias a Mario; pero sospecho que él no deseaba más que la suya, porque al final, me dijo que yo solo “comprendería el punto de vista de los editores” y no cambió de parecer. Hasta la fecha diez mil ejemplares de sus *Cuentos de derrota y esperanza*, primera edición, están encerrados en alguna bodega del Consejo mexicano.

Cálculos editoriales y literatura infantil

Como es usual entre los autores y sus editores, con Mario diferimos frecuentemente en cuanto a la dimensión del mercado del libro y las ventas que podemos esperar de cada título. En relación a *Palabras del retorno*, Mario me escribió: “Usted es demasiado abusa-

da para no darse cuenta de las perspectivas de venta que tiene un libro como este, y me dará mucho gusto participar en una vasta... promoción”. Hace poco, me ofreció su primera novela infantil, *Pascualito*, pero (eso sí) hecha la advertencia de que tenía que aparecer con seudónimo. Era evidente su sonrojo por estar haciendo literatura infantil, prejuicio compartido por casi todos los autores “serios”. Tal vez lo haya disuadido al llevarle algunos ejemplares de cuentos para niños escritos y publicados por autores como Roa Bastos y Umberto Eco, entre otros.

Otra correspondencia

No puedo evitar entresacar de la correspondencia con Mario, un par de otros fragmentos; entre ellos, un saludo navideño oportuno en estas fechas:

“Bueno camaradita, use el fax de La Morena en México, y un gran abrazo... Mario”

“Si no le parece, por cualquier razón, *Palabras del retorno* o si no puede cumplir su compromiso de editarlo a más tardar dentro de cuatro meses, avíseme por teléfono. No heart feelings”.

“Lo mejor para usted y los suyos en estas odiosas fiestas que nos han robado escandinavos y germanos con sus símbolos y la deforestación de los pinares. Adiós, olor a corozo, maltrechos pastores del año pasado, pitos de agua y tortugas, muchachas que se dejaban pellizcar en las posadas. Ya solo nos falta que McDonald’s reemplace los ta-

males con una versión de libre mercado, mayonesa y otras porquerías.”

Palabras finales

Mario Monteforte es un hombre importante por el ejemplo de vitalidad, rectitud y convicción que nos da; por su ética intachable y su legado intelectual. Es vital, avasallador, atractivo y, por todo ello, amable, en el sentido “digno de ser amado”.

Yo lo amo; también por eso lo publico.

Apuntes sobre Mario

Juan José Suárez Losada

En Guatemala

Conocí a Mario Monteforte en Guatemala hace ahora quince años. Varios amigos comunes tenían especial interés en esa presentación. Conversación infinita, dedicatoria de sus libros. Las palabras fraternidad, confianza, complicidad, surgieron espontáneas. Esa tarde nació una amistad clara. Caracteres distintos, distintos ritmos. Yo toreaba y Mario entraba a matar de modo inmediato y fulminante, cayendo el toro sin puntilla. Pero el punto de encuentro afectivo y cultural nunca tuvo fisuras.

En Guatemala, Mario tenía la seguridad que da su biografía. En España, tenía la inseguridad que da el desconocimiento de su biografía y de su obra. En Guatemala, pisaba el suelo con la arrogancia de un príncipe italiano sin voto de pobreza, de un embajador libanés sin voto de obediencia, de un cardenal católico sin voto de castidad. En España, a veces, el suelo se movía.

Desde que conocí totalmente su obra, extensa y dispersa, insistí en que escribiera su autobiografía. Desde que Mario conoció mi obra, tan corta y concreta que cabe en un papel de fumar, insistió en que escribiese su biografía. Él: “No es necesaria mi autobiografía. Todo está en mis obras”. Yo: “No es posible esa biografía. Necesito un tiempo del que ahora no dispongo y escuchar a mucha gente. No toda te será favorable. Yo no enfrento, sólo intento tender puentes”. “¿Eres ingeniero, pues?”. “No. Soy gallego”. Después, con el tiempo, Mario inició ese trabajo, trunco por lo inevitable. Yo espero acabar este año un libro, *Mario Monteforte en España*, limitándome a sus conferencias, mesas redondas, coloquios, viajes y relaciones que tuvo aquí. Grabamos muchas cintas, tomamos muchas notas. Desde su nacimiento todo fue desmenuzado y analizado. En el trabajo era de una disciplina atroz.

Yo creo que Mario nació en Guatemala para estar cerca del lago Atitlán y de Efraín Recinos. El lago, lo sagrado de la belleza. Efraín, lo sagrado de la amistad. Y lo sagrado es la religión del ateo. Y también creo que nació el día de la fiesta nacional para empezar por arriba.

Relación con el padre: pudo ser un gozo y resultó un infierno. Terremoto de 1917: pudo ser un infierno y resultó un gozo. Primer amor no platónico: gozo e infierno. Amistades, viajes, ideas, luchas, derrumbes, amores. Y su actitud final: convirtió su muerte en símbolo, como si la Muerte empezara en él. No recordaba fechas exactas, pero sí sentimientos certeros. A la Morena nunca recordó haberla olvidado.

En España

Aquí su ritmo era insostenible. Viajaba de Madrid a Barcelona dando un rodeo y aparecía en Ecuador. Hoteles inciertos en los que lo único importante era la almohada. “Una buena almohada convierte el garito en un palacio”. Coloquios en los que no preparaba nada y se hablaba de todo. Conferencias en las que preparaba todo y no se hablaba de nada. Polémicas con escritores y artistas porque no escribían o pintaban lo que él creía que debían escribir o pintar. Malestar con amigos porque tienen el vicio de trabajar cuando él quiere viajar o que quieren viajar cuando él tiene que escribir. Reprochar a todos los galeristas latinoamericanos la ausencia en sus exposiciones de Efraín Recinos, el glorioso Gaudí guatemalteco, y remataba: “Además, Efraín tiene una novia española que es una virtud”. Ante este último argumento, los galeristas se derrumban, proyectan cerrar sus galerías y dedicarse a la agricultura. Y siempre, amores carnívoros en los que la razón no es razonable. Más de una guerra mundial se originó por un conflicto montefortiano de pareja. Para Mario una más uno es una cama. Y todo con curiosidad juvenil, vitalísima alegría. Las gracias nunca vienen solas.

En Guatemala y en España

Un día en que se encontraba con una absoluta falta de compañía, Mario confesó. “La intolerancia ha sido siempre mi principal defecto”. En esto estaban de acuerdo todos sus amigos tolerantes.

Había en nuestra amistad unas reglas de juego tácitas que siempre se respetaron. Su impaciencia o su dogmatismo nunca me rozaron. Quizás sólo un día. Un día sin quizás. Venía Vinicio Cerezo a presentar con Mario el libro de conversaciones que ambos habían protagonizado. Este libro estaba basado en la confianza y el afecto. Al morir la amistad, el libro quedó en el vacío.

La noche anterior a la presentación surgió el Mario dinamitero: “No cenaré con Vinicio, tampoco comeré con él mañana. ¿Qué pasa? Vinicio me lavó el corazón. Quedamos tú y yo mañana en la cafetería del hotel a las ocho”. Y punto. El mensaje subliminal que me estaba enviando era aproximadamente este: “No voy a cumplir ni la más mínima obligación de cortesía. Acompáñame y aguanta. La ira es mi madre. Pero no te disgustes porque me creas mala conciencia y no quiero tener mala conciencia”.

Me preparé para un Viernes Santo y advertí a mi entorno lo que se esperaba. Me acuso de soberbia por creer conocer a Mario. Aquello no fue un Viernes Santo. Fue un movimiento sísmico con efectos especiales. Este es el guión.

Ocho de la mañana. Mario surge con cara de tango. Encuentra la cafetería siniestra y triste. A mí me parece más alegre que unas maracas.

Nueve y veinte. Paseamos por la calle Claudio Coello. Hace un ligero viento. Retumba la voz de Mario: “Necesito un peine”. Hábiles gestiones. Puede conseguir un peine en una farmacia. Encuentra insultante su precio. Dos minutos hablando de la inflación y sentencia: “Con

estos precios en los peines tu país está hundido”. Mira por donde yo nunca lo había pensado. Creo que Mario tampoco. La irascibilidad como fuerza creativa. Tengo que profundizar en este tema. No hoy, claro.

Diez de la mañana. Seguimos paseando. Y Mario: “Quisiera comer una paella”. Nada más lógico. La cocina de las cafeterías se abre dos horas más tarde.

Once y siete. Llamadas telefónicas. Las hábiles gestiones se convierten en heroicas. Invoco la hermandad de un cocinero y la caridad de dos camareros. Al fin, sobre la mesa aparecen dos raciones de paella. Mario prueba y aleja su plato: “Está seca”. Devoro las dos paellas con sonrisa franciscana. No es cosa de tensar la organización cafeteril creadora y fraterna. Acto patriótico que me recuerda al relatado ayer por una actriz.

La palabra coger en español significa sujetar o agarrar y en argentino fornicar. Buenos Aires. Cinco artistas españolas llegaban tarde a una presentación. Ningún taxi les paraba: cinco es mucho número y más si son artistas. Al borde de la desesperación se ponen delante de un taxi, obligándole a frenar. Sale el taxista alarmado y le preguntan:

—¿Nos coge a las cinco?

El taxista pasa de la alarma al desfallecimiento.

—¿Tiene que ser a las cinco?

—Forzosamente a las cinco.

Y al taxista le entra como un arrebató, le invade como una fiebre:

—¡Todo sea por Argentina! ¡Adelante, suban las cinco!
¡Viva Argentina libre!

En el viaje se aclaró el equívoco. Pero recordemos conmovidamente ese gesto patriótico del taxista argentino. Pido también un humilde recuerdo para este gallego al que cada grano de arroz le entraba en el estómago como un disparo.

—¿Nos vamos? —la voz de Mario me vuelve a la realidad. No es una pregunta. Es una orden.

Doce y veintisiete. Empieza a llover dulcemente. Paro un taxi antes de que Mario pueda reclamar urgentemente su blanco caballo de Guatemala. Se sienta en el taxi a mi izquierda y adelanta: “Voy a dormir la siesta del perro”. Y ante mi silencio defensivo: “Los perros duermen antes de comer. ¿Es que no sabías eso, carajo?”. Hoy sólo sé que no sé nada: Sócrates.

Trece horas. Despierto a Mario que se sobresalta: “¡Ha sido el viaje más proceloso de mi vida!”. “¿Qué ha dicho el señor?”, pregunta el taxista. “Proceloso”. El taxista en un gesto de solidaridad está a punto de abrazarme: “Paciencia, amigo” se despide compungidamente.

Trece horas cinco minutos. Entramos en la Asamblea de Madrid. Nos han invitado a comer. Desde el conserje hasta la asesoría jurídica están advertidos de que debemos compartir momentos, ¿cómo definirlos?, momentos no plácidos. Nos enseñan la Asamblea y los deslumbrantes murales en madera de Lucio Muñoz. Mario encuentra la arquitectura de la Asamblea como de fábrica comunista y los

murales de Lucio Muñoz tan secos “como la paella que me obligaste a comer”. Tal cual. Vamos a quitar las espinas. Peor sería ir por ahí matando curas o pegando patadas a una lata.

Dos de la tarde. Un periodista voluntarioso y entusiasta, también asesorado sobre las nubes que nos acechan, le cuenta a Mario que estuvo cinco veces en Guatemala haciendo reportajes, y su impresión sobre el país. Mario le escucha impaciente y, por fin: “Has ido cinco veces como podías haber ido diez. No te has enterado de nada”. El intrépido reportero palidece ligeramente, sólo ligeramente, bajo su barba espesa.

Catorce horas cuarenta minutos. Comida. Música suave de fondo. Mesa redonda. Ambiente agradable. Mario pide una sopa fría. Se la sirven. La encuentra caliente. La devuelve. Pide una carne al punto. Se la sirven. La encuentra quemada. La devuelve. Café y sentencia: “Tengo que preparar la conferencia de hoy”.

Taxi, taxi, taxi...

Una siesta que podía ser reparadora. Tengo pesadillas.

Taxi, taxi, taxi...

Diecinueve horas. Cafetería de la Casa de América. Surge un Mario peinadoísimo. Me enseña la preparación de su conferencia. Cinco palabras inciertas bailan en un blanco folio. Siento un miedo líquido.

Diecinueve horas cuarenta minutos. Presentación del libro. Iñigo Cavero, presidente del Consejo de Estado, ex

ministro de la transición española, habla de la democracia cristiana, de Vinicio, del libro de Mario. Vinicio, elegantemente aséptico, habla de la democracia cristiana y del libro de Mario. Mario no habla ni de la democracia cristiana, ni del libro, ni de la madre que lo parió.

Tenía la esperanza de que las cinco palabras que bailaban en el blanco folio fueran estas: “Buenas tardes. He dicho. Gracias” y marcharse con el garbo de un torero haciendo el paseíllo. Las viejecitas que están a mi lado harían la ola, los estudiantes de la primera fila le pedirían autógrafos y los periódicos le sacarían en titulares: “La conferencia más corta de la historia”. Pues no. No. Mario pone sus palabras a copular un son cubano. Me concentro en el son. En una rigurosa interpretación estructuralista, Mario no dice absolutamente nada. En una rigurosa interpretación literal, Mario no dice absolutamente nada. Y no dice nada porque nada quiere decir.

Hoy más que nunca me siento orgulloso de ser un amigo. Es un personaje. El único capaz de pintar con palabras un cuadro abstracto sin que nadie le tire piedras.

Veinte horas quince minutos. Acaba el coloquio. Mario se acerca a mí.

—¿Estuve bien?

—Brillantísimo. Sobre todo muy concreto.

—¿Concreto?

—Sí, muy ceñido al tema. Mañana un centenar de personas fanatizadas pedirán su ingreso en la democracia cristiana.

Mario casi sonrío. Casi.

Taxi, taxi, taxi...

Veintiuna horas. Unos amigos comunes nos invitan a cenar. Mario no acepta. Le sugiero que le voy a presentar a una mujer interesante. Acepta. Se sirven canapés, se bebe vino blanco. A los diez minutos de abordar a la mujer interesante, Mario me increpa “Esta mujer es muy bruta. Incluso algo pendeja”. La buena señora bruta tiene dos masters, tres títulos universitarios y cuatro libros publicados.

Taxi, taxi, taxi...

Y al día siguiente, desayunamos en la misma cafetería y a la misma hora. Mario ya no tiene cara de tango argentino.

—¿Se marchó Vinicio?

—Supongo.

—¿Y el ministro?

—El ministro es gordo.

—¿Y qué carajo tiene que ver que sea gordo?

—Los gordos no se mueven y no molestan.

Silencio. Sin Vinicio y sin el ministro gordo, va desapareciendo la mala conciencia.

—¿Estuve muy desagradable ayer?

—Pudo ser peor.

Y entonces surge de las cenizas el Mario imbatible. Hace el programa para hoy. Un museo, dos galerías, tres librerías, cuatro escritores. Comida en un mesón típico. Corrida de

toros en Las Ventas. Enlazar con el teatro, obra de Beckett. Y cena con un pintor loco. Casi preferiría que volviese Vinicio.

Capítulo final

Renacentista, ilustrado, urgente, individualista, seductor, feroz celoso, irónico, imperativo, profundo, sabedor, engallado, entrañable con los amigos, no entrañable con los no amigos, Mario Monteforte pensaba picassianamente que ser joven costaba muchos años, por lo menos noventa, y cuando la vida no le llegaba, escribía. Pero la novela es más lenta que la vida.

Vagamundos, vividor en presente continuo, fundacional, curioso insaciable, sufriente disciplinado con hedonismos compensatorios, odiador de ciertas instituciones y amador de ciertas instituidas, singular, incapaz para las palabras pequeñas, lúcido, convincente, Mario Monteforte nunca caminó de espaldas y nunca inspiró a nadie compasión. A una edad que cualquier ser humano necesita un mecánico más que un médico, no precisó rueda de repuesto y frenaba con el acelerador.

Excelente película sobre Mario producida por Pepo Toledo. Escucho emocionadamente a Raúl Monteforte: la mirada de Mario, la lucidez de Mario: "Pienso que mi padre vivió una buena vida". Es eso, Raúl. Exactamente eso. Vivió como quiso y murió cuando quiso.

2004

Crítica



Los desencontrados. Llegaron del mar. Siete cuentos

Mario Monteforte Toledo

Prólogo

CUALQUIER SELECCIÓN de trabajo literario -no importan los criterios- tiene mucho de subjetivo; vale decir, depende de ideologías, mecanismos irracionales, proceso del gusto, “afinidades electivas”. Si esto es cierto referido a los críticos, mucho más lo es tratándose de los autores, en quienes media el cambio constante y coyuntural en la valoración de la propia obra, y la debilidad por obras determinadas donde intervienen sinrazones a veces profundas -como las preferencias por amor-.

El contenido de este volumen emana enteramente de una propuesta del autor. Resultaría estéril tratar de justificarla; pero no de explicarla.

Para mejor entender el contenido de esta selección de mis trabajos debe recordarse lo que ha sido en su conjunto la literatura de Guatemala y en particular el proceso de mi vida. Resulta ocioso preguntarnos a los escritores de mi país por qué hay tanta cólera y amargura en nuestras obras. Con algunas y heroicas excepciones, nuestra producción más importante se ha escrito y publicado en el exilio, desde Rafael Landívar, Asturias, Caradoza y Aragón, Monterroso y Arias hasta Roberto Morales y Payés. Nuestro trabajo es paralelo al del exilio de los republicanos españoles. El primer milagro es el de nuestra supervivencia; el segundo el de la perseverancia y el profesionalismo en el trabajo.

La literatura guatemalteca es en todas sus épocas una producción de cumbres, tal como la geografía del país está definida por el dramático acento de los volcanes. A finales del siglo XVIII Rafael Landívar escribió una de las obras mayores de la poesía en latín, *Rusticatio mexicana*; a mediados del siglo XIX destaca en el movimiento romántico y la poesía satírica José Batres Montúfar; poco después José Milla y Vidaurre publicó sus narraciones ubicadas en la época colonial, influido por las novelas históricas de Walter Scott y la picaresca española; entre los “cronistas” franceses de fin del siglo XIX se cotizó alto Enrique Gómez Carrillo. Miguel Ángel Asturias fue mucho tiempo admirado como poeta y de pronto, en 1947, inició su producción novelística con *El señor presidente* a los cuarenta y ocho años de edad; por su narrativa, principalmente, le otorgaron el premio Nobel. Rafael Arévalo Martínez honró la poe-

sía postmodernista y además de su obra maestra, *El hombre que parecía un caballo* (anticipación de dada y pariente cercano de *Los cantos de Maldoror*, *El señor de phocas y Gog*), dejó tres novelas “políticas” de gran valía. Otro novelista contemporáneo de Asturias y Arévalo Martínez es Flavio Herrera, autor de varias novelas criollistas y barrocas. Uno de los mejores poetas y críticos de la literatura guatemalteca fue César Brañas, retraído e infatigable trabajador. Aunque Luis Cardoza y Aragón publicó no hace mucho *El río*, a la que llama “casi novela”, su notoriedad procede de su obra poética –emparentada a la vez con dada y el surrealismo– y de su crítica del arte mexicano. Buen cuentista y poeta fue Francisco Méndez, cuya obra empezó en los años treinta. Desde 1956 publican en México Otto Raúl González –poeta que últimamente incursiona en la narrativa–, Carlos Illescas –poeta– y Augusto Monterroso, quien desde hace veinte años viene edificando una verdadera gloria con sus fábulas humorísticas. En México murió Raúl Leiva, poeta ensayista de influencia en la Guatemala de 1949-1954.

Datos curiosos sobre esta notable producción literaria es que casi toda se haya escrito en el exilio por escritores siempre acosados; que tienda de manera creciente a apegarse a los rigores del bien escribir –lejos del panfleto obvio y maniqueo– y que no haya similitud alguna entre los autores, ni siquiera cuando son contemporáneos. Cada uno se ha hecho por separado, con sus influencias propias e invariablemente externas. Esto ha sido nocivo para el desarrollo sistemático de la literatu-

ra nacional, y así mismo positivo en cuanto a darle una gran diversidad.

Soy doce años menor que Asturias, once menor que Herrera y siete menor que Cardoza, pero hemos compartido el tiempo; los tres nos hemos formado en distintos medios y nada tenemos en común –como no sean nuestras asiduas lecturas de clásicos españoles, los documentos de los antiguos indios y la literatura francesa de los últimos cien años–. En Guatemala sólo nos conoce bien un reducido número de especialistas y lectores, porque nuestros libros fueron prohibidos y quemados en 1956.

El premio Nobel ha mejorado la difusión de Asturias, y la mía la publicación de mis “obras completas” iniciada en 1988 por la emprendedora casa local Piedra Santa.

Como se ve en la bibliografía adjunta, he escrito catorce obras de ficción, lista que se descompone en ocho novelas y unos cincuenta cuentos –publicados en cuatro volúmenes y en revistas–. Podría decirse que es demasiado; pero en literatura y en arte ¿qué es demasiado, demasiado poco o demasiado mucho? Un creador hace todo lo que tiene que hacer: un libro como Rimbaud, dos libros como Rulfo o cincuenta como Cortázar. Esta cuantificación también se ilustra con artistas plásticos y compositores. Durante una vida no se respira demasiado sino sólo y todo lo que se tiene que respirar.

Entre los siete y los veinte años escribí todo eso que suelen escribir los escritores y mucha gente normal. Mi pri-

mera novela se llamaba *Los tres* y la humanidad tuvo la suerte de salvarse de ella porque en un momento de iluminación –un viernes santo, por cierto– la quemé. Publiqué luego cuentos, supongo que prescindibles; todavía me gustan dos o tres, uno de ellos, “Las estrellas alquiladas”, cuyo título delata mi influencia dadaísta a los dieciocho años; otro es joyceano, revelando una enseñanza y una afinidad que no se han disuelto aún del todo. Creo que en la novelística latinoamericana de la época es fácil percibir la diferencia entre los afectados por Joyce y los afectados por Proust. Común, en cambio, es la huella que nos dejó a los franceses y a nosotros la gran novela norteamericana –como lo reconoció para sus compatriotas Sartre–.

Mi primera novela publicable fue *Anaité* (1937). Aún me duraba el tutelaje de Gallegos y de las vorágines, además de las cóleras antifascistas y mi incurable inclinación a la aventura. La trama estaba ubicada en la selva del Petén y se resuelve con el refugio que en ella obtiene el protagonista central cuando encuentra casada a la mujer rica por la que fue hasta allá a hacer fortuna. La novela fue prohibida por lo que la dictadura llamaba las “ideitas” y sólo pudo publicarse en 1946, a raíz del triunfo de la revolución en Guatemala. Ha tenido suerte; entre otras cosas creó en el país todo un género.

De 1938 a 1940 viví entre los indios de mi país, en las montañas. Nunca he estado más sano y más pobre. De esa levadura, furiosa y nutricia salieron muchas páginas, buen número de ellas sobre los indios –más bien de los

indios-, lo cual me valió el epíteto de escritor “indigenista”, obedeciendo a esas periodizaciones y clasificaciones que se ponen de moda en Latinoamérica y entre los profesores de literatura de la región en las universidades norteamericanas. Nunca he aceptado sin rubor y malestar físico ese apartado; nadie, ni mis enemigos literarios o políticos, ha negado mi esfuerzo por tratar a los personajes como seres humanos, simplemente, sobre todo después de las enseñanzas de Mariátegui. La mejor novela que hice entonces, *Entre la piedra y la cruz*, habla de indios, es cierto; pero también de negros y sobre todo de mestizos y “ladinos”, porque pretende ser un corte de través de la sociedad contrahecha y esclavizada bajo las dictaduras y no un emocionado panegírico de los indios, que son tan buenos y tan malos como los demás hombres. No a manera de tesis sino de esperanza, la obra termina cuando hacen pareja un indio y una muchacha mestiza, como símbolo de integración nacional dentro del porvenir que creía franqueado por nuestra revolución del 44.

Un escritor y semiólogo hizo el mejor estudio existente sobre esa novela y dice que expreso en ella “la ideología pequeñoburguesa nacionalista” característica de aquel movimiento. Recibo el juicio como peyorativo. Pero el contexto en que se dio esa ideología era el más progresista entre los viables. Procedía de los convulsionados veinte años que empiezan hacia 1926 y se dan en casi toda la América Latina. Ninguna otra clase podía racionalizar mejores cambios en épocas tan atrasadas del desarrollo social, cuando aún no surgía en la mayor par-

te de la región una clase trabajadora con conciencia de su papel histórico. Todos los dirigentes de las revoluciones del siglo XX, incluyendo a los grandes bolcheviques de principios de siglo en Rusia, salieron de la pequeña burguesía intelectual.

Coyuntura histórica y también moda intelectual de mediados de siglo fue para mucha gente de izquierda el desgarramiento entre la lealtad a un partido y la búsqueda de la libertad, entre el estalinismo y el verdadero socialismo, entre la razón de Estado y lo que entonces aún se conocía como principios. Tres escritores de primer orden llevaron magistralmente a la literatura estos dramas: Camus, que tenía mucho de santo y aspiraba a salvarlo todo por la vía de la pureza; Malraux, esa especie de Hemingway francés para quien la salvación se confundía con el heroísmo, y Sartre, que presidía el campo de Francia con el existencialismo. La libertad era para él un estado, una conciencia y una afirmación individual; tal vez por ello él fue el apóstol de la juventud de su tiempo.

Tal vez por mi vocación de hereje (de “religioso endemoniado”, como me llama un crítico), nunca sufrí en lo personal la tortura de las ortodoxias políticas; pero seguí paso a paso sus síndromes en dos o tres amigos muy queridos. Era la única manera de verlos literariamente sin enajenación ni ocultaciones, y tal vez sin piedad. El libro resultante se llama *Una manera de morir* y exhibe las ortodoxias laicas y religiosas y el regreso a ellas después de la inútil búsqueda de la libertad de los que han sido alienados. Hoy, la mejor gente de la izquierda enfrenta

esos dilemas con valor e inteligencia; cuando se publicó la novela no era fácil rechazar la consigna que pontificaba: “No hay más ruta que la nuestra”. En esa novela no hay “manos sucias” ni más propósito ulterior que escribir sobre ese tema apasionante del cual *no podían* escribir sus víctimas. Me llovieron ataques y no me defendí porque creía –y por empeinado lo sigo creyendo– que la lucha se hace contra los enemigos y no contra los que sin serlo no piensan como uno.

Los cuentos

En 1952 publiqué *La cueva sin quietud*, un libro de cuentos del que rescato “Los de la sangre de Iztayub” y “Perro de mar”. En 1962 salió *Cuentos de derrota y esperanza*; de ahí tomé “Los exiliados” y “Él”. De los nueve cuentos incluidos en *La isla de las navajas* (1991), están publicados los dos que entresaco para el presente volumen: “El extraño vientre de los dioses” y “La gemela”.

En el rescate de los cuentos hay también cierta preocupación histórica: dos son de hace medio siglo, dos de hace treinta años y dos de ahora. Sería largo exponer la coyuntura social y de proceso personal de cada par; quizás al explorar el anexo dedicado a “cronología” estas bases se aclaren. Confieso que hay también algo de coquetería en el muestreo de los cuentos: ilustrar la continuidad de un oficio y el estado de alerta en quienes aspiramos a ir del amor a la muerte sin pasar por la vejez.

La cueva sin quietud, publicado en 1952, incluye cuentos inspirados por mi país y por Nueva York, donde viví cuatro años. Escojo “Los de la sangre de Iztayub” porque me parece que ilustra dramáticamente la pugna entre los valores del poder nacional y los de los pueblos originarios. Exhibe así mismo un caso de traición a los valores tradicionales bajo la corrupción impuesta por la cultura dominante, similar a las que hicieron posible la conquista y la colonización de las tierras. Escojo también el cuento “Perro de mar”; ambienta bien la violencia, la sordidez y la fragilidad de la vida en las costas tropicales. Se desarrolla a través de sucesos impredecibles de la vida de un perro alcohólico y sin dueño, cada día más semejante a los hombres.

Cuentos de derrota y esperanza son una suerte de bitácora de lo que ocurre en un país (no sólo el mío) cuando fuerzas externas destrazan su naciente régimen popular. Creo que su mayor logro es mantener los temas dentro del rigor del arte de escribir, universalizando los aspectos humanos. Uno de los cuentos de mi predilección es “Los exiliados”. Desde hace cuarenta años, la situación del exilio ha afectado a no menos de quince millones de personas. Todavía no surge la gran novela de los transbordados, porque hay temas superiores a las capacidades de un creador; pero la preocupación está viva y se manifiesta fragmentariamente en muchos cuentos y poemas. Así como García Márquez reduce a Bolívar a la decadencia física de sus últimos días para que quepa en su admirable novela, procuré (hace treinta años) comprimir el drama de los exiliados a las dimensiones de un

juego de niños. Los dobles tiempos y planos se funden en un final ambiguo donde la realidad de los adultos y la fantasía de los niños se funden en un nuevo éxodo. Otro cuento del mismo libro es “Él”; muestra el derrumbe de la sociedad a través de la mugre que emerge incluso de las familias “conocidas”, tras ocultarla bajo cuidadísimas apariencias. Refundido en la casa vive un monstruo a quien lanza a la calle una criada en venganza de lo que se la ha humillado. Las historias de los personajes están eslabonadas por la hipocresía y por ese ser de su propia sangre que les gobierna la vida.

Mi último libro de cuentos (1991) es *La isla de las navajas* (título de uno de ellos), y lo concebí en varios países a lo largo de tres años. Quizá esté dominado por la presencia de la muerte y como ocurre en casi todo mi trabajo, por la nostalgia de la libertad; sin embargo, lo dinamiza el sentido del humor casi berlinés que por fortuna nunca me ha faltado. De esta colección tomo “El extraño vientre de los dioses”, historia de un verdugo. Conuerdo con los escritores que prefieren para sus narraciones a personajes como Luzbel, Caín, Judas, Yago, Ricardo III, Catalina de Médicis o Jack el destazador, mucho más ricos e interesantes para literatura que los buenos y los santos. La figura del verdugo es tan familiar para las sociedades tercermundistas que no resistí la tentación de imaginar su intimidad; el cuento aúna lo sagrado con lo horrendo y no costaría mucho insertarlo en la ciencia-ficción. Por último y de la misma colección, escogí “La gemela”; me parece tan misterioso que ni yo lo descifro del todo. Habla de filtros de amor y que por ellos se jue-

ga con la muerte. Está escrito como en un duermevela donde por fin una de las gemelas enemigas se lleva al pobre que la está y se está soñando. Según se ve, no es sólo la vida un frenesí.

Las novelas

Los desencontrados es mi penúltima novela y la primera totalmente ubicada en el medio urbano. Transcurre en la ciudad de México; pero funcionaría en cualquiera otra de la América Latina. La palabra “desencuentro” se refiere a todos los elementos que pueden reunirse y no lo consiguen: seres humanos, tiempos históricos, ideologías, culturas. Abarca también la incompatibilidad entre el machismo como sistema de falsos valores y la creciente liberación de la mujer.

El sexo es causa importante de muchos de los conflictos propuestos. Aparece constantemente en las relaciones entre la muchacha estadounidense –eje de la novela– y sus jóvenes cuñadas. Debajo de la mesa del comedor y viendo los pies desprevenidos, el niño de la casa descubre las pasiones de los adultos –incluso el adulterio–.

El tronco de la historia es la relación entre Peggy –muchacha fuerte y hermosa– y Roberto. Se conocieron en una universidad norteamericana; pero su desavenencia se profundiza por incompatibilidades culturales. A la manera de *Rashomon*, cada protagonista de esta compleja historia la vive y la ve a su modo. La influencia de Peggy sobre toda la familia de su marido conmueve hasta los

cimientos la rutina de un hogar sólido de México; pero funcionaría en cualquiera otra de la América Latina donde las culturas de clase, con sus respectivas tradiciones y cosmovisiones son muy tenaces. La contradicción principal está planteada por el encuentro –el encontronazo, el choque– de “lo” norteamericano y “lo” latinoamericano, representados por Peggy, una muchacha fuerte y romántica que nunca había salido de su país e identificaba a este lado del mundo como un ideal, y una familia de clase media baja donde sólo para Roberto el mundo ideal es el de Peggy con cada uno de los miembros de la familia, comenzando por su marido Roberto, un joven ingeniero con quien se conoció cuando estudiaban en una universidad yanqui.

Los personajes principales son mujeres, tipos humanos fuertemente definidos: una muchacha débil casada con un hombre lleno de nudos y amenazadoras pasiones con quien Peggy intima; una chica que imita exaltadamente a Peggy para “liberarse” y acaba como amante de un político; una criada cuyo entero y casi mineral amor se centra en el niño de la familia, y doña Rosario, la señora de la casa, que con habilidad ejerce su total matriarcado y trata de defender contra la influencia de Peggy a toda su prole, especialmente a Roberto. La clave de los enredos y sentimientos de los adultos la descifra el niño examinándoles los pies debajo de la mesa del comedor. Y así vemos desmoronarse la realidad clanística de una familia modesta, donde además se da la serie de pugnas generacionales que pierden fatalmente los clase media baja. El fracaso de Peggy es la inutilidad de su descasta-

ción al tratar de incorporarse al país, y el fracaso de Roberto es su servil esfuerzo de asimilarse a la vida de los norteamericanos a quienes imita. La trama está ubicada dentro del espectro más amplio de la sociedad donde se desenvuelve.

Sin mucha lucidez, Peggy cree que su aplicación por “sentirlo” la lleva a entender al país; pero se hace patente que el misterio es demasiado remoto para ella.

Los diálogos están calculados para definir personalidades y aunque buscando la coherencia con cada personaje, raramente usan localismos. Su posible fluidez procede de mi experiencia en el teatro.

Ningún esfuerzo intelectual o racional sería capaz de concertar a las dos fuerzas en juego, bárbaras, provinciales y anacrónicas aun dentro de sus respectivos países.

Los desencontrados se apegan a la fatalidad de destinos previstos por la sentencia shakespeareana: “*East is East, West is West and never the twain shall meet*”. Lo cual no obsta para que la relación, vista en su globalidad, sea aceptable literatura.

Llegaron del mar es el trabajo literario más complicado y ambicioso que he emprendido. Me llevó cinco años de estudios, proyectos, tanteos y montañas de papel desechado; ojalá haya funcionado la teoría de que la calidad de lo escrito depende de la cantidad de páginas que se tiran a la basura.

Leyendo los datos sobre la vida de los pueblos originarios de América y especialmente la de sus mayores culturas (la maya, la azteca y la incásica) descubrí que su evolución fue la misma y se encontraban en etapas históricas iguales en vísperas de la llegada de los españoles. En Mesoamérica esta afirmación vale para los descendientes de los mayas, autores del *Popol-Vuh* y de los *Anales de los Cakchiqueles*. La hermosa recopilación de León Portilla, *La visión de los vencidos*, pudo haber nacido en cualquier parte de la tierra americana.

Esas lecturas y los contactos íntimos con los indios de mi país me esclarecieron que el choque con los españoles tiende a verse como el origen de estos pueblos, y que antes de eso vivían dramas y tragedias de gran intensidad. En parte a ellas se debe la exactitud de la frase: “La conquista la hicieron los indios y la independencia los españoles”.

Obras como la de Soustelle, *Vida cotidiana de los aztecas*, sólo documentan las contradicciones humanas y sociales desde un punto de vista antropológico. Pero, ¿cuál era el estremecimiento, la lucha interna, la posición del individuo, las causas de la lealtad y del desgarramiento del grupo en la sociedad? ¿Cuántos y por qué estaban con el poder o contra él? ¿Cuál era el estado de la conciencia individual, del ansia de rebelión y del desfase entre las órdenes y las convicciones? ¿Hasta dónde podía introducir humillaciones un nuevo imperio que no conocieran los pueblos sojuzgados por sus propios imperios? ¿Quiénes y cuántos, mejor organizados, estaban dispuestos a armar nueva guerra contra el imperio que una

vez más acababa de vencerlos? ¿Podía deslindarse entre los sumisos, aunque fueran señores, la convivencia y la cobardía, la decadencia y la vejez? ¿Hasta dónde podía ser distinta la fatalidad, la profecía religiosa que ordenaba obediencia al vencedor indio, de las que debían aplicarse a los provenientes del mar? ¿Cuánta verdad había en las piedras y los papeles que fijaban el destino de los hombres? ¿Qué derecho tenían los dioses derrotados a seguir gobernando las conciencias de los hombres y la vida de los pueblos a quienes ya no podían defender?

Empecé a acompañar a aquellos pueblos noche y día. Conocí a sus ladrones y a sus pícaros y a sus cobardes y a sus sabios y a sus héroes. Me sentí como en cortes italianas del Renacimiento, donde esta proliferación de personajes era normal. Asistí a los conciliábulos de los poderosos, a las conversaciones secretas de los de abajo, a la valerosa incitación libertaria de las mujeres, a las anfractuosidades de las conciencias destrozadas por alternativas tan graves como la vida sin dignidad y la muerte sin gloria. Comprobé que a aquellas civilizaciones les hacía falta una inmensa cantidad de técnicas; pero que en cuestión de relaciones humanas, estructura de poder, arte y maña de gobernar, ansias de libertad y avatares de la guerra eran fundamentalmente iguales a las sociedades de hoy, con la diferencia de que entonces no se conocían los derechos humanos sino sólo los derechos de los dioses. No sirve ningún esquema de nuestros días para explicar aquel universo y menos aún el que se me fue complicando según lo imaginaba.

Una de las figuras históricas que más reverencio es la del hombre solo en lucha por sus ideas asumiendo todos los riesgos y sin importarle el triunfo o el fracaso. Como Bartolomé de las Casas, como Túpac-Amaru, como el Che Guevara, símbolos de la pureza, el valor y la generosidad. También eso lo encontré en mi obsesiva concomitancia con los antiguos pueblos americanos.

Yo también llegué del mar a aquellas riberas a asustar como dios y a vivir como hombre, atosigado por los monstruos de lo desconocido, buscando agua de beber y cinco días de sueño para rehacer el cuerpo de una infinita navegación. Los riesgos y los escollos del trabajo eran innumerables, crecientes y en gran parte desconocidos. Primero había que desechar la erudición, para no convertir la novela –porque no podía ser otro el género– en seca historia. Segundo, había que combatir el maniqueísmo, aquello de que todos los indios son buenos, distintos de los demás hombres. Tercero, estaba afilar los deslindes, para descubrir qué podía ser contemporáneo de aquella gente y qué sería falso por anacrónico y transplantado del mundo actual, como lo hicieron los frailes al resucitar y “cristianizar” el *Popol-Vuh*.

No hay que olvidar, además, que me estaba metiendo en un universo donde no existía la noción del pecado sino una ética que armonizaba la barbarie con el refinamiento, la crueldad con la poesía, la religiosidad con la fuerza expresionista de la vida, la noción de transitoriedad de lo que venimos a ser y hacer en el mundo y la gloria de morir con dignidad e ir a una especie de paraíso no ofre-

cido como premio sino como culminación de un destino. Aquel era un mundo sin pecado y sin infierno.

Y de pronto se presentaron los problemas técnicos. En qué lenguaje, en qué estilo debía escribirse. Nunca antes se me había hecho más patético que los occidentales no manejen ideogramas como los chinos: símbolos de símbolos que permiten transmitir las ideas y la esencia de las cosas y de sus relaciones sin importar el idioma que se habla. Hube de adoptar un lenguaje y su correspondiente estilo, e ir constantemente de la mano de la música para no perder el ritmo, la rima interior en la que abunda la mejor poesía inglesa. Intuí que algo había ya en el *Popol-Vuh*, en la poesía *náhuatl*, en las antiguas crónicas del incario, en la prosa de José María Arguedas, en las primeras páginas del indio zapoteca Andrés Henestrosa, en ese gran inventor del decir que fue Miguel Ángel Asturias y en Vallejo, sobre todo en Vallejo, nuestro padre. Las horas se iban. Mi elenco, mi gente, gesticulaba en mis sueños como queriendo hablar; si no me daba prisa, si no me lanzaba con audacia a aquellas aguas los personajes comenzarían a vivir, a actuar, a inventar la historia por su cuenta.

Fui armando el argumento: su dialéctica central, sus ramazones, sus incidentes, sus rarezas a modo de acentos de la dinámica y del ritmo y de la ornamentación. Si por algún lado se derrumbaba no hice retoques: comenzaba de nuevo. Este proceso tuvo una grande ventaja: todos los elementos se volvieron vivos, actuantes y globalmente la obra aplastó a la erudición y a cualquier tentativa de hacer historia didáctica. Ahora veo que éste es en el fondo

tránsito obligado de toda la narrativa: convertir lo demás todo lo demás -hasta la vida personal- en literatura.

Menor, pero de todas maneras indispensable era la cuestión de la medida, y pensé en el barroco. Hay muchos barrocos americanos, desde el que escupe las formas como la montaña que arroja los ríos a borbotones, hasta el que ordena sus volutas con exigencia casi clásica dentro de espacios prudentes y exactos. Aquí la tensión de los límites multiplica la fuerza, como una combustión interna, como la brevedad del átomo convierte en gigantes a las invisibles partículas de su interior. Esta fue mi vía y éste es también propósito constante en todo mi trabajo.

Desde las primeras páginas de *Llegaron del mar* se siente el odio: el de las mujeres que pierden a sus hijos en la guerra impuesta, el de los hombres que una vez más sufrían a los vencedores imponiendo su voracidad y sus humillaciones, el de los maridos que presienten a sus mujeres soñando con los que llegarían del mar.

En este escenario aparece el señor de Ixcayá investido de su fama de valor y pureza, recorre anchas tierras en busca de contingentes para luchar contra el imperio indio y acabar de una vez con las guerras cíclicas y fatales para los vencidos.

Los odios ancestrales entre los clanes, las Grandes Casas, agitan la historia. Vemos a los Gemelos, los tocadores de flauta, los que bailan; y la doncella a quien fecundan escupiéndole las manos, y al muchacho héroe,

gran capitán de guerras a los veinte años, tirándose a la hoguera de los vencedores después de cuarenta días de despedirse de sus montañas; y a los hermanos enemigos que debilitándolo, se han partido el imperio de sus mayores, y a los sacerdotes que remiendan los textos sagrados para justificar sus cobardías, y al siervo castrado que induce a la doncella de Ixcayá a huir del templo donde la preparan al sacrificio y entrar en el prostíbulo. Casi todo está escrito en las piedras, en los códices y las mil y una noches de la antigua sabiduría americana. Allá dentro de nosotros reconocemos las voces de un terrible pasado común.

También reconocemos a la mujer más hermosa, una de las esposas de Ixcayá, caminando con solemnidad ritual hasta entregarse con todos los secretos del pueblo a los que llegan del mar. Nadie los ha visto; apenas se distinguen detrás del polvo de bestias de guerra. Es entonces cuando el pueblo de Ixcayá deja caer las armas y se somete a su destino, así como Ixcayá cumple con el suyo quitándose la vida cuando su hija entra en el burdel prostíbulo y acaba en el mundo el último signo de la pureza.

Anhelo con todas mis fuerzas que los lectores vean así esta novela.

El proceso del autor

Nací a las letras cuando las élites de Latinoamérica se dieron plena cuenta de su existencia histórica e iniciaron su independencia cultural, un siglo después de conquistar su independencia política. Fueron veinte años

que comenzaron hacia 1926, poco antes de que se conmovieran hasta los cimientos las metrópolis del capitalismo. Por primera vez sentimos el aliento de un pasado que venía de Bolívar y Sarmiento, pasaba por los grandes liberales y por Martí y se estructuraba en la revolución mexicana. Rómulo Gallegos y otros se atrevieron a poner en literatura culta nuestro idioma y a considerar como personajes a nuestra naturaleza y nuestra gente. No precisaba mucha inventiva: bastaba con mirar en torno para darnos cuenta de que teníamos en la mano un material de una riqueza fabulosa.

Malo o bueno, lo primero que hicimos fue soltarnos de la mano de las culturas extranjeras, sepultar a los cisnes y las princesas del modernismo –que por cierto habían creado nuestros padres– y aprender las primeras grandes lecciones para cumplir nuestra vocación cultural: la realidad americana era más rica que la ficción; la magia era una verdad natural; los escritores tenían la misión de crear cosas tan útiles como los albañiles; de cualquier proyecto de liberación humana y de dignidad nacional resultaban inseparables la literatura y el arte. Estas ideas, que tenían tanto de inteligencia como de sentimientos, eran comunes a casi toda la intelectualidad latinoamericana. Las causas de exaltación eran las mismas, y también las de indignación por el abrumador atraso y la miseria de las inmensas mayorías de nuestra población y por el asedio constante de los Estados Unidos. De ahí el sentido social, el aire de familia, la comunidad implícita que hubo entre los escritores de una punta a otra de estas tierras.

A la avalancha de la narrativa gestada por la revolución mexicana (Azuela, Guzmán, Vasconcelos, Romero, Muñoz) siguieron José Eustasio Rivera, Gallegos, Alcides Arguedas, Uslar Pietri, Felisberto Hernández y Arlt y Manuel Rojas y Eduardo Barrios en el Cono Sur, la pentarquía de Guayaquil en el Ecuador, Ciro Alegría y José María Arguedas del Perú, Roa Bastos en el Paraguay, Salarrué de El Salvador, José Revueltas de México, Carpentier de Cuba, Amado y diez más en el Brasil.

Los poetas fueron los grandes arquitectos de las nuevas lenguas. Nuestro padre Vallejo descubrió los veneros de metal y agua que nos comunicaban con nuestros más lejanos muertos y dijo las cosas con una universalidad que nadie ha logrado. Miguel Ángel Asturias resucitó el precioso surtido de los textos mayaquichés y también dijo las cosas como nadie las había dicho. Toda la suntuosidad del barroco, más la audacia del dada y la absoluta seguridad en el lenguaje nacido en los pueblos latinoamericanos resplandecen en la poética de Huidobro, uno de los grandes refrendadores del poder germinal de la palabra. La fuerza telúrica del continente se desbordó en la poesía épica de Neruda. La antigua música de los romances y de los tambores africanos tuvo expresión en la poesía de la negritud, con Nicolás Guillén y Aimé Césaire y las cantigas del nordeste brasileño. Hasta en la Argentina asomaron los ritmos y sentidos del tango en textos de Martínez Estrada, Marechal y Borges. No resisto a la tentación de citar a Vicente Quirarte, poeta reciente de México: “Sólo en el amor y sus demandas

existe una intensidad semejante a la surgida cuando un hombre enfrenta las palabras insomnes de su tribu”.

Incorporaron a la música refinada la música popular Jesús Castillo de Guatemala, Catarla, Roldán y los Grenet en Cuba, Villa-Lobos en Brasil. La pintura mexicana recuperó antiguas virtudes de la plástica de los pueblos originales, el arte popular y creó un caudaloso movimiento que iba a dar hijos en muchos países del continente, como Guayasamín y Portinari.

Sí: ésta era, sin lugar a dudas, la independencia cultural, la eclosión de culturas de un mundo muy antiguo y a la vez de pueblos de vocación contemporánea y universalista que aportaban una literatura comparable en personalidad y calidad a la de cualquier otro continente.

Esta inmensa producción tardó demasiado en irrigarse y ser absorbida en todos los países latinoamericanos, corroídos por el analfabetismo, la pobreza y la falta de difusión adecuada del libro. Pero la mayoría de los escritores la conocíamos. Así fue como se abrió la comunicación que después de la primera guerra mundial y como parte de los procesos de descolonización del mundo iba a hacer posible la proliferación de nuestra gran narrativa.

Largos fueron los procesos de desruralización de la temática y del lenguaje, superación del modernismo en lo que tenía de énfasis descriptivo y superficial de la naturaleza, conversión de las pequeñas ciudades menesterosas en verdaderos centros urbanos y dominio de estilos

modernos de expresión desnuda y directa. Mi trabajo podría ilustrar bien estos cambios, por cierto no siempre placenteros. Juan Rulfo escribió la última narrativa rural, que tiene mucho de réquiem por un mundo ido para siempre. Quizá mi cambio haya sido más lento a causa de los cuentos y novelas con temática de mi país que no me habían salido del cuerpo hacia 1945, tras vivir varios años en Nueva York; curiosamente, fue allá donde escribí *Entre la piedra y la cruz*, la más entrañablemente “guatemalteca” de mis novelas.

Creo que la huella de la novelística norteamericana se percibe en lo que hice entre 1936 y 1946. Pero como mi trabajo tiene gran diversidad temática, debido a mis viajes y lecturas, y a mi curiosidad casi malsana, también son perceptibles las inmersiones en Joyce y hacia 1945, el encuentro con la obra de José Revueltas, a quien sigo considerando uno de los novelistas latinoamericanos más *importantes* del hemisferio.

Mi trabajo no oculta el esfuerzo que hago constantemente para dar realidad literaria a la realidad concreta. De mi manera de percibir la realidad literaria, su fusión con el lenguaje y el enfoque de la literatura, el arte y la cultura en general, a nadie debo tanto como a Ezra Pound –y lo admito con cierta amargura al recordar su fascismo durante la segunda guerra, aunque compartido con su antiimperialismo–. Todos los días rememoro una de sus insustituibles enseñanzas: “La literatura es lenguaje cargado de sentido. La gran literatura es simplemente lenguaje cargado de sentido hasta el último grado po-

sible". Fue un precursor de casi todo lo imprescindible que ha ocurrido en la literatura en el siglo XX, y el primero que entendió la unidad del pasado con el presente, la deficiencia del inglés por desconocimiento de la cultura medieval europea del Mediterráneo, la *usura* y las deformidades de las civilizaciones actuales como causa de la decadencia cultural. En poquísimas instancias –y siempre en cuestiones económicas–, Pound no me parece infalible. Porque “él es el mejor hacedor”, como le llamó su alumno T.S. Eliot. A él le debo el rigor de buscar “la” palabra, de desechar ornamentos que desnaturalizan la pureza. Sólo lo he desoído en mi derivación hacia el teatro, la mayor parte del cual le parecía lleno de maña y agresión a la poesía. Él recomendaba “leer” a Shakespeare o a Calderón, no verlos tras los oropeles del montaje y la intermediación de actores. Lo que más se parece a una preceptiva literaria atendible es lo que escribió desde comienzos de siglo a favor del lenguaje directo, de la poesía de lo poético, de la necesidad de escribir para que lo entiendan a uno, no para que lo adivinen. Por eso amo la claridad y rechazo los ocultismos y las ambigüedades; y por eso nunca me ha interesado la filosofía o al menos lo que creo que es. Toda la realidad es misterio, decía Pound; nadie lo ha visto mejor que los chinos *cf. Las Anacletas* de Confucio o *Las grandes odas* y sus traducciones en *Cathay*.

En gran cantidad pero con mucha prudencia, para castigar el estilo leo poesía y oigo música. Para mí la música es orden, medida del lenguaje, exaltación, posibilidad de sentirse mejor de lo que uno es, olvido de la gravedad.

He desarrollado una especie de instinto para detectar a los escritores que no tienen oído y a los narradores que creen que la poesía de la prosa está en las metáforas consignadas y en los adjetivos. Por fortuna cada día abundan menos en la América Latina. Les huyo. Si hace medio siglo hubiera desechado después de unas cuantas páginas repelentes los libros indignos de leerse, hoy sería mucho menos ignorante y mucho mejor escritor. En arte y letras hay que ser cruel. Hoy día debemos defendernos de la mayoría de libros y aprender a confesar en público que uno no los ha leído –cuando tiene razones para no haberlos leído–. Con mis años, ya innumerables, cada día leo menos, releo más y oigo sólo a *mis* compositores permanentes y a unos cuantos a quienes tengo de turno. Es lo mismo que en el amor. ¿A cuántas quiere uno amar a los veinte años, y a cuántas puede amar a los ochenta?

Mi devoción por las artes plásticas me ha sido absolutamente indispensable para narrar. A las formas se les ven las entrañas, el sentido en el espacio. Después de mis libros sobre arte mi prosa se ha vuelto espaciotemporal; tal vez me equivoque, pero creo que ahora se me dificulta menos adecuar el lenguaje y el estilo a lo que estoy narrando, y esto no obstante el creciente temor que como signo de madurez, me inspiran las palabras. Al ver el idioma en volúmenes –enseñanza del cubismo– le capto nuevos sentidos. Nada me ayuda más que mis estudios sobre ideología y semiología para desentrañar el significante y el significado de “lo que está debajo de las palabras”, como decía Miguel Ángel Asturias. Nada

dejo al azar; pero tampoco impido que personajes o circunstancias o acontecimientos tengan vida propia y la ejerzan. La autonomía de los personajes me la enseñó Ezequiel Martínez Estrada. Y así, pese a mi racionalismo mediterráneo, mi irrespeto por la improvisación y mi ignorancia enciclopédica, las minuciosas notas que hago antes, mucho antes de escribir con base a ellas, no constituyen una biblia, ni una camisa de fuerza; además, muchas veces las pierdo –quizá por voluntad inconsciente–.

Desde hace unos quince años escribo teatro, incursionando en un campo donde la gente es endogámica y se defiende de los recién llegados. No es más difícil que los demás géneros literarios; es cuestión de *encarnar* las palabras, de hacerlas visibles, de encontrar la plástica de la escena –problema espacial– y el ritmo de la historia –problema temporal–. El teatro me ha enseñado el diálogo, cuya presencia se advierte en mi narrativa especialmente desde 1975. Siento que todavía me falta *teatralizar* mejor el discurso; seguiré probando. Acaso ponga en teatro alguno de mis cuentos; una novela no “cabe” en el teatro, no sólo por su dimensión sino por la naturaleza de su idioma. Bergman dice que el teatro se hace por dentro y la novela por fuera; no lo entiendo bien.

Mis últimos trabajos, concluidos en 1991, son *La isla de las navajas*, ya citado, y *Unas vísperas muy largas*, cuyo marco es mi creencia inamovible en que debemos ir del amor a la muerte sin pasar por la vejez. Es una novela itinerante, muy autobiográfica que cuenta el amor de un viejo con una muchacha. Resume toda la experiencia

humana y técnica que me alegra infinito haber acumulado hasta ahora.

¿Qué diría yo de mí si fuera un crítico “ajeno”? Es un escritor extravertido, sin intimidación, volcado hacia la inagotable riqueza del mundo exterior e intensamente ligado a ella. Hace naturalezas vivas, no naturalezas muertas. Sabe elegir los “momentos pregnantes”, y a veces con tal frecuencia que uno se pregunta si él podrá sostener hasta el fin el interés por semejantes tensiones. De su muy largo ejercicio periodístico y de su vida itinerante le vienen más defectos que cualidades –perceptibles en sus primeras obras–. Por la rapidez cinematográfica de sus tratamientos se le van a veces temas en los que debió quedarse más ancho y más hondo. En compensación, sus obras de aquella época demuestran que lo inacabado y lo imperfecto tiene la frescura de las legumbres primerizas. Bastantes páginas dan la impresión de que se le soltó un caballo salvaje que a puros trancos va descubriendo el mundo.

Es un hombre de muchas vidas y un escritor de muchas disciplinas. Como sociólogo se ha visto obligado a producir desde hace más de treinta años una cantidad de libros; los efectos sobre su arte no siempre son positivos. Sobre todo en sus novelas, ha tenido un ojo puesto en los problemas sociales, colectivos; esto enriquece los datos, los ángulos de visión, pero conspira contra la pureza artística. Para nadie acuciado por el apremio de alimentar familia y gustos caros es ni ha sido fácil pasar impunemente de una disciplina intelectual a otra como

quien cierra una espita del agua y abre otra. Su lucha contra la maquinaria de la enajenación contemporánea ha sido muy dura; pero se ha podido salvar esa libertad heroica de los que nada tienen. Este drama, esta guerra personal, se traslada casi indefectiblemente a alguno de sus personajes y da la idea de no buscar solidaridad sino indignación. No parece que se lo propusiera; pero muchas de sus obras resultan movilizadoras, sin que se sepa exactamente hacia dónde.

Si fuera más humilde de lo que soy no cerraría esta introducción con juicios que debo a José Revueltas (en texto de contracarátula de la edición mexicana de *Los desencontrados*): “Lo más suyo es el oficio, gran oficio como narrador, oficio de su propia vida –tan fecunda–, que sujeta las negras alas de la angustia con los lazos de un rigor casi alegre, y da por resultado un escepticismo lleno de paciencia, una suerte de equilibrio entre la cólera y la esperanza con quien mira la realidad humana... En contraste con la exuberancia y el desbordado patetismo de tantos escritores americanos –sobre todo de los que tienen su edad y la mía–, es lo que podría llamarse un antiadolescente en el mejor sentido de la palabra... Los azares y los exilios en nada han afectado el proceso de su trabajo, ya inmenso, que va de lo nacional a lo cosmopolita sin dejar de pertenecernos”.

México, 1992
Biblioteca Ayacucho, 1993.

Mario Monteforte Toledo y el arte de novelar*

Seymour Menton

Entre la confusión sobre la clasificación de tantas obras narrativas guatemaltecas, se distinguen las cuatro novelas bien estructuradas de Mario Monteforte Toledo (1911-). *Anaité* (1948), *Entre la piedra y la cruz* (1948), *Donde acaban los caminos* (1953) y *Una manera de morir* (1957) marcan cuatro fases básicas en el desarrollo de la novela hispanoamericana: el criollismo; el nacionalismo; el estudio psicológico revestido de experimentación estilística; y el estudio filosófico de tendencias universales.

Anaité, escrita en 1938, es la historia de la civilización de la ciudad de Guatemala en pugna con la barbarie del Petén. Tiene varias reminiscencias de *Doña Bárbara* y de *Canaima* de Rómulo Gallegos, pero en realidad, se parece más a *La vorágine* de José Eustasio Rivera. A pesar de todo su realismo, *Anaité*, como sus precursores sudamericanos, está impregnada de resabios románticos y modernistas. Jorge, el protagonista, decide ir a la región más remota y exótica de su país, para ganarse una for-

tuna. Esto ofrece al escritor la ocasión de servirse de su herencia modernista para captar las luces y sobre todo, los ruidos de la selva exuberante:

Era la primera mañana en tierra habitada por los hombres, después de un eterno ambular por orillas desiertas.

Ahí todo cambiaba en una noche. Hasta el cielo parecía una hechura nueva tras los dementes rayos del sol que se filtraban por la palma de los techos; hasta el río llevaba yerbajos de tonos chillones. Las garzas bajaban precavidas y se fugaban en parábolas abiertas.¹

Nuevo espectáculo el de aquel día. Las gotas enormes caían una detrás de la otra, formando sobre la superficie del río pequeñas eminencias espumosas. Tronaba la selva como si se estuviera viniendo abajo. Arrancadas de las copas de los árboles, las hojas volaban en los remolinos del viento. Entre las ramas, las garzas hinchaban tristemente su plumaje esperando que pasara el chaparrón.²

Son las cinco de la tarde. Las guacamayas pasan en bandadas; sigue el reguero hervoroso de los loros y las pericas; con su croar batracio, los cucharones atalayan a los peces incautos; de vez en cuando, la miopía de una garza confunde la verdura de la grama con las aguas eternas y se atreve a merodear sobre el pueblecillo. En lo más hondo de los bosques los saraguates rugen incansables. Ha quedado en el poniente el último rojo del sol.³

¹ Mario Monteforte Toledo, *Anaité* (Guatemala: Editorial "El libro de Guatemala", 1948), p. 27.

² *Ibid.*, p. 57.

³ *Ibid.*, p. 77.

Hacia el final de la novela, Jorge se encuentra con que su novia se ha casado con otro hombre y, en típica actitud romántica, huye de la vida capitalina para reunirse en la selva con los indios lacandones. Pero lo más importante del libro es la lucha del hombre civilizado para sobrevivir en el ambiente violento de la selva tropical. Tiene que luchar contra la ferocidad de la selva lo mismo que contra la ferocidad humana engendrada por aquélla. Los personajes viajan en canoas por el río Usumacinta sin amedrentarse ante los raudales. Las víboras y los tigres no sólo amenazan continuamente a los hombres sino que también los contagian de su furor y los llevan a herirse y a matarse impunemente. Las fiestas son pretextos para emborracharse, pero ni pretextos les hacen falta. La soledad y el calor de la selva suscitan los deseos lujuriosos de los hombres y de las mujeres. El doctor Wood se envilece a tal grado que vende a su propia hija a un hombre malévolo. La violencia proviene de afuera también. Unos revolucionarios mexicanos tratan de alborotar a los trabajadores pero éstos permanecen fieles a Jorge porque él los ha tratado bien. En el mismo capítulo, llegan los soldados del “Señor Presidente” y añaden su propia brutalidad a la que ya se ha contado. Al final del libro, Monteforte sigue el artificio de Rivera al internar en la selva a su protagonista. Sin embargo, hay una diferencia importante: Arturo Cova y sus amigos fueron devorados por la selva; Jorge se interna en ella, como el protagonista de *Canaima*, para vivir con los indios, cuya vida pura y tranquila, insinúa el autor, es superior a la barbarie refinada de la sociedad cursi de la capital.

En el prólogo, el mismo Monteforte dice que *Anaité* “es una novela mala, pero es una novela, quizás la primera que merece el nombre de tal en la copiosa lista de libros de estampas más o menos bien escritos que se habían publicado en Guatemala hasta aquel tiempo”.⁴ En el sentido ortodoxo de la palabra *novela*, las obras de Monteforte se distinguen de las de sus predecesores por sus personajes que se van desarrollando a través de todo el libro. En las obras de Miguel Ángel Asturias, los personajes cobran vida solamente durante su breve actuación en escenas particulares. En cambio, Monteforte narra una historia con una unidad tradicional. Los sucesos acontecen cronológicamente aunque de cuando en cuando se permite un pasaje retrospectivo o un salto de dos años. La acción gira alrededor de los mismos personajes a través de todo el libro. Igual que Arturo Cova de *La vorágine*, Jorge abandona la civilización por una mujer y poco a poco se va internando en la región bárbara. De las seis partes de libro, la primera se dedica al viaje en canoas por el Usumacinta con varias paradas en los embarcaderos, donde poco a poco Jorge se entera de lo que va a encontrar en la montería de Anaité. A partir de la segunda parte, que comienza después de que ya se estableció la montería, la violencia va aumentando. La culminación, una pelea entre los monteros y el incendio de toda la montería, provoca la decisión de Jorge de vivir entre los lacandones.

⁴ Ibid., pp. 7-8.

Como en *La vorágine*, la naturaleza predomina sobre los personajes y el protagonista se interna en la selva por amores ridículos. En *Anaité*, Monteforte observa las reglas arquitectónicas de los novelistas al esparcir por la novela tres o cuatro alusiones a la novia rica de la capital. En realidad, el autor nunca llega a penetrar en el carácter de Jorge y su novia apenas aparece brevemente hacia el final del libro. Algunos de los otros personajes cuya presencia se observa a través de toda la novela son más interesantes, aunque tampoco se desarrollan bastante. Rafael, el compañero de Jorge, es un cínico empedernido. Aunque nunca se revela su pasado, parece que una mujer causó su desprecio de toda moral. Trata en balde de seducir a la mujer del negro Juan. Después, en Tenosique, encuentra a Lola, cuyo espíritu anda tan abatido como el suyo. Ella lo sigue y, llegando a la montería, ofrece servirle de esclava. Allí viven juntos pero la presencia de Lola inquieta a Rafael, como si temiera dejarse engañar otra vez por una mujer. En una de las escenas más dramáticas del libro, la echa de su champa gritándole que debe comportarse como la mujer que es. La misantropía de Rafael es responsable por la destrucción de la montería, pues mientras Jorge va a la capital, maltrata a los monteros y éstos se vengan incendiando la montería. Juan Ross sirve de contraste con Rafael como amigo de Jorge. La experiencia y el valor firme y tranquilo de este beliceño ya mayor de edad indica a Jorge que, aun en medio de la selva, la anarquía puede ser controlada. El sirviente Juan es otro ejemplo de la de-

rrota de la barbarie. Sigue a Jorge por todas partes y su lealtad nunca disminuye. En las novelas de Monteforte, las mujeres siempre tienen papeles secundarios. Sin embargo, en *Anaité*, las mujeres impresionan sin desempeñar papeles muy grandes. Carmita, una joven voluptuosa de catorce años, trata de seducir a Jorge. Fracasa la primera vez, pero la segunda, él ya no puede resistir. Esa misma situación se repite cuando Pancho Luna logra rechazar a la Lola de Rafael después de que ella, resentida con éste, trata de seducirlo. Todos los personajes están fuertemente ligados por el protagonista Jorge, aunque en realidad, ninguno de ellos logra imponerse. Es que el autor se preocupa más por pintar la barbarie del Petén y los personajes por lo tanto son insignificantes al lado de la naturaleza y la barbarie que ésta engendra. En comparación con *La vorágine*, *Anaité* es un heredero débil. La barbarie de *Anaité* no puede equipararse con la de la selva colombiana y la de sus caucheros. Los personajes de *La vorágine*, aunque también están subordinados al escenario, tienen más rasgos individuales que los particularizan. Sin embargo, como novelista, en el sentido limitado de constructor de novelas, Monteforte Toledo supera a Rivera. Mientras que el colombiano se deja llevar por la exuberancia delirante de la selva, Monteforte, aun sintiéndola, es lo bastante intelectual para controlarla. Por eso, *Anaité* no tiene la violencia dramática que marca la novela colombiana, ni su complejidad arquetípica, pero sí tiene una construcción más equilibrada. Los viajes de Jorge entre Guatemala y Anaité forman

el marco alrededor del libro. El ingreso de Jorge en la sociedad de los lacandones se prepara en la tercera y cuarta partes de la novela. En la cuarta parte, Jorge y Juan Ross visitan el pueblo de los indios y observan la caza del tigre. Carmita, la hija seductora del doctor Wood, que hechiza a Jorge en la primera y la segunda partes, vuelve a aparecer en la quinta parte, pasando sigilosamente en una canoa con Vergara, a quien su padre la ha vendido. La fiesta en Tenosique de la tercera parte hace juego con la fiesta en Agua Azul de la quinta parte. Es decir, que por bárbaros que sean la naturaleza selvática y los hombres que la habitan, toda la acción está sujeta al molde que le impone el autor. En esto, Monteforte se parece más a Gallegos que a Rivera.

No cabe duda de que el propósito principal de *Anaité* fue captar la barbarie de la región remota del Petén. No obstante, hay algunas indicaciones de una ampliación del horizonte del novelista. Alude al dictador guatemalteco; toma en cuenta la Revolución Mexicana y sus sindicatos; se queja de la explotación arqueológica de Guatemala por los norteamericanos; y repara en el peligro de una victoria de los nazis en la Segunda Guerra Mundial que estaba por estallar.

Después de ponderar por unos veinte años la barbarie de las regiones remotas de su país, el novelista hispanoamericano se dedicó a retratar en un solo libro la totalidad de su país. En todas partes de Hispanoamérica se escribieron novelas con este intento. Una de las primeras

fue *La tempestad* de Flavio Herrera. Una de las mejor logradas es *Entre la piedra y la cruz* de Monteforte Toledo. El cuadro nacional se forma por una vista comprensiva de la geografía, la población y la historia de Guatemala. La acción comienza en el pueblecito de San Pedro La Laguna, a orillas del lago de Atitlán. Pasa a una finca cafetalera en la faja costanera del Pacífico. Pedro Matzar, el protagonista indio, visita el puerto de San José. Después de pasar por Escuintla, va a la capital para estudiar y luego enseña en la sierra cerca de Sololá. Además del protagonista indio, otros tipos raciales que aparecen en la novela son el ladino, el español, el alemán, el negro, el chino, el jenízaro y el libanés. Monteforte se remonta a los tiempos precolombinos para darnos una visión amplia de los motivos históricos de su país, la cual incluye: leyendas indias, el baile de la Conquista, la casa colonial de Teófilo Castellanos, el terremoto de Antigua, la Revolución Unionista de 1920, la crisis económica de 1929, la Guerra Mundial de 1939 y la Revolución de 1944.

Entre la piedra y la cruz, por ser una novela nacional, tiene que preocuparse principalmente por la situación del indio. Desde este punto de vista, puede incluirse también en el grupo de novelas indigenistas que tanta fama han cobrado por Hispanoamérica.⁵ Se presenta un cuadro del indio que, a pesar de sus variaciones guatemaltecas, ya ha llegado a ser tradicional. Los indios, que constitu-

⁵ Alcides Arguedas, *Raza de bronce* (1919); Jorge Icaza, *Huasipungo* (1934); Gregorio López y Fuentes, *El Indio* (1935); Mauricio Magdaleno, *Resplandor* (1937); Reinaldo Lomboy, *Ránquil* (1941); Miguel Ángel Asturias, *Hombres de maíz* (1949).

yen más del sesenta y cinco por ciento de la población total de Guatemala, no tienen más que pedacitos de tierra mientras que los dueños de las grandes fincas son ladinos que por lo general viven en la ciudad. Muchas veces los mercaderes compran el maíz a los indios, lo acaparan todo, y luego resulta que los mismos indios no tienen bastante maíz para comer.

Las compras se hacen a la sombra de la iglesia, en el sentido literal y figurado y el hambre de los indios no se aplaca con las misas del cura.

Bajó el cura de Sololá y dijo muchas misas, unas en la iglesia, otras a campo abierto, cerca de las cuevas donde a media noche hervía el pom levantando su ofrenda a los rajau de todo lo que hacía falta en el pueblo.

-Los santos no escuchan cuando se les pide de comer -dijo un hombre con la frente cruzada de arrugas.

Los vecinos pensaron que aquello era terrible, pero verdadero.⁶

Si los indios se quejan ante los jueces, éstos se hacen los sordos y permiten que los abogados enganchen a los indios mientras se prolongan los pleitos. Si se presenta alguna queja en contra de un indio, éste se ve condenado a trabajar de peón en la carretera. De cuando en cuando, llegan los soldados al pueblo para reclutar trabajadores para las fincas tropicales. Allí aumentan los sufrimientos del indio. El calor tropical, los mosquitos

⁶ Mario Monteforte Toledo, *Entre la piedra y la cruz* (Guatemala: Editorial "El libro de Guatemala", 1948), p. 27.

pestíferos y las víboras contribuyen a poner en peligro su vida. Vive en la finca cafetalera como siervo. No le pagan sino en fichas que se aceptan sólo en la tienda de raya. Naturalmente las deudas se le van amontonando. Si huye de la finca, los soldados lo alcanzan y lo llevan de vuelta a donde le esperan las bofetadas y las patadas del dueño. Indefenso, tiene que contemplar la violación de las mujeres de su familia. Su único alivio es el guaro que le proporciona benévolamente el patrón. Claro, le da al indio una sensación ilusoria de felicidad pero le debilita la voluntad. Al mismo tiempo que los patronos utilizan el guaro, persiguen cruelmente a los indios que lo producen clandestinamente. Uno de los aspectos más trágicos de todo esto es que el mismo ejército, que es el instrumento de opresión contra los indios, se compone de indios.

Al describir el pueblo de San Pedro La Laguna, Monteforte Toledo no puede menos que incluir muchas leyendas, supersticiones y costumbres indias. La importancia de las cofradías es primordial. Varias leyendas sobre los dioses indios son narradas con un deseo de captar el ambiente del *Popol Vuh*. Se alude a la creencia en el nahual, o sea la existencia del alma de un indio en un animal. Las costumbres matrimoniales de los indios también aparecen en la primera parte de la novela.

Lo que hace que *Entre la piedra y la cruz* se distinga como una novela bien hecha es que todos los elementos nacionales y las notas de protesta social, están fuertemente ligados por un solo personaje. Como tantos otros

protagonistas de novelas hispanoamericanas de los últimos dos decenios,⁷ Pedro Matzar es un hombre marginal. Se encuentra “entre la piedra y la cruz”, o sea entre la cultura de los indios y la de los ladinos. Conserva su importancia primordial durante todo el libro. El acierto de Monteforte consiste en infundirle vida humana a un ser simbólico y en convertir a un ser humano en símbolo. El nacimiento de Lu Matzar se rodea de la superstición pagano-cristiana tan característica de los indios de Guatemala. El brujo hace sus oraciones “a un lado del calvero” donde “estaba la piedra plana, frente a una cruz ennegrecida por millares de ceremonias”.⁸ Así es que desde el principio, se plantea el problema expresado en el título “entre la piedra y la cruz”. El brujo transmite lo que los dioses vaticinan para el recién nacido. “–Dicen ellos que Lu Matzar tendrá un gran espíritu. Va a pelear contra los fuertes y va a creer en lo que nadie cree”.⁹ De niño, a Lu Matzar se le atribuyen varios milagros. Una vez una tormenta sorprendió a unos indios que estaban atravesando el lago de Atitlán, pero la sola presencia de Lu los salvó. Después, acabó con una plaga de taltuzas que destruían la milpa. En otra ocasión, con sólo alargar la mano, fue capaz de parar los ventarrones de noviembre que estaban haciendo estragos en la

⁷ Enrique López Albújar, *Matalaché* (1928); Rómulo Gallegos, *Pobre negro* (1937), *Sobre la misma tierra* (1944); Jorge Icaza, *Cholos* (1938), *Huairapamushcas* (1948); Adalberto Ortiz, *Juyungo* (1942); Ramón Rubín, *La bruma lo vuelve azul* (1954).

⁸ Mario Monteforte Toledo, *Entre la piedra y la cruz*, p. 12.

⁹ *Ibid.*, p. 13.

milpa. Por fin, un día en que los soldados estaban por llevarse de recluta a su padre Bartolo Matzar, entró Lu riendo en tal forma que los soldados no se sintieron con ganas de acabar con su felicidad. Cuando Lu ya está en edad para razonar, comienza a cumplir la profecía “va a creer en lo que nadie cree” o sea la fusión de todas las razas de Guatemala. Con su espíritu fuerte, varias veces Lu pregunta a su padre por qué “aparte son los ladinos y aparte los naturales”.¹⁰ Cuando Lu interrumpe las pláticas ceremoniales sobre el noviazgo de su hermana, eso representa más que la impetuosidad de un niño. Indica que Lu está dispuesto a romper con las tradiciones de su pueblo. Para darle más trazas de redentor a su protagonista, Monteforte se sirve de varias escenas bíblicas. El éxodo de Bartolo Matzar y toda su familia de San Pedro La Laguna termina la primera parte del libro con una estampa inolvidable por su sencillez y por sus proporciones épicas:

En la última curva del camino, donde el cerro caía a pico sobre el lago, Tol se detuvo. Desde allá se divisaban el cementerio de Sololá y la punta historiada de la torre. Multiplicados por el eco llegaban los repiques de las seis de la tarde. Las ovejas moteaban el verdor de los trigales. Hacía frío.

Un cactus cortaba el horizonte en dos: de un lado, Cerro de Oro, la rinconada de San Lucas, los volcanes y la bahía de Atitlán, apuntando con una flecha hacia la costa; del otro, la serranía de Cristalín, Rujilá-Ec y el rancherío blanco de su aldea.

¹⁰ Ibid., p. 46.

*Tol Matzar y su gente volvieron la espalda a San Pedro La Laguna y siguieron por el camino, con la cabeza baja, hacia el pueblo.*¹¹

En la segunda parte, Monteforte transforma el símbolo en un niño que hace preguntas sobre todo. Esa parte, más que las otras, señala los abusos que sufren los indios que bajan de la sierra a trabajar en la costa. Lu Matzar vuelve a sentirse redentor cuando Franz viola a su hermana Trey después de haberlo empujado a él. Se siente muy indio y se le representa simbólicamente la posición del indio: “abajo está el templado del sol, encima la catedral”.¹² Cuando la familia de Tol Matzar abandona las fincas cafetaleras, el autor crea una escena tan épica como el primer éxodo. “Luego se veían los pies, elocuentes, vivos como seres aparte del cuerpo, y continuaban andando legua tras legua, por sobre la tierra que cambiaba de colores y de temperatura, a través de potreros, canales, bosques y ríos sin puente”.¹³ Los pies del indio llegan a personificarse para representar los dolores de todos los indios. El autor hace entronque entre el vagar eterno de esa raza y la suerte del judío errante.¹⁴

Al llegar a la ciudad, Lu se humaniza mucho en contacto con los hijos de Teófilo Castellanos, su benefactor, y

¹¹ Ibid., p. 46.

¹² Ibid., p. 117.

¹³ Ibid., p. 129.

¹⁴ Ese tema del indio errante también está presente en *El luto humano* (1943) y *Los peregrinos Inmóviles* (1944) de los mexicanos José Revueltas y Gregorio López y Fuentes y en *El mundo es ancho y ajeno* (1941) del peruano Ciro Alegría.

con los otros adolescentes de la escuela. Sus amigos le ponen el nombre de Pedro. Su amor torpe por Margarita, sus narraciones fantásticas en competencia con las de Chinto, sus primeras preocupaciones sexuales y los acontecimientos diarios de la escuela le dan el carácter de un muchacho individualizado de quince años. Sin embargo, nada le hace renunciar a su raza. Después de recibirse, vuelve a San Pedro, pero allí decide salir de su pueblo para aprender las ideas nuevas y enseñárselas a los suyos. El tercer éxodo en que participa Pedro Matzar, lo aprende solo. Ya está decidido a redimir a los indios.

Por eso se fue una madrugada sin despedirse de sus amigos, ni de Xar, ni de todas las cosas de su pueblo, tan llenas de ventura indefensa.

Cuando desde las cumbres de Mixco divisó las casas de la ciudad, sintió rencor, y un férreo deseo de seguir aprendiendo a cualquier costa para regresar un día a enseñar a los suyos la ciencia, la verdad metálica que podía más que los rajau del aire.

Menos seguridad de recuperar a su hijo tenía Tol Matzar, que había quedado de pie en la playa, adusto y reconcentrado, deshaciendo con la mano un puñito de tierra de San Pedro La Laguna.¹⁵

¹⁵ Mario Monteforte Toledo, *Entre la piedra y la cruz*, p. 12.

Mientras que los títulos de las tres primeras partes –“Sierra”, “Costa”, “Casas”– indican lugares fijos, “Camino” representa los cambios rápidos que ocurren dentro de Matzar en la cuarta parte. Está metido a rededor enseñando a los indios a pesar de la falta de materiales pedagógicos. Se sabe de su buen éxito por las palabras de uno de sus alumnos: “–Me gusta cómo nos decías las cosas. Quisiera que fueras mi tata”.¹⁶ Sin embargo, el ser humano resurge otra vez. Conoce a su primera mujer, la tabernera ladina del pueblo, y comienza a emborracharse. Cuando el gobierno no le manda los materiales que ha pedido, se desilusiona por completo y abandona la escuela. Como individuo, se mete en el ejército con la idea de subir para triunfar sobre su condición de indio. Aunque sube vertiginosamente, sabe que ha abandonado a su pueblo y se siente el “arcángel negro, expulsado de los cielos”.¹⁷ Cuando Pedro presencia la tortura de un hombre sin protestar, el autor sugiere el episodio bíblico de cuando San Pedro negó a Cristo. Igual que el fundador de la Iglesia de Cristo, Pedro Matzar logra salvarse. Un capitán le habla de los ideales de la Revolución y Pedro se deja convencer. Lo encarcelan por haber soltado a dos presos pero cuando estalla la Revolución del 20 de octubre, sale de la cárcel y encabeza un grupo de revolucionarios que pelean en la calle. Resulta herido pero su conciencia ya está en paz. Va a redimir a los suyos entrando en el nuevo mundo de los ladinos, lo cual se simboliza en su matrimonio con Margarita. El

¹⁶ Ibid., p. 2-3.

¹⁷ Ibid., p. 253.

fin optimista de *Entre la piedra y la cruz* no concuerda con el desarrollo lógico del protagonista, pero refleja el entusiasmo rebotante de los jóvenes intelectuales por la Revolución de 1944.

Pedro Matzar es el verdadero protagonista de la obra, un individuo que el autor nunca pierde de vista, lo que constituye un fenómeno bastante raro en la novela guatemalteca. Los otros personajes están bien retratados pero no actúan en todo el libro. De parte en parte, van cediendo su papel a otro. Por eso, hay un plan equilibrado y muy bien elaborado entre las cinco divisiones de la obra. El argumento ideológico del libro, declarado en el título, es un hilo irrompible por el cual Pedro Matzar camina por toda la novela. Desde la cantaleta de su padre, “aparte son los ladinos y aparte los naturales”,¹⁸ hasta su casamiento con Margarita Castellanos, Pedro Matzar se siente perseguido por las dudas. En cada parte del libro consulta a distintos personajes en busca de la respuesta. Desde cierto punto de vista, tienen la misma función en la novela de su padre, Tol Matzar; Chinto, el indio que cuida el ganado en la finca costanera; Teófilo Castellanos, cuyo nombre simbólico indica que no todos los ladinos son malos; el maestro indio, don Lino; el profesor revolucionario y por fin, el capitán revolucionario. En el mundo de los indios, la madre de Pedro Matzar es anónima y tiene un papel insignificante para no quitarle a Pedro la angustia de su responsabilidad solitaria de redentor. Dentro de su concepto

¹⁸ Ibid., p. 46.

de novela bien estructurada, Monteforte excluye completamente a la madre de la familia de alemanes en la costa y de la familia de ladinos, los Castellanos, en la ciudad. Las dos hermanas del protagonista hacen juego con los dos hermanos de su novia Margarita. Aunque no se desarrollan como individuos, una hermana de Matzar y un hermano de Margarita participan en escenas importantes en el desarrollo síquico del protagonista: la violación de la Trey por Franz y el intercambio de cuentos y leyendas con Chinto. Margarita Castellanos se opone a Xar como novia de Pedro Matzar y ambas representan las dos tendencias en conflicto: la de asimilarse a la sociedad ladina o la de quedarse con los indios. En la cuarta parte, en que el redentor se convierte en el arcángel negro, el papel femenino de Xar o de Margarita lo desempeña la tabernera, mujer gorda, tonta y anónima. En la quinta y última parte, antes de volver a juntarse con Margarita, Pedro Matzar triunfa sobre sus malos instintos cuando vence su deseo de vengarse. Decide no poseer a la hermana de Franz, el cual en la segunda parte había violado en el mismo sitio a su hermana Trey. No sólo en los consejeros y en las novias de Matzar se ve la idea del autor de que el mundo no está dividido entre ladinos y naturales. Entre los opresores de los indios, hay un equilibrio entre los representantes de las distintas razas y nacionalidades. Tacho Zeledón acapara todo el maíz en la primera parte igual que don Perucho, el administrador de la finca de don Herman, acapara todo el café en la segunda parte. Los dos son ladinos aunque don Perucho traba-

ja de finquero alemán. En la tercera parte, “Casas”, el enemigo de los indios que se asocia con los recuerdos de Franz, es el nieto del jefe político, quien atormenta a Pedro Matzar en la escuela hasta que éste le administra una buena paliza. Algunos de los opresores pueden ser los mismos indios. El pleito de Bartolo Matzar contra los alemanes en la segunda parte hace juego con el pleito contra el indio Cutuc, quien en la primera parte le robaba la tierra. No hay peor enemigo de los indios que el mismo redentor caído. Eso se ve en la cuarta y quinta partes, en las cuales Pedro Matzar maltrata cruelmente a todos sus subalternos con el solo afán de conseguir ascensos rápidos en el ejército. En cambio, algunos de los ladinos comparten los dolores de los indios. En la primera parte, se ve pasar a caballo al pobre don Chico, un ladino querido por todos los indios. En la segunda parte, el galope de caballo se identifica con otro ladino desgraciado. Don José (Chepe) Escobar, un finquero guatemalteco, sufre como Lu Matzar la violación de una joven querida. Víctima de Franz, igual que la Trey, Conchita no sólo es la hija de la ex novia de don Chepe sino que también llega a ser su novia.

Como se ve, todos los personajes giran alrededor del protagonista. Además de lo que ya se ha dicho, Matzar se distingue por su introspección típicamente guatemalteca. Como es de esperar, ese hurgar dentro de sí mismo se va intensificando a medida que Pedro va madurando. De niño, sólo se le ocurre preguntar el porqué de las cosas que le explica su padre. Su primer examen de

conciencia es provocado por la violación de su hermana. Ahí Monteforte comienza su creación del mundo interior de su protagonista. Hasta emplea la frase “regresó al mundo”¹⁹ para indicar su vuelta al mundo exterior. Cada vez más Monteforte nos presenta los pensamientos de Matzar frente a las peripecias de la vida. Sus experiencias en la escuela capitalina se revelan por medio de los propios pensamientos del adolescente. La caída del redentor se percibe mientras medio borracho va caminando por la sierra en la oscuridad. El mundo que le resulta tiene parecido con algunas escenas fantásticas de *Hombres de maíz*. Ya convertido en militar, Matzar vuelve a San Pedro y sus pensamientos revelan que reconoce que ya nadie lo considera indio. En la última parte, el mismo Pedro Matzar comienza a regenerarse, escuchando las palabras del capitán mientras que al mismo tiempo repasa su propia vida. Aun cuando está peleando por la Revolución, predomina el mundo interior. “¿No se estaría imaginando también esto? Matzar se vio los pies, fieles, anchos, que le conducían con su eterna brújula. Atrás, la negrura de la madrugada; al frente, los chispazos de las granadas rompiendo el cielo. Él no se había figurado así la guerra”.²⁰

La gran unidad de esta novela también se deriva en parte del uso de motivos recurrentes, como los pies, y de muchas alusiones en las últimas partes a lo que precedía. La uniformidad del estilo también es un factor

¹⁹ Ibid., p. 118.

²⁰ Ibid., p. 296.

poderoso en la feliz ejecución de la obra. A diferencia de Flavio Herrera y de Miguel Ángel Asturias, Monteforte es novelista ciento por ciento. No se preocupa por inventar metáforas rebuscadas. En efecto, escasean en este libro. Una de las pocas que sobresalen se refiere al muelle de San José: “El muelle se adentraba en el agua con sus patas de araña de pesadilla”.²¹ El estilo se adapta muy bien al tema o sea que refleja el ambiente y los personajes. Por eso, algunas de las imágenes establecen la identidad del indio con la tierra y humanizan la tierra. “La noche entera parece acezar, con cansancio de gran madre después de un parto”.²² “Empezó la cosecha en toda la zona. Era la época en que los blancos exprimían la tierra hasta hacerla brotar sus más recónditas riquezas. Parecía que las fincas se agitasen con un solo ritmo, como gigantescas vísceras aceleradas por la avaricia”.²³

Como es una novela de tesis, la prosa es lógica y poco adornada. Las oraciones son largas para dar más importancia al tema. Vale la pena notar que las oraciones constan de varias frases coordinadas y muy pocas subordinadas, lo que hace pensar en el estilo bíblico. Monteforte logra intensificar el sentido bíblico con oraciones que encierran grandes verdades contundentes: “Bartolo había pensado muchas veces que los indios también eran pedazos de tierra”.²⁴ “El indio pobre no tenía derecho a

²¹ Ibid., p. 102.

²² Ibid., p. 72.

²³ Ibid., p. 87.

²⁴ Ibid., p. 16.

soñar con risas”.²⁴ “El tiempo no tiene significación divina ni humana en el pueblo”.²⁵ “Lo indios no tienen voz”.²⁶ “Lu sintió sabor de maíz en sus membranas”.²⁷ “Pero él no sabía cómo explicar estas cosas; los indios callaban cuando tenían razón”.²⁸ Aunque el autor penetra en el cerebro del protagonista y nos cuenta las peripecias de su mundo interior, esos trozos narrativos se van alternando con bastantes diálogos. Tanto en la narración como en el diálogo, abundan palabras indias y formas dialectales de Guatemala, lo que aumenta el realismo del cuadro sin constituir un problema de comprensión. Con el fin de preparar al lector para lo que va a pasar, Monteforte se vale de un simbolismo que a veces es demasiado obvio. Las escenas de la violación de Concha y la Trey están precedidas por la caza del venado y por la carrera de un caballo detrás de una yegua joven.

La unidad de la novela, que salta a la vista en la agrupación de los personajes y en el estilo, también se extiende a cada capítulo. Monteforte tiene varios métodos de empezar y terminar los capítulos pero casi siempre éstos lucen una gran unidad particular dentro de la estructura total de la novela. Muchas veces, la primera oración es una afirmación breve que presenta una escena separada del capítulo anterior por un trecho de distancia o de tiempo: “Llegaron a la siembra de madrugada”.²⁹ “Terminó la

²⁵ Ibid., p. 24.

²⁶ Ibid., p. 116.

²⁷ Ibid., p. 118.

²⁸ Ibid., p. 198.

²⁹ Ibid., p. 15.

cosecha”.³⁰ “Eran las cinco de la tarde”.³¹ “Estalló la guerra en los otros mundos”.³² Otros capítulos empiezan con diálogos. El capítulo noveno comienza y termina con el informe del administrador de la finca cafetalera. Muchos capítulos se cierran con oraciones que tienen un gran efecto terminante por su carácter poético o por su sentido: “Desde lejos, la finca parecía un montón de brasas”.³³ Después de que Pedro Matzar se extasía hablando sobre la suerte de los indios, la escena termina con el único comentario de la tabernera: “-Mire, en aquella esquina hay un ratón”.³⁴ A veces, la unidad del capítulo depende de la repetición de una misma nota dentro del capítulo como el grito “¡iiii... ja, ja, ja, jayyy...!”³⁵ en el capítulo diez. La repetición de exactamente el mismo grito en el capítulo trece³⁶ estrecha la estructura de toda la novela.

Entre la piedra y la cruz, tanto por su estructura y su estilo como por su tema, es una de las mejores novelas nacionales de toda Hispanoamérica. En esta obra, Monteforte revela una seguridad en su técnica que no está presente en *Anaité*. El estilo es más sobrio y todo concuerda para hacer sobresalir el tema principal del libro. El acierto del autor depende desde luego de la elaboración del tema pero también de la selección de un asun-

³⁰ Ibid., p. 29.

³¹ Ibid., p. 49.

³² Ibid., p. 235.

³³ Ibid., p. 86.

³⁴ Ibid., p. 213.

³⁵ Ibid., pp. 76,86.

³⁶ Ibid., p. 107.

to tan trascendental para Guatemala, Hispanoamérica y tantos otros países del mundo. Perfeccionada la técnica de la novela criollista y enfocado uno de los problemas esenciales de Guatemala, Monteforte, con su cultura cosmopolita, comenzó a buscar otros rumbos para sus novelas. Por toda Hispanoamérica se habían escrito docenas de novelas sobre la lucha entre la civilización y la barbarie; los abusos de los dictadores, los finqueros y las compañías extranjeras; el destino del indio y los problemas del hombre marginal. Al iniciarse la década del 50, estos temas criollos se habían agotado. El novelista hispanoamericano en general y Monteforte en particular sintieron la necesidad de buscar una nueva orientación.

Donde acaban los caminos (1953) es un intento experimental de crear un nuevo tipo de novela en Hispanoamérica. Su aspecto experimental se destaca por estar el tema estrechamente relacionado con el de *Entre la piedra y la cruz*: la fusión de los indios y de los ladinos para crear la nación guatemalteca. *Entre la piedra y la cruz* termina felizmente con la unión del indio Pedro Matzar y la ladina Margarita Castellanos. En *Donde acaban los caminos*, escrita unos años después, cuando ya se habían defraudado las ilusiones despertadas por la Revolución de 1944, no se logra la fusión de las dos culturas. Por mucho que trate de adaptarse, el médico Raúl Zamora no puede casarse con una india y acaba por abandonar a María Xahil, cediendo a la presión de la sociedad ladina. Además de la preocupación primordial del autor, hay otras semejanzas entre las dos novelas. El

mundo de los indios desempeña un papel bastante fuerte en la novela, lo que quiere decir que están presentes elementos épicos, folklóricos y de protesta social. A veces, este mundo parece más verídico que el de Pedro Matzar porque lo panorámico y lo simbólico han sido reemplazados por lo particular. Toda la acción sucede en el mismo pueblo y los indios individuales llegan a destacarse más. No obstante, su identidad con la tierra y su eternidad son legendarias. “Los campesinos que heredaban memorias de cataclismos y de locas mutaciones geográficas, observan en silencio”.³⁷ Al referirse directamente a sus amores con María Xahil, Zamora no puede menos que asombrarse ante la poca significación que tiene el tiempo para la india. “Lleva ya treinta y ocho días aquí. Lo mismo será dentro de noventa años. Para ellos el tiempo es lustral. Nosotros, recién nacidos. Este olor a tortillas. Esta eternidad de carne...”³⁸ El espíritu épico del libro en parte se deriva del laconismo del diálogo indio. El narrador no nos dice esto sino que vemos cómo Raúl Zamora se exaspera mientras camina con Antonio Xahil.

³⁷ Mario Monteforte Toledo, *Donde acaban los caminos* (Guatemala: Tipografía Nacional, 1953), p. 53.

³⁸ *Ibid.*, p. 143.

- Se cansa uno en estas cuevas tan empinadas.*
 —*Sí, señor.*
 —*Como vas descalzo, te es fácil. Pero los zapatos resbalan.*
 —*Sí, señor.*
 —*¿No sabes decir más que 'sí, señor'?*
 —*La gente no habla cuando va por los caminos.*
 —*¿Y por qué diablos no habla? ¿Acaso anda con la boca?*
 —*Sólo piensa en su cabeza.*³⁹

En la discusión entre el brujo y el sacerdote sobre el niño de María Xahil, se oye la misma cantaleta de *Entre la piedra y la cruz*: “-Aparte son los indios, aparte las gentes de razón”.⁴⁰ Por su condición y por su perspectiva cronológica, el indio es capaz de aguantar pruebas épicas. Una de las escenas más impresionantes de la novela es la operación que hace Zamora para quitarle a un indio un machete que tenía ensartado en la cabeza. A la pregunta constante del médico, “-¿Te duele?” el indio no contesta más que “-Tal vez sí, señor”.⁴¹ En contraste con ese dolor dramático, resalta aun más el dolor eterno de los indios condenados a andar. Los éxodos bíblicos y el énfasis en los pies de los indios en *Entre la piedra y la cruz* vuelve a encontrarse en *Donde acaban los caminos* más individualizados en la persona de María Xahil. “La muerte era andar, andar hasta el fin; esa era una de sus formas”.⁴²

³⁹ Ibid., p. 35.

⁴⁰ Ibid., p. 293.

⁴¹ Ibid., pp. 197, 198, 199.

⁴² Ibid., p. 307.

Junto con lo épico, siempre hace falta lo folklórico para captar el espíritu del mundo indio. Sin embargo, el folklore no se usa aquí para adorno tanto como en *Entre la piedra y la cruz*. Se nos cuenta la historia del brujo Ixpén y el muñeco con las trece espinas clavadas en el pecho a fin de prepararnos para su actuación posterior. En una reunión en la alquería del cofrade de San Martín, el brujo propone la expulsión de María Xahil de su pueblo y después trata de arrancarle al sacerdote el hijo de la india. Su doble fracaso indica la impotencia del brujo frente a las nuevas costumbres.

En la presentación del mundo indio, es imposible pasar por alto las injusticias que sufren los naturales a manos de la gente de razón, a pesar de que *Donde acaban los caminos* no es principalmente novela de protesta. Se critica tanto a los propietarios ladinos como a la Iglesia. Los ladinos son los dueños de las tierras cerca del pueblo, mientras que las tierras de los indios se encuentran donde “-Ya no se puede ir más lejos. Aquí se acaban los caminos”.⁴³ El pueblo de los indios huele a pobreza. Los niños andan desnudos y el tifus causa estragos entre todos. No obstante, el jefe militar prohíbe a Zamora que pida ayuda oficial para controlar la epidemia, porque él acaba de rendir su informe a la capital sobre la perfecta salubridad de la región. En el mercado, los indios tienen que sufrir la presencia del alguacil recaudador de las contribuciones. A Diego Raxtún, contrabandista en lico-

⁴³ Ibid., p. 36.

res, lo mandan a la cárcel por haber tratado de escaparse de los impuestos del gobierno.

Lo que es novedoso y de cierta manera desconcertante en *Donde acaban los caminos* es que a pesar de la importancia del mundo indio, esencialmente la obra no es una novela indigenista. Ocurre aquí algo de lo que pasa en *Caos* de Flavio Herrera, es decir que se combinan el mundo criollista y el mundo del subconsciente. Mientras que Herrera separó los dos mundos casi por completo, Monteforte trata de entretenerlos uno con el otro. Ya se ha notado varias veces el carácter introspectivo de la novela guatemalteca en general. En *Donde acaban los caminos*, Raúl Zamora está constantemente ensimismado, lo que proporciona al autor la oportunidad de plasmar el mundo de la realidad interior. La primera página de la novela recuerda inmediatamente las primeras líneas de *Ulises* de Joyce y al mismo tiempo, revela el carácter culto del estilo. El vocabulario hasta se pasa de culto:

El agua, con incisivo sabor a hierro, más fría que la palan-gana de peltre con sus abolladuras descascaradas, más fría que el aire, daba la impresión de un ambiente inhóspito, aunque de finas transparencias y de nobles durezas que no era imposible descifrar.

Siempre le había parecido portadora de los mensajes más íntimos del mundo. Situaciones, lugares, aun memorias de su propio estado de ánimo revivían con la proximidad del agua; el proceso mismo de su pensamiento se desenvolvía en espirales, en gotas que iban cayendo paulatinamente con menos intervalos hasta dar el matiz exacto de la idea. No era aquella

*una manía intelectual sino una manera de situar y de comprender la vida, tal como otros funcionan en razón de lo que tocan o de lo que escuchan, ni tampoco una inclinación poética, pues sus juicios eran a menudo escuetos y despersonalizados. Esta agua, por ejemplo, donde ahora se lavaba las manos, no disolvía el jabón, ni removía el polvo que se adentraba en la piel, raspaba la superficie de los ojos con desesperantes agujas, entorpecía la audición y hacía del pelo una pasta tiesa y renuente.*⁴⁴

Al mismo tiempo que se va desarrollando la trama exterior, se va revelando la realidad interior de Zamora, que se basa principalmente en recuerdos. El trozo siguiente es un ejemplo de la libre asociación provocada por una semejanza de situaciones e incluye otro ejemplo más de la preocupación de los guatemaltecos por las cuestiones del idioma.

*Tendido sobre la cama, fumando a grandes bocanadas, revivió una vieja sensación oscurecida por el tiempo. Acababa de bañarse, después de una fiebre de varios días; entre la bata se metió la mano y se la puso sobre el pecho; estaba helada y tenía una extraña pesantez; en el corredor, su madre tomaba las cuentas a la cocinera: "diez de cebolla, ocho de harina, seis de zanahoria..." Zanahoria era una de las palabras más horrendas del castellano; había otras: sopa caldosa, moco. Una especie de tremedal blanquecino le rodeaba los miembros, ligándoselos con baba de gusano de seda. Quiso hablar y no encontró una sola palabra que decir; una palabra que tuviera significado.*⁴⁵

⁴⁴ Ibid., p. 9.

⁴⁵ Ibid., p. 27.

No sólo esos recuerdos del capítulo segundo sino también los del capítulo cuarto son provocados por la enemistad del jefe militar. La mezcla de terror y de vergüenza que corre por sus venas cuando el general le afirma incontestablemente que en esa zona no había tifus, evoca otras dos situaciones que Zamora había sufrido la misma sensación. El primer recuerdo, de su compañero de clase Joaquín que, a pesar del terror, desafió al inspector, sirve de transición al recuerdo más importante de la juventud de Zamora. Cuando éste tenía nueve años, se compró una muñeca que guardaba a escondidas detrás de los libros empolvados de su padre. Le fascinaba jugar con la muñeca pero al mismo tiempo, se daba cuenta de lo ridículo que le parecía a su familia. Su hermana, que le llevaba dos años, descubrió su secreto y comenzó a atormentarlo. Cuando su padre lo supo, le dijo al muchacho unas cosas horribles. Zamora vuelve a la actualidad con la oración: “También entonces sintió asco de sí mismo, y esa mezcla de terror y de vergüenza que ahora le invadía”.⁴⁶ Esos recuerdos no sólo tienen un valor anecdótico sino que nos ayudan a conocer mejor al protagonista y a explicar su conducta actual. Aunque las características de su familia se descubren indirectamente, no cambian a través del libro: el padre temible y presumido; la hermana traviesa y hasta perversa; y la madre débil que consentía a sus hijos sin ofrecerles nada de comprensión humana. El capítulo séptimo se dedica casi por completo a otro

⁴⁶ Ibid., p. 48.

viaje al mundo del pasado. Esta vez, se sigue con las explicaciones de los temores de Zamora respecto al sexo. Monteforte reproduce con muy buena penetración la psicología del preadolescente frente a la ya adolescente. El diálogo entre Raúl, que tiene once años, y Leonor, que es un poco mayor, encierra un encanto ingenuo y ciertos presagios sobre los misterios del sexo. Cuando su hermana le explica la verdad sobre el origen de los hijos, Raúl vuelve a sentir miedo. El miedo se mezcla con vergüenza cuando Raúl cree que se está ahogando en un lago y Leonor lo saca frente a otros compañeros después de que él mismo se da cuenta de que “al ponerse de pie, el agua le llegaba al pecho”.⁴⁷ El miedo y la vergüenza vuelven a aparecer unos años después cuando Raúl se encuentra en un prostíbulo frente a una prostituta indiferente. La indecisión del joven molesta a la mujer y lo llama “maricón”.⁴⁸ Raúl sale abatido pero vuelve a la noche siguiente con más determinación. Aunque, después de ésa, tuvo otras aventuras, siempre se sentía inferior a las mujeres. “Todas habían sido más fuertes que él y todas le daban miedo, sumergiéndole en una espera de males irremediables y sin dolores”.⁴⁹ La vuelta a la actualidad, después de esa larga divagación, se efectúa con una explicación de su amor por María Xahil. Por primera vez, no se siente inferior a una mujer. “También María Xahil le inspiraba temor; pero no por ella, sino por él mismo. Era una mezcla de desaso-

⁴⁷ Ibid., p. 79.

⁴⁸ Ibid., p. 80.

⁴⁹ Ibid., p. 81.

siego, de alegría y de animalidad pura y eterna”.⁴⁹ Ese recuerdo completa la historia de Raúl Zamora hasta la actualidad –en cuanto a las mujeres–. Luego, vuelve a hacer incursiones en el pasado para explicar otras emociones y pensamientos suyos. Tomando chocolate con el cura, Raúl recuerda sus primeras experiencias con la religión: sus dudas sobre el sexo de los figurines del misterio y su terror al escuchar las descripciones del infierno proferidas por la criada. Igual que en *Caos* de Herrera, el padre del muchacho es un ser nada comprensible. Para él, sólo las mujeres pueden sentir miedo. “El hombre era un ser excepcional, gallardo, perfecto, posibilitado y autorizado para mandar y vociferar a la medida de su temperamento”.⁵⁰ La evolución de las ideas religiosas de Zamora continúa en la Facultad de Medicina hasta llevarlo de vuelta a su conversación actual con el cura. El miedo que siente antes de ir a pedir la mano de María Xahil evoca el recuerdo de cuando se vengó de su hermana altanera echándole encima una traza de chocolate caliente. La visita de su amante de la capital confirma el amor de Raúl por María Xahil. Es que, al lado de las mujeres blancas, no puede sentirse hombre. Ellas son las que quieren enseñarle, protegerlo, mimarlo en vez de ser al contrario. La realidad interior se convierte en realidad exterior cuando su madre y su hermana llegan al pueblo para llevarlo a la capital. Todo el miedo y el odio que Zamora le ha guardado a su hermana estallan frente a su perversidad. Le clava

⁵⁰ Ibid., p. 88.

un tenedor en el borde de la mano y después la golpea. La madre, leal y lógica pero sin comprensión, no cuenta. Las dos mujeres tienen que irse, dejando a Raúl ya libre de su miedo. La noticia de que María Xahil está encinta, recuerda a Raúl tres escenas de distintas mujeres en el mismo estado, escenas que se suceden sin división alguna. La misma introducción que se aplica al protagonista a lo largo de todo el libro caracteriza el monólogo del maestro de una escuela rural, quien antes de suicidarse, describe detalladamente las bodas de Panchita Arriaga y Raúl Zamora. Enamorado de Panchita, el maestro es el reflejo trágico de Raúl. Es hijo de una pecadora que se hizo religiosa, y como Raúl, recuerda sus primeras experiencias sexuales. Cuando tenía solamente trece años, una muchacha lo instó para que la poseyera. Ella, igual que la Leonor de Raúl, quería sentirse mujer y dominar al hombre a la vez. El maestro, frente al fracaso de su amor por Panchita, decide suicidarse en el lago. El hecho de que no vuelva a aparecer en la novela indica su función de espejo. Raúl también se suicida casándose con Panchita y aceptando la sociedad que tanto odia. Mientras María Xahil presencia la boda desde afuera, los padres y la hermana de Raúl están gozando con la “regeneración” del médico.

Así es que el conflicto principal de esta novela no es entre los naturales y la gente de razón. Aunque el libro termina con la muerte épica de María Xahil, el protagonista no es ella sino Raúl Zamora. El episodio con María Xahil no es más que una parte importante por cierto, que el autor presenta de la vida de Zamora. La muerte de María Xahil

coincide con la derrota de Zamora, quien, al casarse con Panchita, se rinde por completo. Ya no volverá a sentir esa superioridad que sólo María Xahil sabía darle.

Puesto que Zamora es el protagonista de *Donde acaban los caminos*, Monteforte Toledo puede identificarse más con él que con el indio Pedro Matzar de *Entre la piedra y la cruz*. Por eso, Zamora es más el individuo de carne y hueso y cuando habla es él quien habla y no se nota tanto la presencia del autor. Además de los recuerdos, otra innovación de este libro es el cambio de narradores. El maestro suicida y la amante capitalina de Raúl son los que interrumpen la presentación de Raúl Zamora y del narrador omnisciente.

A causa de la identidad de Zamora y Monteforte como el narrador principal, el estilo de esta novela es distinto del de *Entre la piedra y la cruz*. Para captar el carácter de un médico en vez del carácter de un indio, Monteforte emplea un estilo mucho más culto con oraciones largas y un vocabulario mucho más extenso. En cambio escasean las palabras indias aun en las escenas con María Xahil y su familia. Dos episodios típicamente indigenistas se destacan por su conversión en cuadros surrealistas: la operación que efectúa Raúl Zamora para sacar el machete de la cabeza del indio y la borrachera de Diego Raxtún, Raúl y Antonio Xahil durante la cual Raxtún estrella una botella en la frente de su hijo y Antonio Xahil trata de matar a Raúl con su machete. En las novelas criollistas, estos episodios servirían para contribuir a la protesta social, en tanto que en esta novela confirman

el espíritu surrealista que predomina en muchas partes del libro. Por la abundancia de introspección, hay menos diálogo que en *Entre la piedra y la cruz*. Hasta las carátulas indican las diferencias esenciales entre las dos novelas. Nos impresionamos ante el tamaño enorme del pie indio –símbolo del andar eterno y del sufrimiento– y la relativa pequeñez de la cruz montada sobre la piedra en la carátula de P. Audivert. En cambio, quedamos algo perplejos ante la carátula de Carlos Mérida para *Donde acaban los caminos*. El espíritu maya sí está presente en los dibujos abstractos pero falta el tono épico. El perfil y las diversas figuras geométricas reflejan los distintos puntos de vista y la complejidad del ser humano. No cabe duda que *Donde acaban los caminos* representa un paso experimental para Monteforte.

Después de *Entre la piedra y la cruz*, Monteforte publicó en 1949 *La cueva sin quietud*, una colección de cuentos en que ensayó la nueva técnica que quedó elaborada en *Donde acaban los caminos*. Hasta anticipó toda la novela en el cuento “Dos caminos salen del pueblo”. Aunque el cuento no hurga tanto en el subconsciente del protagonista, anuncia al final el mismo conflicto que preocupaba a Raúl Zamora a través de todas las páginas de *Donde acaban los caminos*. En el cuento, la india no muere con su hija, sino que la entrega a la esposa del médico cuando ya tiene cuatro años. La reacción del médico al final del cuento se explica por los pasajes retrospectivos de la novela. “Se sentía un enojo irreprimible. Le humillaba la presencia de la niña al recordarle su vida en las sierras, cuando él era libre y tenía dentro la dualidad de

un problema normal. Y luego, esa actitud de su esposa, que con su silencio se ponía contra él, como parte de la densa masonería en que fraternizaban todas la mujeres del mundo”.⁵¹

A pesar de su penetración psicológica y de su mayor intimidad, *Donde acaban los caminos* no deja de ser una obra de transición y como tal, produce un efecto algo desconcertante. Aunque los temas indigenistas están presentes, se nota el afán del autor de separarse de la novela criollista. Al emplear algunas de las técnicas experimentales de Joyce y Faulkner, produce una unidad artística superior a *Caos* de Flavio Herrera, pero se le nota demasiado el esfuerzo de innovar.

En su novela siguiente, *Una manera de morir*, la cuestión está mejor resuelta. Ya no hay criollismo y la experimentación estilística no sirve otro propósito que hacer resaltar el tema de la novela. Igual que para *Entre la piedra y la cruz* y para *Donde acaban los caminos*, una carátula capta el espíritu de la obra. La viñeta de José Vela Zanetti retrata a un hombre desnudo agobiado en su lucha por sobrevivir. No hay ningún elemento artístico que lo identifique como guatemalteco y las figuras geométricas que lo rodean y que lo descuartizan indican el examen de su ser consciente y subconsciente desde todos los ángulos. Monteforte plantea en esta obra otra lucha entre el individuo y la sociedad. Peralta, igual que

⁵¹ Mario Monteforte Toledo, *La cueva sin quietud* (Guatemala: Editorial del Ministerio de Educación Pública, 1949), p. 186.

Raúl Zamora, tiene que rendirse ante las presiones de aquélla.

El título *-Una manera de morir-* se refiere a los individuos que en los años de la posguerra no han tenido más remedio que sacrificar sus ideales para someterse a un pensamiento ortodoxo. La ortodoxia principal de la novela, sin ser la única, es el comunismo. Al tratar del tema del comunismo, Monteforte no solamente logra presentar la realidad de Guatemala, sino que también plantea un problema universal. El protagonista Peralta es un comunista que se da cuenta de la hipocresía del Partido y después de permitirse el lujo de pensar por su propia cuenta, se siente tan atormentado que acaba por salir de esa organización. Al principio, se encuentra solo en el mundo. Hasta su propio hermanito, que antes lo idolatraba, lo desprecia por haber abandonado la lucha en la cual había creído tan fervorosamente. No obstante, externamente no le cuesta mucho trabajo adaptarse a la nueva vida. El novio de su hermana le consigue un empleo, irónicamente en un banco, donde, valiéndose de su inteligencia y de su aplicación, comienza a subir rápidamente. Conoce a una joven rica y simpática que pronto llegará a ser su novia. Parece que todo le está saliendo a pedir de boca. Sin embargo, en el fondo, Peralta sabe que todo pertenece a esta nueva sociedad. Ni él puede aceptar su insipidez ni su afectación, ni ellos pueden perdonarle sus ideas radicales. A pesar de eso, llega hasta el punto de querer casarse con su novia, pero se interpone la Iglesia. Peralta no puede transigir con sus ideales que lo ayudaron a librarse de la ortodoxia del

Partido y el cura no puede librarse de la ortodoxia de su dogma que justifica su propia existencia. El diálogo termina cuando el padre le niega definitivamente su Dios a Peralta. Casi inconsciente y completamente deshumanizado, éste vuelve a entrar en el Partido. Ya no se atreverá a pensar. Es *una manera de morir*.

A primera vista, *Una manera de morir* puede considerarse una novela anticomunista pero en realidad no lo es. Con una angustia que aun excede la de las obras existencialistas de Eduardo Mallea, Monteforte expone la ciega hipocresía de los dogmas ortodoxos –cualesquiera que sean– y su efecto aniquilador sobre el individuo capaz de pensar por sí mismo. Ni los mismos banqueros de la novela se atreven a pensar por su propia cuenta. Se intuye que aunque ellos reconocieran cierta verdad en lo que les dice Peralta, nunca podrían admitírselo a sí mismos. Los únicos personajes felices son los que no tienen la manía de pensar: la hermana y la novia de Peralta, ambas frívolas, y al fin, su hermanito Luis, quien vuelve a la casa decidido a trabajar y a desentenderse por completo de cuestiones políticas.

Quizás indicando una nueva orientación para la novela hispanoamericana, *Una manera de morir* está totalmente desarraigada de Guatemala. Su conflicto ideológico podría entablarse en cualquier parte del mundo. El autor, en busca de una nueva técnica, nos dice muy poco sobre los antecedentes de sus personajes. Lo que importa es el momento actual. El libro consta de una serie de diálogos largos, cada uno de los cuales es sumamente doloroso.

Se inicia la novela cuando Peralta, todavía dentro del régimen del Partido, llega a un pueblo para enfrentarse con Rueda, el líder local. Peralta lleva la comisión de eliminar a éste como jefe de los campesinos porque se ha desviado. Su desviación consiste en haber transigido con la finquera para que los campesinos no murieran de sed. Los diálogos están llenos de una angustia desesperada. Peralta está convencido de que Rueda ha obrado bien, pero como miembro del Partido tiene que cumplir su misión de destruirlo. Rueda, también convencido de que ha obrado bien, trata de obligarse a creer que ha traicionado a los suyos y hasta pide que lo maten para satisfacer al Partido, pero esto no basta. Se ha resuelto que Rueda tiene que salir del pueblo, desacreditado. Peralta, avergonzado por su papel hipócrita en la destitución de Rueda, se tortura frente a la inocencia candorosa de su víctima. “Peralta sintió que le ardía una sola mejilla; una sola, cual si le hubiesen dado una bofetada a mano abierta”.⁵²

Por medio de un salto hacia atrás en la acción de la novela, presenciamos una escena igualmente dramática entre Rueda y la dueña de la finca. A pesar de su altanería, se siente cierta compasión por esa vieja señora feudal que ha visto la destrucción de su familia y de su tierra. El mismo Rueda le habla con cierta humildad y aguanta su desprecio para poder transigir con ella. A cambio del permiso que otorga la señora para que los campesinos

⁵² Mario Monteforte Toledo, *Una manera de morir* (México: Fondo de Cultura Económica, 1957), p. 57.

puedan usar su agua, ellos tienen que devolverle algo de la tierra expropiada. Se destaca la tragedia de esta mujer cuya impotencia de obrar como acostumbraba antes es lo que más la irrita. La transacción de Rueda en este diálogo muy humano es lo que causa su caída frente a la dialéctica inexorable del Partido.

Cuando Peralta vuelve a la ciudad, se desahoga con su madre, quien aumenta la angustia de su hijo al no comprenderlo. Ella es una persona sencilla cuya preocupación principal es el bienestar de su hijo, pero es incapaz de comprender su inquietud. No puede concebir que haya cambiado de opinión respecto al Partido después de haberlo servido por tantos años. Le aconseja que descanse porque el Partido lo necesita y cree darle la clave de su inquietud diciéndole “-Tú nunca fuiste niño”.⁵³

La falta de comprensión persigue a Peralta y su tormento llega al colmo en otro diálogo penoso con su amante Laura. Ella representa la fe y su amor está íntimamente ligado con el Partido. Parece querer a Peralta pero los fieles tienen que subordinarse a la disciplina del Partido hasta el punto de renegar de sus propias emociones.

La angustia del libro se trueca en heroísmo cuando Peralta toma la decisión de romper con el Partido. Con una gran tranquilidad de espíritu, se enfrenta a Urrutia y le refuta firmemente toda su dialéctica. La victoria de Peralta contra su ambiente y contra sí mismo ocurre hacia la mitad del libro. Aunque, al parecer, el tono

⁵³ Ibid., p. 79.

angustioso se alivia, en realidad sólo se disfraza. Durante todo el noviazgo de Peralta y Silvia, se sospecha que él nunca podrá seguir disimulando. La vuelta a la angustia existencialista caracteriza toda la escena con el cura, en la cual duramente se muestra a Peralta la barda infranqueable entre él y el mundo burgués. Sintiendo en un vacío y espiritualmente muerto, se reintegra entonces al Partido. Pero la historia no termina ahí, pues todavía falta algo para completar la armazón de la novela. En el último capítulo, Peralta vuelve a bajar del tren en el mismo pueblo del primero. Este artificio, categorizado por la frase inmortal de Doña Bárbara, “las cosas vuelven al lugar de donde salieron”, parece a primera vista restarle fuerza a la novela. El entusiasmo de los campesinos se ha disipado. Rueda ha vuelto. Los ídolos capitalinos se han convertido en los derrotados. Peralta, en unión de dos compañeros, Antonio y Lamberto, se va en el tren rumbo al próximo pueblo. Este final, algo forzado y demasiado obvio se salva con un diálogo angustioso más. En la plataforma del tren, sacudidos por las vibraciones y ensordecidos por el viento y los ruidos metálicos, discuten Lamberto y Peralta. Lamberto le pide una explicación por su reingreso en el Partido. Cuando Peralta, completamente disciplinado, léase “muerto”, le repite la cantaleta de que se había desviado pero que ya ha reconocido su error, Lamberto se exaspera porque él y otros, lo mismo que Peralta, ya no estaban conformes con la política comunista y esperaban que él les enseñara la manera de vivir fuera del Partido. Sintiendo defraudado por su amigo deshumanizado, Lamberto se

vuelve ciego de ira y por poco mata a Peralta empujándolo fuera del barandal. La última página del libro tiene una angustia insuperable. El tren se detiene y así Peralta escapa de la muerte. Lamberto y Peralta vuelven a entrar en el carro y junto con Antonio bajan en la próxima estación.

Aunque duele leer esta novela por su angustia y su desesperanza absoluta al final, el autor sí nos ofrece dos soluciones. Luis renuncia a sus ideales o mejor dicho, los adapta para conformarse con la sociedad. Piensa vivir sin planes acompañando y comprendiendo a los pobres. La figura más heroica de la novela es el campesino Rueda, que acaba por triunfar. Él nunca abandona sus ideales y aun cuando se denuncia a sí mismo, está convencido de que obró bien. Aunque se va del pueblo en el cuarto capítulo, al final se encuentra de vuelta y ya no se irá nunca. Representa la fuerza cósmica de los campesinos. Ya en la primera parte de libro, el autor nos prepara para este heroísmo recalcando el sentido cósmico del mundo de los campesinos. Estos tienen un “gesto de esperar que heredaban de innumerables generaciones”.⁵⁴ Rueda se identifica con “los penitentes indígenas de las épocas remotas”.⁵⁵

La precisión matemática de la dialéctica de las ortodoxias se refleja en la construcción de la novela. Los veinte capítulos están divididos en cuatro partes aunque el autor no indica ninguna división. Cada parte termina con

⁵⁴ Ibid., p. 13.

⁵⁵ Ibid., p. 23.

un éxodo: Rueda y Peralta, del pueblo; Peralta, del Partido; Peralta, de la Iglesia; Peralta, Antonio y Lamberto, del pueblo de Rueda, aunque poco después estos tres sí llegan a otro pueblo. Los diálogos fundamentales de Peralta: con Rueda, su madre, Laura, Urrutia, el padre Béistegui y Lamberto, ocurren respectivamente en los capítulos tres, cinco, ocho, diez, dieciocho, catorce y veinte. Las conversaciones de Peralta alternan con grupos: de campesinos, comunistas, empleados del banco, banqueros y huelguistas en los capítulos uno, cuatro, siete, doce, trece, diecinueve y veinte. El predominio de Peralta como protagonista se refuerza por el suspenso que crea por su ausencia en los diálogos de Rueda y la finquera (II), Daniel y Marta (VI), la madre de Peralta y Antonio (IX) y Lamberto y Marta (XV). Igual que los capítulos, los personajes tienen un equilibrio casi perfecto. Laura y Silvia son amantes de Peralta; Urrutia, jefe del Partido, y el padre Béistegui tratan de controlar sus pensamientos; don Alfredo y Lamberto representan al hombre que quiere salirse del camino pero que queda amarrado a su sociedad durante toda la vida; Antonio y Daniel son seres de poca trascendencia: Daniel es el novio de la hermana de Peralta mientras que Antonio llega a ser el amante de Laura; la madre de Antonio lo mismo que la madre de Silvia chocan contra la honradez sencilla e ingenua de la madre de Peralta; el grupo de los comunistas hace juego con el grupo de los banqueros y también con el grupo de los campesinos. En este esquema, quedan afuera Peralta, su madre, su hermanito Luis y Rueda. Este último constituye un reproche para Peralta tanto a comienzos

como a fines de la novela. La madre permanece constante en su amor por su hijo, pero en general, es una figura pasiva. Luis representa a otra generación. Es capaz de vencer su desilusión y adaptarse a la vida guardando cierta independencia mientras que Peralta, por su edad y sus experiencias, no puede seguir su propio criterio en un mundo lleno de conflictos.

El espíritu de angustia que lo oprime todo se deriva en gran parte del tormento personal de Peralta pero se respalda fuertemente con distintos motivos existencialistas que se repiten a través del libro. Cuando Lamberto vuelve de Europa, describe así el existencialismo. “-Se habla de no querer, de no tener, de no esperar, de no ser”.⁵⁶ Se insiste en la soledad espiritual del individuo. “Pero no hay nadie, no hay un solo ser en el mundo. Estamos solos frente a un sendero desconocido y casi tenebroso”.⁵⁷ La soledad no basta para crear el espíritu de angustia. Además, hay que vivir en un mundo de odio y veneno donde todo está en conflicto. “-¿Qué es ese pleito eterno que existe entre las gentes de hoy...?”- pregunta la madre de Peralta y éste contesta: “-Hemos tragado demasiado veneno. Hemos odiado mucho”.⁵⁸ Los titulares de los periódicos anuncian guerras y revoluciones por todo el mundo. Los niños riñen por las calles. Luis pelea en la escuela con sus compañeros. Los mismos españoles, despreciados por los americanos, se odian unos a otros.

⁵⁶ Ibid., p. 246.

⁵⁷ Ibid., p. 166.

⁵⁸ Ibid., p. 79.

Mientras Peralta y Laura hablan, suben ruidos de golpes y gritos desde el departamento de abajo. Daniel y unos borrachos en la calle cambian insultos.

En tanto que todos estos conflictos llenan las páginas de una amargura constante –y el autor insiste en las palabras *amargura*, *amargo*, *amargar*– el tiempo es “algo transicional e incompleto”.⁵⁹ Los personajes sólo viven el momento actual y ni el pasado ni el futuro tienen importancia. Sólo indirectamente sabemos algo del pasado de Peralta y de Luis; pero esos datos, que se aclaran en los diálogos y los monólogos, están subordinados a su actuación en el presente. De ahí el carácter transicional de las voces anónimas de los transeúntes en las calles. Se oyen o se observan por un solo instante y luego desaparecen para siempre. La situación llega a tener un aspecto irónico cuando se hace el contraste entre la multitud de las calles y la soledad del individuo. Un inquilino de la casa donde vivía don Alfredo dice: “–aquí nadie visita a nadie”.⁶⁰

El hombre existencialista, amargado, lleno de angustia, sólo observa los detalles más insignificantes porque reflejan su estado de alma. El motivo de las colillas de cigarrillos apagadas en el cenicero se repite algunas veces. Claro está que las personas fuman para calmarse los nervios pero, al mismo tiempo, las colillas simbolizan la vida truncada y apagada de los seres humanos. Nunca se nos describe el departamento de Peralta pero se

⁵⁹ Ibid., p. 61.

⁶⁰ Ibid., p. 302.

nos revela “un espejo medio opaco y rajado”⁶¹ y el cielo “descarado”.⁶² En la casa de Rueda, Peralta sólo pone su atención en “la mesa cubierta con un ahulado a cuadros rojos”.⁶³ Los animales, empleados como símbolos en *Entre la piedra y la cruz* y otras muchas novelas criollas, ceden su lugar a los insectos. En una taberna, hasta se menciona el excremento de las moscas, no con el afán naturalista de retratarlo todo sino con el afán de simbolizar la vida insignificante del hombre. Los letreros de neón constituyen otro símbolo existencialista de lo transitorio de la vida humana y también representan el brillo falso de la sociedad actual. Igualmente se concede cierta importancia al nudo de la corbata y al colorete. Un pedregullo bajo la suela no es más que una de las muchas pequeñas causas de exasperación. El mundo llena al hombre de tanta amargura, angustia y asco que a veces, su único lugar de refugio es el retrete. El espejo, la espita, la ducha y hasta el inodoro desempeñan el papel de provocar los pensamientos y sentimientos de los personajes.

La importancia atribuida a los detalles no podría considerarse de ninguna manera una descripción. No hay descripciones porque el autor quiere dar la impresión de que los lugares individuales no tienen importancia. La angustia, la amargura y el asco están presentes por todo el mundo, que no es más que un desierto por el

⁶¹ Ibid., pp. 77-78.

⁶² Ibid., p. 80.

⁶³ Ibid., p. 13.

cual tiene que caminar el hombre solitario. Hasta el estilo del libro causa esa sensación. Los personajes ni siquiera van acompañados por el autor. Es decir, que éste trata de no intervenir en la novela. El relato se logra por medio de los pensamientos y por los ojos de Peralta. De cuando en cuando, el punto de vista cambia a casi todos los otros personajes principales. Los diálogos, que constituyen la espina dorsal de la novela, son tan amargos que el autor tiene que intercalar divagaciones interiores, sentimientos humanos y alguna que otra explicación para suavizarlos. El orden casi matemático en que están colocadas esas interrupciones y el relieve que le dan al asunto principal intensifica la angustia de los diálogos sin distraer al lector. Ya se ha visto la precisión arquitectónica que emplea el autor en la construcción de toda la novela. Además del orden de los capítulos y el equilibrio entre los personajes, la construcción se refuerza con las ya consagradas evocaciones de acontecimientos anteriores. Los capítulos individuales también tienen una gran unidad. Muchas veces, el autor plantea el problema desde el principio del capítulo pero de un modo muy elevado y luego lo deja crecer hasta que alcanza una intensidad tremenda. El monólogo de Luis en el capítulo once, aunque está fuertemente ligado a toda la novela, tiene una gran unidad propia que permitiría su publicación como cuento.

Por ser una novela intelectual, *Una manera de morir* tiene un vocabulario erudito. En general, las oraciones son largas pero, a veces, el autor se vale de oraciones breves para iniciar capítulos o para crear ciertos efectos. Las

oraciones siguientes se destacan no sólo por su brevedad sino también por la acción que se encierra en el uso del pretérito y de los participios: “El tren se detuvo resollando”.⁶⁴ “El avión aterrizó retrasado”.⁶⁵ “Estalló la huelga de luz a las siete de la noche”.⁶⁶ Estas oraciones también indican el predominio de los verbos y los sustantivos sobre los adjetivos, que escasean en todo el libro. Por falta de descripción, hay pocos símiles y metáforas. Por eso, los que hay impresionan tanto: “unos pensamientos gruesos como pedruscos”.⁶⁷ En el capítulo diecinueve, sobresale el ritmo trimembre de la oración: “apoyados contra la pared, acuchillados, doblegados con los cabellos colgantes, dormitando o murmurando incoherentes maldiciones...”⁶⁸ En el mismo capítulo, Monteforte se aventura a emplear un truco lingüístico a la manera de Miguel Ángel Asturias. En el diálogo entre Peralta y el periodista, se repite en cada respuesta una palabra de la pregunta correspondiente.

Una manera de morir representa, tanto por el tema como por la construcción y el estilo, la obra cumbre de Mario Monteforte Toledo. Si el estilo peca un poco de intelectualismo, no desconcierta en esta novela que es una novela intelectual. Otra tacha que se le podría hacer es el equilibrio excesivo entre el mundo de los comunistas y el mundo burgués. Peralta se adapta con demasiada facili-

⁶⁴ Ibid., p. 9.

⁶⁵ Ibid., p. 242.

⁶⁶ Ibid., p. 354.

⁶⁷ Ibid., p. 363.

⁶⁸ Ibid., p. 360.

dad a su nueva vida burguesa para reafirmar el mensaje del autor de que toda la sociedad está dividida en ortodoxias y que los comunistas no son los únicos que viven con una fe religiosa en sus doctrinas. Sin embargo, y a pesar de lo antedicho, esta novela es digna de colocarse al lado de cualquiera de las grandes novelas guatemaltecas e hispanoamericanas.

Una manera de morir representa la última etapa en el desarrollo de la novelística hispanoamericana. Los elementos criollistas han desaparecido; la preocupación nacional no está en consonancia con el cinismo de la posguerra; y las especulaciones freudianas ya han pasado de moda. Esta obra, como las anteriores de Monteforte, refleja el ambiente del momento y es que sus novelas evolucionan con los años. No obstante, revelan además ciertos valores del autor que son constantes en cada una de las cuatro novelas: su gran talento para penetrar en el cerebro de sus personajes, su verdadero don de narrador y sus grandes conocimientos del arte de novelar.

Desde la publicación de *Una manera de morir* (1957), Monteforte se ha dedicado más a las ciencias sociales que a la literatura. Como director del Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México, publicó *Guatemala, monografía sociológica* (1959), *Partidos políticos de Iberoamérica* (1961), *Centroamérica, subdesarrollo y dependencia* (1972), *La solución militar a la peruana* (1973) y otros estudios de la misma índole.

En cuanto a la narrativa, Monteforte publicó en 1962 un nuevo tomo de cuentos, *Cuentos de derrota y esperanza*, que se juntaron con los anteriores en la recopilación *Casi todos los cuentos* (1974). Las dos novelas *Llegaron del mar* (1966) y *Los desencontrados* (1976), sin desmentir su talento de novelar, no representan ninguna superación de las obras anteriores. No carecen de interés pero no tienen la misma unidad estrecha ni la intensidad dramática. Además, ya no reflejan la continua evolución temática y estilística de la novela hispanoamericana.

Llegaron del mar (1966), publicada en plena efervescencia de la nueva novela hispanoamericana, la del llamado “boom”, sorprende por su falta de contacto con la actualidad sociopolítica. De hecho, es la única novela de Monteforte que podría tildarse casi completamente de escapista. Se trata de una recreación tanto poética como antropológica de la vida de los mayas en las décadas anteriores a la conquista española. Aunque no se menciona de nombre ni a los mayas ni a los aztecas, las relaciones entre las dos civilizaciones en plan de vencidos y vencedores es uno de los dos ejes estructurantes de la novela siendo el otro la familia de Ixcayá o Siete Cañas sin Nombre. La identidad maya de éste se establece desde la primera página con los “caracoles de piedra de los observatorios”⁶⁹ y luego con los cenotes y los 364 escalones del Templo Mayor (Chichén Itzá). El primer capítulo se basa en los resultados funestos de la

⁶⁹ Mario Monteforte Toledo, *Llegaron del mar* (México: Joaquín Mortiz, 1966), p. 7.

Guerra Florida contra los Tukur que vienen del altiplano, o sea los aztecas. En el penúltimo capítulo, los nuevos dioses “llegaron del mar”⁷⁰ y los Tukur piden que todos los reinos vencidos los ayuden a defenderse contra los invasores. Desde luego que se cumplen los presagios y se imponen los que llegaron “en casas que flotan”, “en balsas de serpientes”; los que “tienen dos cabezas: una redonda, como la gente, y otra larga, como los venados”.⁷¹ Entre la victoria y la derrota de los Tukur, la mayor parte de los capítulos están dedicados a retratar a los prototipos de la sociedad maya representados por Siete Cañas sin Nombre y su familia. Sirviéndose de su recurso predilecto de revelar los pensamientos del personaje por medio del narrador omnisciente más unos diálogos escuetos sin intervención del narrador, Monteforte presenta a un Siete Cañas sin Nombre ya envejecido que lamenta la muerte de sus tres hijos y que después trata en vano de convencer a los otros jefes de familia que deberían entrar en otra guerra con los Tukur; a sus dos esposas: Antes, la madre de sus hijos, y la joven amante Ala con Pestañas; al hijo mayor Jaguar de Montaña, guerrero valiente que regresa a ser sacrificado a los Tukur arrojándose al fuego después de cumplir con el plazo que le dieron para despedirse de sus montañas; al hijo de en medio Flecha de Cumbre que se enamora de una muchacha de un clan rival, a quien su propio padre mata de un hachazo; a los hijos gemelos, los invulnerables, los dos Cerbataneros, los dos Jugadores de Pelota que jun-

⁷⁰ Ibid., p. 204.

⁷¹ Ibid., pp. 204-205.

tos se enamoran de la Doncella de la Encina y la preñan; y a la hija Corazón Reclinado que después de llevar un año en la Casa de Doncellas preparándose para el sacrificio en el cenote, se escapa prostituyéndose. A pesar de que la mayoría de los personajes pertenecen a la misma familia, en realidad no se desarrollan como personajes de una novela tradicional. Más bien actúan en los capítulos individuales que les corresponden.

En el último capítulo titulado “La estirpe”, Monteforte intenta terminar la novela con una nota optimista envuelta en un ambiente mágico-legendario. Aunque tres siglos han pasado desde la llegada de los españoles, todavía viven Antes y la Doncella de la Encina, cuyo hijo adolescente Balam, fruto del engendro de los gemelos, revela que su abuela le impuso el deber de “sembrar muchas generaciones... y despertarán algún día y se enseñorearán de la tierra de sus mayores”.⁷² Tanto la nota optimista como la forma mágica en que se presenta desentonan con el resto de la novela.

Aunque la acción de *Los desenchados* (1976) transcurre en la ciudad de México hacia 1970, adolece de los mismos defectos fundamentales de *Llegaron del mar*: la falta de un protagonista y el predominio de capítulos más o menos independientes; la excesiva presencia del narrador omnisciente; y una manera malograda de cerrar la novela. *Los desenchados* comienza como si fuera a versar sobre las dificultades que va a experimentar un matrimonio mixto en México. Llega al aeropuerto de México Roberto Ortega,

⁷² Ibid., p. 232.

un joven ingeniero mexicano, con su esposa gringa Peggy. Los espera la familia de Roberto: los papás, doña Rosario y don Norberto, una hermana Lupita casada con Armando, otra hermana de diecisiete años, Esperanza, y el menor de la familia, Juanito. Aunque Peggy y Roberto predominan en siete de los nueve primeros capítulos de la novela, se insiste más en la presentación de ciertas situaciones sociales, algunas muy logradas, que en el desarrollo de las relaciones matrimoniales. Por ejemplo, el segundo capítulo coloca a Roberto dentro del mundo de los negocios con una comida en un restaurante de lujo seguida de una visita a unas prostitutas elegantes, todo arreglado por el patrón don Daniel, una especie de Artemio Cruz. A Roberto le remuerde la conciencia pero no hay ninguna alusión a este episodio en los capítulos siguientes como si Peggy no estuviera enterada o no le afectara en absoluto. Exactamente lo mismo sucede cuando un chofer de taxi por poco viola a Peggy. Ni ella lo comenta con Roberto ni él se entera. Precisamente por falta de antecedentes, sorprende la violencia con que Roberto reacciona cuando Peggy estrena para él un vestido típico de Jalisco. Siendo Roberto un ingeniero muy moderno formado en Estados Unidos, se comprende su rechazo de la cultura “típica” de México, pero la novela no ha presentado bastantes desavenencias entre los dos para justificar la violencia de Roberto, violencia que además no concuerda con su carácter.

Si las relaciones matrimoniales de Peggy y Roberto no funcionan como eje estructurante de toda la novela, tampoco sirve la hipótesis de que hay que interpretar el título, “los desencontrados”, de un modo más amplio

para encontrar el eje estructurante. De esa manera, se explicaría el Movimiento contra Adultos en que participa Juanito; la discusión sobre las nuevas costumbres entre doña Rosario y don Norberto y sus hijos más jóvenes Esperanza y Juanito; los problemas matrimoniales entre Lupita y Armando ocasionados por la presencia de Peggy, aunque tampoco se desarrolla la insinuación de una aventura entre ella y su cuñado; y por fin, las tremendas diferencias entre la alta sociedad agringada y los pobres. Por buenas que sean ciertas escenas individuales, le falta a la novela una coherencia total, lo que salta a la vista en los dos últimos capítulos. En el penúltimo capítulo, se presenta de una manera casi totalmente independiente la historia de cómo Esperanza llegó a ser amante de un político. Pasa el tiempo y ella ya tiene un niño de seis años y está metida en ciertos negocios siguiendo el ejemplo de una amiga sesentona, viuda de un general de la Revolución. En este capítulo, Monteforte cambia inesperadamente del narrador omnisciente a un narrador-personaje, un ex novio de Esperanza que la vigila sin que ella se dé cuenta. Donde Monteforte sobresale es en la exposición omnisciente de los pensamientos y sentimientos de sus personajes, aunque hay que reconocer que en esta novela el narrador omnisciente, al mantener el mismo estilo, impide que los personajes se individualicen, que cobren vida.

En el capítulo final, Monteforte trata de atar los cabos sueltos aludiendo a varios de los personajes pero dándole más importancia a Armando; se nos informa que Peggy, que había estado encinta, sufrió un aborto; y que

don Daniel invita a Roberto a sus comidas con menor frecuencia. O sea que todo termina de un modo pesimista, reflejo tal vez de la visión de mundo de Monteforte en 1976.

Aunque *Llegaron del mar* y *Los desenchados* han pasado casi totalmente desapercibidas por la crítica y aunque no refuerzan en absoluto su calidad de novelista, esto no le quita el mérito a Monteforte de haber publicado dentro de una década anterior, 1948-1957, cuatro novelas que quedarán como testimonio de su alto grado de profesionalismo. Dos de ellas, *Entre la piedra y la cruz* y *Una manera de morir* merecen mayor reconocimiento dentro de la novelística hispanoamericana tanto por ser excelentes prototipos de la novela nacional-indigenista y de la novela existencialista como por versar sobre dos temas candentes en la historia de Guatemala y en la del mundo entero respectivamente.

* Este texto es el capítulo VII de la *Historia crítica de la novela guatemalteca* de Seymour Menton, 1ª reimpresión de la 2ª edición (2008) publicada por la Editorial Universitaria de la Universidad de San Carlos de Guatemala. Se reproduce con la autorización del autor y del editor.

Monteforte Toledo y el tiempo

José Toledo Ordóñez

Siempre me ha perturbado el tiempo, pero aunque parezca extraño nunca ligado con la muerte. En mi juventud tuve el atrevimiento de escribir algunos versos en donde manifiesto una constante preocupación por prolongar el pasado en el presente.

Termino un poema a mi abuela diciendo: “El tiempo pasa/ temeroso,/ por ti./ Pues tu recuerdo/ muy bien lo sabe,/ lo vencerá”.

La última novela de Mario Monteforte Toledo se titula *Unas vísperas muy largas*. El que conoce al autor sabe que es eminentemente autobiográfica.

Su texto contiene alrededor de cuarenta alusiones al tiempo, que denotan una continua obsesión, referida a los principales personajes: la amante joven, la hija aún más joven, la esposa, el suegro que muere, el amigo íntimo que agoniza.

En esta novela no hay un miedo a morir sino un proceso de una vida cuya intensidad provoca un amor que abarca hasta a la muerte. Evidentemente la preocupación por el tiempo está ligada a la conciencia de envejecer; pero no con amargura sino con nostalgia por la vida que se está dejando de vivir.

Refiriéndose a la Jíbara, la amante que irrumpe como un tornado en su vida, dice: “No sé por qué; pero cuando se trata de ella suelo recordar el futuro”. “-Además, nos conocemos desde siempre. -¿ Qué cosa es siempre? -Pues... ayer, antier, mañana, después... Lo contrario de hoy” [dice la Jíbara].

Otra escena describe a indigentes, prostitutas, predicadores y toda clase de personajes que deambulan por el mercado tratando de sobrevivir; alguno de ellos decide invertir unas monedas en la compra de una vela y un poco de incienso para el santo de su devoción. “Pero éstas no son esperanzas, porque la esperanza es un futuro recordado que alguien o algo nos devuelve para dejarnos definitivamente sin ella. Esa gente sólo cree en el hoy, el único tiempo donde se posee entero el don de la carencia”.

Entre las ardientes referencias a sus amores con la muchacha dice él: “En la cama nos abrazamos desesperadamente, como para ganar un largo tiempo perdido”. Ella afirma que así será siempre y él reflexiona: “Siempre debe ser lo contrario de hoy; así todo se convertiría en presente alentado y fresco... y no habría recuerdo que abrumara de tristeza por no saber llorar”.

El reencuentro con su esposa también está lleno de alusiones al tiempo. “Quizás lo malo sea tratar de revivir el pasado. ¿Y si lo dejáramos en paz?” Increpándole su relación con la muchacha, su mujer le predice mala vida. “Pero vas a aguantar lo más que puedas porque crees que has reencontrado la juventud, hasta que aprendas a envejecer con dignidad”.

Refiriéndose a la vejez dice: “Es la súbita urgencia de preguntar qué día, qué hora es... Examinar de pronto, igual que si nunca lo hubiésemos visto, el gran campo de la memoria plagado de olvidos que no se sabe dónde están ni en qué consisten”. Termina diciendo: “Eran las dos y media de la madrugada. ‘Tengo sesentiocho años’, dije en voz alta... Y me puse a llorar”.

Impresionante es la descripción que hace de un matadero: “Una oveja lamió amorosamente el cuchillo que iba a degollarla. Algunos carneros esperaban su turno y enardecidos por el espectáculo de la muerte trataban de montar a las hembras para dejarles en las entrañas la postrera muestra de su rebeldía y el rescate de la memoria de su vida. Ahí también me estaban destazando a mí hasta que olvidé cómo era eso de existir y me interné tiernamente en mi primera muerte, la que no duele y sólo termina en el recuerdo”.

Un agorero hindú le adivinó el pasado y predijo que moriría anciano. “Le pregunté qué quiere decir anciano y explicó que cada quién lo sabe a su tiempo. De todos modos me llenó de gratitud reconocer los objetos, la temperatura, la armonía de la vida cotidiana

y maternal donde el pasado es niebla y el porvenir se agradece como venga, con tal de que baste sentir la vida”.

Hurgando en su memoria, dice: “Me horrorizó descubrir que había comenzado a recordar y que ya no podía detenerme sino en el instante en que dejara de ser viejo y entrara en la calzada gris, amorosa, hospitalaria de la muerte”. Refiriéndose a unas viejas y amarillentas fotografías, comenta: “Son testigos de la acumulación del tiempo, de personas que entraron y salieron de nuestra existencia, algunas añorables por lo que nos dejaron de bueno y generoso”.

De su arrolladora relación con la Jíbara recuerda: “Tomábamos distancia y decíamos ‘mañana, mañana’, como si fuésemos dueños de los relojes... y jugábanos a no separarnos y no morir nunca”. Y añade: “Todos los lugares y todas las horas son nuestros, pensábamos; no hay ayer ni mañana”. Pero: “Miré el reloj, pero no la hora. Sí existía el tiempo”. Así expresa el personaje su amarga sensación de la realidad.

En un encuentro con la Ardilla, su hija, interpreta el término “onda” que usan los jóvenes entre otras cosas para que no los entiendan los adultos: “Onda es hoy, nada más que hoy y aquí, donde están las ‘pilas’, las que se ponen para estar en onda. Ni ayer ni mañana, porque mañana es también lo que se vive hoy”. Pero: no, definitivamente no quiero contarte el pasado; las historias de los viejos hacen envejecer”.

Alfonso, un amigo de la niñez, en su lecho de muerte le pide que conserve una de sus prendas más queridas: “Un pequeño reloj de arena que le había enseñado el tiempo del desierto, de los que esperan sin esperanzas”.

Después de una larga noche de desvelo con la Jíbara, discurre: “Uno no sabe si ha rejuvenecido o envejecido, si ha ganado o perdido un día de vida. Pero ella dijo que éramos eternos; estaba desnuda y se lo creí”.

Antes del último viaje al quirófano, medita: “Quizá todo haya sido vísperas, unas vísperas muy largas de estos segundos de tumulto sereno... Pero no me dormiré, no me dormiré; yo también quiero ver el espectáculo. Los demás ya no existen porque los he olvidado. Por primera vez desde que nací estoy solo. Es hermoso, muy hermoso”. Y con estas palabras acaba la novela.

Si no se capta la presencia y la función del tiempo como energía motora de los conflictos y las situaciones, no se entiende la novela.

El tiempo de la vida es las vísperas de la muerte y a la vez la materia de los placeres y las angustias, el hacer y el deshacer de los personajes y el goce de cada instante de la espera.

La riqueza de anécdotas y sucesos de la historia no rompe su unidad. En casi todas las escenas del proceso hay un aliento poético que conduce a la exaltación y a la entrega.

En ningún capítulo aparece más rotundamente la cercanía y la suave aceptación de la muerte que en el dedi-

cado al general, suegro del personaje central. El general vivió todos los días junto a la muerte durante la revolución mexicana hasta que la recibió sonriendo al final de su vida.

Las apreciaciones sobre vida-muerte-tiempo no son de orden filosófico en el libro sino parte de la intimidad y de su manera de ser y proceder. Cada uno por su lado debe percibir qué son y cuánto van a durar las vísperas y cuánto amor le corresponde dar y recibir.

Para el autor, seguramente identificado con el pensamiento y el sentimiento del protagonista principal, el tránsito está descrito con primorosa orfebrería en el largo monólogo interior del último capítulo. Una dolencia inventada por jugar con su hija se transforma sin sortilegio en un mal irreparable y decisivo, cuando lo conducen por última vez al quirófano.

Mario Monteforte Toledo siempre trata de convertir lo eterno en temporal, la angustia en búsqueda de la libertad. Es uno de los árboles cuyo privilegio es dar sombra. Aborrece la vejez, según concentra en palabras ya famosas: "Hay que pasar del amor a la muerte sin detenerse en la vejez". Ramón Banús dio una original versión cuando le dijo a Mario: "Vos te vas a morir de juventud".

Nada comienza y nada termina sin sentido; el tiempo no sirve para medir los orígenes ni los fines. Esa es la consoladora clave para muchos enigmas de la novela.

13 de septiembre de 1999



Unas vísperas muy largas, obra de Ramón Banús, quien una vez le dijo a Monteforte Toledo: “Vos te vas a morir de juventud”.



Notas para leer a Mario Monteforte Toledo

Carlos Montemayor

— Habla Mario Monteforte Toledo —escuché por teléfono un día de 1973. Le paso al poeta Jaime Valdivieso —agregó.

En esa época yo era director de la *Revista de la Universidad de México* y había abierto sus páginas a muchos escritores que en nuestra América engrandecían la lengua española y portuguesa. Con ese motivo había cruzado algunas cartas con Jaime Valdivieso. Esa llamada y la amistad en común con el poeta chileno me brindó la oportunidad de tratar a Mario Monteforte y visitarlo en su casa de San Ángel, rodeado de libros, de una colección de dagas (como las que el protagonista de *Anaité*, Jorge, y Johnson, protagonista de *Los adoradores de la Muerte*, regalaron a sus guías en distintas selvas) y otra más de pipas que años después le compré y disfruté.

Mi padre era asiduo lector suyo en Parral. Él y algunos amigos de mi padre discutían semanalmente los artículos de los dos o tres principales colaboradores de la revista *Siempre!* Uno era Vicente Lombardo Toledano. Otro, Mario Monteforte, pues tenía un singular talento para tratar todos los asuntos del mundo. Quiero decir, ciertos conflictos sociales de Latinoamérica, Asia y Europa. Mario Monteforte Toledo fue, pues, desde mi infancia, un referente importante para analizar los procesos sociales con una óptica más amplia que la que ofrece un cristal ideológico estrecho y mucho más abarcante que la visión que aporta el solo conocimiento de intereses y pasiones de una historia doméstica.

Cuando lo conocí personalmente, Mario Monteforte desplegaba una intensa labor como profesor e investigador en la Universidad Nacional Autónoma de México y en el Instituto de Investigaciones Sociales de la misma universidad. Para ese momento ya había publicado libros fundamentales en el análisis sociopolítico, tales como *Guatemala-Monografía sociológica*, de 1959; *Partidos políticos latinoamericanos*, de 1961; *Tres ensayos al servicio del mundo que nace (La política de no alineación)*, de 1962; *La reforma agraria en Italia. Experiencias para México*, de 1963; *Mirada sobre Latinoamérica*, de 1971, y *La revolución militar a la peruana*, aparecido en ese mismo año de 1973.

En la edición actualizada de 1985 de su *Historia crítica de la novela guatemalteca*, Seymour Menton lamentó este período de Mario Monteforte Toledo por haberse

alejado de la novela, o al menos, por no haber concentrado todos sus esfuerzos en la novela. Seymour Menton y algunos otros profesores estadounidenses han creído a veces que los escritores latinoamericanos deberíamos estar al servicio de sus cátedras y de sus alumnos y no privarlos de la ocasión de analizar en una secuencia cronológica y constante los altibajos de la novela hispanoamericana. Es decir, algunos creen que cuando los escritores no escribimos novelas nos estamos portando bastante mal y que acaso se trata de un imperfecto disfraz de pereza literaria. Es difícil, en efecto, para profesores puros ver algo más allá de la naturaleza aparentemente interior de las novelas de ciertos autores latinoamericanos, particularmente esa cosa que designamos en español con la palabra “realidad”. O mejor nuestra “realidad social”, para ser exactos y al mismo tiempo más ambiguos.

Nuestros países de pronto parecen ya formados y dispuestos a una mejor y más civilizada vida y en el siguiente momento comienzan a deshacerse o a rehacerse de nuevo. Son una piedra de Sísifo que a veces remontan los peruanos, después los colombianos, luego los guatemaltecos, otra vez los mexicanos, más tarde los chilenos, otra vez los argentinos. Ante esta realidad que suele escapar a las cátedras químicamente puras de literatura, hay autores que no queremos eludir y aceptamos intervenir en ella de diversas maneras. Imposible suprimir u olvidar esta faceta social que no se restringe al ámbito de la literatura en muchos escritores de nuestros países, desde Domingo Faustino

Sarmiento, Pablo Neruda o Rómulo Gallegos, en Sudamérica, hasta Vicente Riva Palacio, Ignacio Manuel Altamirano o Martín Luis Guzmán, en México. La vasta obra de Mario Monteforte Toledo se inscribe en esta tradición, en esta fuerza continental. Conviene verla así, como un todo, como una amplia y minuciosa forma de entender el mundo, de penetrar en él con todas las herramientas posibles: las del cuento, las del teatro, las de la novela, el análisis político y la investigación social o las del asombro por la escultura y la plástica (o como él mismo lo ha dicho, **las piedras vivas y los signos del hombre**).

Esta visión fue tomando forma, fuerza, desde su propia biografía, quizás desde los diecisiete años que surgió como líder universitario, más tarde como secretario general del Partido de la Revolución Guatemalteca de 1944 a 1948, embajador de Guatemala en las Naciones Unidas en 1946, diputado al Congreso unicameral de 1947 a 1951 y presidente del Congreso y vicepresidente de la República de 1948 a 1949. El exilio después maduró al humanista. Y acaso, igualmente, el trabajo de traducción de ciertos libros en la década inicial de ese exilio. Me refiero a tres traducciones del inglés: *Los libros del Conquistador*, de Irving Leonard, *Las relaciones industriales y el orden social*, de W.E. Moore y la *Vida de John Maynard Keynes*, de E.F. Harrad. Las otras dos traducciones fueron del francés: la obra capital del historiador francés Fernand Braudel, *El Mediterráneo y el mundo del Mediterráneo en la época de Felipe II* en cotraducción con

Wenceslao Roces, y *El alma romántica y el sueño*, de Albert Béguin.

Necesario reconocer su dilatado magisterio al servicio del conocimiento social. Este podría ser quizás la dimensión medular de su obra entera: el conocimiento social de nuestro tiempo, no solamente el encadenamiento anecdótico de su serie de novelas, cuentos, obras de teatro o ensayos. No solamente, sobre todo, el análisis aislado, didácticamente aislado, de su asombrosa obra narrativa. Un conocimiento social que no anula el conocimiento del individuo y de nuestras culturas, de las pasiones y esperanzas individuales que vibran en los integrantes de los muchos pueblos de ahora y de ayer, de nuestros muchos pueblos también de mañana.

A menudo se afirma que la infancia es destino. Las razones clínicas o científicas de esta aseveración no podría ponerlas en duda. Siento que en la infancia descubrimos el mundo desde ciertos espacios y en cierta forma. Lo que llaman destino es quizás la necesidad continua de extender (en ocasiones cerrar) esos espacios y de ampliar (en ocasiones obstruir) esos acercamientos. Traigo a colación esto por un paralelismo: a veces el primer libro de un escritor es también destino. Es el caso de un escritor como Mario Monteforte Toledo. Para recorrer y acercarnos a su narrativa destaquemos por ello ciertas constantes que surcan su obra desde la novela *Anaité* hasta la novela *Los adoradores de la muerte*; es decir, desde el año 1938 al año 2001.

Llamo **constantes** a elementos narrativos diversos (situaciones, atmósferas, caracteres, tramas, descripciones, mecanismos de estilo) que van enriqueciendo, profundizando, ampliando o reafirmando espacios vitales de individuos, grupos, regiones, épocas o pueblos que aparecen en los relatos. Son **constantes**, además, porque reaparecen una y otra vez como los caminos de acceso a las verdades que su narrativa se propuso descifrar o compartir como uno de los más amplios y profundos aportes de la literatura de nuestra lengua y nuestro continente.

Mario Monteforte afirmó en el prólogo de la primera edición de *Anaité* en 1948 (aunque la novela fue escrita más de diez años antes, puesto que ganó un concurso en 1939 y, por tanto, se remonta a los años de 1937 y 1938) lo siguiente:

Este es un libro malo, no hay duda; hasta mereció el premio nacional en 1939, en una de esas competencias agonales donde se rinde nutrido culto a los penates más íntimos. El autor quiso publicarlo en su patria, pero la dictadura entonces imperante no lo permitió; este fue uno de los pocos actos acertados de aquel régimen. Es una novela mala, pero es una novela, quizás la primera que merece el nombre de tal en la copiosa lista de libros de estampas más o menos bien escritos que se habían publicado en Guatemala hasta aquel tiempo; el autor no insistió en editarlo más tarde, y este fue uno de sus más puntuales aciertos.¹

¹ *Anaité*, Editorial El Libro de Guatemala, Fondo de cultura de la Municipalidad, Guatemala, 1958, pp. 7-8.

Agregó también que:

Tuvo la falta de tino de poner a sus personajes en pugna con un ambiente más fuerte que ellos; por ende, son más anecdóticos que humanos y él mismo se parece demasiado a uno de ellos, quizás porque como había que hacerle decir y operar muchas cosas, precisaba conocerle a fondo y con menos posibilidades de que se echara a vagar y a perpetrar ensayos de aprendiz de mago por sí propio.²

Pero sobre todo confiesa lo siguiente:

Anaité es el nombre de un raudal del Usumacinta, la gran vía fluvial que separa México de Guatemala: selva a ambos lados, al medio el agua veloz y enloquecida, y adentro los bogas de las canoas, salvando tozudamente su pequeña circunstancia. De cada viaje, auténtico o inventado, queda en la mente un sitio, un vocablo metonímico que resume la experiencia. Puede ser que el autor haya escogido por tal razón el nombre de su libro; aunque más bien creo que lo hizo por su sonido antiguo y congénitamente americano, y porque, como todas las palabras hermosas, promete más de lo que cumple.

A más de diez años de haber escrito ANAITÉ, el autor ha recorrido medio mundo y cimentado ciertas verdades necesarias. Ahora sus libros son menos tentativos y más severos, porque se ha encontrado con la vieja angustia de su pueblo, que a su vez se ha encontrado a sí mismo. Así se envejece; pero esto es lo importante para la obra perdurable.³

² *Loc. cit.*

³ *Idem*, pp. 11-12.

Más tarde retomaremos ciertas observaciones de estos pasajes, pero digamos desde ahora que el autor no podía prever la continuidad del destino mismo de sus novelas. O mejor, el camino de ascenso o de búsqueda de lo remoto que continuaría a lo largo de sus obras.

Decíamos que infancia es destino. Quizás también, entre los escritores, el primer libro es nuestro destino, el primer encuentro con aquellos temas, experiencias o asombros que continuaremos buscando. *Anaité* no es sólo un raudal del Usumacinta y la selva; es también un sitio remoto, un lugar extraordinario para apartarse de lo que llamamos civilización, aunque en ese sitio remoto sea posible caer de nuevo en un mecanismo social o íntimo más terrible que el del mundo que se ha dejado atrás. *Anaité* es el primer viaje hacia lo remoto de varios personajes de Monteforte. Lo remoto aleja a Pedro Matzar de su aldea indígena del lago de Atitlán en la novela *Entre la piedra y la cruz*. En la novela *Donde acaban los caminos* lo remoto aparece como el pueblo serrano al que llega el médico Raúl Zamora; después, lo remoto se convierte en la choza de Antonio Xahil (y más aún, lo remoto se torna la cultura indígena misma). Lo remoto para María Xahil es, en cambio, la montaña donde acaban los caminos y la vida.

Muy semejante a ese caminar de María Xahil es la fuga hacia el paraje donde aprende a volar y a morir Diego Cox, personaje del cuento “El joven pájaro” del volumen *La cueva sin quietud*. En estos relatos, lo remoto asume una ondulante faz. Es el exilio en “Cosas de españoles”,

un manicomio en “Barco de papel”, una placa enviada por correo en “Chon, el pelícano”, una cueva sagrada en “Los de la sangre de Iztayub” o la reflexión, el dolor silencioso e intolerable de la mente de un individuo solo en el cuento que da título al libro. En la novela *Una manera de morir*, lo remoto para Peralta es su incorporación al mundo de la burguesía. En la novela *Llegaron del mar* lo remoto tiene tres rostros: es el espacio del que llegan los guerreros del reino Tucur, que invaden, matan y humillan al pueblo del viejo Ixcayá; es el recorrido del viejo Ixcayá en busca de la rebelión y la libertad; es, por último, el mar, vientre de donde provienen los nuevos conquistadores con armas de fuego, caballos y armaduras. Lo remoto aparece ante el lector como la “Isla de las Navajas” en el cuento que da título a otro volumen de relatos de 1993; sin embargo, para el que protagoniza la historia, lo remoto se revelará más allá, al final de un viaje subsecuente, en un sitio más distante y desierto que la isla misma. Lo remoto surge otra vez en la selva pura e incontrolable a donde Johnson conduce a sus seguidores en *Los adoradores de la muerte*, novela magistral escrita sesenta y dos años después de *Anaité*.

En *Anaité* y *Los adoradores de la muerte* confluyen varios paralelismos además de la constante central de lo **remoto**. Lo he dicho ya, Jorge y Johnson obsequian cuchillos a sus guías; en ambas novelas nace un campamento o una aldea en medio de la selva; en ambas aparecen indios súbitamente en el campamento y en la aldea: en *Anaité* tres lacandones y en *Los adoradores de la muerte* dos shuar; en *Anaité*, Rafael se propuso destruir el cam-

pamento; en la otra, Nick, el carpintero y Rose Mary se proponen abandonarlo; en *Anaité*, el rechazo de Jorge al mundo llamado civilizado es radical y se une a los lacandones y años después huye incluso de la mirada de jóvenes turistas; es decir, como en “La isla de las navajas”, lo remoto no eran la isla misma ni Anaité, sino una isla más remota y el refugio de los lacandones; en la otra novela, el rechazo de Johnson también es radical y lo consume con el suicidio; o sea, lo remoto no era la selva, sino la muerte. ¿Qué contiene esta señal de lo remoto? ¿Dónde y por qué van asumiendo la búsqueda de lo remoto estos personajes?

Tratemos de verlo con otra constante esencial: los gemelos. En la novela *Llegaron del mar* los gemelos son fundamentales por varios motivos. Primero, porque constituyen la memoria de los cantos, música, danza y juegos de los mayas. Segundo, porque son los padres del único descendiente del pueblo conquistado que asegura la vida de la estirpe. Tercero, porque en el *Popol Vuj* el **Corazón del Cielo** protege a los gemelos Hun Hunahpú y Vucub Hunahpú y a sus descendientes, los también gemelos Hunahpu e Ixbalanqué. Cuarto, porque para un hombre de la formación intelectual y política como Mario Monteforte Toledo, el *Popol Vuj* constituye una parte esencial de Guatemala. Los gemelos representan en *Llegaron del mar* una fuerza unida, armoniosa y de fundación.

Pero en *Los adoradores de la muerte* aparece otra conciencia terriblemente gemela: los siameses que enseñan

a Johnson el camino de la libertad profunda. Leamos este pasaje:

...somos dueños de una fuerza inquebrantable para mantenernos como constancia de la culpa de Dios por habernos hecho tan monstruosos. De modo que no tenemos vida, pero tampoco muerte. Si pudiéramos creer en la muerte seríamos libres y dejaríamos de culpar a Dios por habernos hecho como somos.

—Eso significa que para liberarse de Dios hay que creer en él comentó Johnson, sacudido por su descubrimiento.

—Sí. Pero eso requiere la capacidad de encarnar todos los días, a todas horas, la portentosa lucha entre los mayores poderes del universo: ser y dejar de ser, vivir y morir al mismo tiempo.

—Pero eso sólo lo pueden realizar ustedes.

—Así es. Los seres normales pueden conquistar la libertad de amar a la vida y de amar a la muerte. Nosotros sólo podemos sufrir nuestro destino de ser únicos.⁴

La monstruosidad de ser dos y a la vez uno, calidad terrible que los torna únicos, abre una clave esencial para Johnson, sí, pero quizás también para entender las diferentes facetas que lo **remoto** asume en la obra de Mario Monteforte. Lo **remoto** se visualiza, primero, como un exilio, un viaje, una distancia, cierto. Pero también es lo **otro**. Primero, lo **otro** que no somos y queremos ser, lo que no somos y podríamos llegar a ser. Lo vemos durante nuestro viaje o acercamiento a otra dimensión a la que aspiramos desde **una** condición individual y espa-

⁴ *Los adoradores de la muerte*, Ed. Alfaguara, México, 2001, p. 24.

cial. Pero **lo otro** tiene un sentido más: **el otro**, el que no somos individual ni espacialmente, pero que podría confundirse con nosotros para ser algo distinto, para asegurar una descendencia distinta. De ahí que lo remoto tenga dos vertientes: puede ser **el otro** y también **lo otro**. Por tanto, es posible pensar que **eso** está a la mano. Y que también está lejos. Por ello nos buscamos en nosotros y en los otros, como gemelos que no se unen, o siameses monstruosos.

Ciertos paralelismos se reiteran en las obras de Mario Monteforte. Hay un parentesco entre los hombres aislados de *Anaité* y el escritor de “La isla de las navajas”; entre el llamado optimismo de Jorge en *Anaité* y el de Peralta en *Una manera de morir*. O entre el Rafael que llega como compañero de Jorge a *Anaité* y después destruye la montería, y el Lamberto de *Una manera de morir*, amigo de Peralta que está a punto de matarlo, o el Blenk de *Los adoradores de la muerte*, que abandona al amigo, Nick, para que muera como traidor. La mujer de Tenosique, Lola, que llega a *Anaité* para vivir con Rafael tiene un aire de familia con Lila de “La isla de las navajas”, que llega a la isla para acompañar al escritor: en ambas mujeres el amor se muestra como libertad, como una decisión y una audacia que no pulveriza ni disuelve la individualidad egoísta, la soledad o la tristeza.

Estos sentidos de lo remoto y, particularmente, de la dualidad comienzan a formularse con claridad en la novela *Entre la piedra y la cruz*. Recordemos que los siameses de *Los adoradores de la muerte* habían revelado

a Johnson que la libertad consistía en la capacidad de encarnar “la portentosa lucha entre los mayores poderes del universo: ser y dejar de ser, vivir y morir al mismo tiempo”. Ésta es la revelación que asombra a Pedro Matzar cuando, herido en el hospital, reencuentra a Margarita, la hija de la familia criolla que lo había protegido de niño. Con esa revelación expresa por vez primera la dinámica de lo otro, lo remoto como viaje y transformación, pérdida y recuperación:

Había que salvar a los indios y a la tierra; no en la lucha de raza a raza, sino en la lucha de hombre a hombre. Los pobres de todos los confines: esos eran los suyos. Porque para dar el primer paso de liberación se habían echado a la calle hombro con hombro, y la sangre abría esperanza para todos. Fértil, fresco, llegaba el olor de la tierra nueva. Esta vez no se volvería al trote de la acémila, porque los hombres habían aprendido a matar. Y él ya sentía la caricia en la garganta, la voz que traspasaba los valles.

Entre él y la muchacha criolla ya no había fosos ni obstáculos. ¿Acaso no se habían juntado ahí, donde nacía un nuevo país, junto a la sangre? Si el indio no buscaba el vientre de una mujer ladina para hincharlo de vida, seguiría formando parte de la obscura nada melancólica, sin garra ni voz ni deseo de salvarse... Pedro Matzar comprendió que él, para redimir a los suyos, abandonaba el dios de su padre y la casa de su padre.

Y se sintió dueño de una fuerza fabulosa y de una gran paz que dolía en silencio.⁵

⁵ *Entre la piedra y la cruz*, Editorial El Libro de Guatemala, Colección “Contemporáneos”, Guatemala, 1958, pp. 301-302.

Lo remoto aquí supone la confluencia de varios elementos humanos, sociales y culturales; también una idea política sobre acontecimientos concretos ocurridos pocos años antes de la aparición de la novela. Pero podemos reconocer que la novela rebasa los supuestos políticos del autor en ese preciso momento, pues Guatemala es vista como una entidad lentamente reconocible desde los ojos de un indígena zutuhil del lago de Atitlán, primero como lo remoto y opresivo, después como la conjunción de la dualidad no complementaria ni armoniosa. El indígena vislumbra que la unión de esas entidades duales sería un acto de fundación. En **lo remoto**, Pedro Matzar alcanza **lo otro**, que es su propia transformación.

Es notable que este viaje hacia lo remoto en términos espaciales y culturales, y la concepción dual como fuerza de fundación, provinieran del personaje indígena, de la cultura que suele ser lo remoto para los “nosotros” que no solemos identificarnos con los pueblos indios. En la amplia biografía de novelas en lengua española, portuguesa e inglesa de este continente sobre los pueblos nativos, no había despuntado aún el acercamiento desde lo remoto del mundo indígena como una totalidad autónoma. Ésta es una aportación esencial de la obra de Mario Monteforte Toledo. En principio, gemelos son los países de nuestro continente que cuentan con una significativa población indígena y criolla. En principio, también, lo remoto está en nuestras manos, pero su cercanía nos ciega como una intolerable distancia. Entender este valor remoto de nuestra propia naturaleza

dual es otra de las profundas aportaciones de la obra de Mario Monteforte. El proceso de su descubrimiento, de su conocimiento, es, efectivamente, en su obra, como un constante viaje, un constante avance hacia lo ignoto, hacia la conclusión del mundo, de la vida, de la conciencia.

Volvamos a la novela *Anaité*. Había mencionado que en cierto momento aparecieron de súbito en el campamento un par de lacandones. Una noche, Jorge, el protagonista de la novela, conversa con sus compañeros cerca de una hoguera. Uno de los lacandones, Kayón, adereza la cena. El relato es así:

Los sirvientes ayudaron al lacandón a aderezar la comida y las ollas humearon afablemente.

Fue cayendo la tarde y empezaron a aparecer las estrellas entre los copados cedros. Zumbaban los mosquitos en torno al humo que protegía al grupo cercano al fuego. Bajo la charla de los blancos, que hablaban fuerte como todos los que llevan botas que pisan duro, había un afelpado murmullo, hecho con la lengua dúctil de los dos indios.

—Daría un millón por entender a estos condenados. Tengo la seguridad de que son más sutiles que nosotros —dijo Jorge.

—Al hombre le parece siempre más sutil lo que no entiende. No es posible que una gente que ha degenerado tanto, después de la grandeza cultural de los mayas, pueda tener muchos rincones en el alma.

—No lo creas; aún los indios del interior de Guatemala, los del lago de Atitlán, por ejemplo, dan a veces la impresión de que saben más de lo que uno se imagina; la gente que vive a orillas del agua nunca es todo lo sonsa que uno se figura. Además, en la migración maya hacia el interior de Guatemala, hubo un fuerte grupo que se quedó junto al mar o se enclavó en las márgenes del río, y es posible que el indio que hizo tal cosa, haya sido el más espiritual.

—Fíjese en el respeto con que trata el joven al más viejo —apuntó don Juan.

—¡Qué va! —terció malencarado Laco—. Se me está poniendo que estos desgraciados no sólo hablan una lengua del diablo sino que encima tienen una jerigonza para que no los entienda nadie.

Todos rieron. Momento después los indios se levantaron hurgándose los dientes y se metieron entre la montaña, bajo la intranquila mirada de Jorge, que temía que se hubieran ido definitivamente. Don Juan le explicó que los lacandones son enormes paseadores y que a toda hora se echan a ambular, por el simple placer de hacerlo, en la conciencia plena de su libertad. Cuando ya todos estaban medio dormidos, regresaron y anudaron sus miembros junto al fuego, envueltos en sus propios camisones. Las estrellas pegaban de lleno sobre la faz del jefe, que cobraba la gravedad apacible de un muerto dios antiguo. Luego se hizo un silencio de riachuelos y de hojas en contacto con el viento.⁶

⁶ Anaité, *op. cit.*, pp. 227-229.

El retorno de Jorge a Anaité, al final de la novela, es un retorno, un **nostos**, como decían los griegos, que podría recordarnos otro retorno: el de Peralta a su partido político inicial en *Una manera de morir*. Pero Peralta regresa a lo que no pudo o no quiso dejar de ser; Jorge regresa, en cambio, a lo que nunca había sido, a lo que nunca se había propuesto ser. Porque al final de la novela entendemos que lo remoto no había sido la montería. Al igual que en “La isla de las navajas”, con Jorge entendemos que lo más distante es sólo la antesala de lo realmente remoto. Anaité fue la antesala, para Jorge, de su integración con lo más ignoto de su vida: los lacandones. A partir de **esa** experiencia de su personaje con **lo otro**, la narrativa de Mario Monteforte dará luz desde el mundo indígena.

Esta luz en la dualidad de culturas nos la descubre Pedro Matzar en la escuela. Leamos este largo pasaje:

Una vez le preguntaron sobre el lago de Atilán, al principio del curso. Lo describió tal y como era, prescindiendo del mapa de Guatemala.

—Es muy largo y muy ancho; uno tarda tres horas para atravesarlo en canoa de ocho remeros, de San Pedro a Panajachel. El agua es fría y las buluminas son muy bonitas, manchadas de negro; pero no se comen porque dice la gente que han mordido a los ahogados y por eso son amargas. De repente hay tumbería o baja Xocomil, y hay que quitar la ropa de las piedras para que no se moje con las olas. Desde Semetabaj se mira muy bonito el lago, con todos los pueblos de los naturales al pie de los cerros. Son pueblos chiquitos, casi como una manzana de la capital; pero tienen árboles y cañaverales; las gallinas andan por

las calles y no hay automóviles. Los de Atitlán no quieren a los de San Pedro porque...

—Cállese. Está usted desbarrando. Fijese en lo que dice la geografía y repítalo, que para eso es el texto que escribió el señor ministro.

Un día el maestro le preguntó los ríos de la costa del Pacífico, los mismos ríos que él había pasado con el agua hasta la rodilla cargando panela y arreando la vacada; los había visto nacer en las peñas de la sierra, cuando apenas eran un borbotón sin amparo, y volcarse al mar arrastrando limo y tronconales. Había recorrido sus lechos resecos por el verano, buscando camarones... Pero no sabía la lección de memoria.

—No sé, señor -dijo.

El maestro perdió la paciencia y le dio con el libro del señor ministro en la frente.

Por eso no estudiaba geografía. Porque sabía que aquellos nombres no existían en el suelo que ambulaba el indio paso a paso. Por otra parte, nunca le había cabido en la cabeza que el mundo era redondo y cubierto de centenares de países que parecían creer en la fertilidad de la discordia; apenas plasmaba en su mente la realidad de Guatemala como nación demarcada por volcanes, ríos y líneas negras en el mapa. Él estaba consubstanciado con su pueblo, eso sí, y con la masa infinitamente vieja de los indios, dondequiera que se encontrasen.

De ahí que tampoco la historia le gustaba. El señor ministro también había escrito una historia que era texto oficial; varias historias, mejor dicho, cada una diciendo cosas laudatorias para el presidente que estaba en el poder y llamando hijo de perra al anterior presidente. Los

personajes eran antipáticos, insignificantes, y los relatos parecían girar alrededor de las fechas, solamente. ¿Qué importancia tienen las fechas para una raza que de tan vieja parece haber perdido la noción de los siglos y conserva la experiencia de las primeras mutaciones externas, de las temperaturas, cuando los hombres aún eran piedra? Más firmes eran los recuerdos que guardaba el cuerpo de la gente, como los fuetazos que repartía a diestra y siniestra aquel general que la historia del ministro pintaba como un héroe nacional; todavía no había muerto en San Pedro un indio senecto que hablaba como niño desde que el general le había partido la cabeza con el cañón del revólver. Por eso no estudiaba historia; porque los hombres del pasado pertenecían a una gente lejana de la suya, y su propia gente no tenía historia digna en el libro de texto de la escuela.

¡Qué distintas eran la zoología y la botánica! Ningún animal, ni los leones de África ni los pitones de Malaya ni los canguros de Australia le parecían mentira, porque en el mundo ambiental de los indios y hasta en sus propios mitos, donde todo era posible, había una fauna que no por fantástica dejaba de ser verdad. Cuando se vive cerca del bosque, se admite también que en él caben todos los prodigios que jamás terminarán de descubrirse, y el mar, con sus innúmeros estratos de vidas extrañas, tiene la misma calidad eterna. Además, los indios no limitan teorías con respecto al animal: saben que la paloma tiene los pies rosados porque en los albores del mundo se salpicó con la sangre de un rajau muerto, y que el mono vive en el árbol castigado por los cuatro Señores-Manifestadores porque cuando era hombre y no tenía corazón para agradecer, allí quiso salvarse del diluvio universal.

También la aritmética le fascinaba. Cinco panes menos cuatro panes era un pan, y ni el maestro ni los libros podían demostrar lo contrario. Los números eran verdad, y se multiplicaban hasta la monstruosidad o se dividían hasta extinguirse como los seres infecundos. Por eso aprendió a calcular y operar mejor que cualquiera de su clase. En los recreos, mientras los colegiales gritaban su alegría inconsciente, Pedro Matzar se albergaba en los rincones e inventaba problemas.⁷

La claridad con que el niño indígena distingue las dos culturas, la realidad que él conoce y la irrealidad que le proponen como conocimiento, va a transformarse más adelante, cuando es maestro rural en una aldea inhóspita donde sus alumnos son de lengua cakchiquel. En esa aldea ocurre este cambio peculiar:

El gobierno, que vivía de la renta de los alcoholes, había dado la orden de incrementar el consumo y de perseguir a los que fabricaban guaro clandestino. Los guardias de la policía de Hacienda viajaban a caballo, embozados en sus chamarras, con la punta del machete y el cañón de la carabina asomando tras la tapafunda de la silla. A veces, a media noche, se les oía canturrear; era que traían algún preso, y Pedro Matzar no podía dominarse hasta salir a ver el espectáculo. El hombre marchaba al frente, con las manos amarradas a la espalda y la cara destripada a golpes. A la mejor algún enemigo lo había denunciado atribuyéndole el horrendo crimen de fabricar una olla de aguardiente en la sierra; no importaba que él no fuese el responsable: ya confesaría que sí lo era cuando lo colgaran de los testículos en la Administración de Rentas de Sololá, a presencia del señor Jefe Político y del juez. El canturreo de los guardias se per-

⁷ *Entre la piedra y la cruz, op. cit.*, pp. 160-162.

día en la noche y Matzar regresaba a acostarse corriendo, dando diente con diente, menos del frío que del horror de comprender que en su patria se había perdido el más elemental respeto al hombre; desde ese momento trataba de mantenerse despierto porque apenas cerraba los ojos veía que la habitación se llenaba de monstruos y de ruidos de cadena.

Por eso decía el telegrafista que los indios estaban mejor en cuanto se decidían a servir al blanco incondicionalmente, sin agazapados deseos de volverse libres.⁸

Pedro Matzar piensa, por vez primera, que “en su patria” se había perdido el respeto al hombre; “en su patria”, es decir, en algo fuera de lo que era su propia cultura de niño. En la cultura que no era la suya, surgía ahora la conciencia de que **eso**, lo remoto, también **era suyo**. Empezó a apropiarse de Guatemala como una idea propia, como una necesidad de justicia propia, íntima, total. Esa patria debía aprender a ser justa.

Pero tanto en nuestros países del continente como en los libros posteriores de Mario Monteforte esa justicia no la ha conseguido aún la vida ni la literatura. Su novela capital, *Donde acaban los caminos*, lo demostró con creces. En ella Monteforte logra el despliegue magistral y profundo de los opuestos, de las dos culturas remotas, pero a partir del interior cohesivo de las culturas mismas, de su interior autónomo y contundente. Es la novela de nuestros países donde al interior de ambas culturas, desde la sangre de sí mismas, sus integrantes plenos y

⁸ *Idem*, pp. 201-202.

autónomos miran la contundencia de sus propias naturalezas remotas y perfectas.

Esta novela fue preparada en varias facetas. Sus antecedentes esenciales fueron dos relatos del volumen de cuentos *La cueva sin quietud*. El cuento “Dos caminos salen del pueblo” es el borrador central de la novela. En él están ya descritos los tres personajes principales y la trama. Los personajes son el doctor y la muchacha indígena y su padre. En el cuento nace de la relación del doctor con la muchacha india una niña; en la novela es un niño. Algunos parlamentos de este cuento fueron trasladados textualmente a la novela.

El otro cuento, “Los de la sangre de Iztayub”, es el borrador de otros elementos fundamentales de la novela: me refiero a la formación, tradición y riesgos del zahorí y a la amistad cercana, de iguales, entre un ladino y un indio, en este caso un abogado y un custodio del libro sagrado de su pueblo. Sin este cuento hubiera sido imposible la escena portentosa del doctor Zamora y Antonio Xahil en la casa de Diego Raxtún; tampoco la cercanísima relación del doctor y Raxtún.

En el prólogo a *Anaité*, escrito el mismo año que *Entre la piedra y la cruz*, Monteforte había afirmado que sus libros cambiaron porque se había encontrado con la vieja angustia de su pueblo, “que a su vez se ha encontrado a sí mismo”. Esto iba en consonancia con el optimismo de la novela *Entre la piedra y la cruz* y con la liberación de Pedro Matzar que se unía a **lo otro** en la fundación de una nueva Guatemala. *Donde acaban los caminos*,

en cambio, es la muestra impecable y portentosa de la vida de seres humanos pertenecientes a dos culturas remotas obligadas a permanecer en espacios contiguos. El doctor Zamora descubre en el cuerpo de la muchacha india, en la posesión de la belleza adolescente, que por vez primera él vivía algo verdaderamente propio, con libertad. Lo remoto, la mujer india, parecía su liberación, su transformación. Descendía hasta esa carne para amar y poseerla como resultado de una aparente decisión propia y autónoma, renovadora; pero en realidad era la continuidad del sometimiento de los pueblos indios al poder cínico del ladino, del blanco, del criollo. Zamora alcanzó a ser libre, a sentirse nuevo, por vez primera fuerte y dueño de sí, cuando llegó a lo remoto de esa mujer, a la casa de Antonio Xahil, a la embriaguez en que aceptó morir (como Peralta lo sintió junto a las ruedas del ferrocarril en *Una manera de morir*) bajo el machete del padre de María. Llegó a lo remoto y fue, como hombre, distinto. Llegó a lo remoto y no pudo cambiar su cultura, fundirla; por tanto, en eso remoto reprodujo la opresión de la que Pedro Matzar creyó que podría liberar a su gente.

Lo asombroso y nuevo de esta novela es que los personajes se nutren de su propio espacio humano y social; cada personaje pertenece al mundo cultural que lo aparta de **lo otro**, que lo encierra y le obstruye todo camino hacia **lo otro**. El niño que nace de María Xahil no es una liberación ni una fundación: es la muerte en una cumbre, otra más remota, que está más allá de la dualidad que

confunde y oprime. En ese paraje donde terminaron los caminos, María Xahil:

Cerró los ojos y se quedó esperando en absoluta quietud a que se rompiera la negrura del firmamento sobre la faz de la tierra, allá lejos, a la altura de la humanidad.⁹

En esta obra, decíamos, la grandeza o mezquindad de los personajes se nutre de su propia cultura, de sus propias verdades. Es el encuentro incesante de dos seres colectivos que se tocan y se temen desde sus propias almas diferentes, desde sus propias culturas. Lo asombroso de la novela nace de esta claridad para mostrar la vida de individuos concretos atados a culturas que no se tocan como los cuerpos, y que incluso a través del milagro de la unión de los cuerpos quedan más dolidos y distantes.

Una novela así no proviene de la antropología, del indigenismo, del folclor ni de la denuncia. Es literatura, sí, pura, prístina, por su drama humano insoportable e inmenso, grandioso y destructivo. Cada uno de los personajes, en el alma invisible que lo nutre con valores, temores y creencias, en el alma de la cultura a la que se debe y de la que no se aleja, despide con una luz pertinaz, indudable, la contundencia que de nadie ni nada más requiere para revelarse como **lo otro** y **el otro** que somos en remotos destinos.

⁹ *Donde acaban los caminos*, Editorial Piedra Santa, Guatemala, 1989, p. 213.

No toda la obra de Monteforte ha estado dedicada a lo remoto como dualidad opuesta e irreductible. Pero sí a distintas formas de lo remoto como espacio, distancia, deseos de cambio, soledad o recuerdo. *Llegaron del mar* es una novela singular por estos motivos, y de ninguna manera escapista, como en su momento dijo el profesor Menton. Su comprensión de **lo otro** desde los pueblos indígenas lo impulsó al vértigo de adentrarse en ellos antes de su enfrentamiento con la cultura que ahora representamos la mayor parte del “nosotros” que somos los latinoamericanos. Se trata de un viaje del autor hacia lo que había buscado a través de muchos personajes y relatos, incluso a través de obras de teatro posteriores como el *Santo de Fuego*, de 1977. *Llegaron del mar* es su travesía hacia lo remoto del tiempo, al pasado, al momento en que esa cultura estaba expuesta solamente a su propio posible mundo y a sus propios dioses y conciencia.

Tres décadas después, dos escritores de mi generación emprendieron la construcción de dos novelas emparentadas con ella. La primera, la más afín, es de Marco Antonio Campos, *En recuerdo de Nezahualcoyotl*, de 1994. Esta novela reconstruye el mundo indígena del señorío de Texcoco antes del arribo de los españoles. Busca en el remoto pasado la cultura que sigue siendo distante en el presente. Y la busca también como parte del pasado de una ciudad, la de México. La segunda novela es de Ignacio Solares, *Nen, la inútil*, de 1994, que desarrolla los apuntes de *Llegaron del mar* cuando las mujeres presienten el arribo de **los otros**.

En esta novela pródiga y al mismo tiempo contenida en un pulso clásico, Monteforte encuentra la grandeza, el heroísmo y la espiritualidad de esa cultura; pero también la opresión, la mollicie, la mezquindad, el mecanismo de perversión humana que suelta sus aguas por toda la tierra como las huellas universales del hombre. Muestra, además, los comportamientos reiterados del poder militar y comercial como un laberinto del que no pueden escapar los hombres, los adolescentes, las niñas, los ancianos mismos. En ella, como lo he dicho antes, lo remoto son los conquistadores del reino Tukur; igualmente, la esperanza de rebelión y libertad en la peregrinación del anciano Ixcayá, y los conquistadores a caballo y vestidos de armaduras. Un mensaje desliza en la historia: un descendiente de los gemelos, de los cerbataneros, amantes de la Dama de la Encina, permanece como el portador secreto y poderoso, guerrero, de la estirpe maya. De él, llamado Balam, depende el futuro de su gente, el futuro de **eso** que es **lo otro**.

La novela *Los adoradores de la muerte* apareció en el año 2001. En ella se cumple lo que a lo largo de su vasta producción literaria parecía imposible a los personajes que viajaban hacia lo recóndito. Pareciera como un recuento de elementos, símbolos, referencias y atmósferas habituales en su obra, en el dilatado periplo que va de la selva de Anaité del río Usumacinta a la selva del río Amazonas. Quizás se trata de un ciclo cerrado en sí mismo, no por agotado, sino por cumplirse a cabalidad.

Johnson conduce a sus seguidores a un territorio remoto. Al cabo de una larga travesía por mar, desembarcaron en una pequeña abra donde vivían unos cuantos pescadores en casuchas separadas. Un guía aceptó llevarlos al interior de la selva. Dice el relato:

La selva llegaba casi hasta el mar, como regateando al hombre toda posibilidad de un palmo donde asentar los pies. No había más acceso al bosque que un arroyo de agua limpísima; pero Johnson llevaba un viejo mapa español de la zona, rematado por una mancha vasta donde se perdía en el cauce de los ríos y el relieve de las montañas con la marca “**territorio desconocido**” entre dos sirenas de pechos violentos.¹⁰

Después de quince días de seguir caminando llegan a un calvero que Johnson reconoció como el de la tierra que buscaban. En *Anaité*, cuando Jorge y sus compañeros están acercándose a su destino, en Agua Azul, por vez primera, como heraldo, aparece una guacamaya volando cual dardo de sangre. También aquí, en esta novela, cuando llegan a la tierra ignota buscada por Johnson, las guacamayas reciben a los viajeros con su vuelo suntuoso.

Muchos personajes de Monteforte aprendieron con los indios que mantenerse en silencio era una forma de cercanía más profunda. En esta novela, Johnson acostumbra visitar a los siameses por las tardes. Y el autor advierte:

¹⁰ *Los adoradores de la muerte, op. cit., p. 14.*

Cuando ellos no preferían el silencio –el jardín para pensar, decían–, hablaban los tres atropellándose como la gente de cultura oral.¹¹

En un pasaje de la novela nos enteramos que Johnson eliminó de un disparo en la frente, mientras la mujer dormía, a Tania, su amante. La novela registra:

Johnson lloró amargamente al saber que **en el fondo había matado por primera vez; su fracaso era una derrota y en nada menguaba aquella responsabilidad cainita, eterna.**¹²

Esta reacción de Johnson recuerda la de otro personaje de Monteforte. En un cuento de *La isla de las navajas* de 1993, “La primera vez”, el protagonista, un soldado refugiado en la selva, mata a un soldado enemigo al que solo contempló a través de la mirilla del rifle. El relato prosigue:

No quedaba mucho tiempo de sol; pero ya él sabía a dónde iba. Entonces apoyó las armas en un tronco, echó la cabeza hacia atrás, respiró hondo, se clavó las uñas en el pecho y lloró con todos los pedazos de su cuerpo, un llanto de siglos, desolado, corrosivo y a la vez lleno de manso agradecimiento porque lo sumergía en un baño de agua tibia y cristalina.

Por primera vez, había matado a un hombre.

Debajo de las ciudades y los cementerios, trepando y bajando por la vasta geografía del planeta, una corriente subterránea de miles y miles de años llegaba hasta Caín y en-

¹¹ *Idem*, p. 20.

¹² *Idem*, p. 45.

cadena a la estirpe de los homicidas, de los que no admiten el fardo de cuidar a su hermano.¹³

He señalado ya que en *Anaité* se presentaron de improviso dos lacandones en el campamento. En esta nueva novela aparecieron tres indios shuar:

Esto fue lo más importante que les había sucedido a los colonos. Amanecieron un día repantigados a medio poblado, con sus flechas, sus cerbatanas y la piedra donde traían las brasas de su fuego viajero y providente. Explicaron que los habían esperado cincuenta años y que venían a quedarse.¹⁴

Los shuar fueron prontamente aceptados y se incorporaron a la vida cotidiana y espiritual de los colonos de Johnson.

Eran ellos los únicos encargados de ir periódicamente a la costa a canjear los bordados, las artesanías, las pieles y las hierbas medicinales por lo que se necesitaba en la colonia. Pero nunca llevaban oro para no despertar en los comerciantes una codicia capaz de inducirlos a torturarlos hasta hacerles confesar de dónde venía aquella riqueza. Decían los shuar que trabajaban en una gran montería instalada muy lejos (treinta y dos días, ilustraban con los dedos). Los comerciantes más voraces querían averiguar sobre esmeraldas, diamantes y oro. “Oro”, decían mostrando una cadena, una moneda o un diente de lujo. Los shuar se alzaban de hombros y ponían cara de inocencia.¹⁵

¹³ “La primera vez”, en *La isla de las navajas*, Fondo de Cultura Económica, Colección Tierra Firme, México, 1993. pp. 22-23.

¹⁴ *Los adoradores de la muerte*, op. cit., p. 98.

¹⁵ *Idem*, p. 100.

Difícil saber si los cincuenta años de espera de los shuar tienen alguna relación con las más de cinco décadas que median entre la novela *Anaité* y *Los adoradores de la muerte*. La excusa de los shuar ante los comerciantes de la costa es también familiar: afirman trabajar en una montería. Quizás los shuar, además de sus libros sagrados, habían tenido noticias sobre la montería y la selva de *Anaité* a través de sus hermanos lacandones, porque los shuar comunican a los colonos una información de fuerte sustrato maya: la personificación del tiempo que se traslada y se aquieta, que transporta una carga y descansa. En la novela se afirma:

Los shuar dijeron que también el tiempo duerme y descansa.¹⁶

En la novela *Anaité* y en *Entre la piedra y la cruz* el contacto con lo remoto, el arribar a lo otro transforma finalmente a los personajes. Jorge se transforma en un lacandón; Pedro Matzar descubre la liberación de su gente en su transformación misma. Después de esos dos ejemplos, lo remoto en la obra de Mario Monteforte había proseguido su ruta, con tenacidad, pero sin que los personajes lograran acabar a plenitud la transformación que su viaje entrañaba. En gran medida, esa transformación suponía el cambio de profundas raíces de cultura, el rechazo a un molde cultural por una renovada visión de libertad y quizás renacimiento. En lo remoto se encuentra la posibilidad de ser otro; tanto renacer en **lo otro** como fundirse en **el otro**. *Los adoradores de la muerte*

¹⁶ *Idem*, p. 150.

es la novela donde casi la totalidad de los personajes logran despojarse en lo remoto de la cultura que dejan, de la cultura que los había oprimido como religión, miedo a la muerte, consumo, acumulación de bienes o automatismo. La mayoría de los que llegan a esa selva, a la antesala de lo verdaderamente recóndito, logran el cambio, la transformación, la liberación de la cultura que abandonaban. Blenk pregunta a Nick, su gemelo simbólico en la novela:

—Pero da curiosidad saber cómo es eso de que se toma una decisión tan grande como venir aquí, y cómo se puede engañar a toda la gente y tratar de huir.

—No entenderías; no entenderías nada. Es un caso de inteligencia que no tienes, y de conciencia de ser hombre, que tampoco tienes.

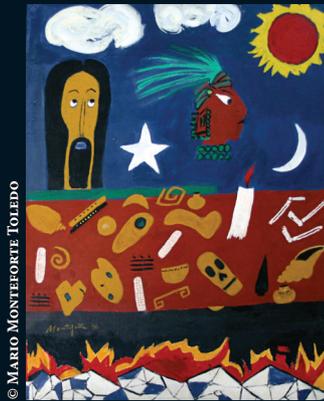
—Sí. No soy inteligente, pero soy honrado, leal, y tengo conciencia de que la muerte me hace libre. Si la conciencia consiste en tratar de volver a ser la porquería que eras en un país hipócrita y corrompido que te hizo como eres, yo no tengo esa conciencia.¹⁷

La muerte es la transformación total en lo remoto. Es la libertad total. *Los adoradores de la muerte* han cumplido, en su mayoría, con la promesa que alentaba su travesía por el mundo al arribar a **lo otro**. Ellos lograron cambiar su actitud. Lograron romper amarras del mundo del que se alejaban, del mundo que no querían volver a ser. Lograron palpar la transformación última que lo remoto promete y entraña.

¹⁷ *Idem*, p. 138.

Desde esa luz que puede ser tan vasta para mirar como tan inmensa para cegarnos, proviene la fuerza simbólica de las travesías en la obra de Mario Monteforte. Lo remoto puede darnos la transparencia, pero también la oscuridad. En su obra lo remoto es nuestra posibilidad de cambio, de ser mejores, plenamente libres: pero también la posibilidad de penetrar para siempre en la oscuridad total. Los viejos mayas sabían que el sol que asciende desde la tierra tiene un sol gemelo que desciende a la oscuridad. Por ello somos nosotros mismos los que parecemos estar al alcance de la mano. Por ello somos los que también quedamos, irremediablemente, en nuestra tenaz travesía hacia lo remoto, fuera de nuestro alcance.

México, D.F.,
enero de 2002–septiembre de 2003.



© MARIO MONTEFORTE TOLEDO

A una edad que cualquier ser humano necesita un mecánico más que un médico, no precisó rueda de repuesto y frenaba con el acelerador.

Excelente película sobre Mario producida por Pepo Toledo. Escucho emocionadamente a Raúl Monteforte: la mirada de Mario, la lucidez de Mario: “Pienso que mi padre vivió una buena vida”. Es eso, Raúl. Exactamente eso. Vivió como quiso y murió cuando quiso.

JUAN JOSÉ SUÁREZ LOSADA



© MARIO MONTEFORTE TOLEDO

Desde esa luz que puede ser tan vasta para mirar como tan inmensa para cegarnos, proviene la fuerza simbólica de las travesías en la obra de Mario Monteforte. Lo remoto puede darnos la transparencia, pero también la oscuridad. En su obra lo remoto es nuestra posibilidad de cambio, de ser mejores, plenamente libres: pero también la posibilidad de penetrar para siempre en la oscuridad total. Los viejos mayas sabían que el sol que asciende desde la tierra tiene un sol gemelo que descende a la oscuridad. Por ello somos nosotros mismos los que parecemos estar al alcance de la mano. Por ello somos los que también quedamos, irremediamente, en nuestra tenaz travesía hacia lo remoto, fuera de nuestro alcance.

CARLOS MONTEMAYOR

ISBN: 978-9929-587-24-3



Fundación
Mario
Monteforte
Toledo

